FERNANDO BONETE

LA HIJA DEL FÉNIX



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

El día de exequias

Cuaderno primero

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

14
15

Cuaderno segundo

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

Cuaderno tercero

30
31
32
33
34
35
36
37
38

39
40. Visita primera
41
42. Visita segunda
43
44
45. Visita tercera

Epílogo

Otro romance a una soledad

Créditos

La hija del Fénix

Fernando Bonete Vizcaíno



A mi esposa, Maitane.
A mis hijos, Ignacio y Santiago.
A mis padres, Fernando y María José.

Sirve el destierro de gloria
a quien se aflige y se vence.

SOR MARCELA DE SAN FÉLIX,
Muerte del apetito

El día de las exequias

Una mujer en una celda sola.

Es un habitáculo estrecho, de frías baldosas y poca luz, con apenas espacio para una cama, una mesa, una silla, un armario. Sobre la cama, el colchón de paja. Sobre la mesa, el papel, la pluma y la tinta, una vela apagada, y el crucifijo. Sobre la silla, los brazos de la mujer arrodillada. Sus manos, unidas por el rosario de cuentas negras, descansan sobre la cofia blanca que cubre su cabeza e impide la entera manifestación de un rostro bello que aúna, recién entrado en la treintena, el aplomo de la madurez y el nervio de la juventud.

Sus dedos avanzan despacio. Presionan una cuenta, luego otra. El misterio, el padrenuestro, los avemarías, el gloria, la salve son el quedo murmullo que logra despegarse de sus labios y vencerse en la parda oscuridad de la celda.

Esa misma penumbra de celosía recibe el rumor creciente de una multitud. Frenado por los gruesos muros del convento, el bullicio atenuado de la calle sirve de contrapunto a las campanas de la vecina parroquia de San Sebastián.

Tocan graves.

Muy lentas.

Tañen a tres.

El Padre, el Hijo, el Espíritu Santo —el misterio, el padrenuestro, los avemarías—. Tocan a muerto —el gloria, la salve, el misterio—.

Tocan graves —el padrenuestro, los avemarías—. Muy lentas —el gloria, la salve—. Repican a tres —el misterio.

Tocan a muerto.

De pronto, el sonido agudo de la pequeña campana del convento estalla en lo alto. Casi al mismo tiempo, unos nudillos tocan a la puerta.

—Sor Marcela, es la hora.

La mujer se yergue. Una columna casi toda de blanco se erige en mitad de la celda. Alta para su sexo y su época. Agita con la mano libre la túnica y el escapulario para que terminen de caer y vuelvan rectos a su sitio. Sobre el pecho de este último, la cruz griega bordada. Una vertical de paño rojo y una horizontal azul. Tres son los colores del hábito.

Blanco, rojo, azul.

El Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

Trinitaria.

Cuelga el rosario del cinto de tela que rodea su estrecha cintura. Lo aprieta y se dirige hacia el armario. Dentro del mueble, fundiéndose con las sombras ocres de la madera, el velo negro. Lo saca, lo besa, se lo pone sobre la cofia. Una clausura en la clausura.

Marcela sale de su celda.

La luz de la tarde de agosto ha empezado a caer, pero el contraste con la negrura y el frescor del interior de la celda y la debilidad de unos ojos cansados por la pena la ciegan. Templa su mirada dirigiendo la vista hacia abajo, la fuente seca, el funesto ciprés, los clavelones y la humilde hierba del pequeño jardín interior de las Trinitarias Descalzas.

Allí no ve a ninguna de sus hermanas. Tampoco las novicias de las que es maestra rondan la galería de su piso. El claustro está desierto.

Al igual que la luz corre liberada de los muros, la algarabía procedente del exterior también salva los tejados hasta el claustro, y llega cada vez con más fuerza, recordándole que es el momento.

Echa a andar hacia las escaleras, empujada por ese fino, pero resistente hilo que siempre le unió a él, hilo fino y tenso que marca y duele, que ahora tira y hiere más fuerte a cada paso.

Llega abajo, deja atrás el claustro y enfila el pasillo que conduce a la iglesia del convento y a su entrada principal.

Al fondo, en la fachada vista desde dentro, las compuertas de roble siguen cerradas, pero los cerrojos ya han sido retirados. Todas sus hermanas se agolpan flanqueando la entrada. Al verla, prelada y provisora agarran sendas argollas y empiezan a tirar de ellas. Las hermanas se apartan al paso de las puertas. Permiten así la visión de la gruesa y oscura reja exterior que obstruye el pequeño pórtico de entrada impidiendo a las hermanas plegarse al mundo.

Para ellas, la ocasión es única. Algunas tienen oportunidades, pocas, de atisbar el exterior desde sus celosías, pero siendo la mayoría veteranas, llevan años consagradas y hace mucho tiempo que no se ven en situación tan expuesta.

Claro que no han venido por la nostalgia de ver aquello que prometieron dejar atrás, ni tan solo por la curiosidad de asistir al más popular de los cortejos fúnebres celebrados en el siglo. O acaso esos apetitos e indiscreciones sean anhelos que no quieran reconocer como razón de estar ahí. Esa razón solo puede ser una: la de reconfortar con su presencia a Marcela.

A ella se acerca una de sus hermanas.

—Espere aquí, sor Marcela, no se agobie. Vamos a pedir que se aparten ahí fuera y le hagan sitio para que pueda verlo y despedirse.

Con las puertas abiertas de par en par, el parloteo a un tiempo quedo y nervioso, e inevitablemente estrepitoso de la enorme

multitud de vecinos de la Villa y Corte que se agolpan en la estrecha calle de Cantarranas tiene paso franco e inunda el convento.

Fuera, el espacio es tan pequeño y la concurrencia tan grande que los asistentes se aplastan contra las rejas, meten brazos y piernas entre sus huecos y se aúpan sobre sus travesaños para no perder detalle de la procesión que se acerca. Ventanas y balcones están por igual repletos.

—¡Por amor de Dios, apártense para que sor Marcela pueda verlo!

—Hagan paso, échense a un lado de la reja para que sor Marcela pueda dar su último adiós.

Algunos de los presentes hacen intento de apartarse, pero chocan y desisten sin el menor interés en complacerlas; otros hacen como que se apartan, pero, en definitiva, no comprenden por qué habrían de retirarse y perder el puesto conseguido después de tanto tiempo y esfuerzo. «¿Quién es esa tal Marcela? ¿Acaso no tiene el convento dos pisos? Que suba y mire desde allá arriba, ella que puede».

La aparición de los alguaciles que preceden al cortejo termina por hacer imposible la tarea que pretendían. Se abre un pasillo todavía mayor para que quepa el féretro y se hace grande la estrechez. Todos los presentes ponen su atención en la inminente llegada de la comitiva.

Las campanas del convento dejan de sonar.

Se hace el silencio.

El ritmo irregular de los portavelas y guizques golpeando contra el suelo y el eco de las campanas de la parroquia a la que se dirigen solo hace más denso el mutismo. El olor a cera inunda el ambiente, y el ligero calor de los últimos días de verano se incrementa con el súbito agolpamiento de los presentes y el ardor de los cirios, cuyas llamas son lo único que puede verse por encima de las cabezas de la concurrencia desde el interior del pórtico de entrada.

El cortejo se detiene.

—Apártense.

La voz es firme, acostumbrada a la orden y a su cumplimiento. Lo que antes no se podía, es ahora posible. Quienes desde la reja obstruyen la vista del cortejo se desplazan hacia delante y a un lado, formando un semicírculo de cara al convento que cierra el paso de la comitiva que ahora aguarda.

Frente a Marcela, a la distancia queda don Luis Fernández de Córdoba Aragón, VI duque de Sessa, mecenas y albacea del difunto, e incluso si algo así pudiera decirse de la lectura de la correspondencia que mantuvieron, pese a que el finado no era noble aun pretendiéndolo, también amigo. Pero decir amigo sería mucho al albur de las cosas que acontecieron entre ambos.

Marcela avanza hasta el pórtico.

Enfrentados, separados por una reja y un pasado abrumador para ella, la monja y el duque se miran.

Es gracias a don Luis que podrá despedirse de su padre, Lope Félix de Vega Carpio. Su señoría nunca se dignó a contestar por escrito la nota en la que le solicitaba el cambio de recorrido para el cortejo y así obtener la gracia del último adiós. Escribir nunca fue su fuerte, bien lo sabe ella. Pero aquel mismo día de la misiva las hermanas fueron convocadas para orar por la salvación del alma de su padre y, terminada la jornada, Marcela recibió la orden de personarse, caída la tarde del día siguiente, en el pórtico de entrada. Aquello fue suficiente para entender que el duque había dado instrucciones y una donación por toda respuesta. El dinero, ese sí era su fuerte, aunque bien fuerte lo guardara también solo para sus intereses.

Tantas cosas sabe ella de don Luis... Muy pocas de feliz recuerdo. Las más de ellas dolorosas. Lo poco ameno y lo mucho ingrato que

le evoca su excelencia es por igual fuente y memoria del recuerdo de su padre, pues durante muchos años servir a uno fue lo mismo que servir al otro.

—Lloramos la soledad que nos hace tu padre.

Marcela le sostiene la mirada todavía un poco más.

—Gracias, su excelencia.

Lo que tienen que decirse hace mucho tiempo quedó dicho.

El duque de Sessa se hace a un lado, y entonces Marcela lo ve. Primero el féretro, de madera de pino pintada de negro, la madera humilde que contiene a un artesano. Artesano de procedencia y entorno. Artesano de la palabra, que dio con esa manera de escribir tan nueva. Pero una madera ornamentada con bisagras y tachones dorados en los bordes y, terminado el féretro, en el lugar que descansa sobre las andas, un rico paño negro de terciopelo hasta rozar el suelo. El último alarde del artesano que aspiró a la nobleza, y se obsesionó con ella, que incluso fingió ostentarla sin ser suya.

Después contempla su cara. Desde donde está, apenas medio rostro de perfil. El contorno alargado, amplia frente despejada, nariz proporcionada, cejas bien delineadas; el bigote fino, cano como la perilla y el pelo, pero intactos pese a la edad, tal y como los pintara su amigo Eugenio Cajés casi veinte años antes, aquel retrato conocido por todos, el que mayor fama dio a su figura, en el que ya vestía el hábito de la Orden de Malta que hoy le cubre, doctor en Teología. Un rostro como el de entonces, pero un rostro sin vida, de ojos hundidos, carrillos consumidos y boca adusta.

Y al contemplarlo por última vez, Marcela siente pena. No es la pesadumbre de perderlo. Tampoco la aflicción de su ausencia. Es la manera miserable con que la trajo al mundo; sus repetidas ausencias; que la convirtiera desde niña en testigo de su indignidad y degradación moral; que utilizara su talento para las más viles

obras; su cobardía obviando cualquier tipo de reconocimiento tras las pocas palabras de aprecio que consiguió mendigarle. Después de sus votos, el arrepentimiento, los constantes intentos de encontrar el consuelo y la indulgencia de la hija, intentos en busca de remisión y aprobaciones que a ella le resultaron incluso más deprimentes.

Pero es su padre. Es más que su padre. Sin él, ella misma no es nada. El duque de Sessa no es nada. Sus esposas, Isabel de Urbina y Juana de Guardo no son nada. Sus amantes no son nada. Sin él, todos ellos son astros sin órbita, anécdotas de la historia, nombres perdidos de un libro. Sin él, la Marcela de estas líneas no existiría. Tampoco la Marcela del cuadro que pintará Suárez Llanos casi dos siglos y medio después de aquel año de 1635, las manos de Marcela unidas a uno de los barrotes de la reja, como al rosario poco tiempo antes, como se encuentra ahora, en este mismo instante, aferrándose a su padre pese a todo. Su padre se inmortaliza y los inmortaliza a ellos. El Cisne Español. Aquel Divino Espíritu. El Poeta Castellano. El Poeta del Cielo y de la Tierra. El Fénix de los Ingenios. Lope de Vega Carpio.

El duque vuelve al remate del acompañamiento, señal de que la procesión debe seguir su camino. El que hace las veces de capataz de los portadores, curas de la Venerable Congregación de los Sacerdotes de Madrid, urge al resto a colocarse bajo las andas, y a su gesto los hombros cargan y empujan para alzar de nuevo el féretro.

El cortejo echa a andar con lentitud y quienes asisten a la escena vuelven a la reja para dejar paso. Entre las cabezas de la multitud Marcela reconoce junto al duque de Sessa a su cuñado Luis de

Usátegui y a su primo Melchor de Arteaga. Ambos miran al frente y obvian su presencia aun después del alto y demora de un recorrido cambiado ex profeso para ella.

Distinta es la actitud de los hombres que, desde algo más atrás, a la zaga de otros notables siguen a la comitiva principal. Marcela adivina sobre ella la mirada de Juan Pérez de Montalbán, el más atento y fiel discípulo de su padre, y el más díscolo y extraño también. Calco físico de la apariencia de su maestro, escudriña a Marcela y sus alrededores, pendiente de cuanto ocurre, sin duda con la idea de alimentar su pluma con lo presenciado, o de extraviarla con su rara imaginación.

Le acompaña un desaliñado sujeto de pelo largo, graso y despeinado, de perilla picuda y bigote enroscado. El rostro severo. Los ojos diminutos, pero inquisitivos. Todo él una mancha negra incluso en sus redondos y gruesos anteojos, excepto por la roja Cruz de Santiago que luce con aire combativo, actitud impropia para la ocasión. Con seguridad se trata de otro escritor.

Tras ellos, el pueblo se disuelve. Unos pocos siguen al cortejo camino de la parroquia. Otros, los más, vuelven a sus quehaceres. La última función de tan excelso dramaturgo termina para ellos.

La prelada da instrucción de que acompañen a Marcela a su celda. Galería inferior, patio, escaleras, galería superior, y al final su puerta, secuencia que termina donde empezó todo para sor Marcela de san Félix, en una mesa, donde el papel, la pluma y la tinta. Donde la vela encendida. Donde el crucifijo al que mira con la misma angustia con que miró a su padre.

Abre el cuaderno al tiempo que coge la pluma y la lleva al tintero. Comienza ahora otra secuencia que termina donde empezó todo para otra Marcela distinta.

Para Marcela Lope de Vega y Luján.

CUADERNO PRIMERO

1

Se tiene esa idea del Barroco como de la luz que refulge momentánea en el óleo; la luz flamígera que hace vibrar las formas; la luz que nace y restalla en un único punto e implosiona; o la luz que, venida de fuera, atraviesa y hiende, y quebranta la escena haciendo de aquello que toca parte integrante del mundo, y de aquello que deja fuera, el elemento marginal y ajeno, semioculto y desapercibido para el ojo que no busca en las sombras la razón de ser de lo que nos deslumbra.

En la sacristía de la Magdalena de Toledo, uno de esos haces, surgido convenientemente de un arriba indeterminado, con toda probabilidad de un ventanuco enrejado y abierto sobre la piedra misma, llega en ángulo oblicuo hasta el punto exacto en el que una mesa de madera noble, desportillada pero robusta, preparada para seguir transitando los siglos y testimoniar lo divino y lo humano divide a la concurrencia en dos mitades.

A un lado, el sacristán Pedro Álvarez aprovecha la luz entrante y se afana concentrado desde su butaca en levantar acta del bautismo que acaba de oficiar junto al maestro José de Valdivielso, amigo íntimo de Lope; sacerdote y poeta a la cabeza del círculo literario toledano fiel al Fénix; persona influyente y padrino de la criatura.

Valdivielso supervisa circunspecto la escena a su lado, pero de pie, mientras dirige miradas ocasionales a la bebé que, al otro lado de la mesa y sostenida en brazos por su madre, la bellísima actriz Micaela

de Luján, duerme ajena al acto que terminará de ponerla en otros brazos incluso mejores: los de Dios.

«Los va a necesitar», piensa Valdivielso con resignación.

El padre, su amigo Lope de Vega, con la actitud indiferente que parece presagiar la suerte que correrá la niña, mantiene la mirada perdida más allá de Álvarez y Valdivielso hacia esa oscuridad parduzca o terrosa a la que no llega la luz de este cuadro, pero que en su ingenio tiembla y cobra vida en forma de versos, pies y líneas que mantienen al poeta lejos de la escena.

Detrás de Lope, y de Micaela y de la niña, allá donde la luz tampoco vence a las sombras, se adivinan otras pocas personas, amigos de la corte literaria toledana y criados, todos ellos testigos del momento.

—Entonces, si vuestras mercedes me permiten —dice el sacristán mientras alza el tomo para recoger toda la luz posible—, en el folio once de la partida de bautismo, la cosa va quedando como sigue —carraspea y, solemne, comienza a leer lo escrito—: «En ocho días del mes de mayo, año de mil y seiscientos y cinco años, con licencia del doctor Pedro Álvarez, cura propio de la iglesia de la Magdalena de Toledo, y del maestro José de Valdivielso bauticé a Marcela, hija de...».

—Hija de padres no conocidos —completa Lope volviendo de su ensueño.

El padre de la niña mira ahora al sacristán con determinación.

—Pero don Lope, pensaba que... —titubea este—, si lo tiene a bien, me refiero..., quizá podríamos reconocer a la niña como hija de Lope de Vega Carpio y de...

—No, doctor. Marcela tan solo. Con Marcela bastará.

—Pero seguro que como padre de la criatura...

—El padre de la criatura —intercede Valdivielso— se encuentra organizando las justas literarias por el nacimiento de nuestro príncipe y futuro rey, y debe marchar hacia Madrid antes de que se inicie la tarde para ultimar ciertos detalles de los preparativos. Siga, doctor, con la rúbrica para concluir el acta tal y como le indica don Lope.

—Entiendo la premura, don José, pero llegado el caso que se nos presenta, dada su importancia... Don Lope reside en Toledo, su partida hoy no es necesaria. Puede echar tarde y noche aquí y partir mañana al alba, y así discutir esto como conviene.

—Doctor —retoma Lope—, ya nos ilustró y discutió lo suficiente en la homilía. Sabemos lo que piensa y el tiempo apremia. Haga caso al maestro Valdivielso, siga escribiendo y rubrique, se lo ruego.

—No puede haber prisas en las cosas de Dios, como no la tiene a buen seguro su merced en lo que escribe, aunque por la cantidad lo parezca.

Esta atrevida mención a su obra es demasiado para el orgullo de Lope, quien se retira del escritorio, abandonando la luz y sumiéndose en la penumbra. Lograr esa retirada momentánea quizá sea la intención expresa del sacristán, que aprovecha la ausencia para dirigirse a la madre.

—Si no el padre, quizá la madre quiera que conste esta niña como hija suya —implora—. Hágase cuenta de que, de otra forma, queda marcada por su ilegitimidad, lo que sumado al adulterio...

—¡Se atreve! —estalla Lope desde las sombras—. ¡José, pon fin a esto de una vez! —exclama, perdida toda compostura, dirigiéndose a Valdivielso.

El sacristán mantiene el pulso y obvia el enfado de Lope.

—¿Hija de Micaela de Luján, entonces? —Prueba de nuevo con la madre.

—¡José, por favor, haz algo! —vuelve a tronar Lope.

Valdivielso va a interceder ante una nueva insistencia del sacristán, pero la bebé comienza a llorar, asustada por el tono de los presentes. Todos callan. Micaela la aprieta y la besa en la frente para calmarla mientras pasa la niña al ama Catalina.

—Sáquela de aquí, ahora voy con usted. —Y acercándose a Lope en sombras, le recuerda—: A sus hermanos, a Juan y a Félix, los reconocimos.

—Eso es cosa distinta.

—¿Cómo es cosa distinta? Si ahora gozas de posibles, en mejor situación estás hoy que ayer.

—No es asunto de reales —explica Lope—. Ellos pueden perpetuar mi apellido. Marcela no.

Micaela atrapa a Lope con la mirada. Sus ojos azules penetrando en él, el gesto severo pero impotente, vencido. Lope recula y baja la voz:

—También está Juana... Recuerda que sigo casado. Bastante que te empeñas en encontrar casa aquí, en Toledo.

—Tú con eso no tienes ningún problema —salta contenida Micaela —. Yo también estaba casada cuando nos conocimos en el corral de la Fruta, y bien que me pusiste después a representar en Chinchón *El blasón* junto a mi marido. Llevaste al mercado su deshonra, y la mía, que mira dónde estamos, Lope, que no quieres darte cuenta. Es el bautismo de nuestra hija, y no es el primero. Llevamos tres, este es el tercer hijo que tenemos. Dios me guarde a Juan y a Félix, que murieron tan pequeños, qué pena más grande. Y tú, que si doña Juana de Guardo. La hija de un carnicero. Apenas la ves, no la quieres, y solo hay que echarle un ojo para entenderlo. Flaca, paliducha, parece como enferma. Ni su dote te llegaron a dar...

—Serrana hermosa, como tú ninguna que se te compare —adorna Lope conciliador deteniendo la andanada—, pero hay que salvar la honra que nos queda. Todo está hablado ya. A la niña le daremos una vida, no quedará lejos de nosotros. La dote también la tendrá, cuando sea el caso.

—Pero no el apellido —completa Micaela.

—Pero no el apellido —confirma Lope.

Micaela asiente, baja la mirada y, sin dirigirse a nadie y a todos, se despide queda y ausente:

—Con su permiso, voy con la criada a ver cómo se encuentra mi hija.

Micaela se retira. Lope mira entonces a Valdivielso y lo azuza con el gesto mientras vuelve a situarse bajo la luz de la escena.

—Don Pedro —apremia Valdivielso al sacristán—, la decisión que toma el padre de la criatura la he podido consultar con nuestro cardenal. Sabe vuestra merced que sirvo desde hace poco a nuestro señor de Sandoval y Rojas. Doy fe de que no hay nada en esta situación que pueda molestar a su ilustrísima. Mayor inconveniente le ocasionaríamos a nuestro común señor si hubiese de volver y comentar con él otra vez un asunto que se da por zanjado.

En el breve silencio que sigue, el sacristán de la Magdalena llega con celeridad a la comprensión de que Valdivielso no utiliza a su ilustrísima para dar fe del caso, sino para respaldar una orden. Nadie se atreve a contrariar al cardenal arzobispo de Toledo e inquisidor general del reino.

Don Pedro carraspea por toda respuesta, último reducto de protesta inútil mientras toma la pluma para completar el acta bautismal.

—Bien, digamos, entonces: «... hija de padres no conocidos». ¿Todos conformes? ¿Alguno de los testigos presentes se opone?

Los presentes dejan que sea el silencio el que se pronuncie por ellos. El sacristán no necesita demasiado de ese silencio para entender, como tantas generaciones de sacerdotes antes que él, y tantas otras por venir, forjada ya esa constante definitoria de la infortunada condición humana, conminada a acobardarse en los momentos donde más necesario nos resulta significarnos, o acaso que otros se signifiquen por nosotros; el sacristán, pues, entiende de inmediato que el que calla otorga, que él mismo otorga cuando su mano vuelve a tomar la pluma del tintero y esta retoma a su vez el texto, y cuando lee mientras escribe.

—«Fue su compadre que la tuvo al bautismo Martín Chacón. Advirtiósele del parentesco especial conforme al Sacro Concilio. Fueron testigos Catalina de Lara y Hernando de Gandía y Agustín Castellanos y Andrés Sánchez, sacristán y firmolo el doctor Pedro Álvarez, cura por el maestro Valdivielso».

Y ahí se detuvo el doctor Pedro Álvarez para mojar una vez más la pluma. Y firmó. Y rubricó la ilegitimidad de Marcela.

Otro silencio sigue a la firma del acta. Este, que ya no es el de la cobardía, sino el de la culpabilidad, es ahora Lope quien no lo quiere. Recoge su sombrero y lo coloca bajo el brazo mientras pone rumbo a la puerta lateral que conduce a la iglesia. La madera cruje cuando la empuja y otro haz de luz irrumpe en la escena, rompiendo claros y oscuros, haciendo que todo quede expuesto a la luz.

Los presentes cobran vida como figurantes en escena y se disponen a marchar. Valdivielso hace un gesto rápido hacia don Pedro con el que le indica que retome y finalice su labor sin él, y

abandona la sacristía tras su amigo. Lope avanza decidido hacia la salida, sus pasos resonando en el templo.

—Lope —llama Valdivielso—. Lope, espera. Detente. Hablemos, aguarda un momento.

Él sigue decidido hacia la salida al mismo tiempo que responde.

—José, déjalo, otro día, no ves que Micaela ya se ha ido. Voy tras ella.

—Tú donde te vas es a tu casa, que nos conocemos.

Lope alza una mano por toda respuesta y, sin mirar atrás, sale, pisa y camina por las calles empedradas de Toledo.

«Otro que me quiere dar lecciones porque dice que me conoce. Resulta que todos me conocen: Valdivielso, Micaela y hasta el sacristán, que habrá leído uno o dos versos míos y cree haberme leído el alma. ¿Qué quieren que haga con la niña? Quieren que me convierta en un padre ejemplar, uno de esos héroes de las comedias trasnochadas y pedantes que gustan a la Academia, en las que todo se sacrifica a la virtud. Ridículo. "Que me voy a mi casa...". Claro que me voy a mi casa, ¿o quieren que mi obra se escriba sola?

»¡Si solo fuera escribir! A punto de terminar la *Jerusalén conquistada* y todavía sin licencia de impresión. En cuántas cartas tendré que malgastar mis letras y cuántos agasajos vacíos tendré que ofrecer para que me la concedan. Ellos tienen un tiempo para dar lecciones del que yo no dispongo.

»Para Micaela todo es mucho más fácil. Solo tiene que actuar, leer e interpretar lo que le dan. Tiene al ama Catalina y hasta una criada para ayudarla con la niña, y mis reales a su disposición, bien que los pide y los gasta. ¿Y de dónde sale ese dinero sino de mis versos y de los corrales? Y quieren que los deje a medias, que renuncie a todo lo que soy por ellas, para ver crecer a la niña con mi nombre y luego perderla como ya se perdieron los dos primeros. Si al menos

fuera niño, me quedaría la esperanza de que continuara y afianzara mi legado, pero dejar que mi buen nombre se diluya en su anonimato...

»Para todos estos seré un monstruo, y para Marcela un extraño. Pero para las generaciones que vengan... monstruo seré, pero de la naturaleza. El ingenio de mi obra es lo que permanecerá, y por ella me conocerán los que se acerquen a mi figura. Nada se sabrá del resto.

2

[Fragmentos de la correspondencia conservada de Catalina de Lara, ama de Juana de Guardo, la esposa de Lope de Vega. Escribe a su amiga Julia Rodríguez, criada de la familia Barrientos y Peñalver, estirpe de tradición mercantil con asiento y cargo en el Cabildo de Sevilla]

[Toledo, 11 de mayo de 1605]

Mi querida Julia, han pasado apenas tres días del bautizo de Marcela, que así han decidido llamar a esta niña sin que conste reconocimiento de sus padres. Tan preciosa, tan buena, callada y de buen dormir. Apenas llora por las noches. Que siga siendo así cuando leas esta carta y aun todo el tiempo que le quiera dar Dios, y que sea mucho y con cosas mejores, con menos penas de las que ha querido darle al llegar a este mundo.

Doña Juana, mi señora, sigue indispuesta. No podría asegurarte si a causa de la débil constitución que sabes bien que la aqueja de largo, o del disgusto que le causa mi señor Lope de continuo con sus lances de amor y holguras, que tantos le celebran, y hasta se los celebra a sí mismo en lo que da al mundo con su pluma. No son sino traiciones, no tienen otro nombre aunque se jacten de ellas.

Mi pobre señora, el dolor que le causé al confirmarle lo que solo en un rumor quería ella que quedara. No pude sino contarle a doña Juana, en cuanto recibí tu carta de hace dos años, cuando descubriste a don Lope y doña Micaela en la collación de San Vicente de Sevilla. Allí se fueron a vivir juntos, a la vista de todos, y ahora en Toledo lo mismo, y bien cerca de aquí, como queriendo restregárselo a mi señora. Desde que se supo el estado en que se encontraba doña Micaela, mi señora ha ido a peor, y el nacimiento ha terminado por rendirla. Nada le importa a don Lope más que su éxito y la fama.

[Toledo, 27 de mayo de 1605]

El señor ha aprovechado la indisposición que mantiene en cama a doña Juana, tan queda y callada, y su propia ausencia por las justas que ha organizado para celebrar el nacimiento de nuestro futuro Felipe IV, para mandarme ayudar donde la señora Micaela, aunque ayudar me parece decir poco.

La criada que tiene nuestra talentosa actriz gusta más de seguir a su señora por los corrales, irse de fiestas y convites para burlarse y divertirse que de cuidar a la criatura. Pero dado que su madre apenas hace presencia en la casa, porque sigue de comedia en comedia, tiene que ser ella quien haga guardia, quedándole cara de cirinea por perder los juegos que ocurren a su ama. No sabe manejarse ni aun cuando la nodriza hace la mayor parte con esta niña, que, además, es un ángel.

Pero, Julia, pronto os llegará noticia, siendo el poeta del que te quiero hablar de aquella tierra vuestra, cordobés por más señas, de las puyas que le ha lanzado mi señor en las justas toledanas a don Luis de Góngora. Al parecer, le tiene mucha envidia por la alta consideración que se le guarda en la corte, y porque en la impresión de esos libros que traen versos de tantos poetas, siempre dan más folios al señor de Góngora.

[Toledo, finales de junio o primeros de julio de 1605]

Me preguntas, Julia, por don Lope, pues tanto te hablo de doña Micaela y sus devaneos y tan poco de mi señor. Has de saber de primeras que, desde que se le levantó el destierro que causaron sus malas formas y sus escándalos amorosos, se le permite todo por su fama y el número de sus protectores. Son estos variados, se va arrimando a uno o a otro según conveniencia. El mismo duque de Alba, o después, tú lo llegaste a ver cuando viajó a Sevilla años ha acompañándolo, el marqués de Sarria; y ahora, en Toledo, el mismo corregidor don Juan de Cárcamo, el caballero de Calatrava, por no decir de la corte poética que lo sigue a todas partes.

Han caído en sus redes los mayores de la Academia del conde de Fuensalida, el señor de Angulo, el de Barrionuevo y don José de Valdivielso, del que ya te he hablado otras veces, pues pergeñó la farsa de la ilegitimidad de Marcela en su bautizo. Les han seguido a estos los más jóvenes ingenios toledanos, y le ha dado en llamar a todos, grandes y pequeños, los «cisnes del Tajo», haciendo con ellos de lo castellano lo mejor, y poniéndolos en contra de todo lo que suene gongorino.

[Toledo, 16 de julio de 1605]

Es propio de los hombres como mi señor, que no disfrutaron de un origen mucho mejor que el nuestro, pero han sido dotados de genio, hincharse en la ambición.

Don Lope aspira a nobleza, y solo los versos le procuran una ocupación y satisfacción mayor que medrar para dar cumplimiento a su sueño cortesano, si bien podría haber quedado en artesano. Que dibujar, dibuja bien; he visto cómo lo hace y me ha contado que le enseñó su padre. Recuerda que de artesanos viene mi señor, de aquellas Casas de Jerónimo de Soto, de nuestro Madrid de infancia. Pero ¿te acuerdas de cuando pasábamos por allí y jugábamos un tiempo corto al coincidir con nuestras madres? Fue antes de nuestro paso por el convento.

El nacimiento de Marcela me ha devuelto a aquellos años. Imagina que te puedo escribir y tú me puedes leer gracias a nuestras hermanas, hasta que no hubo cómo mantenernos allí y debimos salir a ganarnos cobijo y sustento. Bien que aprovechamos aquel tiempo. No sabremos griego, pero es que mi señor tampoco, porque él, pudiendo, dejó sus estudios de Alcalá. Ahora se arrepiente, porque estudios se necesitan acreditar para llegar a ser algo en la corte.

[Toledo, 2 de agosto de 1605]

Desde lo de Marcela, que afectó tanto a mi señora, don Lope ha sido algo más cauto con sus salidas. Se siguen produciendo, no es que la culpa, si la llega a sentir, lo frene, pero han bajado en número y son más discretas. Fíjate que eso es todo lo que necesita doña Juana para atemperar el ánimo. Ser engañada, pero un poco menos. Recibir migajas de cariño, pero un poco más.

[Toledo, 9 de octubre de 1605]

La mañana de ayer se presentó el doctor y confirmó lo que mi señora y yo teníamos por seguro.

Doña Juana se halla en estado, y si Dios lo quiere, dará a luz en la primavera del año próximo. Jacinta, primogénita de mis señores, que cuenta ya con seis años y goza de tan buen entendimiento, ha recibido con gran ilusión la noticia. No se ha tardado ni un día en hacer pública la buena nueva a instancias de mi señora. Pareciérame que quiere hacer valer su matrimonio, pues se le ha serenado el ánimo después de saberse encinta, y hasta se muestra exultante por momentos. Darse importancia por su estado es todo lo que le queda.

[Toledo, 31 de marzo de 1606]

Ha sido este mes de marzo de lo más intenso. La corte se ha marchado por fin a Madrid, lo que ha tenido a don Lope inquieto al no poder seguirla ni hacer todavía los preparativos para ello habiéndose mi señora en su estado. En veintiocho días del presente al fin se bautizó a Carlos Félix en la iglesia de San Justo. Mi señor ha recibido con gusto la noticia de que sea un varón. Su primer varón, al menos legítimo, reconocido o que conozcamos.

[Toledo, 13 de agosto de 1606]

Me sobrecoge pensar que a Marcela la han marcado con el signo del abandono tan pronto y tan fuerte con la inexistencia del reconocimiento de su pertenencia a una familia. Sobre el papel, esta niña no es de nadie. De Dios, sí, pero de nadie de este mundo. Fuera del papel, le esperan la ausencia, si acaso la escasa atención de su madre las pocas veces que se interesa algo por ella, pero sobre todo la absoluta indiferencia del padre, pues, en verdad, como se pudo notar en la Magdalena, don Lope querría que Marcela no existiera. La providencia ha querido lo contrario.

Por Jacinta, su primogénita, habida con doña Juana, algo pregunta. La ve y hasta le dirige alguna palabra después de encerrarse a escribir durante horas, desde muy temprano por la mañana, o antes de salir a representar.

[Toledo, 27 de agosto de 1606]

Por donde doña Micaela, según su criada, va ahora don Lope menos o nada con la nocturnidad con que acostumbraba. Cualquiera pensaría que ahora lo tiene más fácil que nunca con la excusa de la niña Marcela, porque mande llamarme de regreso, o porque mi señora se halle, como siempre, guardando reposo y tan ajena al mundo por los corrimientos que padece. Pues bien, deben de molestarle a sus placeres los llantos de la niña y por eso no aparece apenas por la casa. Algo le importa entonces.

[Toledo, 2 de septiembre de 1606]

Mucha fe guardaba yo en mi señor hace tan solo unos días al confiar en que sus humores se hubieran atemperado tras los excesos cometidos y el daño causado a más de una, o que la niña le importara siquiera lo mínimo. ¡Necia de mí! Dirás que le conozco poco, Julia, y no podría yo reprocharte el desaire. No quiero demorar más la noticia. La menor frecuencia de las visitas de don Lope a doña Micaela no eran signo de arrepentimiento ni mucho menos de templanza, sino debido a que ella se halla en estado.

Debo callar cuanto he visto y oído en la casa durante mis visitas de estas últimas semanas, pero a alguien de confianza y a salvo de propagar el escándalo debía contárselo para aliviar mi espíritu, puesto que valor me falta para contárselo a doña Juana.

No tardará mucho en saberse, pues doña Micaela continúa sin descanso con sus representaciones y noctambulismos, y pronto será claro y notorio su estado.

[Toledo, 12 de diciembre de 1606]

Has de perdonar mi silencio de estos meses, Julia, pero es cosa de peso lo que me ha mantenido lejos de ti. Hará en el momento en que te escribo un mes desde que a mi señor lo han hecho secretario de don Luis Fernández de Córdoba Aragón, sexto duque de Sessa. Los intentos de don Lope de conseguirse una vuelta triunfal a Madrid han dado sus frutos en este encargo.

Te habrán llegado como a mí noticias de las andanzas del duque en Valladolid, de cuando todavía no lo era y la corte quedaba allí antes de su mudanza. Por lo que se dice y conoce, es poco avisado su señoría, y se bromea con el mucho Sessa y poco seso con que se presenta. Es de costumbres livianas y no poco aficionado a las serenatas nocturnas. Dios los crea, ellos se juntan.

Anda toda la casa nerviosa con los preparativos para marchar donde la corte. Al menos doña Juana tiene con qué desviar su atención del nuevo escándalo que ya está en boca de todos. Desconozco qué será de Marcela y del bebé que pronto verá la luz de este mundo. ¿Correrá la misma suerte de ilegitimidad que su hermana?

3

—Que pase.

Por toda respuesta, los criados de la cámara de don Luis se dirigen a las puertas de sus aposentos a cumplir lo mandado, mientras abren un tanto, lo menos posible, la cortina. Saben que su señoría no gusta de recibir a hora tan temprana. Temprana para su gusto, pues para el resto ya es hora bien industriosa. También saben que es hombre de acción, y que las palabras, y más en estos desacostumbrados momentos de la mañana, se las deja a quienes de verdad les aprovechan.

Por eso, el que ahora entra en su cámara tiene que ser persona que don Luis quiera exprimir para su beneficio. De otra manera, hombre de naturaleza tan sumamente noctámbula no recibiría a tan excepcional hora.

Y el que entra es Lope, que al contrario que el duque se halla fresco. Lleva horas escribiendo, desde muy temprano. Todos los días lo mismo, con la mínima excepción posible. Forma parte de su rutina sentarse a escribir inmediatamente después de dejar la cama. Ya se sabe que con el don se nace, pero también se hace. Lope lo pone en ejercicio durante horas. Todas las que le permiten las obligaciones que aborrece, pero que debe atender. Obligaciones como esta que le trae a presentarse ante su nuevo valedor, VI duque de Sessa, VIII conde de Cabra y IV duque de Baena.

Mientras se aclimata a la oscuridad de la estancia, Lope hace una dubitativa reverencia hacia la cama, entre cuyos almohadones

apenas atisbados cree que puede hallarse don Luis:

—Su excelencia, duque de Sessa mi señor. Dios le guarde muchos años.

Que Dios me guarde en la cama muchas más horas querría yo.

—Gracias, don Lope, gracias. Pase, acérquese, vamos.

Espero que como secretario y consejero actúe con menos indecisión.

—Apenas llego a verle desde aquí con tan poca luz. Esta mañana me hayáis cansado.

Pronto descubriréis que todas las mañanas es lo mismo para mí.

—Sin duda, los quehaceres que le da la corte después de su traslado a Madrid son muchos y no le dan descanso —apunta Lope.

Este hombre es un adulador, o es un listo: ¿se acaba de mofar de mí? No solo es hábil con la pluma, también se maneja con la palabra. Eso ya me gusta más.

—No me venga vuestra merced con zalamerías. —Se sonríe don Luis—. ¿O era ironía el comentario? Uno no sabe a qué atenerse con don Lope de Vega Carpio.

Que se lo digan al tal señor de Góngora, o al tal Cervantes... Qué bien que los pincha con sus versos. Y esas justas que organiza para darse gloria y premios... Qué arte tiene para la promoción de sí mismo.

—No osaría hacer burla de su excelencia —responde contrito Lope.

Claro que osaría...

—Claro que no, don Lope, claro que no. Pero hubiera tenido razón al burlarse. No es la corte lo que no me da descanso, sino el vino y el *ars amandi*, sobre todo los ejercidos con nocturnidad.

Estas últimas palabras consiguen sorprender a Lope.

Ha oído hablar de lo abrupto del carácter del duque, y en algunas de las cartas que han tenido ocasión de enviarse ha probado sus liberalidades. Son veinte años de edad los que le separan de tan joven señor. Sin embargo, nada le había preparado para tales confesiones de un grande de España, descendiente del mismísimo Gran Capitán, a su persona.

Vaya, este poeta es igual o peor que yo y quiere hacer como que se sorprende.

—No me mire así, don Lope, no se quede como parado. ¿Y qué si son las mujeres las que no me dan tregua, ni quiero que me la den? ¿He de creerme que vuestra merced no me entiende?

—Pero, mi señor...

—Qué peros, don Lope, qué peros. Sé muy bien que nos comprendemos. Almas gemelas. Eso es lo que somos, ¡almas gemelas!

Mientras se incorpora en su lecho, pareciera que al duque el ánimo le trepara igual que su cuerpo por entre los almohadones, cada vez más arriba.

—¡Siéntese, don Lope! —truena don Luis—. Coja una de esas sillas del estrado y acérquese. Las he hecho traer de los salones. Rara vez recibo allí. ¡En la calle o en la cama! —Lope se sienta y no sale del pasmo—. A vuestra merced le gusta disfrutar de la vida aprovechándose de la fama que trae el genio con que Dios lo ha dotado, y yo hago otro tanto aprovechándome del dinero que me ha dado el mismo Dios nuestro Señor a través de mi linaje. A su merced le gusta escribir, y a mí leerle, y a los dos nos priva la vida nocturna de la corte.

»Para disfrutar de los divertimentos de la noche, he aquí la diferencia que no hace sino unirnos más; yo solo tengo que entregarme a ellos, como muy gustoso hago, faltaría, pues dispongo

de todo lo necesario, pero su merced necesita para gustarlos a su sabor de la protección de mi nombre, quiero decir, de la garantía de mis escudos y reales.

—Hago por merecerlos, su excelencia —interviene Lope, prudente por no saber dónde quiere ir a parar el duque.

—Vuestra merced no ha hecho todavía por merecer nada, no se equivoque. —El rostro de don Luis toma ahora expresión seria—. Pero en eso estamos, ¿verdad, don Lope? —Relaja el gesto el duque, de nuevo conciliador—. Hasta el momento nuestro intercambio epistolar ha estado bien, y esos poemas que me ha ido haciendo llegar a Valladolid los conservo con aprecio, pero ahora lo tengo de secretario y habrá de hacer por cumplir mi voluntad y merecer de verdad mi favor. Por lo pronto, esa licencia de impresión de la que tanto me ha hablado y tanto quiere para no sé qué obrita...

—La *Jerusalén conquistada*, mi señor duque —aclara presuroso Lope—. Se lo comenté a su excelencia en una de aquellas cartas. Se trata de mi poema más ambicioso, mi *Eneida*, como me gusta considerarla, he trabajado mu...

—Sí, lo que sea —corta hastiado el duque—, la leeré gustoso cuando toque... Pues bien, para esa *Jerusalén* se le buscará la manera de encontrar licencia. Puede que hasta se la financie.

Por supuesto que no la leeré. Prefiero sus comedias. Esfuerzos a mí..., me va a venir con épicas.

—Mi duque, no sabe cuánto se lo agradezco. Pero no hará falta tanto, su excelencia, que con el salario que tenga a bien procurarme como secretario podré lograrlo por mis medios.

—¿Salario? No habrá salario.

—Por vida de vuestra excelencia, señor, ¿cómo dice? —El previo asombro de don Lope por las formas del duque da paso a la

incredulidad—. No tengo mayor deseo que corresponder a su confianza con mi dedicación más absoluta. Sin embargo, quisiera sugerir, con toda humildad, que un pequeño estipendio dado con una cierta regularidad daría alivio a mis labores diarias y una poca seguridad a mis rentas, todo con la voluntad de dedicar mis mejores esfuerzos a vuestra noble causa.

Ahora es don Luis quien mira a Lope con una mezcla de diversión y sorpresa.

Que alguien ose negociar conmigo de esa manera... No hay duda, no es ningún adulador, este poeta es un embaucador. Aunque también me habla con la confianza y la sinceridad necesarias para los encargos que he de hacerle. Pero no habrá pago. Sería pagarle y ver que se convierte en un zascandil. Lo necesito pendiente de mí, la inseguridad confiere viveza y servidumbre.

—Ya me ha oído vuestra merced. No habrá salario alguno. Le haré las mercedes que estime oportunas en relación con sus servicios y su contribución a mi lustre, como esa licencia que tanto persigue. Se la conseguiremos. Pida, pida cuanto necesite y yo veré cuándo se le ha de dar. Así haremos con todo en pago por su dedicación.

»Por de pronto, me irá haciendo la correspondencia que le mande escribir. Bermúdez, o el mismo Cabrera, tanto da, ambos criados de mi casa, le llevarán instrucciones y me traerán en cambio sus cartas, que yo copiaré después de mi puño y letra para hacerlas pasar por mías. ¿Dónde se queda vuestra merced en Madrid?

—No me he asentado todavía aquí, su excelencia.

—Entiendo que al menos busca donde alquilar.

—Al no ser secretario oficial de su excelencia, mas bien uno secreto, y sin gozar de un salario, he supuesto que disfrutaría de una cierta libertad de movimientos...

—Libertad para escribir tiene toda la que desee una vez dado cumplimiento a mis encargos, y para seguir rondando los corrales para hacerse con una pensión propia, esa también la tiene —concede don Luis—. Pero cuídese vuestra merced de tanta ida y venida. Cuando mande encargo, mis criados deben poder encontrarlo. Ha de tener morada fija en Madrid, y avisar de sus viajes, que deberán ser puntuales. Además, ninguna otra protección puede dársele que no sea la mía. Se debe al duque de Sessa. De esto no puede caber duda en la corte.

—Para servir al duque mi señor —acepta conciliador Lope.

—De eso tratábamos, de cómo servirme —retoma don Luis—. Entonces, mis criados le buscarán, primero para ayudarlo a encontrar casa en Madrid. Después, para hacerle encargo de escribir lo que precise en cada momento. Algunas serán cartas para hombres de importancia, otras para mujeres de mi interés. En todas agradeceré, además, su consejo, político para los primeros y amoroso para las segundas.

—Podéis contar con ello, su excelencia.

Pues bien, no costó tanto, me vuelvo a la cama.

—Vuestra merced puede retirarse. Otro día hablaremos en horas mejores, y voto a Dios que serán las de la noche. Por el día siempre es mejor una carta, se leen cuando más conviene.

—Sin duda, su excelencia.

Lope, sin embargo, no hace ademán de despedirse. Don Luis carraspea, pero el otro no se mueve siquiera.

—Antes de retirarme, sin embargo... —tantea Lope—. Dado que mi señor duque ha mencionado que solo había de pedir lo que necesitara...

—¿De qué se trata? —lo apremia don Luis.

—Espero el nacimiento de una criatura para el mes de febrero próximo —apunta Lope.

—Algo ha llegado a mis oídos, sí.

Lo sé todo, por descontado. Otra vez con la actriz aquella, bellísima, por cierto, con la que ya tuvo una niña.

—Pues bien —continúa Lope—, apenas falta un mes para que nazca y nos gustaría celebrar bautizo en Madrid; si su excelencia pudiera colaborar... Ya conoce que la situación con la madre de la criatura no es del todo regular.

Por no serlo del todo, más bien no lo es nada. Aun habrá un tercero si estos dos siguen así. No escarmienta este hombre. Claro que yo tampoco. En fin, ni falta que hace. Qué fecunda es la comedia, y qué contento me da contar a mi servicio con uno que las hace tan bien y tanto estrena en todos los sentidos.

—No se preocupe vuestra merced. Junto con la ayuda para encontrarle casa, seguro que podré darle buenas nuevas sobre el particular muy pronto. ¿Entiendo que piensa reconocer a la criatura?

—Sí. Si es varón.

El reconocimiento me ahorrará pedir algunos favores.

Don Luis asiente.

—Esperemos que así lo quiera Dios. Ya lo dice el refrán: que la mujer, a lo sumo, tres salidas ha de hacer: cuando se casa, a misa, y a la sepultura. Varón siempre mejor para vuestra merced y para la propia criatura. —Y se deja caer de nuevo entre los almohadones, alzando la copa de plata que uno de sus criados había dejado a su alcance para beber—. Ahora sí, puede retirarse, don Lope. No me dé más horas de luz a horas tan tempranas.

Lope se levanta, hace una reverencia y, mientras se dirige a la puerta, murmura con voz apenas audible:

—Aunque es la fama luz y fuego ardiente...

—¿Decía vuestra merced? —pregunta don Luis bajando la copa.

—Solo un verso suelto, excelencia. Ya verá que alguno de ellos le hará fortuna.

Y sin esperar más, sale de la estancia con paso ligero. No había conseguido un sueldo fijo, pero a cambio conservaba una cierta independencia y ganaba la protección de una persona de peso para cuando los corrales cerraran por luto o el público le diera problemas. Estos tratos lo alejaban de su escritorio y le eran harto tediosos, pero necesarios para tener un lugar en el tablero de la corte, incluso cuando detestara la idea de escribir para otro.

Por su parte, el duque, arrellanado de nuevo en su cama sonríe con los ojos cerrados.

Este poeta es un descarado y es hombre algo difícil. Pero qué falta me harán a mí los inocentes y los fáciles. Yo lo necesito así, dispuesto a las tareas más complejas y de dudosa moralidad que habrá de hacer por mí. Servirá bien.

Y se vuelve a dormir.

4

Sí que fue varón. Nacido el 28 de enero, bautizado en la iglesia de San Sebastián el 2 de febrero de aquel año de 1607. De nombre Félix Lope. La madre, la actriz Micaela de Luján, pero esta vez su padre lo reconoció como hijo suyo. A uno sí, pero a la otra no.

Cuestionado acerca del tema, se dice que en una ocasión llegó a justificarse así nuestro poeta, muy cínico él: «Reconocí al niño, pero no a la niña... Como buen dramaturgo, conozco bien qué personajes han de salir al escenario y cuáles dejar a la sombra o a la espera de un mejor momento.

En otra ocasión, acompañado de su camarilla de acólitos literatos toledanos obnubilados por su fama, y bajo el influjo de esa chispa de trascendencia que nos insufla el vino o cualquier otro espirituoso —que de algún sitio les viene a estos brebajes el nombre—, dicen que llegó a elevar la cuestión en estos términos: «Es asunto el de la legitimación de mi estirpe que me trasciende. El legado que dejo al mundo, para un hombre como yo, no está tanto en la sangre como en aquello que queda por escrito. En los libros, señores, en los libros está todo. Todo está en los libros, en los que he decidido dejar mis versos, tanto como esos otros de bautismo».

Fueron todo valentonadas, pero no cabe sorprenderse demasiado de los exabruptos. Pensar siquiera en una contradicción, o en una diferencia que incomodara un ápice el ánimo de Lope, es olvidar que, las más de las veces, el hombre cuya inteligencia se adelanta a su tiempo y perdura en los venideros a través del arte, la ciencia o el

pensamiento que produce, es ese mismo hombre que, fuera del ámbito de ese arte, esa ciencia y ese pensamiento, no deja de ser sino uno más, uno más del montón; y que su entendimiento, en las cosas que atañen a la vida más ordinaria, esa por la que no llegamos a perdurar ni ser genios, pero que nos hace personas mientras pisamos este mundo, viene a ser el de cualquier otro hijo de ese tiempo, con las mismas virtudes, pero, sobre todo, con las mismas taras. Y con el transcurrir del tiempo y una cierta mirada crítica al pasado se constata, si acaso porque con el devenir de los siglos parece haberse producido algo así como un cierto progreso moral, que estas últimas, las taras, son las mayoritarias, demostrándose de esta manera que si cualquier tiempo pasado fue mejor, lo fue en algunas pocas cosas nada más.

A todo este respecto comentado aquí acerca de la vulgaridad con que el genio se conduce en su día a día, podemos encontrar, en la correspondencia que el ama Catalina mantenía con su íntima amiga Julia, esas cartas en las que ya conocemos que se permitía a sí misma expresarse con la libertad y sinceridad de quien desconoce que será leída siglos después con aliento contenido por los ojos más indiscretos —los nuestros—, podemos encontrar, decíamos, lindezas como la que sigue: «Muy señor mío será en las comedias, y podrá poner el mundo entero en verso, pero cuando se trata de asumir sus faltas y mantener una promesa, no es más que mozo de corral: mucha labia y poca faena».

Y más adelante, en esa misma carta, en la nos parece debió de quedarse a gusto: «A los hijos los pone en sus sonetos con tanto mimo... [Y en efecto, si se nos permite el inciso, Lope les dedicaba, aunque menos que a sus amantes, hermosas letras en sus versos], pero a los de carne y hueso los deja al cuidado de quien no cobra aplausos».

En otra ocasión, en un momento que, si bien se ha podido localizar al final de una de las muchas representaciones de Lope protagonizadas por Micaela de Luján, pero que no se ha logrado fechar con precisión —aunque sin duda debió preceder a la ruptura de tan intenso como adúltero amorío por lo descarnado de sus palabras—, la actriz llegó a reprenderlo en público así: «Grande entre los grandes, Fénix de los Ingenios..., pero no hay comedia que lo salve cuando toca arrullar a sus hijos a las tres de la mañana. A esas horas no hay musas que lo inspiren».

Claro que todo esto es fácil reprocharlo cuando lo que se juzga es el pasado. En el momento mismo en que tienen lugar los hechos, queremos pensar que aquellos que los viven no perciben el mal causado porque es lo acostumbrado en su época, o que, intuyendo la posibilidad de que lo acostumbrado no sea lo bueno ni lo mejor, prefieren permanecer ciegos a su denuncia.

Un poco así, como exculpándose, se dice que contestó Lope cuando en cierta ocasión le preguntaron por su diferente proceder: «¿Que por qué reconocí al niño y no a la niña? Ah, señores..., pregúntenselo al tiempo, que dicta normas y luego las olvida. Yo fui hijo del mío, y como tal, creí hacer lo correcto o, cuando menos, lo más conveniente para los míos. No me pidáis ahora virtud en las cosas en las que entonces solo había costumbre. Si me juzgan por mis comedias, que me aplaudan. Si lo hacen por mi vida..., que no olviden que fui hombre, de los comunes en lo humano, aunque poco común en la pluma».

Y quienes escuchaban esto asentían con una sonrisa puesta como de embobados. Explicarse no se había explicado el poeta ni un tanto, pero todos —son los tiempos, decíamos— pensaban y sentían lo mismo para consolarse en el mal de muchos.

Pues bien, en ese tiempo, y mucho tiempo después también, el sexo del bebé creaba diferencias de índole social, incluso entre ilegítimos.

Félix Lope, Lope el pequeño, en su condición de hombre podía perpetuar el apellido, el linaje y hasta el oficio del padre, reforzando así el prestigio familiar. Algo de esto último se le debió pasar a Lope por la cabeza —a Lope el mayor—, que tan obsesionado andaba con medrar y fundar ese ascenso nobiliario. Tanto como con dar continuidad a una obra que ya cabía constatarle con toda objetividad de magistral en vida, y que debía sentir, si no como un hijo más, quizá como algo incluso más importante que un hijo, o que todos sus hijos juntos.

Para comprender esta barbaridad por la que se prefiere, siquiera en el fondo, pero se prefiere, al fin y al cabo, la obra producida a la vida de unos seres supuestamente queridos, no se puede olvidar tampoco que la grandeza creativa suele venir acompañada de una fuerte tendencia al egoísmo. La una suele alimentar a la otra, y viceversa, en una retorcida simbiosis que nutre al artista y destruye a quienes lo rodean. En esto ha habido, por contra a lo mencionado más arriba, muy poco progreso moral a lo largo de los siglos, pues constatamos que la actitud de pretendido engrandecimiento de uno mismo a costa del empequeñecimiento de los demás se repite en tantos grandes hombres que han querido dejar huella en la humanidad a costa de romper con la suya propia.

La legitimación del hijo en oposición al reniego de la hija también podía tener razón en evitarse la eventual obligación de dotar a una joven con su apellido para el matrimonio, o, en su defecto, pagar la entrada en el convento, cuantía en ambos casos significativa.

Pero debía de ser este motivo el de menor peso, caso de que Lope gozaba de la inestimable ayuda de un magnate como el duque de

Sessa. Sin ir más lejos, tan importante parroquia para el bautizo del niño, aun en la discreción con que se celebró el rito, pues es la discreción que acompaña a todo hijo ilegítimo, fue posible, tal y como ya dejó medio prometido tan noble señor, gracias a la intervención de su excelencia.

Por lo pronto, para no confundírsele con el padre cuando se le mentara, a Lope Félix habrían de llamarlo cuanto antes por el diminutivo de Lopito, sujeto que en el carácter correspondió al gracejo del nombre, empezando a crear con ahínco desde el momento mismo en que fue dado a luz la fama de escandaloso, desobediente y calavera con que se le conocerá en la historia, en esta y en la de verdad.

Lopito lloró durante toda la ceremonia, y aun después, a la salida de la iglesia. Mientras Micaela, ayudada por su criada y rodeada de los pocos invitados al rito, trataba de consolar al bebé en vano, Lope, apartado como solía de todo grupo en el que no hubiera acólitos, y de toda multitud en la que no hubiera aplausos, se fue a topar, en su fastidio por los berridos del niño, con dos figuras que bien podrían sentirse como aparecidas, si no fuera porque Lope se sabía distraído.

Eran Bermúdez y Cabrera, criados del duque de Sessa. Bien fácil sería presentarlos en contraste, como la noche y el día, uno flaco cual junco, de andar escurridizo; el otro ancho como un tonel y de paso firme; y decir de uno que era melifluo, zafio pero astuto; y del otro que era más bien ingenuo, impulsivo y torpón, ejerciendo siempre el primero su influencia sobre el segundo, pura inocencia obediente. Todo por crear esos contrastes que en la época despuntaron —una Laurencia y un Frondoso; un Segismundo y un Clarín; o hasta un Rinconete y un Cortadillo, por no decir de Quijote

y Sancho, con perdón de Lope— y cuya imitación funciona, asegura la narración y da mucho menos trabajo al que escribe novelas hoy.

Pero en verdad, y aun a costa de perder una descripción mejor y más interesante que la que sigue por ganar en veracidad, Bermúdez y Cabrera no contrastaban en nada. Gastaban ambos el mismo corte en sus ropas, el negro y el blanco del servicio en la casa del duque; en sus maneras, que por su escurridizo acercamiento se adivinaban sibilinas; en sus rostros, faz la de ambos que servía de advertencia para que no se depositara confianza alguna en esos dos prendas; y hasta en su físico, ambos altos y fibrosos, cuerpos duros de los que sospechar lo peor sin remedio.

Tanto había de similar en ellos que, en un cierto punto del diálogo que dio comienzo entonces, se nos escapa quién habla o dice qué cosa, si Bermúdez o Cabrera. En verdad importa poco, dos almas y una misma mente como eran, terminados de unir por un mismo propósito: ser voz del mandato de su señor duque.

—¡Vaya con el pequeño Fénix! —canturrea Bermúdez—. Si berreara versos como su padre, ya tendríamos comedia para rato.

—Y no faltara quien pagara entrada por verlo gimotear en las tablas —apostilla Cabrera, cruzándose de brazos con sorna.

Lope alza la vista con tedio manifiesto.

Recuerda haber visto a esos dos en el patio de la casa-palacio del duque. Al instante determina que no tiene sentido enfadarse. Los adivina lenguaraces, hábiles en toda suerte de trapacerías menores y mayores, y de una lealtad absoluta, la que confiere saberse bien protegido y pagado por un grande de España.

El poeta hace caso omiso a la impertinencia. Por toda respuesta alza las cejas dando signo de que no pretende responder y espera que le cuenten cuanto antes qué se ofrece.

Los dos mandados le entienden el gesto a la perfección.

—Somos Bermúdez y Cabrera, criados de su excelencia el duque de Sessa. Traemos encargo de nuestro señor para vuestra merced.

—Os conozco de vista —asiente Lope—, de mi último encuentro con el duque en su residencia. Decid, pues, antes de que el pequeño reviente a fuerza de lloros —dice señalando a Lopito con un gesto cansado.

—Su excelencia desea recordaros, señor, que en ese mismo encuentro le pidió su traslado definitivo a Madrid, y desea saber si ha podido avanzar en la tarea de encontrar nuevo alojamiento en la corte.

—He estado muy ocupado. Entre representaciones y el nacimiento de mi hijo no me ha sido posible iniciar mudanza alguna —explica Lope, dubitativo—. Pero su excelencia sin duda conoce que el tiempo transcurrido desde nuestra conversación ha sido poco, al menos no el suficiente para asentarme en una villa a rebosar por la llegada de la corte. Es harto difícil encontrar aposento.

—Sin duda, su excelencia es consciente de ello. Por eso se ha tomado la molestia de facilitarle estos trabajos y encontrarle nueva residencia, don Lope.

Ahora sí que consiguen sorprenderlo aquellos dos. Por muy secretario del duque que sea, y en este caso, además, lo es de manera relativa, sin estar atado a la casa ducal y sin gozar de salario fijo, es demasiada deferencia buscarle morada.

Lope entrecierra los ojos, desconfiado.

—¿Y cuál sería esa residencia?

—Es una casa discreta, obtenida de la regalía de aposento. Como servidor del duque, vuestra merced tiene derecho a obtener la mitad de una propiedad madrileña hasta que la corte termine de aposentarse aquí. Gozará de la planta primera de la dos que tiene, pero bien situada y ajustada a su nueva posición de secretario de

nuestro señor —dicen circunspectos—. De sólida construcción, con portón y patio interior, con suficiente espacio para alojarse con su familia en pleno.

—Bien situada, dicen, pero ¿dónde?

Los dos criados intercambian una mirada fugaz, acordando y recordándose en silencio no revelar más de lo debido.

—Cerca de la calle Mayor, sitio de paso hacia el Prado, en la calle donde tiene su residencia el duque de Lerma.

Se produce un silencio en el que Lope intenta asimilar la noticia mientras siente un cosquilleo incómodo en el cuerpo.

Vivir en las inmediaciones del duque de Lerma es, a ojos de cualquier cortesano avezado, una bendición envenenada. Aquel hombre, valido todopoderoso de Felipe III, amo y señor de la voluntad real y de cuanto se decide en la corte, rige los destinos del reino con mayor autoridad que el propio monarca.

Que Lope, poeta de fama, pero sin título ni capital seguro, sea instalado a tiro de piedra de tan omnipotente señor, favorito del rey junto al duque de Uceda, señores para los que todo cuanto ocurre en Madrid es conocido, y cuando hasta el más nimio rumor, si llega a sus oídos, puede costar carreras, fortunas y hasta vidas, no puede entenderse como un privilegio, sino más bien como una condena, y en este caso en particular, como una trampa.

¿Qué motivo oculto puede tener el duque de Sessa para tanta generosidad, y por qué situarlo tan cerca de tan poderoso señor cuando su advertencia y deseo era conservarlo muy bien para él?

—¿Y qué me pide a cambio su excelencia? —inquiere Lope, cruzándose de brazos para intentar recomponer su figura.

Viendo que han salvado la comunicación de la novedad y cumplido su misión, los criados, al unísono, sonríen aliviados. Tan solo resta seguir omitiendo información y marchar cuanto antes.

—Lo que ya comentaron su excelencia y vuestra merced: nada que no esté ya en vuestras manos, señor.

Dicho esto, sin más explicación, se despiden con una mínima pero firme reverencia que no admite opción a alargar la conversación, y dejan a Lope inmóvil en mitad de la plazuela, con Lopito berreando al fondo y una sensación nueva en el pecho: la punzada del presentimiento y la inseguridad, sensaciones tan incómodas a quien suele conducirse con convicción en todo lo suyo.

Algo estaba en marcha. Algo que Lope aún no alcanza a comprender, pero que muy pronto, demasiado pronto, tenía que alcanzarlo por necesidad.

5

La primera luz del día se cuela por los resquicios de una contraventana mal ajustada. La soleada mañana invernal apenas entibia la fría estancia principal de la casa. Morada austera, de paredes encaladas y muebles escasos, sita en una de las calles que descienden hacia la Mayor.

Hacia él, siempre hacia él, siguiendo a Lope, de Toledo a Madrid, se han mudado también Micaela, los dos niños y la criada, la cuarta o la quinta que han tenido desde que llegaron Marcela, y después Lopito, a este mundo. Se ha perdido la cuenta de cuántas han ido y venido hartas de hacer de criadas, cocineras y amas todo a una vez en ausencia constante de una madre que apenas para por casa. Siguen la estela del padre y la de su otra, su verdadera y legítima familia instalándose, como en Toledo, muy cerca de Lope y de su nueva residencia madrileña en tan principal enclave.

Marcela, de dos años, habla unas pocas palabras, más de las contadas para su cortísima edad; entiende todo lo que se le dice, y hasta obedece lo que se le pide de buena que es. Ahora recorre la estancia descalza, titubeante, meciéndose a cada paso y frotándose los ojos, grandes y oscuros como los de Lope, para sacarse el sueño que todavía lleva dentro, pero que ya se le escapa por la desordenada aureola de su rubio cabello enmarañado. El pequeño camisón, impoluto, sin remiendos. De eso es de lo único que se cuida el padre —pero quizá sea mucho para un hombre de su

tiempo—, de tener bien atendidas las necesidades materiales de su otra, su falsa y bastarda familia.

En la cocina, la criada Inés se las ve con el yesquero para encender el fuego, maldiciendo entre dientes, bien bajito para no despertar a Lopito, que queda a su lado, en la cuna, a distancia de mimos para devolverle el sueño en caso de necesidad. El niño duerme todavía para compensar, él que puede, una noche de llanto insufrible.

El ama Catalina entra por la puerta. Llega temprano. Cada mañana despierta entre laudes y prima para aprovechar las primeras horas del día y dejar hecho todo lo posible en casa de su señor, para descargar trabajo y dirigirse cuanto antes a la otra casa, con los otros hijos de Lope. Son horas en que su señora Juana de Guardo todavía no la echa en falta y puede cumplir en casa ajena el mandato sin causar recelo en la propia.

Porque doña Juana también alarga el sueño tras noches de insufrible dolor, cada vez más frecuentes en su cada vez más frágil estado de salud. Si urge la petición, algún pequeño capricho expedido desde la cama, la otra criada de la casa o la misma cocinera se apañan bien hasta su llegada. Si se piden explicaciones de la ausencia, hay decenas de tareas a realizar a tan pronta hora y que esgrimir como excusa para evitar reabrir heridas con la verdad.

Abre con premura y el mínimo posible para que el frío no termine de invadir la estancia principal con ella. Cuelga su capa en un clavo junto a la puerta y se apresura a atender a la niña.

—¡Jesús, Marcela, que te vas a helar, alma mía! —dice mientras se agacha para auparla y cogerla en brazos.

Inés chista desde la cocina.

—Baje la voz, Catalina —la interpela en imperiosos susurros—, que tengo a Lopito aquí. Menuda noche, cómo berrea... Ya no me

alcanza la paciencia para soportarlo otra vez. La niña acaba de despertar y yo estoy con la cocina, no he podido atenderla todavía.

Catalina no pregunta por la madre, sabe que no la hay, ni esta mañana ni apenas ninguna otra. No hay padre y no hay madre.

Y aun si hubiera tenido la idea de preguntarlo, como por inercia, no habría hecho falta respuesta, porque no bien termina Inés de dar explicaciones cuando vuelve a abrirse la puerta. Esta vez por completo, entrando una fuerte corriente de aire gélido y con ella Micaela de Luján, apoyándose entre el marco y la puerta con pasos inseguros. Anda como su hija Marcela, soñolienta, pero en lugar de salir del sueño quiere entrar en él. Son los conocidos y universales efectos de beber y trasnochar.

Se despoja de la capa de terciopelo, que tira al suelo sin mayor ceremonia y, sin dedicarle ni una sola palabra a Marcela o atención a Lopito, se dirige directa a su cuarto. Para cuando suena el portazo en su habitación, la actriz ya ha caído rendida en la cama y Lopito ya está despierto y llorando de nuevo alertado por tanto ruido.

—Día sí, día también. Siempre lo mismo, Catalina —bufa Inés mientras coge al niño en brazos y lo mece intentando que cese el llanto—. Se pasa la tarde representando, la noche y la madrugada celebrando, y el día durmiendo. No lo digo por mí, que me acabaré cansando y buscaré otra casa. Es por estas criaturas. Que no tengan padre, bueno, no serían los primeros ni una minoría. Pero madre tampoco, aun teniéndola. Me dan mucha pena. Son como huérfanos.

—Nos tienen a nosotras, Inés. Paciencia. Son muy pequeños y se hace duro. Es una edad mala —dice Catalina resignada, como por decir algo, lo que se dice y se ha dicho siempre a quienes cuidan cansados de niños tan pequeños; y se dirige a Marcela en voz queda y cariñosa mientras le tiende la mano—. Vida mía. Ven que te vista. Es mañana fresca pero soleada, y en un rato podremos salir.

Marcela, obediente, le da la mano y la acompaña a su cómoda para vestirse. Catalina saca de los cajones la ropa que le va a poner a la niña, la tiende sobre el suelo y comienza a vestirla con dedos hábiles. Abrocha el corpiño de estameña sobre la fina camisa; cubre sus pies con escarpines de paño; le alza las medias de lana y, tras ajustarle la mantilla a la espalda, le pone en la mano un pequeño pañuelo bordado.

—Qué hermosa eres, Marcela. Al menos, ese regalo que te llevas de tu madre. Y qué bien te portas. Ahora ayudo a Inés con la comida para que pueda terminar de calmar y atender a tu hermano —le dice aleccionadora Catalina—, y pronto damos un paseo corto tú y yo.

Y con ese entendimiento de los niños que todavía no hablan, pero que lo comprenden todo, y que a la postre han salido obedientes, Marcela espera sentada a que su ama Catalina cumpla con su promesa.

Ha transcurrido apenas la hora tercia avisada por las campanas de San Ginés cuando Catalina toma a Marcela de la mano y abandonan las dos el caserón.

La casa queda atrás por una calleja cuesta abajo que desemboca en una pequeña plazuela, no más que un ensanche irregular al resguardo de la calle Mayor y de sus casonas de vigas vistas y arcos de ladrillo. El aire frío y limpio de la mañana de noviembre quiere caldearse con el sol que reverbera en los tejados, todavía húmedos de rocío, compitiendo con las todavía extensas franjas de sombra donde se cobija impenitente el relente de la noche.

La plazuela bulle de actividad. A saber: un pescadero golpea su tablilla para proclamar la llegada de langostinos de Sanlúcar que muy pocos tendrán los posibles para comprarle; una frutera

menuda, cubierta con toquilla de lana, ordena sobre una manta el exiguo género —unas manzanas de San Martín, una buena cantidad de higos secos y unas pocas y preciadas peras— mientras espanta con su falda a los codiciosos gorriones que la cercan; a la puerta de una taberna, un veterano del tercio de Nápoles busca amortizar de la manera más provechosa los últimos maravedíes de su última paga —la última en todos los sentidos, pues su manga izquierda cuelga vacía bajo un nudo a la altura del codo—; en el centro, donde el empedrado se ensancha y termina por desaparecer, cuatro niños levantan polvareda pateando una vejiga de cerdo inflada que les sirve de pelota y entretenimiento. Los ecos de sus voces se entremezclan con la algarabía de la muchedumbre que va de paso y el rechinar de las carretas tiradas por mulas de dos aguadores que se disputan a grito pelado la clientela del barrio.

—Paramos aquí, mi bien —avisa Catalina a Marcela.

Marcela se aferra al sayo de Catalina y esta pide al confitero el frasco de agua de azahar que lleva días encargado por Inés con el propósito de aliviar los cólicos de Lopito. Los gastos en remedios, comida y ropas, todo aquello que pueda necesitarse en la casa es sufragado por el padre de los niños.

En el momento de cerrar el trato, un rumor metálico de cascos atrae la atención de Marcela. La niña dirige su mirada hacia una de las bocacalles, la más ancha de las que van a dar a la plazuela, con todo algo justa para el imponente coche bruñido de laca negra, ancho, alto y tirado por cuatro caballos negros de porte considerable; un coche blasonado con el escudo de los Fernández de Córdoba que hace acto de aparición en ese momento. Es del duque de Sessa, pero no debe de viajar don Luis en él, pues son cuatro y no los seis caballos indicativos de un grande de España los que tiran de él.

Un lacayo vestido entero de negro —nada huye del negro en esta imponente aparición— le abre paso al coche entre tanta gente y tan poco espacio. El cochero, erguido sobre el pescante, regula el fuerte impulso de las bestias, enormes ahora que la perspectiva les confiere un tamaño más real; resoplan por el esfuerzo contenido dejando a su paso una estela de vaho que se levanta en pesadas volutas, semejantes al humo de un incensario.

La vida de la plazuela se detiene, al igual que el coche una vez llegado a su centro. Se hace el silencio.

Catalina es la única allí que conoce quién ocupa el coche en ausencia del duque. Solo hay una persona a quien su excelencia ceda su uso. El secreto se revela pronto. El lacayo abre la portezuela.

Recostado sobre los finos almohadones granates que hacen algo más cómodos los asientos, va Lope de Vega. Luce gorguera de encaje como terminación del jubón negro, y lleva el ferreruelo pardo y los guantes de ante sobre las piernas, por lo que no parece tener la intención de bajar. Conversa con un acompañante, tal vez un actor de su compañía, quizá uno de sus acólitos literatos.

Importa poco en realidad. Lo más relevante del momento es que, acaso habiendo pedido que se abriera la puerta, bien para hacer correr y aprovechar el aire de la mañana a la espera de reanudar el recorrido, bien buscando solazarse en la sorpresa de las gentes que, curiosas, quieren atisbar quién usa tan fastuoso coche digno de la más alta nobleza, sus ojos, negros, grandes y vivaces, tropiezan con otros hechos a su imagen y semejanza: la imagen de Marcela frente a él en la distancia.

Y con ese mismo raro entendimiento de las cosas que suceden, que decíamos poseen los niños más pequeños dominados por una certera fuerza del inconsciente, Marcela intuye que ha visto a aquel

señor antes; le es familiar; siente una confianza ciega hacia él. Pese a que ese hombre no es, no lo es en la práctica, que es lo único que cuenta para una niña de tan corta edad, sino un extraño para ella, Marcela siente una llamada que Catalina presiente y frena sujetándola con más fuerza de la mano.

Para Lope, que sabe a la perfección que se trata de su hija, este encuentro fortuito lo pone frente a la verdad. Antes de que se abriera la portezuela se sentía el autor celebrado, el poeta de prohombres, el hidalgo que escala posiciones con éxito. Una vez abierta, no es sino el hombre mezquino que cubre y se niega a poner remedio a su falta escudándose en su propio proyecto y gloria personal. Toda su presunción, engreimiento, envanecimiento, fanfarronería y petulancia, toda la espuma de sus honores se desvanece ante el peso insoportable de aquellos ojos, de una niña que no acusa, que no pregunta. Lope, el genio desbordante que ha puesto y va a poner en verso la condición humana, no encuentra para sí las palabras que puedan salvarlo.

En su garganta se forma ese nudo brutal que más de una vez ha creído conjurar escribiendo comedias de honra y de amor, pero que ahora no consigue deshacer para disipar la vergüenza. Pero ¿qué vergüenza? ¿La de haber abandonado sin reconocimiento a su hija y haberla privado de su apellido viendo en esa criatura una mancha o escollo en su carrera, o la de ser visto en público y a la luz del día y de todos los congregados en la plaza con su hija bastarda, testigos de una obra por la que desearía no ser recordado?

Es legítimo hacerse la pregunta, incluso atreverse a responderla tras conocer que Lope no amaga ni un solo movimiento, ni breve, ni trémulo de bajar del coche, de cruzar la distancia que lo separa de la niña; tampoco hay inclinaciones leves de cabeza, ni estremecimientos contenidos en los labios que ofrezcan a su hija un

atisbo de reconocimiento siquiera furtivo, callado, pero significativo de su aprecio.

La mirada se sostiene todavía unos segundos entre la niña que no sabe qué esperar del hombre que es su padre, y el hombre que puede, pero no quiere acercarse a su hija, hasta que ese frágil hilo momentáneo es atravesado por una sombra que lo corta abrupta. Micaela de Luján, todavía envuelta en los restos de la noche anterior, se apoya con desgana en la mano que le tiende el lacayo, sube al coche y desaparece tras la portezuela abierta.

Marcela, confusa por la aparición y partida de su madre, dirige su mirada, ahora interrogante, hacia Catalina.

—Sí, es tu madre, vida mía, que va a los corrales a trabajar —le explica—. Ese señor es el autor de la comedia que va a representar. Vamos, continuemos con nuestro paseo.

El coche también prosigue su marcha. El gentío se dispersa. La vida de la plazuela vuelve a su curso. El pescadero golpea su tablilla. La frutera recoloca sus manzanas. El veterano da cuenta de su potaje. Los niños reanudan el juego. Los aguadores vociferan. Todo sigue como si nada hubiese pasado, y, en efecto, para ellos nada, excepto un fastuoso coche de caballos que admirar durante unos minutos, ha pasado.

Pero una niña ha conocido, aun sin saberlo, el abandono, y un padre ha confirmado, sabiéndolo de antemano, pero no reconociéndolo todavía, su propia derrota.

6

—Sabe bien que recojo a la señora Micaela todas las mañanas para ir a los corrales. Creí haber dado a entender que en esas horas de la mañana la niña no debía salir.

—Desde luego que sí, le pido disculpas a vuestra merced —reconoce contrita el ama Catalina—. Esta mañana coincidí con la señora en su casa. Siempre que llego está dormida, pero ayer nos encontramos y volvía tan de temprano, de mañana me refiero, y la vi tan perjudicada.

—Tan cansada, querrá decir... —corrige Lope.

—... tan cansada, sí, disculpe vuestra merced, tan cansada la vi que pensé que no habría ensayos esta mañana y que por eso se permitía descansar.

—Sin excepciones, Catalina, sin excepciones. Démosle siempre un margen mayor a la mañana para salir con ella. La niña no debe coincidir bajo ninguna suposición o circunstancia con mi recorrido.

—No pase cuidado, así se hará, don Lope.

—Bien.

En ese momento se oye el golpe de la aldaba en el portón de entrada, produciendo ese eco grave de la madera vieja y gruesa que reverbera y se desliza ceremonioso por la piedra de los techos altos y es capaz de trascender la página y llegar con temperamento arcaico a nuestros oídos, y generar temor también, si no fuera porque, casi de seguido, la tranca y el cerrojo son doblemente

accionados con confianza desde dentro; abrir y subir; cerrar y bajar. El puro trámite de una llamada esperada.

—Ahí vienen las velas —anuncia Lope.

Las noches que siguen a esas otras que pasa con Micaela, Lope busca la calma de su estudio, encontrando en ese espacio y tiempo nocturnos una inspiración febril, ingobernable, tan distinta a la constancia laboriosa que encuentra de día, pero que unidas la una con la otra en esas raras ocasiones le permiten crear comedias enteras en una sola jornada. En noches como esa, Lope necesita de un buen número de velas, y manda buscarlas en abundancia para darse luz sin interrupción durante horas.

—Si permite vuestra merced —es Isabel, la criada más joven de la casa dirigiéndose a Lope, pero repara de pronto en Catalina—. ¡Doña Catalina! Disculpe, no la había visto de tan oscura que está la casa. Tengo las velas que acaba de traer el mozo, ¿quieren que las encienda?

—Gracias, Isabel. Yo las prepararé, puedes retirarte —contesta Catalina.

Con la celeridad de la reprimenda por lo acontecido aquella mañana, apenas se ha tenido oportunidad de contar que la noche se cierne sobre la casa. Pronta en aquel momento del invierno, la oscuridad se extiende inexorable con el mismo derecho sobre todos, sin importar demasiado origen y posibles, los que viven por sus manos como los ricos. En aquella casa, como en todas las de su siglo, la oscuridad tiene entonces la misma atribución que la muerte. La sombra que todo lo iguala.

La penumbra es un huésped más y es acogida con hospitalidad, con la naturalidad que el paso de los años truncará para convertir en una presencia temida. Repudiada en beneficio de la modernidad, de una era por venir de preeminente nitidez y deseada transparencia, la

oscuridad acabará exiliada, reducida al fallo, a una interrupción de lo previsto, al apagón y a la amenaza. Pero en aquella penumbra natural y permanente de otro tiempo, los gestos se ralentizan, los rostros se diluyen y las palabras cobran espesor. La sombra oculta y también da forma.

Catalina aprovecha los últimos temblores de la vela que ya se agota para encender una de las nuevas, y coloca un pequeño espejo tras la llama para crear la ilusión de que arden dos donde solo lo hace una, y defender así unos centímetros más de mesa contra la sombra que amenaza con avanzar, al acecho de que se retire con el candil de aceite del que Lope prescinde en su trabajo nocturno.

Deja la segunda vela a mano para el poeta y limpia la cera derramada. Rasca con la uña y guarda esos restos en el bolsillo del mandil que viste siempre en la casa, con ese gesto tierno, cariñoso o entrañable de arrastrar hacia fuera, a una mano que recoge lo que sobra en la mesa, un movimiento que pertenece al pasado, pero el de no hace tanto —tal vez, todavía, a nuestras abuelas—, pero que quiere desaparecer, ahora ejercido de forma mecánica, resignada, por todos, quizá para bien, pues en la casa era solo profesado por la mujer, nunca o no tanto por el hombre.

Por su parte, Lope hace sitio en la mesa, retira un poco los pliegos que presentan versos y fragmentos de escenas, y pone en su lugar otros nuevos interesados en recibir su creación. Comprueba que el tintero viene cargado y la esponja está seca. La navaja, presta para cortar y afilar las plumas.

Catalina aviva ahora el brasero, que suelta un fuerte y repentino calor muy pronto atenuado por el frío impávido que reina en la estancia, y lo acerca a la silla para compensar el fino jubón y las gastadas calzas de Lope.

—¿Sabe vuestra merced —musita Catalina al incorporarse— que esta mañana nadie reparó en la niña?

Lope detiene la mirada en el pliego.

—No, nadie no —contesta, apenas audible.

—Ha de saber mi señor que muy pocos saben... —se apresura Catalina—. No habiendo sido reconocida por vuestra merced, son apenas rumores que...

—Me refiero a mí, no a otros —sentencia Lope levantando la mirada—. Yo reparé en ella. —Ahora es Catalina quien guarda silencio—. Yo la vi, y con eso basta —añade Lope.

—Comprendo. Pero sepa vuestra merced —insiste— que nadie más puso entendimiento en ello, y que quienes lo hicieron no ataron hilos o los soltaron pronto, porque les importa poco... A ellos, digo. —Lope la mira—. No, no busco exculparme, no me malinterprete.

—Quizá culparme a mí, entonces. —Se sonríe el poeta.

—Lejos de mi intención, don Lope. —Acompaña con su sonrisa Catalina—. Sé que arriesgo mucho interrogándolo de esta manera, pero ya que me he aventurado a llegar hasta aquí, pongamos que no fue la coincidencia de esta mañana lo que ha molestado a vuestra merced. —La mirada de Lope vuelve entonces al pliego—. No ha sido que Marcela apareciera a la vista de todos estando vuestra merced presente —prosigue Catalina con tiento, pero sin vacilar—, sino que vuestra merced no la haya hecho visible antes para sí mismo.

Un silencio espeso se instala junto a la oscuridad reinante, apenas perturbados ambos por el leve chisporroteo del carbón encendido y la oscilación temblorosa de la vela. Ante el irremediable mutismo de Lope, Catalina toma el candil, dispuesta a marchar.

Tres golpes secos.

Tres golpes secos y discretos sacuden el portón, frenando la retirada de Catalina y sacando a Lope de su inesperada introspección.

La aldaba ha pegado tenue pero urgente, sin evocaciones, con intención cumplida de interrumpir recogimientos, pero no de llamar la atención fuera, en la calle.

Lope alza la cabeza y se incorpora.

Catalina se detiene en seco.

Tres golpes más.

El silencio que sigue ya no tiene nada de espeso, es de completa alerta. Tan entrada la noche no se esperan visitas. No puede tratarse de nada bueno.

—Vaya a ver a mi esposa y a los niños y quédese junto a ellos —manda Lope—. Yo iré a ver qué ocurre.

El susto y la inquietud que invaden a Catalina han cortado su elocuencia y le permiten poco más que el asentimiento y emprender ansiosa el camino hacia el dormitorio de su señora. Lope enfila el pasillo recto en dirección a la entrada principal.

—¿¡Quién va!?

Es imposible que a esa distancia, espacio y puerta de por medio, logre escuchar la respuesta en caso de haberla. Se trata más bien de desentumecerse, de atajar su intranquilidad, pero, sobre todo, de que no haya más golpes que despierten a su familia, o, incluso peor, que atraigan la atención, y con ella los rumores, de las casas vecinas.

Por fortuna, a quien sea que haya fuera le importa guardar las formas, pero su insistencia señala una prisa creciente, muy pronto evidenciada por el estallido de un cuarto golpe, este mucho más fuerte. Antes de que vengan los otros dos que completan este nuevo

terceto *in crescendo*, Lope se descompone en un desesperado y ronco grito susurrado.

—¡Basta, basta de golpes! —Se oye entonces la aldaba al posarse con suavidad y Lope respira aliviado—. ¿Quién va, por amor de Cristo? —pregunta ahora con más calma.

—Somos nosotros, don Lope.

Y confirmando con su reacción que ciertas formas en el trato permanecen ajenas a las transformaciones del tiempo, aquel «somos nosotros», como aquel «soy yo» indeterminado con el que siempre se ha llamado a hogares propios y ajenos, y que sin decir nada, algo debe decir en realidad para abrir las puertas de terceros, ese «somos nosotros» incorpora un tipo especial de indolencia por el que Lope puede identificar al instante quiénes llaman a su puerta a horas tan imposibles.

Son Bermúdez y Cabrera.

Lope descorre el pasador y gira la llave para retirar el cerrojo. Tras entreabrir el portón, asoma poco más que el rostro.

Frío. Un frío inaguantable, niebla y humedad es casi lo único que percibe ahí fuera. Los criados han llegado a oscuras. Ni un farol de mano. Son dos sombras, sin ser necesaria analogía ni metáfora: ambos visten enteros de negro, sombreros de ala ancha bien calados, capa arrebujada, recogida por encima del hombro para servir de embozo. Son apenas cuatro ojos de mirada apremiante.

—Don Lope —dice uno de ellos—, si permite vuestra merced...

El poeta abre la puerta un tanto más, invitándolos a entrar con el gesto al mismo tiempo que mira en vano arriba y hacia los lados para descubrir a posibles curiosos alertados por el ruido. No hay más que noche y niebla.

Lope cierra cauteloso. Va a echar tranca y pestillo cuando lo avisan —de tan embozados que van seguimos sin saber, como en

otras ocasiones, quién comparece en el diálogo, si es Bermúdez o es Cabrera—:

—No cierre mucho, don Lope, que nos vamos.

—Pero habrán de decirme acaso qué demonios hacen aquí, de qué se trata esta mascarada ¡a estas horas! —exclama Lope a media voz.

—No le son tan extrañas las horas, no exagere —dice uno—.

—De cuando no está en casa, igual que cuando se queda —dice el otro.

—Esta noche, sin ir más lejos, hemos visto atrás que tenía luz. Despierto se hallaba.

—Y aun me fisgan lo que hago con mi vida y en mi casa —se indigna Lope.

—Bueno, que no se trata de eso, señor nuestro, no hagamos sangre. El caso es que nos vamos. Debemos partir ya.

—Pero ¿vienen y se van? No entiendo nada.

—No, por cierto, que venimos dos y nos vamos los tres, don Lope.

—¿Qué están diciendo? ¿Qué majadería es esta? Con este frío y a estas horas. Con esta oscuridad, qué necesidad hay...

—Su excelencia el duque de Sessa nos manda recoger con urgencia unos papeles.

—Bien que me parece, sigan camino, vayan ustedes por ellos.

—Pero, mi señor, no se da cuenta. La naturaleza de esta misión necesita de alguien que sepa leer, habilidad de la que carecemos, como podrá suponer. Además de una cierta pericia para entender bien y rápido... —dice uno.

—... por no decir de la discreción debida a la naturaleza de los documentos que debemos recuperar y a la categoría de las personas que los escribieron. Le daremos todos los detalles de camino, pero podrá coincidir vuestra merced por lo que ya le hemos contado que

es esta misión clara para un secretario, persona letrada, entendida y de buena lectura —continúa el otro.

—Un momento, un momento, señores. Han dicho «recuperar». ¿Cómo que recuperar? ¿No son documentos de la propiedad de su excelencia el duque de Sessa?

—Nuestro señor desea que ciertas cartas vuelvan a estar en su poder o, si acaso no fueran suyas con anterioridad, que lo sean a partir de ahora.

Las horas, la vestimenta, la urgencia, los personajes, las formas, el encargo. Todo parece lo que es.

—¡Ustedes quieren que participe en un robo! —chilla contenido y visiblemente nervioso el poeta.

—Cuide los términos, don Lope. Vuestra merced no tiene que sustraer nada. Tan solo mirar, leer y señalar los papeles que cumplen con las instrucciones dadas... El resto es cosa nuestra.

Hubo entonces una pausa ocasionada por la incredulidad de Lope. No era la primera vez que servía a causas ajenas con la lectura y la pluma, ni tampoco la primera que callaba y se dejaba hacer por conveniencia. Pero colaborar en un robo...

—No cuenten conmigo, de ninguna de las maneras. Está fuera de mis atribuciones como secretario coger de otros lo...

—Le repito a vuestra merced que cuide los términos. Son órdenes de su excelencia. —El tono es ahora en extremo tajante—. Póngase esto. No podemos perder más tiempo.

Cada uno de los criados saca de debajo de sus capas las piezas del atuendo que ha de vestir Lope, réplica del que llevan ambos, al mismo tiempo que en el movimiento dejan ver sus puñales, uno a cada lado del cinto.

—No iremos a ejercer violencia, ¿verdad? —pregunta Lope más comedido, mirando de soslayo las armas.

—Sepa vuestra merced que son estas pequeñas y discretas precauciones para la incierta noche madrileña. No esperamos encontrar resistencia alguna en nuestra encomienda, pero si llegáramos a encontrarla..., somos gente precavida —responden serios—. Suponemos que tampoco vuestra merced desea oponer resistencia a acompañarnos.

—Claro, claro —cede cauteloso Lope mientras coge la ropa que le tienden—. Aguarden aquí un instante, me cambiaré de inmediato y partiremos. ¿Puedo al menos conocer hacia dónde nos dirigimos?

—Sin duda. A donde el duque de Lerma.

7

Noche era sin luna ni estrella,
sombra mayor que la muerte,
y entre la bruma sin alma
ni un candil osó encenderse.

Callaban torres y fuentes,
callaba el reloj del tiempo,
ni reja mostró figura,
ni balcón dejó verse.

Tres sombras van sin alarde
bajo capa y bajo cielo:
dos criados por delante,
un tercero en paso lento.

No ven rostro ni se miran,
ni entre ellos cruzan acento;
miran puertas, rozan muros,
cruzan patios con secreto.

El mayor no fue por gusto,
ni el temor le fue extranjero;
mas hay lazos que no rompen
ni la honra ni el talento.

Lo buscaron con razones,
con promesas y silencios,
y al final, con media risa,
le obligaron por lo cierto.

No era oficio de su pluma
andar robando secretos,
pero hay cosas que un vasallo
elige sin miramiento.

La casa, noble y callada,
quedaba sola esa noche;
su señor, en otros muros,
derrochaba vino y nombre.

En un cofre bien cerrado,
tras tapices y aposentos,
duermen letras que al abrirlas
mudan rostros y gobiernos.

No hay veneno ni cuchillo,
mas hay riesgo en cada pliego:
allí se truecan favores,
nombran púrpuras y siervos.

Hablan de altas provincias,
de nombramientos inciertos,
de un príncipe y su destino,
de pactos bajo el silencio.

Mientras tanto, en real festín,
el señor de aquel palacio
hace gala entre alabardas,
luce encajes, brinda espacios.

Ríe el oro en sus zapatos,
ríe el vino en sus vasallos,
y no sabe que a su espalda
le desnudan los armarios.

Cierran pliego, se acomodan
bajo el pecho con recelo,
y de nuevo, entre la niebla,
se disuelven sin remedio.

Ni al subir hicieron ruido,
ni al bajar dejaron pisada,
y al salir de aquel palacio
ni los perros dieron alarma.

Y al que urdió la filigrana
no le faltó buen talento:
que hizo verso del delito
y en romance dio su intento.

Mmmm... Se le nota cohibido, prudente, como avergonzado. Hay ironía, pero no la burla ni la despreocupación que lo caracterizan, parecen los versos de alguien en extremo mediocre, mucho más que él, pero en fin...

—Ha escrito vuestra merced unos versos magníficos para celebrar la hazaña —celebra el duque de Sessa echando a un lado de su cama el papel con el romance—. Claro que una presencia mayor en ellos de quien la puso en marcha...

—Su excelencia pidió unas letras para solazarse con discreción —responde Lope, con manifiesta expresión de no estar para nada satisfecho de haber fijado sobre el papel lo ocurrido—. Estimo, si me lo permite, que importa poco tener mayor o menor presencia en estas líneas. Mi señor duque sabe que fue el artífice de esta celada, eso es lo importante.

—Sin duda, sin duda... Así están muy bien —responde meditabundo don Luis.

A su marcha me encargaré de retocarlos.

—Su excelencia también me hizo entender, si me permite recordarlo aquí, que estos versos no saldrían de su ámbito —reclama Lope.

—Esté tranquilo vuestra merced, aquí quedarán los versos, en mi biblioteca personal, como el resto de sus papeles.

—Y aun quedando aquí, mi señor duque, este romance se consideraría comprometedor, incluso peligroso. Cualquiera podría hallarlo, no digo hoy, pero el día de mañana, y...

El día de mañana, dice. Si este supiera... Esta misma tarde, en cuanto introduzca mis añadidos, mandaré copiarlos, y mañana..., sí, eso es, el día de mañana tan de temprano, irán a circular por los mentideros. A ver si Lerma se da por aludido y agacha la cabeza de una vez, aunque sea para leerlos.

—¡Vive Dios, qué insistencia! —se queja don Luis—. Lo suyo con la posteridad, don Lope, excede todo empecinamiento. Precisamente porque guardo los versos que le mando componer y nuestras misivas, y lo guardo todo a buen recaudo, la posteridad podrá

maravillarse con lo mejor y más completo de su genio. ¿No quería ser vuestra merced el más popular poeta, artífice único del arte nuevo de hacer comedias, signo de su tiempo, etcétera?

—Desde luego, su excelencia, pero...

—No me venga con más peros, don Lope —ataja impaciente don Luis—. Puede estar tranquilo. Vuestra merced está bajo mi amparo, y el duque de Lerma posee ahora unas pocas razones en forma de carta para mantener el sosiego. Por su parte —añade amenazante—, doy fe de que vuestra merced guardará secreto de lo que pueda haber atisbado en las cartas en el momento de llevarlas. Por su parte y por su vida que lo hará.

Lope se da por vencido y asiente como ido, sin atender a la amenaza o, si acaso apercibiéndola, no poniéndola en valor.

Creí sonar más convincente. Pero, en fin, él parece ser el primero en querer borrar lo ocurrido, con esa cara de preocupación y culpa que trae y su peculiar obsesión por el mañana. Así de sieso, lo cierto es que su visita me aburre. Es tiempo de despedirlo.

—Ha cumplido bien con el encargo —zanja don Luis, haciendo sonar de seguido la campanilla de su mesita. Al instante, un criado abre la puerta de la estancia—. Ya puede retirarse, lo acompañan abajo. Vaya vuestra merced con Dios.

O váyase a la cama, le hace incluso mayor falta que a mí.

—Vuestra excelencia me tiene por su más rendido servidor —se despide Lope resignado.

Rendido va, de eso poca duda me cabe. Veamos estos versos, como podría adecentarlos...

El criado acompaña al poeta hasta la salida al patio. Allí le entrega una bolsa de terciopelo pardo.

—De parte de nuestro señor duque, una gratificación por los desvelos de vuestra merced —le dice a Lope tendiéndole la bolsa.

Lope la toma con un leve cabeceo y la guarda sin mirar dentro. Cruza el patio y sale sin mediar palabra con los sirvientes y mozos del duque que franquean la entrada.

Lope echa a andar por las calles de Madrid. Rumbo al corral de comedias. ¿Dónde si no? Perdidas las primeras horas del día en el dilema de componer un romance que no quiere escribir, hacerlo finalmente de cualquier manera, poner su firma a esos versos aun sin firmarlos. Volver a casa y sentarse a escribir no tiene sentido en ese estado de agitación. Porque no hay nada que lo agobie y soliviante más que malgastar su tiempo en mensajes y versos para el duque. Tener que dar forma a esa bajeza y revestirla con su arte...

No es día de representación, en el corral puede sentarse y dejar a otros que prueben y corrijan. Que todo parezca seguir su curso dándose a sí mismo una tregua, encontrando el tiempo que le permita conocer qué ha cambiado y descubrir por qué; al contrario que otros deslices tantas veces cometidos, este lo ha sacudido con fuerza.

Los hubo mucho peores. Este, a la postre, no ha tenido consecuencias fatales para nadie. La noche del robo, el duque de Lerma estaba en Palacio, asistiendo a un convite regio al que también comparecía don Luis como ligera coartada. Quedaron en la residencia de Lerma dos alguaciles amodorrados que nada esperaban al estar liberados de proteger a su amo, con los canes en similar estado que sus dueños, y el resto del servicio dormido o buscando el descanso en previsión de su retorno con el alba.

Costó lo que más, por el silencio con el que debían proceder y el paño que cubría y restaba resistencia a la barra de hierro, hacer ceder la puerta de la despensa por la que accedieron. Bermúdez y Cabrera conocían bien la disposición de la casa y el lugar donde se guardaban las cartas, de las que, debido a la discreción solicitada y a las amenazas desplegadas por el duque de Sessa, nadie ha soltado prenda todavía acerca de su contenido, remites y destinatarios.

El caso es que todo resultó fácil, y apenas hubieron de manipular una cerradura que no esperaba ser forzada. La tenue pero suficiente luz de la yesca y la suprema habilidad de Lope para guiarse en cualquier escrito hicieron el resto.

Claro que don Luis haría circular los versos que le había entregado a encargo suyo. De esto Lope tenía tan pocas dudas, como de la poca discreción con que se conducía su excelencia en todos sus asuntos. Tan pocas como de que, antes de llegar sus estrofas al mentidero de las Losas del Alcázar, el de la difusión y exageración de los asuntos más políticos —también los murmuradores se especializan—, el duque desmejoraría con sus cambios el ya de por sí pobre resultado literario de aquella vergonzosa composición, bochorno madrileño para aquel que había escrito años ha el *Romancero general* con el que se dio a conocer en esta misma ciudad. Y no menos seguro estaba de todo lo que antecede como de la protección prometida por don Luis, que, aunque exigente y poco recto en sus encargos, no era menos generoso en sus compensaciones: el uso de su coche, frecuentes bolsas de dinero, mediaran o no encargos especiales como el último, y ese prestigio que aupaba en la corte y por el que Lope continuaba a su servicio. No había razón visible, en definitiva, para preocuparse por lo sucedido.

Y en cuanto a las razones ocultas, los motivos del alma, hacía mucho tiempo que el poeta había adormecido su conciencia contando a otros y, como suele sucedernos en estas ocasiones de objetivas y repetidas faltas morales, dándose a sí mismo, esto siempre lo primero, todas las excusas posibles para justificar sus pecados e indignidades.

Sobre los galanteos y amoríos fuera de su matrimonio con Juana de Guardo, que habían venido a recalar poco más de un año después de su casamiento en Micaela de Luján, Lope se refugió en pretextos de sobra conocidos y sentidos secreta pero manifiestamente por todos los hombres casados de su tiempo y aun de los que estaban por venir. Que el matrimonio se había concertado con nulo amor de por medio para supuesta conveniencia de ambas partes, si bien fue él quien quiso sacar de Antonio, de aquel mayorista de carnes y pescados para la corte obnubilado por el genio del poeta, lo que más necesitaba en aquel momento, una pequeña fortuna como dote para seguir medrando. 22 382 reales de plata doble se pactaron, de los que Lope, al parecer, vio pocos o ninguno, pues el suegro le salió avaro.

Se ha de reconocer que la inexistencia de un amor verdadero que antecediera al matrimonio no era tanto, aquí sí, una excusa como la realidad del momento. Realidad esta de lo acordado, lo pactado o lo convenido, con independencia de lo sentido, que batalla con los deseos más profundos del género humano, ese deseo de que se encuentren, entiéndase, la uña con la carne; de que se sienta cuando menos y de antemano una atracción en la que no sea necesario mediar contrato. Pero ese deseo, aunque posible, es refrenado en aquel tiempo, y solo tendría salida siglos más tarde, y, en cualquier caso, era su inexistencia u olvido consciente algo que aplicaba tanto a Lope como a Juana.

También se decía que la esposa andaba delicada de salud, con inflamaciones que la tumbaban de continuo, y no se decía, tanto como se sabía, pues saltaba bien claro a la vista de todos, que no era nada agraciada, lo que, para los estándares de la belleza de entonces, computando siempre y de forma tan relativa por debajo de los actuales, debía ser mucho. Si bien estas circunstancias eran conocidas por el poeta antes de consagrar el matrimonio, a su entender, y solo al parecer entrevista tal circunstancia con posterioridad al enlace, la situación —con toda seguridad contaban en esto más los achaques que la fealdad, pues el roce del tiempo hace toda percepción menos severa— no le permitía desahogarse todo lo que hubiera querido o lo que necesita un hombre, porque bien se comprende que es esta una necesidad imperiosa, la del sexo desligado del anhelo reproductivo y de la perpetuación del legado —de darse, y solo en esas ocasiones, utilizaba a Juana—, para la que no hay cura onanista que iguale el tratamiento en cama y persona ajena, y un hombre debía —o debe, si esta es condición sentida y esgrimida, como parece, aun en nuestros días—, o no tenía otra —no tiene otra—, que buscar alivio a tanta aflicción cuando se presenta la ocasión, y lo mismo para la reincidencia, porque la enorme apretura hasta entonces padecida, pobre de él, no permitía sino caer en los brazos de quien pretendiera aliviarla.

En fin, que de todo ello, y de otras cosas que vendrán en páginas sucesivas, corría una décima no poco certera que demasiados conceden a Quevedo cuando igual pudo ser de Góngora —que tan mal, en realidad, no se llevaban estos dos—, décima que recogió el dramaturgo Alfredo Chavero en *Los amores de Alarcón* casi tres siglos después, y que se copia aquí un siglo y medio más tarde de este último, como ejemplo magnífico de los predicados de estado sujetos a la delimitación existencial, según gramática de nuestra

Academia: «Fue paje, poco estudiante. / Sempiterno amancebado, / casó con carne y pescado: / fue familiar y fiscal, / y fue viudo de arrabal: / y sin orden, ordenado».

Hacían también parte no menos importante en esas razones ocultas sus ambiciones cortesanas y su intención de alcanzar, sino título, al menos sí alza en los tratamientos y honores que la sangre no le confería del todo, pero que su pluma podía, al menos según su entendimiento, completar. O por mor de sus letras dar tono y empaque a esa hidalguía que se preciaba de ostentar, y que, aun no siendo inventada, no le correspondía del todo. Porque si bien venían de su familia paterna hidalgos, esos Carpio que no dejó pasar en su apellido, y de esos mismos Carpio su no muy lejano tío abuelo, el inquisidor Miguel del Carpio, ilustre pariente que siempre dijo conocer de una visita de infancia y que siempre que tenía ocasión mentaba; si bien todo esto era así, lo más verdadero era que la hidalguía y su blasón no le llegaron por vía paterna directa, pues el apellido le fue dado de su bisabuela, y no había entonces lugar a utilizar el escudo de armas, ese de las diecinueve torres que, sin embargo, Lope no perdía oportunidad de estampar en sus obras, aun siendo como era hijo del bordador Felices y la criada Francisca, ambos a secas, sin el don o el doña que no creían corresponder, a diferencia del hijo, que lo quería siempre. Y a mucha honra todo, pues fueron sus padres esa clase media esforzada que quiso la mejor educación posible para sus hijos, un tipo de padres que todos hemos llegado a imitar siglos después.

Condiciones son estas tan modernas que pueden llevar al lector a pensar, como el hombre hecho a sí mismo propio del tiempo que nos ocupa, que nada malo hay en esa justicia poética —nunca en mejores términos expresado— que movía a Lope a conseguir por sus propios medios lo que creía corresponderle.

En efecto, tales eran los pensamientos que utilizaba para hacer oídos sordos a las habladurías de otros sobre sus tramposas artes mercantiles y puñaladas cortesanas o literarias que pudiera dar con tal de acrecentar su notoriedad, si bien las ínfulas de caballero que se daba, no del todo respaldadas por su pasado y de ningún modo auspiciadas por el derecho sucesorio del momento, además de ser objeto de una burla, quizá incluso merecida al mostrarse como sujeto neciamente presumido, acepción supina de lo que el ya mentado lector conocerá como fantoche, le hacían padecer, esto era lo peor, de una avidez obsesiva de reconocimiento de su persona que ni toda la gloria literaria, dirigida más bien al reconocimiento del genio artístico, no a la persona —funcionan extrañamente por separado—, conseguía nutrir.

Pero todos estos vicios, y las angustias que en principio suelen sucederlos, se los había disculpado Lope hasta el momento venciendo incluso la disonancia de decirse cristiano y hombre honrado, al mismo tiempo que atacaba el corazón y la dignidad de su esposa, ya de por sí herida en lo corporal por la extrema debilidad física que padecía doña Juana de continuo desde hacía años, agravante a tener en cuenta por la crueldad que supone dañar a una enferma. Siempre había encontrado la justificación precisa para lograr el acallamiento total de su conciencia, permitiéndose seguir adelante con sus correrías amorosas y encomios personales. Hasta ahora.

Había ocurrido algo inédito que ponía en riesgo y amenazaba con mancillar esa dimensión de su persona que creía y quería aislada del resto de los acontecimientos de su vida. Vida y obra solo se habían encontrado cuando así lo había deseado Lope: una referencia a su amante en un verso suelto, una ironía sobre aquel en una estrofa, una dádiva a tal noble y a su majestad. Intromisiones bajo su

control y para su disfrute y beneficio. En aquella última ocasión, sin embargo, había puesto sus versos al servicio de una infamia por orden de otra persona.

Su arte, esa dimensión inatacable e inalcanzable para sus congéneres —no importaba cuántos fueran los títulos, escudos, tierras y casas de que dispusieran, porque sus versos lo hacían a él muy superior a ellos—; su más firme agarradera frente al fracaso —podía proporcionarse una vida de comportamientos miserables, pero la gloria de sus versos lo sostenía en lo más alto—; su más gruesa barrera frente a la verdad se hallaba por vez primera sitiada y atacada por sus pecados. Las infidelidades constantes, el abandono de su esposa enferma, los hijos obviados, el robo perpetrado; ser un adúltero, un mal esposo, un padre ausente y, en definitiva y para colmo, un ladrón. Era demasiada la presencia de sus vicios para que estos no amenazaran su identidad artística y su carrera literaria. Entrevisto el peligro de perder su más preciada ventaja frente al mundo, atacado lo que más, quizá incluso lo único que podía importarle, Lope sentía que había llegado el momento de enderezar sus faltas.

8

[Fragmentos de la correspondencia conservada de Catalina de Lara a su amiga Julia Rodríguez. Se recuerda al lector que lo recogido en estas páginas corresponde únicamente a lo mencionado acerca de Lope de Vega y Marcela para mayor concreción de los estudios debidos a sus vidas y obras]

[Madrid, 4 de diciembre de 1607]

Mi querida Julia, no recibes mis letras desde comienzos de noviembre ni he contestado carta alguna de las que he recibido tuyas. Has de perdonarme y al mismo tiempo saber que poseo graves razones para haber obrado así. Nada ha tenido que ver en mi silencio nuestra mudanza definitiva de Toledo a Madrid. Pero lo diré sin ningún tipo de ornamento: en casa tememos por la vida de don Lope.

Mi preocupación, sin llegar al extremo que padecemos ahora todos, venía siendo honda desde mucho antes. Días ha, coincidiendo con los inicios del periodo en que no te escribo, hubo lugar un hecho insólito, pues dos extraños vinieron de embozo y a horas que son de descanso a ver a mi señor. Si puedo conocer esto, aun con el poco detalle que notarás, es porque asistía a don Lope cuando este se disponía a pasar una de sus noches de oficio, y habíamos encargado al mozo que trajera las velas que descuidó la criada en número. De otra forma, las horas hubieran sido prohibitivas para mí. Desconozco qué habló la pareja de embozados con mi señor, de tan quedo que despacharon y de tan lejos que me hallaba yo, que solo el rumor de sus voces llegaba hasta la parte de doña Juana y los niños donde yo estaba, pero sé que los acompañó de inmediato, pues hube de apagar la vela que hubiera servido para sus comedias y su habitación permanecía abierta.

Puedes entender, Julia, la desazón causada por esto que te cuento y lees ahora, si bien solo yo debía pasar cuidado, pues solo yo quedé medio enterada de lo sucedido. Pero pasados los días han llegado comentarios hasta la casa de

un robo con nocturnidad en donde el duque de Lerma, y los mentideros hacen circular un romance que hace burla de lo sucedido, y que aventuran lopesco, si bien confieso que lo escuchado más bien parece de hechura fingida y contrafecho.

Acompañando a estas habladurías, no sé si indignado por su falsedad o con una afección culpable, anda mi señor muy serio y circunspecto desde entonces. Ha suspendido sus salidas si no son para asistir a los ensayos de la compañía o a la representación de sus comedias, permaneciendo recogido. Mi señora doña Juana se halla en un estado de febril contradicción, entre el miedo por la amenaza representada en haberse su marido como enemigo de Lerma, y la dicha de saber que hace días, algo insólito en mi señor, que don Lope no visita a la segunda.

[Madrid, 17 de diciembre de 1607]

Han pasado los días y no hemos tenido que lamentar percance o afrenta algunos a mi señor, ninguno más que los rumores a los que de sobra estamos hechos en esta casa. Volveré a escribirte en unos días para enviarte mis parabienes por la Natividad del Señor. Hasta entonces te encomiendo para que en tu casa se reciba con recogimiento, salud y alguna alegría, si Dios quiere. Para esta última, que no te falte un poco de mazapán, ni una vela encendida que dé luz a esas noches tan largas, pero menos frías que las madrileñas.

Tu amiga y servidora.

Catalina

[Madrid, 21 de enero de 1608]

Te va a sorprender tanto como a mí, Julia, pero has de creerme si te digo que lo insólito empieza a ser norma. Al respecto de esto no te había contado nada en cartas anteriores, pues quería cerciorarme de que no era situación pasajera. Mi señor ha dejado de visitar, o la visita cada vez menos y con mucha discreción, a doña Micaela. Ahora lo que empieza a ser extraño es verlo llegar a casa con la tardanza con que solía tras sus ensayos y representaciones. Rara es también, por lo que me han contado las criadas de su casa de ella, que sabes que van y vienen de tan hartas que quedan, he perdido la cuenta de las que he conocido, la ocasión en que pasa a recoger a doña Micaela en coche o de camino a los corrales, y siempre que lo hace va acompañado. A ella, por de pronto, no se le ha oído palabra en casa sobre esta distancia, o eso me cuentan...

[Madrid, 10 de febrero de 1608]

[...] y don Lope me ha preguntado por Marcela. Él mismo, sin que la situación lo demandara o se hubieran comentado otros asuntos relativos al sustento de las criaturas, que son los que traen, en general, la pregunta por compromiso, para asegurar que disponen de todo lo que necesitan. Suele hacerlo más por Lopito, del que se interesa sobre todo por sus progresos en el habla, que ya le he dicho que no está todavía en edad, pero me solicita que recite al niño los versos suyos y de los ingenios más antiguos. Dice que su padre Felices hacía lo mismo, que le enseñaba versos en la cuna. Por cumplir se los recito, pero a los dos. Marcela, cuya edad permite mayores entendimientos, queda muy atenta, y al conocer que son palabras de su padre mira con altanería y anhelo, la pobre. Se lo he contado a mi señor y en eso ha mostrado ya menos afecto. Cuando de letras se trata, espera saber y que le cuenten de Lopito, no de Marcela. Aunque coincidirás conmigo en notar que hay sorpresa en su pregunta. La última vez que hablé de la niña en su presencia fue aquella infausta noche, misma del robo.

[Madrid, 22 de marzo de 1608]

Avisadas estábamos, tú como yo, pues te lo he contado todo y veíamos que mi señor mudaba ánimo y carácter poniéndose de lado ante una vida no del todo recta. Lo que hace un año hubiera pasado por imposible y hace apenas unos meses no era sino harto improbable, se ha cumplido: don Lope ha dejado a doña Micaela.

Mis palabras pueden parecerte serenas, pero mis manos todavía tiemblan, pues no ha sido de boca de otros que me he enterado, sino que he sido testigo del drama que ha supuesto para ella. No me repongo del espectáculo que presencié esta mañana mientras atendía yo a los niños en su casa. Doña Micaela, descompuesta, hecha un mar de llanto, clamando una traición que no solo siente como amante, sino como madre y también amiga de tantos años. Dice que no ha habido discusión, sino cortante despedida y desdén frío. Y que ella, por lo visto, aun habiendo signos de distanciamiento, quiso achacarlos a la Cuaresma y la interrupción temporal de las representaciones, hasta que fue a buscarlo ayer y él, sin parsimonias, se lo dijo. Que debía enmendar su vida, que tenía que pensar en sus hijos y en la paz de su casa. En qué hijos piensa, si en todos o solo en los de doña Juana, eso, Julia, no lo sé bien.

[Madrid, 3 de abril de 1608]

Ha pasado algo más de una semana desde que mi señor dejara de ver a doña Micaela, y puedo asegurarte, Julia, que no se trata de un arrebato, o un castigo de los suyos que no duran más de dos días. Doy por ello el final como definitivo.

[...] A mí, don Lope me ha dado orden de seguir atendiendo a Marcela y a Lopito.

[...] No te voy a negar que noto algo raro en todo esto. Que haya decidido cambiar tan de repente con esa compostura tan cristiana. Una no puede evitar pensar que hay algo más. Necesito conocer qué piensas tú, Julia, que falta me hace, porque yo no sé si esto es principio de algo bueno o solo otro disfraz más de los que acostumbra mi señor en sus comedias.

[Madrid, 25 de abril de 1608]

Me preguntas, Julia, si mi señor ha cambiado de compañía para sus representaciones al reanudar ensayos y representaciones tras la Cuaresma. Así ha sido, ahora va con la de Riquelme. Yo he entendido que con esto busca asegurar la distancia con doña Micaela y ahorrarse ambos la incomodidad del reencuentro después de su alejamiento. Pero que me preguntes me hace barruntar que sospechas algo. ¿Crees que pueden ser otras las razones que lo impulsan a este piadoso cambio?

9

El silencio suena de muchas maneras cuando aguarda a romperse. Tiembla en el dormitorio antes de que el amante confiese su traición. Ruge sin voz en la taberna colmada de humo cuando entra aquel a quien todos creían muerto. Se arremolina en los patios de armas antes del ataque. Se pliega sobre la garganta del que va a leer la condena. Se condensa tembloroso en el instante en que la pluma se acerca al papel. Se hiela en la habitación donde agoniza un padre y aguardan los hijos su final.

En las casas que esperan, el silencio es un pulso demorado, sereno pero constante, que intuye la arritmia provocada por el que llega.

En el zaguán, sentado en uno de esos bancos de madera que a los lectores no les cuesta imaginar porque es el banco de madera que han visto comparecer en tantos otros zaguanes de otras tantas novelas de una misma época, y aun de ulteriores; bancos que convienen a todos los narradores para fomentar y dilatar la espera, con postigos que solo dejan entrar a medias la melancolía de una tarde de finales de agosto en la que se abandona el verano, a esa hora en que la calle tiene el pulso bajo cuando todos descansan después de copiosas comidas debidas al asueto de domingo que transcurre; en uno de esos bancos, decimos, Lope escucha el latir del silencio seguro de que don Luis está por interrumpirlo. No puede ser de otra manera después de lo que se ha conocido esa misma mañana, y tampoco en otro momento que la tarde, espacio-tiempo

prudencial alejado del esfuerzo madrugador para la persona del duque.

Primero se siente el temblor sordo del aire. Después, el murmullo contenido del empedrado. Coge de ahí compás de vibrante *crescendo*, lento y ceremonioso sobre el adoquinado de la calle. Retumban ahora en nuestras cabezas los seis caballos —negros los caballos, negro el coche— de un grande de España. No ha de sumarse a la escena el sonido del látigo porque no se blande; las bestias conocen el camino. Lope también. Se levanta despacio, toma sus guantes y la capa de paño ribeteada en seda. Cuando el duque come en casa de Lope, tanto como cuando pasean juntos, utiliza sus prendas más cuidadas. Nuestro poeta ya sabe que el encuentro que va a tener lugar no es de recreo, pero espera lograr que acabe siéndolo.

Se aproxima al portón, sale, y cuando el coche se detiene súbito a la puerta de su residencia, Lope ya se encuentra a su lado.

Tras un instante de pausa que no permite siquiera hacer su trabajo al criado, se abre la puerta impulsada desde dentro con violencia y el rostro iracundo del duque se pinta en el marco de la portezuela. Lope se aúpa con seguridad en el pescante, entra confiado y tras él la puerta se cierra con mayor violencia si cabe.

Más asustados que Lope, criado y cochero se miran con duda y temor. No han recibido orden de partida ni destino, no deben continuar sin la indicación expresa del duque, pero tampoco ven sentido a quedarse parados. Tras otro instante de tensa espera, el grito:

—¡Al Prado, inútiles, al Prado! ¡Marchen!

El duque se había encontrado en su escritorio, al despertar aquella misma tarde —porque conocemos que los despertares de don Luis no tenían sentido de mañana—, con las habituales notas con que sus informadores iban nutriendo su conocimiento de cuanto acontecía en la corte mientras guardaba cama para reposar noche y madrugada.

No bien terminó de leer la primera de estas noticias cuando profirió una maldición y mandó llamar a Bermúdez con encargo de dirigirse a donde Lope y traérselo de inmediato. Y no bien terminó de dar la orden y acababa de marchar Bermúdez cuando, sulfurado por el golpe, incapaz de permanecer quieto y nervioso en exceso ante la perspectiva de esperar a su llegada, mandó llamar a Cabrera con encargo de que frenara a su compañero y, de camino abajo, diera orden de preparar su coche.

En aquella nota le daban noticia de la aprobación de la censura inquisitorial e inminente licencia de impresión para *La Jerusalén conquistada*, obra que, de manera vaga, le sonaba ser de su protegido, y debía serlo, sin duda, en cuanto que le daban noticia sobre el particular. Habría querido que no fuera de Lope cuando acabó leyendo el resto de la nota:

... incluye dedicatoria dirigida al rey y prólogo que se ofrece al conde de Saldaña. Ha de otorgarse licencia para su impresión en veintitrés días del mes agosto, año de mil y seiscientos y ocho años.

Ya en el coche, la llama viva que lo quemó al leer aquella información fue tornándose a cada vuelta de pensamiento brasa incandescente, calentando a fuego lento una cólera que hacía enormes y casi infructuosos esfuerzos por contener. Es sabido que las almas orgullosas fermentan todo desaire, por pequeño que sea,

con rapidez extrema, siendo este signo, sino la mejor, al menos sí harto eficaz medida para detectar la soberbia propia y ajena.

A medida que el coche se aproximaba a su destino, el duque era cada vez menos dueño de sí mismo, hasta que por fin pudo estallar sin control alguno frente a Lope. No podremos conocer en esta ocasión esos pensamientos del de Sessa que tanta vida confieren a estas líneas, porque en su estallido no había diferencia entre lo que pensaba y bramaba, con lo que se deja entender que, gobernado por la ira, no era capaz de pensar nada de lo que decía.

—¡El conde de Saldaña! ¡Ese bellaco! ¡Ese malnacido! —Con cada nueva exclamación el duque respira fuerte y rápido para cargar y detonar sus increpaciones con saña y brutalidad—. ¡Se ha equivocado vuestra merced! ¡Se ha equivocado y mucho! ¿Cómo ha podido ocurrírsele tal aberración? ¿Le anda suelto el juicio de tanta letra como aquel caballero que perdió los sesos de tanto leer? ¡El peor desaire a mi persona! ¡Enterarme por otros a tan solo dos días de que le sea otorgada licencia que ofrece la impresión a ese pérfido corrupto...! ¡¡Ofrecerle su obra al hijo del duque de Lerma!!

Lope no ha perdido ni un ápice de la seguridad con que esperó en casa y ascendió al coche, y responde firme y tranquilo:

—No tuve otra opción, mi señor duque. De saberlo, su excelencia no me habría permitido publicarla y, sin embargo...

—¡Por supuesto que no! ¡Y que me lo recuerde vuestra merced me reafirma en que fui claro en extremo cuando acordamos sus servicios como secretario! ¡¿Qué es lo que no entendió entonces?! Le dije a vuestra merced que podía ir por libre en sus representaciones y asuntos más personales, pero que en los servicios habidos a su nombre debía quedar a mi lado siempre, para dar lustre al mío y no al de otros...

—Si su excelencia me permite explicarle...

—... ¡¡y de todos esos menguados de la corte se le ocurre ponerse bajo el abrigo de esos perros de ruin estirpe...!!

Lope sigue intentando apagar el arcabuz del duque.

—Su excelencia, por favor, permítame...

Pero la mecha es ya incombustible.

—¡Lerma, nada menos! ¡Que ahora andará frotándose las manos! ¡Viendo que su linaje es celebrado en las letras de quien debía guardarme respeto y deber a mí! ¡Y no bastaba con el maldito prólogo...! ¡Al rey le llega la dedicatoria de su mano, y con ella el nombre del conde de Saldaña en el primer folio! ¡Vergüenza!

—Mi señor, la licencia...

—¡La licencia! —Nuevas descargas del duque le cerraron la boca —. ¡Habría tenido su licencia con mi apoyo y habría ido mi nombre delante! ¡No ha menester de buscar sombra ajena! ¡Esto es una humillación a mi persona y mi posición! ¡¡Deshonor!!

Las increpaciones toman, en el momento de pronunciar palabras tales, un camino en extremo peligroso.

Saben bien los lectores aficionados a otras obras con escenario en aquel siglo, pero mejor resueltas que esta, de la importancia dada al honor por entonces, y lo sabe mejor Lope que nosotros, que juega con aquella cualidad moral para buscar el contento del público en sus comedias. Aquel honor tan reverenciado en el discurso como olvidado en los hábitos puede servir muy bien de noble y respetada coartada para arrastrar haciendas y reputaciones, cuando no acabar con la vida del infractor. El honor, esa moneda falsa que todos fingen dar por buena, es palabra que, gritada en tan pequeño espacio por un grande de España, aboca al último de los escenarios: el acabamiento.

El momento hace más urgente si cabe la explicación que Lope intentase antes sin éxito, por lo que el poeta, maestro del artificio y

dueño de la palabra, recurre al más inesperado recurso literario en aquella situación: faltar al honor para acallar la acusación de deshonor. Una paradoja presta a convertirse en ironía trágica.

Y grita incluso más que el duque:

—¡¡Don Luis, cállese!! ¡Deténgase de una vez! ¡Déjeme explicarle!

La inesperada salida de Lope detiene en seco la andanada. El duque, la boca entreabierta y los pulmones a medio cargar, queda suspendido en el acto con ojos desorbitados. Nunca había escuchado a Lope levantarle la voz. La sorpresa, más que la ira, lo detiene por el instante que el poeta necesita.

—Mi señor, déjeme explicarle —dice ahora, más bajo, pero con voz firme, midiendo cada palabra—. Si me lo permite, le haré ver que no he obrado contra su excelencia, sino por salvar mi carrera, y que todo ha sido en beneficio de ambos.

El duque, jadeante por el esfuerzo de su enfado, se reclina sobre el respaldo. La mención a un beneficio mutuo en la aparente traición lo deja sin palabra por unos instantes. Esa interrupción momentánea de su ira es cuanto necesita Lope.

—¿Sabe quién puso el romance acerca del robo en boca de todos? ¿Conoce quién puso en la calle lo que escribí para uso de vuestra excelencia sobre el hurto de aquellas cartas? —El duque parpadea, incómodo—. Aquellos versos llegaron a oídos de Lerma —se apresura a añadir Lope para que don Luis no llegue a sentir la acusación—. Tal y como esperaba, y de esto advertí en su momento a mi señor duque, al hacerse públicos aquellos versos, estos han llegado a tener consecuencias. No sobre mi persona —concede—, en eso no se equivocaba su excelencia cuando quitó importancia al asunto, pues su influencia es suficiente para contener a cualquier enemigo que atente contra la vida de quienes sirve, pero sí sobre mi obra.

»Me hicieron comparecer ante el secretario del duque de Lerma para hacerme saber que la *Jerusalén conquistada* no pasaría censura, al menos mientras él viviera. No hallé mejor salida que ofrecer algo que estuviera tan a mi mano que calmase el ánimo del valido. El prólogo fue ese precio.

El duque afila la mirada.

—¿Acaso esa licencia era tan necesaria? ¿No siente vuestra merced suficiente triunfo y fama? ¿Y qué es eso de que el beneficio de esta infamia es de ambos?

—Su excelencia, esta obra es diferente a todo lo que he escrito hasta ahora. El poeta puede ser conocido, gozar de fama, pero ello no le acarrea lo que más ansía: el respeto de los doctos y letrados. En esta obra tiene más poder la razón que el apetito. Es mi más grande aportación, la más culta y erudita, inspirada por san Jerónimo, por Virgilio, por Ariosto, por Tasso y su *Gerusalemme liberata*. Todas las poesías se dan cita en ella, la epopeya, la épica, el romance...

—Sigo sin ver en ello mi beneficio. —Don Luis da nuevos signos de perder la paciencia con tamaño vuelo de ideas—. Muy al contrario. Tanta grandeza queda para otros.

—Mire bien el resultado —reconduce Lope—. La *Jerusalén conquistada* tendrá licencia sin que sea menester que vuestra excelencia se comprometa en pedirla. Queda libre de deudas con inquisidores y otros medradores que puedan cobrarse luego el favor. Y yo... yo no me aparto de su lado. —Acompaña esta revelación con un leve gesto de apertura con ambas manos, como invitando al duque a participar de unas ventajas inescrutadas hasta ahora—. Al contrario, esta publicación me hará aún más célebre. Y cuanto más alto vuele mi nombre, más lustre tendrá el de quien me ampara, mi señor duque siempre. —Hace una pausa breve—. Si vuestra

excelencia me abandona ahora, perderá un servidor en su momento más alto, uno que puede servirle ahora mejor que nunca. Si me mantiene a su lado, nuestros enemigos no conseguirán su objetivo de separarnos y dejarnos, a mí sin el más grande protector de este reino, y a su excelencia sin el poeta que más alto puede hacer sonar su nombre. Si me mantiene a su lado, nuestros enemigos nos habrán aupado pagando ellos los costes. Habremos sido alzados sobre el gasto de quienes pretendían abatirnos.

El duque mira a Lope sin responder. En su semblante se adivina que cuanto en él pueda llamarse cálculo trabaja en busca de respuesta, y el silencio, que ha vuelto al término de la discusión y del trayecto mismo, pues el coche hace rato llegó a destino; el silencio, que hemos dejado dicho que puede sonar de muchas maneras cuando aguarda, vibra en la tregua que no dictan las razones, sino la fatiga de los contendientes.

Don Luis mira todavía a Lope, ceñudo, aunque dueño por fin de sí. Asoma a su semblante el hombre político, remontando la ofuscación del hombre herido, y sentencia el perdón:

—Vamos a caminar.

Hace un leve ademán al criado apostado fuera y, sin mediar palabra, se abre la portezuela. Lope lo sigue con gesto contenido, sin darse permiso para respirar del todo.

El aire del Prado de San Jerónimo, tibio a pesar de la hora, los acoge. El rumor de las fuentes, el crujir leve de la gravilla bajo las suelas, el paso acompasado. Durante unos metros no cruzan palabra. Luego, don Luis rompe el mutismo con voz mesurada, aunque no menos cargada de importancia:

—Dado que vuestra merced se muestra tan franco y elocuente, cuénteme ahora si llegó a leer y conoce el contenido de las cartas que hurtó al duque de Lerma.

10

Otro coche, mucho más modesto por lo humilde de su tamaño, escaso ornamento y esforzado tiro, pero también mucho más callado —nada que ver con el vociferante del duque—, rodaba en ese momento hacia la puerta de Toledo para coger el camino real hacia la Ciudad Imperial.

Dentro del camarín, Lopito era el único de los tres ocupantes que, ajeno a la gravedad del momento y del funesto espíritu reinante, dormía abandonado al braceo del coche. Conocido es el efecto sedante que, desde la misma invención del transporte rodado, ha tenido este sobre los más pequeños, incluso sobre los más rebeldes al sueño y amantes insaciables de la actividad, como era el imparable hijo de Micaela, que cuenta ahora los dos años y medio. El niño dormita con la cabeza apoyada en el regazo de su hermana Marcela, de cuatro, que mira atenta y preocupada a su madre.

Su madre llora. Sigue llorando, para ser más exactos. Llora desde la noche, la tarde y la mañana anteriores. Micaela llora desde hace incontables días y semanas antes de una partida que pone distancia con quien le ha hecho daño, pero que lejos de acabar con su pena, termina de quebrar su ánimo.

Aquel viaje de vuelta a Toledo no simboliza ninguno de esos maravillosos renaceres que siguen a los largos y complicados procesos de sanación de un corazón herido y que dejan vislumbrar circunspectas, resignadas, cuando no brillantes segundas oportunidades para la mujer que ha sufrido. Faltan al menos dos

siglos para el romanticismo de estas historias felices, suministradoras de vanas pero consoladoras esperanzas para tantísimas lectoras que buscarán su personal catarsis al desastre más íntimo en ellas.

Aquello es muy distinto, aquello es el Barroco, el siglo de la ambivalencia, la contradicción, la tragedia y el desengaño, y no hay puntos y seguido, siquiera puntos y aparte. Tampoco la ensoñación de vivirlos. Hay puntos finales.

Aquello es el final.

Es el fin de un amor. Es el final de su estancia en la corte. Es el final de su carrera como actriz de fama.

—Madre... —se atreve al fin la pequeña Marcela.

—¿Qué quieres? —responde Micaela entre sollozos y un cierto aire de fastidio, con el rostro vuelto hacia su ventanilla.

—¿Por qué lloras?

—Porque ya no tengo sitio en Madrid.

Marcela la mira sin entender.

—¿Por qué no tienes sitio?

—Porque Lope ha dejado de mirarme —responde Micaela con voz ahogada—. Y cuando una persona como él deja de mirarte es como si dejaras de existir.

El coche atraviesa en ese momento un empedrado muy marcado y su traqueteo se hace más pronunciado. Los tres saltan en sus asientos y Lopito se agita. Marcela baja la vista hacia él y pone la mano en su cabeza para devolverle el sueño. Después mira a su madre con un brillo de entendimiento en los ojos.

—A mí me miró una vez cuando era tan pequeña. ¿Eso es que existo para él?

—Todo lo que tenía aquí era suyo —prosigue Micaela, ajena al discurrir de su hija—. Techo, trabajo, representaciones. Me rechaza a mí y rechaza a toda la compañía para que no se pronuncie siquiera

mi nombre en su presencia. Ha cambiado de cómicos para sus obras. Y toda la culpa me la echan a mí encima. Los que antes me celebraban, ahora me desprecian.

—Madre, para ti existo, ¿verdad? Yo no desaparezco porque tú sí me miras.

Micaela cierra los ojos mientras se limpia un nuevo rastro de llanto. Luego, sin volver la vista hacia su hija:

—No digas tonterías. —Y con tono aún más seco, añade—: Deja de hacer preguntas, Marcela. No me ayudan.

—¿Y un abrazo, madre? ¿Un abrazo te ayudaría? —insiste Marcela con cautela—. Te duele el corazón de tanto llorar.

—Mi dolor no está en la carne, y un abrazo tuyo no lo cura —replica Micaela con dureza.

La niña apenas puede entender que hay desgracias cuya aspereza no es posible limar en unos minutos, siquiera en toda una vida. Pero en su inocente y cariñosa lógica cobra sentido decirle a su madre:

—Si te duele porque nadie te mira —aventura—, yo puedo hacerlo, yo puedo mirarte.

Micaela suelta una carcajada sin brillo, despreciativa. Los cascos resuenan huecos al vadear el Manzanares. En aquel verano, el río se presenta seco. Una herida abierta al sol. Marcela, con esa facilidad que tienen los niños para intercambiar temas y sustraerse al estado de ánimo de los mayores, añadida a su dificultad para comprender el silencio y marcarlo con la insistencia, no se da por vencida:

—Madre, te he oído decir versos cuando crees que Lopito y yo dormimos. ¿Quieres decírmelos ahora?

La palabra *versos* centellea como un rayo de sol dentro del camarín. Sin desviar aún la mirada del exterior, Micaela aprieta los labios. En su pecho, la vanidad forcejea con el dolor.

—¿Para qué quieres versos —gruñe— si no entiendes sus dones?

—Los guardaré —promete la niña—, y te los recitaré para darte contento cuando estés triste.

Entonces Micaela sí torna la vista hacia su hija. Sus enrojecidos e hinchados ojos se posan en ella con una mezcla del acostumbrado fastidio mostrado hacia Marcela y un inédito atisbo de sorpresa. Ahora ve en la criatura algo que hasta ese instante le había pasado inadvertido: el anhelo que tiene la niña de ser escuchada, que la madre entiende equivocada a su manera, a la manera egoísta en que los padres, de manera excusable por ser inclinación natural en ellos —en todo ser humano para con los demás, en realidad—, tienden a ver las preferencias de sus hijos: como un reflejo o extensión de las suyas propias, queriendo hacer de sus niños una prolongación de sí mismos para mayor gloria y disfrute de sus gozos a través de sus vástagos, aunque con la proyección vaya de suyo la transmisión de sus mismos miedos, que la madre entiende, en definitiva, como un reflejo de su propio arraigo en el escenario, realidad que no podía ser más ajena a Marcela, quien solo buscaba ser escuchada por su madre.

—¿De veras quieres escuchar y aprender las estrofas que conozco? —pregunta incrédula.

Marcela asiente y, para demostrarlo, repite el comienzo de uno de los poemas que le ha oído una noche a su madre:

—«Era la alegre víspera del día que... la que sin igual nació en la tierra».

La pronunciación es torpe, pero hay intención en la cadencia. Aquellas palabras aflojan un tanto el nudo que ata a Micaela, pero también la emocionan. Hay algo en aquellos versos que le hace evocar con fuerza imágenes de la vida que ha llegado a su fin.

—Calla, no lo despedaces —manda, aunque la orden carece ahora de filo—. Escucha:

Era la alegre víspera del día,
que la que sin igual nació en la tierra,
de la cárcel mortal y humana guerra
para la patria celestial salía;

Al principio la voz sale áspera, temblorosa, pero pronto cobra el temple cultivado en los corrales y las inflexiones con las que ha logrado cautivar al público:

y era la edad en que más viva ardía
la nueva sangre que mi pecho encierra,
cuando el consejo y la razón destierra
la vanidad, que el apetito guía;

Las palabras reverberan en el camarín. Marcela las bebe con la boca entreabierta. Es el tono tan enardecido que Lopito despierta movido por la pasión de estos versos y escucha adormecido sentado junto a su hermana:

cuando Amor me enseñó la vez primera
de Lucinda en su sol los ojos bellos,
y me abrasó, como si rayo fuera.

Dulce prisión, y dulce arder por ellos,
sin duda que su fuego fue mi esfera,
que con verme morir descanso en ellos.

Cuando Micaela cesa, pide a Marcela que lo intente. La niña tropieza aquí, reconstruye allá. Su madre guía su recitación hasta que la rima vuelve a quedar completa.

—Nada mal —concede, un elogio que le sabe más dulce a ella que a la niña—. Mas falta el pulso: hay que poner los versos a bailar entre el pecho y la lengua. Ven conmigo.

Marcela se desliza hacia abajo y deja a su hermano, de nuevo arrullado por la marcha, para acomodarse en la bancada que ocupa su madre. Micaela le coge la mano y la coloca sobre su corazón.

—¿Lo sientes? —pregunta—. Late despacio porque hoy el día me pesa. Cada golpe marca la medida. Los versos atraviesan ese compás. Cuando digas «Era la alegre víspera del día», tu pecho debe suspirar; cuando digas «era la edad en que más viva ardía», alza el mentón; cuando digas «con verme morir descanso en ellos», baja la vista. No solo los ojos, también ve el oído del que escucha a quien así canta.

La niña obedece, imita los gestos con solemnidad y repite a indicación de su madre mientras el coche abandona la villa y se lanza a la llanura donde el calor tiembla amarillo sobre las rastrojeras.

—Habrá más estrofas —concluye Micaela—. Otro día te diré la loa de *La hermosa Ester*. Si consigues aprenderla, quizá un día la digas por mí.

—¿No la has representado, madre?

—En ella trabajaba tu padre cuando me rechazó. Quizá trabaja todavía en ella. Tampoco de seguir juntos habría sido digna de mí, una comedia sacra para una actriz como yo...

—La diré por ti, madre. Si el mundo no os mira, la gritaré para que os oiga —reivindica ilusionada Marcela—. Pero, madre, dígame, ¿quién es la Lucinda de esos versos que me ha enseñado?

Micaela aparta la vista, temerosa de que el llanto la deje sin voz. El coche deja atrás el último caserío de la villa y el polvo del camino

cubre el cristal. Con tono sombrío, erradicado todo el optimismo anterior, da por toda respuesta:

—Aprende bien esos versos, hija. Algún día te enseñarán de dónde vienes.

11

Lope había leído y conocía el contenido de aquellas cartas sustraídas al duque de Lerma, pues ni las prisas ni los nervios de aquella noche de autos podían suponerle dificultad para desempeñarse con las letras.

En esos documentos, cuyo robo tanto pesó a Lope —constituyendo esta falta el comienzo de un cambio—, se leían las voces del duque de Lerma y de otros hombres de confianza de la corona pergeñando la expulsión de los moriscos y el anuncio del exilio como un gran acto de limpieza de sangre y victoria para la fe.

El valido tramaba la más aparatosa muestra de celo católico del reinado de Felipe III. El reino se ofrecía a Dios deshaciéndose de aquellos que en su fuero más íntimo, se decía, seguían siendo infieles. Al mismo tiempo, la expulsión ofrecía un gesto de firmeza ideal para maquillar de resolución y autoridad la paz con Inglaterra y la tregua con los Países Bajos, no fuera a ser que perdiera la corona su aura de severidad frente a sus acechantes enemigos —la política como relato, etcétera.

No sería este ni el primer ni el último uso político de la religión y de la identidad que presenciar en una España proclive a esos órdagos, siempre con objeto de asegurar lo nuestro en menoscabo del diferente. Tampoco la primera ni la última ocasión en que muchos objetarían que esa expulsión de indudable y necesario celo cristiano tenía como inconveniente, más que el malogramiento de la vida de cientos de miles de personas, cosa que hubiera sido la más

sencilla de pensar y objetar, pero también la más recta y justa, tenía como inconveniente el daño de no contar con la mano de obra que los moriscos podían aportar a la economía.

Quiere decirse, a la moderna y con perdón del historicismo, que a los que venían de fuera se los quería por el trabajo que hacían, el mejoramiento de nuestras cuentas, y poco más. «Nada nuevo bajo el sol», repetirá el lector de nuestro siglo haciendo buen uso del *adagio*.

Lo mismo para Lope y el duque de Sessa en su lenta caminata por el Prado de San Jerónimo. En la amplitud de la alameda formada por tres paseos circulan coches, carrozas, literas, sillas, muchos caballeros a caballo, damas acompañadas de sus dueñas, criados que marchan con recados. En fin, nada hay que nos distraiga de sus palabras.

—Debe saber vuestra merced que mi empeño por sustraer esas cartas no obedecía todo él a intereses propios —explica don Luis.

—Pero admitirá su excelencia que hacerse conocedor de la información que contenían no deja de favorecerle —replica Lope.

Ah, cómo le gusta señalar la ventaja ajena. Si por él fuera, todo interés sería delito, salvo el suyo propio.

—Así es, y no está en mi ánimo negárselo. Pero su merced debe conceder a cambio que saber de la expulsión de los moriscos que planea Lerma, y estar al tanto de los detalles de este plan, pues es en esas cartas donde consta con quiénes y en qué términos trata el asunto y pergeña convencer a su majestad; esas cartas, digo, me pueden servir muy bien para evitar una represión que pone en dificultades a muchas familias.

—Si mi señor duque me permite... —Don Luis asiente animándolo a continuar—, esas letras le facultan para dificultar la expulsión, tanto como que, no produciéndose el exilio, se evite su excelencia la

pérdida de buena parte de sus faeneros, pues son muchos de ellos moriscos que convienen al poco pago por su trabajo, y se evita así también su excelencia la interrupción de sus labores agrícolas, con efectos desastrosos para su hacienda.

—Tampoco esto se lo puedo negar a vuestra merced, pero ¿acaso no puedo preocuparme de ambos asuntos y desear que el bien obre para todos? Ciertos actos, aunque nacidos en parte del interés, producen bien si se encaminan con propósito firme.

—¿En verdad le preocupa a mi señor duque ese bien de todos? — No hay ahora en el rostro ni gestos del duque ninguna invitación a seguir con lo que ya se torna en un intento aleccionador, y de esto parece haber tenido suficiente don Luis en el día, pero Lope continúa —: ¿Puede asegurarme su excelencia que pensaba en esas familias en el momento de expedir la orden a sus criados y dar instrucción de que se sustrajeran esas cartas? ¿Puede expresarme su excelencia que, en el mismo momento de enviar a sus criados a buscarme, abominaba de los extremos a que ha llegado la pureza de sangre que se quiere ahora para nuestra España y que ocasiona la expulsión de inocentes?

»Pues son las ideas que atraviesan nuestra mente en el momento de decidir y actuar sobre la vida propia y ajena las que imponen la naturaleza del acto y revelan quiénes somos. No es lo que más tarde querríamos que hubiera sido y queremos que sea. Eso que pensamos después que ha sido es siempre novela y teatro para engañar al mundo.

Se me encumbra este hombre, acabará haciéndome filosofía, además de versos...

—Pues bien —interrumpe don Luis—, muy sabido es vuestra merced para estos requiebros. Que si es, o que no es, o que nos gustaría que fuera, o no queremos que sea... Al final no sé qué

quiere decirme porque me hace lío al seso con tanto juego de palabras. Pero a lo que parece, entiendo que es vuestra merced un maestro en estos menesteres, y quizá —contraataca el duque— pueda darme ejemplo de sus saberíos y de las sinceridades humanas de que pontifica contando a su señor duque qué lo ha llevado a principiarse en los últimos tiempos en conductas recatadas y obras tan pías. Deja de ver a doña Micaela, lo nombran familiar del Santo Oficio... También he oído que vuestra merced piensa confirmar a sus hijos. A todos, incluyendo a los bastardos.

—He puesto orden en mi vida, su excelencia, eso es todo.

Y un comino «eso es todo». Este busca la santidad tanto como me preocupa a mí el bienestar de esos moriscos hijos del diablo. Mucho me sorprendería de ser el único que hace vida a dos caras.

—Pero ahora no podrá negar vuestra merced que, poniendo orden en su vida, dando imagen de poeta arrepentido —prosigue el duque —, se hace presentar como persona piadosa muy de acuerdo con la moda cortesana en estos tiempos de pureza y fuerte arraigo de la fe. Se quiere expulsar a los moriscos para ser el reino más católico, y el poeta más celebrado es de pronto el más fervoroso creyente. Una causalidad conveniente. En el Caballero de Gracia, al que pertenecen el duque de Lerma y el cardenal de Toledo, se rumorea que valoran aceptarlo...

—No volvamos a esas cuitas, mi señor duque, que ya hemos zanjado en el coche que son bandos en los que solo he querido favorecer a nuestra común causa. Puedo aseguraros que mi intención es limpia —defiende Lope—, y que con mi conversión solo busco dar mejor ejemplo de mi persona ante Dios y ante los demás. Que mi rectificación se haya dado en este momento no es a colación de los anuncios que haya de hacer la corte, sino casual encuentro. Además... *—¡Además! Ahí viene, por fin... ¡Desembucha, felón!—*

busco la mayor de las voluntades para dar impulso a mi obra y representaciones, gustar al público y no hacer feo, pues he de ahorrar cuanto pudiere para la compra de una nueva casa.

El duque lo mira ahora con más atención.

—¿Así que una casa, decís?

¡Voto a Dios que no se le secan nunca las ganas de medrar! Una casa le sustraerá buena parte de su hacienda, si no toda. Más de un año de sus ganancias, quiero calcular. Pero ahí se la pague él, nada puedo objetar.

—Sí, casa propia, no la que me procuró su excelencia, que le agradezco con el alma, pero que a la postre me recuerda cada día cuánto dependo y lastre soy de usía. El hogar propio —justifica Lope— es espejo del lugar que uno ha llegado a tener en el mundo. Quisiera, al fin, una morada que dé muestra de cuán provechosos han sido los años ocupados en servir y escribir. Sabe bien su excelencia aquello de *parva propria magna, magna aliena parva*.

El duque se echa a reír suavemente.

—«Que propio albergue es mucho, aun siendo poco, y mucho albergue es poco, siendo ajeno». ¡A fe que sois hábil! Lo torcéis todo a virtud. Quien os oiga pensaría que no hay en vuestra naturaleza un solo hilo de interés propio.

—Y no lo hay, mi señor, no lo hay —insiste Lope—. ¿Acaso es malo querer más cuando es lo justo? ¿Acaso es deshonesto buscar morada mejor con vida en regla y sin daño para otros?

—Aun así —lo ataja el duque con intenciones redobladas—, con ello también ganáis crédito, más trato y puerta franca entre cortesanos. ¿No es eso parte del juego?

Lope sostiene su mirada sin pestañear.

—Si así sucede, será consecuencia, no propósito. No he puesto orden en mi vida para mejor doblarme al mundo, sino para

enderezarme bajo el cielo. Y si ello me trae ventaja, no habré de rechazarla, pero que no se diga que fue esa la causa.

Consecuencia y no propósito, dice. Cada paso bien medido, menudo galán de rezos.

El duque entrecierra los ojos.

—Al cabo, sois poeta. Y los poetas saben vestir de virtud no solo cuanto escriben.

—No más que los nobles visten de honor cuanto codician —replica Lope—. Pero a diferencia de muchos, yo no pretendo engañar a mi conciencia. En esto no cederé, su excelencia: si he obrado así, es por causa justa.

¡Y vuelta la pulla! No desperdicia ocasión para señalar al amo. Si no fuera porque esta misma habilidad alimenta sus consejos en política, y me precio de ellos, pronto le enseñaría que quien traga mi pan debe cuidar su lengua.

El duque calla unos pasos, ladea la cabeza y sonríe, resignado.

—Sea pues. Mas os digo: no hay casa en Madrid tan sólida que no tiemble con el viento de las conveniencias. Y, aun así, deseo que logréis la vuestra. Casa vuestra, no concedida, eso lo respeto.

—La lograré —afirma Lope. Y más convencido aún—: Nadie podrá decir que en buscarla ni al habitarla renegué de lo que soy.

En buscarla quizá, pues no pienso poner ni un maravedí. En habitarla, ya lo veremos. Renegar de lo que es... Si solo supiera quién es en verdad este hombre. ¿Lo sabe él mismo?

Y mientras el duque de Sessa y Lope se hacen su propia composición personal y colectiva, veraz o embustera sobre los movimientos de la política del reino, la conjura contra el primero, lejos de terminarse con el amago de bolsearle a su secretario y protegido, tan solo ha comenzado.

12

La casa-palacio del duque de Lerma es un organismo vivo que respira poder. Por sus arterias circula la sangre de los rumores, las súplicas y los favores. Por sus pulmones pasa el aire que alza o hace caer nombres, linajes y fortunas. Cada muro es una piel que se dilata y se contrae al ritmo de las decisiones que en ella se toman. Cada cámara, un órgano que conduce hacia el corazón en el que se concentra la voluntad del valido: su sala de audiencias.

Aquí tienen lugar las asambleas que deciden el destino de lo grande y lo pequeño. Lo que llega a palacio de lo urdido aquí es la decisión tomada a la que el monarca solo tiene que conceder un asentimiento poco esforzado. Sus reuniones no constan en los libros de historia, no pasan por acta alguna, tampoco nutren memoriales, pero hacen que otros libros, otras actas y otras memorias cambien para siempre su curso.

La sala de audiencias late en la planta noble, protegida por las costillas de otras salas menores. A medida que avanzamos hacia ella, las ventanas se estrechan, la luz se afila hasta convertirse en una insinuación dorada sobre el polvo. Se adensa la penumbra y envejecen los tapices. El aliento de sus ventrículos huele a madera encerada y a la ceniza apagada de tiempos más fríos. El aire pesa y es difícil respirarlo.

La puerta se abre a su paso. El organismo reconoce su presencia y el duque de Maqueda es absorbido para comparecer ante Lerma.

Le anuncia el gentilhombre de cámara:

—Su excelencia, don Jorge de Cárdenas y Manrique de Lara, duque de Maqueda y de Nájera, marqués de Elche, virrey de Sicilia.

Lerma permanece al fondo, elevado sobre la tarima, bajo un dosel carmesí. A sus flancos, dos secretarios con sus plumas y pliegos abandonados a un lado, un clérigo de expresión inescrutable, un guardia en posición de firmes que no pestañea.

—Sois un hombre de linaje limpio y el rey os honra —comienza Lerma, ceremonioso—. Nuestro monarca os tuvo por virrey y os concedió su favor con la encomienda de Ventosilla, y yo no pude sino apoyar con mi conformidad designio tan certero tras la muerte de vuestro padre y de vuestro hermano. Que nuestro Señor los tenga en su gloria.

—Que vele también nuestro Señor por vuestra excelencia —contesta el duque de Maqueda, obsequioso—, tanto ha apoyado y protegido siempre a nuestra familia.

—Me precio de ello, don Jorge. Si bien hay personajes y situaciones de los que ni mi linaje ni la corona pueden protegeros —opone Lerma yendo directo al asunto por el que lo ha convocado—. Me duele ser yo quien os lo diga. No quisiera ser, con tan tristes noticias, quien truncara el futuro de un joven tan prometedor como vos. Pero es de justicia que lo sepáis por mí: vuestra hermana ha sido deshonrada.

A don Jorge se le endurece el gesto. A sus dieciséis años, su carácter violento y sus formas iracundas son de sobra conocidos en la corte. Hace apenas un año, él y tres de sus criados acabaron con la vida de un escribano del Consejo de Castilla que reunía pruebas contra él en una disputa judicial. El crimen le había valido su reclusión en Torrijos por seis meses. Escasa pena por un acto imperdonable, incomprensible de no haber gozado del favor real antes mentado por el duque de Lerma. A la llamada de este último,

don Jorge no había dudado en incumplir su castigo y regresar raudo a Madrid.

Su rostro revela el gesto contenido del titánico esfuerzo que hace por hablar, pero que su respiración entrecortada le impide. Al no conseguir articular palabra, retira la mirada de Lerma y gira el rostro hacia el vacío, buscando en él un desmentido sin encontrarlo.

—Decidme cómo —logra pedir.

—El quién. Importa el quién, don Jorge. El quién explica muchas cosas en este caso —lo alecciona—. El duque de Sessa, ese poeta con disfraz de cortesano, ese truhan simplón con ínfulas de mando, ha entrado en relaciones impropias con ella. El cómo —prosigue— es la venganza. Ni siquiera los incontenidos afectos amorosos por los que se lo conoce han tenido que ver tanto en esta deshonra como la venganza.

—¿Venganza, decís? ¿Pues qué he hecho yo a don Luis que haga merecer que me pague con este abominable trato hacia mi familia?

—He ahí la razón por la que es de justicia que fuera yo quien os diera la triste noticia —explica Lerma—. La causa es la venganza contra mí porque su poeta, pues lo cree solo suyo, ha firmado en obra reciente dedicatoria a mi hijo y heredero, don Cristóbal.

»Como el poco señor y mucho niño que es, ha sentido esta minucia como ofensa que ha querido devolver dirigiendo la venganza contra mis más fieles aliados. Dado que siempre habéis sido adalid declarado de mi causa en la corte, os ha atacado a vos para lanzar un mensaje contra nuestro común empeño.

—Pero... ¿a qué empeño se refiere mi señor? ¿Qué sabe don Luis de nuestros intereses que lo haya llevado a intentar acto tan deshonroso contra mi persona? —las dudas asaltan a don Jorge— ¿Tenéis prueba de todo esto que decís? ¿Disponéis de prueba alguna de lo que se le acusa?

—Tendréis las pruebas, por descontado, pero ¿no veis que tengo algo mejor que pruebas? Tengo motivos —asegura Lerma con firmeza—. ¿No recordáis acaso el robo de misivas que se ha hecho a mi persona, del que se ha hablado estas últimas semanas en los mentideros?

—Son los mentideros, su excelencia; si hubiéramos de dar crédito a...

—Lo que ha circulado es por completo cierto —corrige Lerma—. Me fue sustraído un grupo de cartas importante. Uno de los implicados en el robo fue Lope de Vega, de quien sospechábamos procedía el romance que ha circulado al respecto por las calles de la ciudad. Él mismo lo ha confesado todo ante mí.

—Pero ¿qué relación puede tener mi persona con estos hechos?

—Las cartas desaparecidas trataban de nuestra común voluntad y acuerdo sobre la expulsión de los moriscos.

Don Jorge enmudece. La sangre, que un instante antes iba camino del rostro acelerando su encolerizado estado ante la sospecha del agravio hecho a su hermana, se retira al instante. Enmudecido por el golpe de la revelación y su alcance, despojado de su capacidad para articular palabra, prosigue Lerma:

—La debilidad de vuestra hermana bien puede haber sido la puerta por donde ha entrado nuestro enemigo. Para introducirse en mi residencia no basta el ingenio, hace falta información. Saber cuándo me hallo ausente, conocer la disposición de la casa. Tanto su hermana como vuestra excelencia y el resto de su familia han tenido paso franco a esta morada dada la confianza que nos une.

Maqueda traga saliva. Ante el atisbo de acusación reacciona nervioso a la defensiva:

—Puedo asegurarle que mi hermana no cometería tal imprudencia, ella...

El duque de Lerma hace uso de su superioridad y lo frena con la palma de la mano.

—Don Jorge, tranquilícese, son todo conjeturas, por supuesto —admite conciliador—. Pero incluso si sus amoríos con su hermana son posteriores al robo de estas cartas, los malos propósitos del duque de Sessa son los mismos: aprovecharse de la situación para obtener toda la información posible de nuestros planes a través de ella.

Maqueda cierra los ojos apenas un segundo.

—¿Y las pruebas?

—He dicho que las tendríais, don Jorge —recuerda molesto Lerma —. No tenéis más que permanecer esta noche en casa con la precaución de no sucumbir al sueño. Quedad atentos a vuestra hermana, mas no le digáis nada para no deshacer la cita que habrá de tener lugar, y asistid vos mismo a lo que suceda bajo su ventana. Ahí tendréis la prueba de lo que os digo.

Indefenso su raciocinio por la ira resultado de la humillación, y alertado por el miedo que ha despertado en él que otros conozcan sus maquinaciones políticas y puedan ganarles la mano en la corte, don Jorge admite por fin:

—Lo sucedido es grave. Gravísimo. El honor justifica que actuemos cuanto antes, su excelencia.

—Lo justifica y lo exige. —El duque de Lerma apenas puede disimular una ligera sonrisa de triunfo—. Porque no es solo vuestro honor el que ha sido mancillado, es también el mío, el del rey que apoya nuestras determinaciones, y el del reino mismo por el que velamos con nuestra empresa.

—Mandad, pues, ¿qué queréis que haga?

—Haced lo que os he dicho. Otead vuestra calle esta noche. Y cuando lo veáis aparecer y faltaros de nuevo al honor, actuad con

vuestros hombres, que yo también pondré de mi parte para ayudaros. Que no queden otros testigos que aquellos que han dado su palabra de servirnos.

Maqueda asiente.

—Sea, pues. Que Dios me perdone.

—Mejor que Dios guarde su espada.

13

La historia universal viene cargada de ironías. No la más grave, pero sí una bien burlesca, es que la casa que acabó comprando Lope en la calle Francos, esa casa propia anhelada de la que habló al duque y que durante veinticinco años —hasta su misma muerte— le dio cobijo, fue casa que acabó emplazada siglos después, reforma nominativa y decimonónica mediante, en la calle de Cervantes. No se puso, por tanto, calle de Lope de Vega a la vía donde más tiempo vivió el poeta, sino a una de sus paralelas, la que alberga, por contra, la tumba de Cervantes.

La anécdota hace las delicias de los cicerones de la contemporaneidad, prestos a la curiosidad —pero solo explicada a medias, pues no acostumbran a conocer el motivo de tamaña contradicción— para dar contento momentáneo al turista del también rebautizado —aquí sí con absoluto acierto— Barrio de las Letras.

Pero en estas que la historia viene cargada de ironías como de coincidencias, y si los lumbreras hablan de lo que no terminan de saber acerca de su pasado, igual hacían, pero refiriéndose a su presente, los parroquianos del convento de San Felipe, en cuyas gradas, cercanas a la Puerta del Sol, formaban el principal de los mentideros de la ciudad. En él cabían todas las gentes y todos los temas. Las verdades como las mentiras.

No podía ser otro el lugar en el que se escuchó especular por vez primera acerca de esta compra.

—Habrá de pagar cinco mil reales —decía uno.

—No sabes lo que dices —afrentaba otro—. Mucho dinero sale a pagar para uno que hace comedias.

—Deliráis —zanjaba un tercero—. Cinco mil reales sería el primer pago. Voto a Dios que la casa alcanza los doce mil cuando menos. Dos plantas de buen fondo, más un huerto bien hermoso, con balcones y hasta oratorio.

—¿Y el oratorio de dónde lo saca? —saltaba un cuarto.

—De que fui una vez criado allí con su anterior propietario. Un oratorio tiene la casa, y va mejor surtida con un estrado para mujeres y un cuarto para invitados, más el de las criadas y otro que pienso será para los niños. Cocina, comedor, zaguán, más su propio cuarto.

—Y el huerto para que el Fénix se lleve a las actrices.

—No, que ahora es pío y solo compone poesía sacra. Las únicas fiestas que hace son a los santos.

No iban del todo desencaminados en este mentidero, pues la casa costó, en efecto, cantidad muy elevada, y las estancias eran las que dijo el criado, a falta de sumar el corral del que también disponía, con cobertizo que hacía las veces de palomar, pero por su tino bien pudo el tal criado serlo, en efecto, de la casa en otros tiempos.

Menos acertados estuvieron en el mentidero de las Losas de Alcázar, donde los patios del Palacio Real. Es lo más seguro que el fallo en sus juicios se debiera a la envidia, de donde proceden una mayoría de las ocasiones las críticas que suelen proferir esos arribistas mediocres que hablan mal de alguien solo por no aceptar que otros puedan alcanzar a pagarse sus sueños gracias al propio trabajo y esfuerzo que esos que maldicen no alcanzan —porque no quieren.

—No es posible que haya comprado semejante residencia con su dinero.

—Habrá sido su protector, el duque de Sessa, quien adelanta el pago para tenerlo amarrado después de que haya arrimado el ascua al de Lerma.

—Tanta liberalidad que prodiga con sus versos y representaciones, y en verdad no deja de ser un esclavo de sus aspiraciones.

Esclavo era Lope, pero de otras dimensiones que bien conoce el lector que no tenían que ver tanto con el dinero. Había, por cierto, donde los patios, abogados del señor de Sessa sabedores de las cuentas de su excelencia que podrían haber desmentido aquella invención. Pero a los intereses del duque convenía que se mantuviera aquel cuento, para seguir aparentando control sobre tan famoso nombre.

Lo pagó todo Lope en realidad. Si bien no pudo ser de una sola vez. De los nueve mil reales que costó la casa, cinco mil los puso en el momento de comprar, y lo que resta a dos plazos de cuatro y ocho meses. La cantidad fue la equivalente a dos años de ingresos por sus comedias.

De estas últimas se hablaba, más que de la casa como tal, en el tercer y último de los célebres mentideros madrileños, el de Representantes, que quedaba, además, en la calle del León, muy cerca de la casa de Francos. Entre los aficionados y profesionales del teatro que solían rondar aquella vía que hace esquina con la del Prado, el comentario venía de la nueva personalidad religiosa de Lope.

Eran más los rumores que circulaban sobre una nueva y copiosa antología de poemas de materia sagrada, en la que al parecer se encontraba trabajando en aquel momento el Fénix para responder a su enconado sentimiento religioso —genuina preocupación de este mentidero: descubrir la obra por venir para ser los primeros, antes de su impresión misma, se entiende, en hundirla más que ensalzarla —, que cualquier atisbo de sorpresa por su nueva actitud piadosa ante la vida, que todos coincidían en estimar de naturaleza caduca y fruto del interés más egoísta. Cualquier otra posibilidad se habría considerado, de hecho, ofensiva, y a quien la deslizara, un loco; cómo había de obrar un poeta de su tiempo si no con la más astuta malicia y promiscuidad.

No en vano, Lope había logrado con su pertenencia a las distintas congregaciones religiosas a las que abonó su fama el título de familiar del Santo Oficio —o fue esto último lo que propició lo demás, tanto más da—, pertenencia que implicaba su posible participación futura en la censura de la Inquisición y la oportunidad tanto de recuperar aquellas de sus obras que le hubieran sido requisadas por blasfemas con anterioridad como censurar las de otros. Tampoco esto último era considerado traición por sus homólogos, pues también ellos habrían aprovechado tal circunstancia de hallarse en su situación —ya quisieran, de hecho.

Del cese de sus relaciones con Micaela no se hablaba ya en ninguno de estos foros. El final de la aventura se atribuía al nuevo gesto de fe del poeta ante la vida. En cuanto a la posibilidad de otros devaneos, si se exceptúa la zafia chanza ocasional y mal traída, como la habida unas líneas arriba, nadie disponía del mínimo fundamento para sospechar siquiera. En tanto que se veía a Lope más beato que nunca, serio, circunspecto, familiar y preocupado de su casa y de fundar en ella un nuevo hogar bajo una luz renovada,

su virtuosa conducta, que tanto había querido para sí desde el día que tocara fondo con aquel romance cochambroso sobre el vergonzoso robo de cartas, había avivado el tan deseado e incipiente respeto, hasta el momento solo acostumbrado para su obra, también para su persona.

Y juntas, vida y obra, fuera o no interesado el cambio en la primera, o al menos desde la posición de quien contempla y juzga ambas desde fuera, parecían caminar por vez primera a la par. ¿Sentía esto mismo el poeta, que su vida cogía por fin línea recta, y quedaba a salvo, lejos de los quebrados caminos de antaño?

14

La puerta de la taberna se abre con violencia. Es un tablón carcomido al que alguien pegó dos bisagras de hierro, acostumbrado a rebotar con estrépito en la pared que le sirve de tope, hecho al poco cálculo, a las maneras perdidas y al enorme contento de los parroquianos salientes que, después de beber lo antojado, apoyan sus manos, el antebrazo, el hombro y hasta el costado entero —la extensión de la superficie de apoyo escogida da la medida de la mona adquirida— antes de tomar impulso y, con un nuevo golpe de la sufrida puerta, salir propulsados hacia la noche.

El bodegón de Ledesma, en calle aledaña a la Mayor y conocido entre sus parroquianos con el nombre y doble sentido de Los Cuernos del Alba, es, en contra o a favor de toda lógica, el chupadero predilecto del duque de Sessa. El vino es rico en agua; la comida, abominable —existe, pero nadie la pide por resultar tan evidente su amenaza—; la compañía, de la peor calaña. Pero el bodegón de Ledesma es también ese lugar replicado hasta la saciedad de mil maneras distintas pero iguales en cualquier siglo y paraje grande y pequeño de nuestra España, estimado y añorado para optar a otra jarra, a una ronda más que estreche la mirada de hombres y mujeres, acalle el coro de expectativas y probabilidades que los acosan, y condense la vida entera en los dogmas más simples.

Es un buen sitio para emborracharse, en definitiva, e iniciar las aventuras de la noche que, para ser estas verdaderamente gozosas

y a gusto de don Luis, debían terminar con una serenata bajo balcón amigo —si se quería divertimento— o balcón ajeno —si lo que se buscaba era bulla—. Además, donde Ledesma se encuentran siempre músicos nacidos para la gloria nocturna, razón menos filosófica, pero más esclarecedora de la presencia del duque allí.

Por eso, cuando don Luis sale vomitado por la desvencijada puerta seguido de la escolta mucho más serena de sus criados Bermúdez y Cabrera, también se despeñan tras ellos una cuadrilla de músicos recién reclutados para la faena: un zagal vizcaíno con un arpa de sobremesa —no es instrumento para hacer la calle, pero cada uno se vale con lo que tiene—; una vihuela oscura en manos de un mulato de los arrabales del Barquillo; un sacabuche que jura venir de Nápoles, empuñado por un veterano tudesco que responde al nombre muy probable pero supuesto de Hans; y un segoviano larguirucho y fino como la deslucida chirimía que porta. Nadie se conoce de nada, pero por los seis reales por cabeza prometidos por guiar al duque a un buen balcón para armar alboroto, parecen los cuatro conjunto de cámara.

Para cuando se cierra la puerta y se pierde el resplandor cedido desde el interior a la noche madrileña, Bermúdez y Cabrera ya tienen los farolillos de aceite prestos a iniciar comparsa.

—Decidme, maeses —inquiere don Luis arrastrando las eses—, ¿a qué balcón de esta villa volarán hoy mis versos?

Con que no sea la ventana de alguna buscona..., que tengo la corte llena de murmullos como para desaprovecharlos con una cualquiera.

—A uno de dama noble, hermana de un grande, su excelencia —responde el segoviano.

—Mejor baranda que desvelar con nuestros trinos no encontrará esta noche nuestro señor —adorna el vizcaíno.

—Alto apuntáis. ¡La hermana de un grande de España! —responde burlón don Luis, que no se cree del todo la promesa de sus improvisados trovadores—. ¿De quién se trata, pues?

—De doña Leonor de Cárdenas, mi señor duque —presenta jactancioso el segoviano ante la sorpresa y satisfacción que trasluce el duque por tan alta e inesperada apuesta—. Conocemos bien al servicio de la casa, y sabemos que su hermano salió esta misma tarde de vuelta a Torrijos. Esta noche está sola y a punto para desvelarse con nuestras melodías.

Bermúdez y Cabrera intercambian una mirada de alerta, pero un rápido cálculo comunicado en la misma los lleva a guardar silencio. Molestar a la hermana del duque de Maqueda nunca es una buena idea. Don Jorge es aliado de Lerma en la corte, y enemigo no declarado pero seguro de la causa del duque de Sessa, además de hombre impetuoso y virulento. Sin embargo, nada de lo que hace don Luis a estas horas es una buena idea; ese es el divertimento que persigue, y al duque no le gusta ser chafado en sus diversiones. Otra razón de prudencia les impide hablar: sus informadores no les han dado noticia de que don Jorge de Cárdenas haya vuelto a Torrijos, lugar en el que había sido recluido por mandato de las órdenes militares, y del que se sabe que había escapado para regresar a Madrid con la excusa de acompañar a su madre. Ambos temen ser reprendidos por su descuido e ignorancia.

—No conozco todavía a tan joven señora —prorrumpe don Luis, entusiasmado por la novedad. *—Y no encuentro momento más propicio que este para hacerlo—.* ¡Vayamos a cortar el sueño a esa dama!

La orden prende. La vihuela rasguea acordes de jácaras, la chirimía sopla estribos festivos, el arpa caracolea su acompañamiento y el sacabuche responde con un bordón que hace

temblar los postigos cerrados de las calles por las que desfilan. Un vecino maldice a gritos desde su lecho; otro asoma la cabeza desde bajo su capote y mienta a la madre que los parió desde el corral en el que pernocta. Pero los que más, arriman ojos y oídos a las ventanas siguiendo con admirada diversión a este grande de España.

Bermúdez adelantado y Cabrera a la zaga, ambos atentos a los riesgos de la noche con sus farolillos, escoltan al ruidoso grupo hasta la casa-palacio de dos alturas en la calle de la Encarnación. Al llegar al soportal de entrada bajo el balcón prometido, los músicos se alinean en semicírculo flanqueando al duque, sus dos criados a los extremos. Si el sueño todavía guarda a doña Leonor de Cárdenas después del alboroto que ha seguido al grupo calle abajo, su descanso está a punto de tocar, definitivamente, a su fin.

Don Luis, ebrio de vino y entusiasmo, alza el rostro, abre los brazos y clama con voz destemplada:

—¡Abrid, dulcísima dama, que os traemos melodías y desvelos! —Y a su señal, sin más demora, los músicos tañen el acompañamiento para sus letras a medio camino entre la sátira burlesca, los elogios obscenos y la proclamación de todas las virtudes ocultas de una cierta dama, divino modelo del regocijo masculino.

Ríen los músicos, ríe don Luis, ríen incluso Bermúdez y Cabrera relajando su actitud vigilante, y a sus risas se une el crujido de la ventana que se entreabre en el balcón.

—¡Dichosos mis versos, si en tan breve vuelo han hallado acomodo en pecho tan gentil! —se jacta ufano don Luis—. ¡Permitid que os vea! ¡Mostraos, señora, pues no es justo que quien inspiró los versos se oculte al poeta!

La ventana termina su recorrido, pero no es doña Leonor quien asoma el rostro.

—¡Su excelencia! —advierte urgente y tenso Cabrera a su señor un instante antes de que don Jorge de Cárdenas, duque de Maqueda, se revele entero en el marco del balcón.

Viste de oscuro, con grueso jubón pardo ceñido al torso y la capa negra echada a un lado, descubriendo la mano derecha sobre la empuñadura de su espada.

El atuendo no da lugar a dudas acerca de sus intenciones. Tampoco el rostro.

Viene despierto, la cara exenta de cualquier somnolencia y una calma ajena a la ira. Bermúdez, Cabrera, incluso el duque en su ebriedad perciben, confusos y alarmados, que don Jorge esperaba esta visita. Y que la recibe a la ofensiva: al mismo tiempo que don Jorge comparece en el balcón, también la puerta principal se abre, apostándose frente a la ridícula comitiva trovadoresca cinco hombres bien armados y con maneras de veterano.

—¿Serenatas a mi hermana? —pregunta don Jorge amenazante— ¿A estas horas y con esta chusma?

—¡Don Jorge! —Don Luis no sale de su sorpresa—. No sabíamos que vuestra excelencia...

—¡Callad! —ordena el de Maqueda—. ¡Yo sí sabía que vendríais! Sé también de las visitas que hacéis a mi hermana y vuestro deshonroso cortejo llega hoy a su fin.

No se me hiela la sangre porque la traigo hecha mosto. Aquí se supone que el borracho soy yo, ¿qué dice este loco de su hermana?

—¡Qué decís! —le increpa don Luis—. Esta es la primera vez que vengo donde su excelencia con intención de ver a su hermana. No hemos tenido relación alguna con anterioridad. ¿De dónde saca tales conclusiones?

—No intente confundir la situación con sus mentiras. No he de escuchar más embustes e imprecaciones de un noctámbulo sin honra.

Aunque don Jorge intenta sonar tajante, su tono cede terreno a la duda. La defensa de don Luis ha sido indubitada, y su cara expresa una sorpresa tan grande que su desconcierto tras la acusación parece sincero. O don Luis es el mejor y mayor farsante con el que se ha topado nunca don Jorge —y en verdad, todo sea dicho, la fama precede al personaje—, o hay equívoco en la información recibida por el duque de Lerma en lo relativo a los tratos con su hermana.

Pero bien sabe que no es solo la merma a su honor lo que lleva al escarmiento. Está el asunto del robo de cartas, así como la involucración del propio valido en la planificación de esa celada. Ni aunque hubiera yerro, es posible detener lo que está a punto de suceder.

—Cometéis un gran error, don Jorge —intenta de nuevo don Luis —. Estos músicos pueden dar fe de que es la primera vez que...

Pero ya no hay músicos que puedan dar fe del desacierto. Don Luis asiste atónito a la transformación del improvisado cuarteto de cuerda y viento en cuadrilla de mercenarios.

El vizcaíno desenrosca el pomo inferior de la columna del arpa y la gravedad hace el resto, llevando a su mano una daga de misericordia sin guarda. El segoviano tira de la campana inferior de la chirimía, convirtiéndola en la empuñadura de un estilete. El mulato, poco amigo de las manualidades, parte la vihuela contra su ancho muslo; la caja salta por los aires y dos pequeñas y afiladas hojas curvas de acero vienen a sustituir madera y tripa. El tal Hans tira fuerte de las correderas del trombón para separar boquilla y pabellón; en una mano se queda con la vara de la campana a modo

de maza; en la otra, la parte de la embocadura que termina en aguzada punta cual lanza.

En su cogorza, la habilidosa mutación de la triste banda de músicos en amenazante grupo de mercenarios se le aparece a don Luis como la más prodigiosa de las metáforas.

En verdad se lamentan de que el oficio de músico está repleto de trampas, y aseguran que entre ellos son como víboras. Siempre al acecho de la traición y de la venganza, ¡bendito arte al servicio de otros!

Bermúdez y Cabrera, menos embriagados por la súbita inspiración con que premian las musas y la filosofía a quien no ve —es cosa paradójica esta— a dos palmos de sí mismo, no se dan tiempo para reflexiones y reaccionan raudos a la deslealtad sin parar mientes en la sobrada desventaja numérica que presenta la encerrona.

En sincronía conceptual y física —ambos albergan las mismas ideas abyectas sobre el código de honor que ha de regir en un enfrentamiento, es decir, ninguno—, e inspirados por la musical idea de sus ahora contrincantes de hacer uso de los instrumentos a su alcance, agarran firmes sus farolillos desde el asa, toman impulso y los estampan con toda su fuerza contra la cara más cercana, buscando hacer estragos en parte blanda y vulnerable. A ambos lados del grupo, el crujido de metal y vidrio de las lámparas se hace uno con la deflagración del aceite al fundirse con la llama. Los otrora rostros del vizcaíno y el segoviano quedan convertidos en sanguinolentos tocones de carne antes de derrumbarse sobre el empedrado.

El factor sorpresa se ha invertido.

Los dos criados del duque toman la cegadora detonación como señal para continuar con su improvisada coreografía.

En el extremo derecho del grupo, Bermúdez aprovecha el impulso ejercido con el revés propinado con la lámpara para seguir girando sobre sí mismo mientras se agacha, desenvaina su daga de misericordia con la izquierda y alarga el brazo para hendir carne arrastrando el cuchillo por entre el talón y el gemelo del trombonista sajón convertido en macero. El mercenario aúlla de dolor y pierde el equilibrio, y Bermúdez vuelve a izarse abalanzándose sobre su trastabillado enemigo para caer sobre él con todo su peso concentrado en la daga en ristre y firme a dos manos. En cuanto el mercenario es frenado por el empedrado, el cuchillo sigue su camino a través del grueso jubón y entra hasta la empuñadura en el pecho. Bermúdez extrae la daga con fuerte tirón de ambas manos y la cede a su izquierda para descender con ella trazando un tajo perpendicular a la horizontal del cuello enemigo.

—Este no vuelve a soplar más tubos —jadea por el esfuerzo.

En el lado opuesto, Cabrera sí frena la inercia del golpe del farolillo en cuanto nota su impacto, pues le urge echar mano de la espada con la misma diestra del asa. El mulato, menos impresionado por los fuegos de artificio provocados por la lámpara, se le viene encima armado con sendas espadas cortas, por lo que Cabrera retrocede mientras desnuda la hoja larga para detener la andanada con que lo acecha.

Su adversario es de un tamaño considerable, y se acerca decidido a aplicarle el mismo tipo de cariño dispensado a su siniestrada vihuela: partirlo en dos.

Los cortes descendentes de sus dos espadas se suceden, una hoja sigue a la otra sin descanso. No hay técnica ni ingenio en los golpes, pero su sucesión ininterrumpida y la creciente contundencia aplicada al ataque apocan a Cabrera hasta ponerlo de rodillas, la segunda mano enguantada en la hoja para mantenerse un instante más en

esta vida y el padrenuestro en la boca para entrar con buen pie en la siguiente.

Pero el milagro que el lector espera se obra. Los impactos se interrumpen y Cabrera acusa la súbita desaparición de toda presión sobre su espada. El cuerpo de su adversario pierde tono y queda repentinamente flácido. Deja caer una de sus espadas para llevarse la mano a la nuca, los ojos desorbitados mientras entreabre la boca para dejar escapar un hilillo de sangre. Se tambalea y cae a plomo a un lado boca abajo, asomando de su cerviz la ornamentada empuñadura de la daga de don Luis que el sorprendido vihuelista no llegó a alcanzar.

Entre resuellos, ahogado por el esfuerzo, Cabrera hace el intento de agradecer al duque su ayuda.

No sé ni cómo he acertado a darle. Viéndolo doble, he ido a darle al que era de carne y hueso.

—No me deis las gracias. Solo hago que retrasar el momento —replica don Luis mientras desenvaina la espada con ebria dificultad y dirige la vista a su alrededor para apercibir a Cabrera de la verdadera amenaza que se cierne sobre ellos.

Los cinco hombres del duque de Maqueda han optado por esperar a que se resolviera el primer enfrentamiento. Por ver si caía alguno de sus rivales o, en su defecto, provocar el suficiente cansancio en ellos como para facilitarles el trabajo, además de darse tiempo para rodear al trío. Su prudencia, disciplina y sentido de la oportunidad descubren a hombres con experiencia militar, de hechura muy distinta a los músicos mercenarios. El duque de Maqueda hace acto de presencia en ese mismo momento bajo el soportal. Con él, y sin poder contar al duque, pues apenas puede tenerse en pie, la desventaja numérica es de tres a uno.

En otras novelas proclives a la heroicidad desmedida de sus protagonistas, siempre con el generoso propósito de regalar al lector unos minutos más de fraudulenta aventura, y honrado, pero también alucinado entretenimiento, Bermúdez y Cabrera se habrían lanzado a la ofensiva contra aquellos veteranos con declarada y firme intención, ya no de salvarse a ellos mismos, sino de salvar a su señor. En este relato, tanto más escéptico de las bondades y capacidades atribuidas al género humano, los dos criados deciden rendir armas, puesto que, razón evidentísima a lectores menos entusiastas de la acción gratuita, no tienen ninguna posibilidad de salir vivos de allí oponiendo resistencia.

Rindiéndose, las oportunidades no mejoran apenas, pero hay una posibilidad; una posibilidad alcoholizada y bamboleante que apenas se tiene en pie; una posibilidad consistente en solicitar el perdón y rogar clemencia; una remota posibilidad, en fin, de poder contarlo. Pero la posibilidad, llamada don Luis, no está en condiciones de comprender estrategias tan finas, siquiera se puede estar seguro de que llegara a ver a Bermúdez y Cabrera dejando caer sus espadas para asegurar la capitulación y, fiel al coraje suicida de todo joven noble de aquel siglo, carga contra el duque de Maqueda.

Este último, con la decisión, agilidad y fuerza superiores que ofrece la sobriedad, saca su espada y, con el mismo arco trazado al salir de su vaina, aparta la de don Luis de su trayectoria con facilidad.

Don Jorge se deja llevar por la inercia del mismo giro de cadera efectuado para desenvainar y desviar la estocada para ponerse de lado, cargar el hombro y recibir al desarbolado don Luis con un empellón que lo echa al suelo y hace volar su espada. De pie frente al caído, sostiene la punta de su espada a un palmo del rostro de Sessa.

—¡Tumbado habéis de confesar, don Luis! —ordena Maqueda—. ¿Admitís la ofensa a mi casa? ¿A mi hermana?

Tumbado he de morir, más bien. Fiel a mi condición hasta la sepultura.

—Niego cuanto se me imputa —replica don Luis con un amago de náusea—. Por mi vida que tan a punto está de cesar que no he tenido trato con doña Leonor, ni en sueño ni en vigilia.

Quizá sí el pensamiento de mancillar su nombre, o a eso veníamos.

La hoja de don Jorge titubea un instante. Viéndose morir uno, tan seguro de su final, ¿qué sentido tiene la mentira? Tan próximo el tribunal de Dios, acabar los días con engaño es añadir sombras inútiles a la noche que llega...

Don Luis lee la duda en sus ojos.

¡Vive Dios! ¿Será posible que este idiota tenga algo más que arrebatos en la mollera? Juguemos la socorrida carta del honor, pues...

—Matadme si es lo que buscáis —articula con voz rota don Luis—. Mas sabed, por mi honor y por Dios, al que pongo por testigo de mis palabras, que jamás tuve trato con vuestra hermana.

El juramento termina por desbaratar la certeza en que don Jorge asienta su ira. Pero, si es inocente, ¿de dónde vino la infamia?, ¿quién lo trajo a esta emboscada? El nombre se alza como una sierpe en su pensamiento: Lerma.

El valido gana por partida doble con el desenlace: muerto Sessa, se deshace por fin de tan tenaz rival; desterrado Maqueda, se libra de tan impredecible aliado. Más espacio y menos contratiempos para Lerma en la corte.

Sin embargo, quedan las cartas, el robo de las misivas en las que don Jorge participa en la confabulación contra los moriscos. En este

asunto la actuación del duque de Sessa es inapelable. Y por encima de ello está el honor de su palabra: ¿cómo desdecirse ahora de la acusación vertida sobre don Luis?

—Os creo —acepta don Jorge—. No moriréis esta noche. Más debéis cargar con la memoria del resto de vuestras osadías.

Don Luis no capta la amenaza implícita en las palabras de don Jorge. Sintiéndose indultado, deja escapar el aire y tantea el suelo con la mano para incorporarse.

Entonces, el brillo súbito: la hoja asciende de improviso y describe una diagonal que parte la carne desde el pómulo izquierdo hasta la sien derecha. El tajo hiere al duque en la faz que tantas damas y salones festejaron. La sangre brota rauda empapando la gorguera. Un gemido gutural se ahoga en la garganta de don Luis, que acaba por desplomarse.

Bermúdez y Cabrera echan a correr hacia el duque mientras don Jorge hace ademán a sus veteranos para que permitan a los criados socorrer a su señor. Bermúdez intenta vendar el rostro con jirones de su jubón. Cabrera incorpora levemente a don Luis para evitar su ensangrentada asfixia, y pregunta con temblor de alivio y rabia para intentar comprender:

—¿Para qué? ¿Por qué?

—Para que todos sepan que don Jorge de Cárdenas no es instrumento de nadie. Y porque si la lengua miente, no lo haga la carne.

15

De pie tras la nueva mesa de nogal de un estudio a medio hacer, todavía muchos de sus casi millar de libros sobre el suelo de barro cocido a la espera de descansar en sus librerías, las esteras y alfombras apiladas contra las esquinas, iluminada toda la estancia con fuerza por la sobrada luz de la mañana que cruza las tres ventanas que dan a la calle Francos, Lope lee la nota que acaba de traerle uno de los mozos de carga:

> El duque de Sessa ha caído herido de gravedad en riña sangrienta.
>
> Corren voces que os nombran y no faltará quien quiera haceros parte del suceso.
>
> Obrad sin dilación lo convenido. Trazad las cartas dirigidas a la hermana del duque de Maqueda en estilo y letras a imitación de Sessa. Con ello quedará vuestra persona libre de sospechas para el Consejo y gozará del cargo de cronista que tanto desea.
>
> Guárdese vuestra merced y no falte en la ocasión.

Meditabundo, Lope deja el papel sobre el escritorio y alza la vista para contemplar el cuadro que cuelga en la pared opuesta a la de su escritorio.

El joven pintado en él es casi un espejo, un reflejo de su persona, pero con apenas veinte años, menos de la mitad de los cuarenta y siete que cuenta ahora. En su retrato comparece sentado a la silla frente a otro escritorio, mucho más modesto que el castellano que se ha hecho instalar ahora. La pluma y la espalda rectas. Sus ojos hundidos en el papel. Todo él permanece ajeno a los perros, los

trasgos, los monos y otros animales y monstruos que lo cercan, le ladran, le hacen gestos grotescos.

Los ojos de aquellas criaturas son la parte más viva y más muerta del cuadro. Carbunclos húmedos que laten sin párpados, incendiados de puro odio, encendidos por una luz de fiebre chispeante de burla.

Se encuentra en aquellos ojos monstruosos el espanto de lo familiar deformado: la mirada de una madre resentida, de una amante despechada, de una esposa humillada, de un actor olvidado, de un marido burlado, de un noble desterrado, de un inquisidor receloso, de un sacerdote en pecado, de una hija no reconocida, de un Dios vengativo. Todos ellos apuntan al mismo sitio: la mano que escribe sin hacer caso de ellos.

Imitando aquel reflejo de sí mismo, Lope se sienta a la mesa, coge la pluma y escribe:

Del que vive por vos, duque de Sessa.

Mi bien y mi tormento, Leonor adorada:

Arde mi sangre por deciros que nada en el mundo me es vida si no es la esperanza de poseer vuestra hermosura...

FIN DEL CUADERNO PRIMERO

CUADERNO SEGUNDO

16

Lorena y Julia esperan expectantes la llegada de los niños. Cocinera y criada llevan sentadas cerca de una hora en el banco plegable de nogal del zaguán. La emoción de la llegada que va a tener lugar las hace insensibles tanto a la incomodidad del duro asiento como al frío invernal acumulado en el recibidor. Tampoco quieren sentirse la una a la otra, y no articulan palabra, puesto todo su esfuerzo en intentar advertir el sonido del coche que, atravesando la calle de Francos, les traerá a Marcela y a Lopito a casa.

La cocinera de la casa, Lorena Sánchez, lleva sin ver a los niños desde 1608, momento en que dejaron Madrid y partieron a Toledo con su madre. Seis años han pasado desde entonces. Tenerlos ahora bajo el mismo techo, a finales de aquel mes de enero de 1614, es la señal de que un nuevo tiempo es posible después de los duros golpes sufridos en los últimos meses.

Tiempos difíciles para la casa de Francos que Julia Rodríguez, contratada y llegada desde Sevilla para servir donde Lope hace apenas una semana, no ha vivido. Pero la circunstancia de no guardar en su ánimo, como guarda Lorena, el contraste entre la oscuridad que había reinado en la casa y la esperanza de las alegrías que suelen acompañar a los niños, no impide a Julia que su ilusión sea menos apremiante. Ha sabido tanto de Marcela y de Lopito desde el nacimiento mismo de ambos gracias a las cartas de su amiga, el ama Catalina —a la que no ha visto todavía—, que no le

queda sino poner rostro a esas criaturas que, por resultarles ya tan conocidas en la distancia, siente en realidad tan suyas.

Es tamaña la ensoñación a la par que la atención puesta en el preaviso del chocar de los cascos contra el empedrado que Lorena y Julia no se aperciben siquiera del inesperado doblete de la aldaba contra la puerta que tienen a su lado. Es en la insistencia de un segundo y más decidido intento de llamada cuando ambas salen de su estado de suma concentración y se miran entre extrañadas y molestas.

Nadie ha querido nunca que la llegada de un ser querido, cuyo recibimiento hemos imaginado idílico, rebosante de la más absoluta doncellez, fantaseado sin descanso con días o semanas de antelación y con mayor fuerza cuanto más se acerca el momento en que haya de tener lugar, proyectado incluso en los instantes previos a su acontecer, se vea precedido por la distracción de un importuno accidente o la interrupción sobrevenida de un molesto personaje, si bien lo más natural es que esto ocurra siempre, pues lo perfecto imaginado o soñado no se corresponde nunca con lo imperfecto real y acontecido, y donde cocinera y criada esperan oír el coche en la distancia, desde lo más lejos posible para contar con el tiempo suficiente para abrir completa la puerta principal y apostarse en sendas jambas bajo el dintel para hacerse visibles y ofrecer la más calurosa bienvenida a dos niños en una casa que es la paterna, pero que todavía —con la gravedad que confiere el «todavía» cuando se cuentan nueve y siete años de edad y nunca se ha compartido techo con el padre— les resulta ajena, lo que encuentran al abrir la puerta con la prisa y la sorpresa, y malhumoradas por la interrupción de sus aspiraciones, es a un espigado lacayo, sudoroso y de tez harto enrojecida que las embiste con dos cofres cuyo peso hace varios metros que ya no es capaz de cargar.

Las dos son empujadas hacia el zaguán y arrolladas por el lacayo, que se derrumba tras el equipaje. Antes de que puedan entender algo de lo que ocurre, en el caos de la virulenta entrada visualizan a dos figuras recortadas bajo el dintel de la puerta y a una tercera más pequeña que entra disparada hacia la verja que da acceso al huerto de la casa.

—Catalina, Marcela, bienvenidas —consigue saludar Lorena, todavía aturdida por el desbarajuste, mientras sigue con la mirada a Lopito, que entra huracanado al jardín—. Debéis disculparnos la confusión, esperábamos el coche, no pensábamos que vendrían a pie.

—Nosotras tampoco, ¿verdad, Marcela? —explica divertida Catalina—. Ha quebrado uno de los ejes del coche que nos traía. Por fortuna ha sido en la calle de León con Huertas, a poco de la casa. Peor lo ha tenido este buen hombre —termina de explicarse señalando al lacayo—, que ha tenido que portar a pulso el equipaje.

El mentado resopla derrengado en una de las sillas del recibidor y alza la mano para agradecer el reconocimiento mientras sigue ahogándose por el esfuerzo.

—¿Qué tal está Feliciana? —interroga seria Catalina.

—Tan mansa como el primer día —responde Lorena—. Duerme desde hace más de una hora. Ya ves, ni con el escándalo que hemos armado dice pío. Hemos hecho como mandaste, bajando la cuna a la planta principal, donde antes Jacinta, para que Lopito quede más arriba, donde Carlos...

Catalina asiente con un mohín de dolor al escuchar el nombre de los dos niños, gesto que solo consigue borrar una alegría tal como la contemplación de su amiga Julia, a la que sonríe y abre los brazos para recibirla.

—Catalina, mi gran amiga —saluda emocionada Julia.

—Julia querida, qué bueno verte y tenerte con nosotras, ¡qué alegría más grande!

Ambas se funden en un fuerte abrazo cargado de años de amistad y espera mientras Marcela, tímida, se hace pequeña ante la presencia de tres mujeres que se tienen tanta confianza.

Catalina, atenta a la más nimia alteración de los niños, percibe la turbación de la niña.

—No os he presentado ni hemos saludado como corresponde a la nueva señora de la casa —dice con cariñosa chanza—. Esta es Marcela, hija de nuestro señor don Lope.

—Señoras, es un gusto conocerlas, les doy las gracias por el recibimiento que me ofrecen. Espero ser digna de esta casa.

Las tres criadas se sonríen.

—No son necesarias las formalidades con nosotras, chiquilla —explica Lorena—. Las tres somos humildes sirvientas de tu padre y tú eres muy pequeña todavía para tanta oficialidad. Nueve años, y qué sensata y prudente nos has salido. Pero ya lo eras cuando nena. Te conocí cuando eras tan chiquita que tú ni siquiera puedes acordarte de esta cocinera. Ven aquí, anda...

Lorena y Julia abrazan y besan con afecto a la niña. El momento es interrumpido poco después por un fuerte ruido metálico en el huerto, un estrépito como de herramientas cayendo.

—Yo de vosotras iría a por Lopito —advierte Catalina—. Ese niño siempre anda en travesuras. A saber qué ha hecho ahora. Esperemos que no haya acabado todavía con las flores que con tanto esmero ha cultivado su padre.

Julia se incorpora para ir tras él.

—Las dos —advierte Catalina—. Vais a necesitar ir las dos si queréis pillarlo. Y vos... —añade el ama dirigiéndose con apuro al lacayo mientras señala los dos cofres—. El dormitorio de la niña está

en la planta principal, subiendo por estas mismas escaleras. Tenga cuidado de no hacer excesivo ruido, hay una recién nacida y hay que hacer por no despertarla. El cuarto del niño está en la planta abuhardillada, otro piso más arriba.

Lope es apenas una cabeza y dos manos, las únicas partes de su cuerpo que se abren paso a través de los cinco reposteros de lana que imploró al duque de Sessa y que se ha echado encima para pasar el frío del invierno. Sentado en su sillón frailero y arrebujadas sus extremidades inferiores bajo el vestido verde que cubre con amplitud el escritorio de nogal donde trabaja, los dados sobre los que se asientan las patas abalaustradas de la mesa asoman aportando la peana al sólido conjunto, cruzado frente a la esquina próxima a una de las ventanas que más luz ofrece a la estancia.

Sobre la mesa, un tapete de cuero liso para facilitar la escritura, un tintero con dos plumas y las tijeras de hierro para cortar sus puntas; un velón de cuatro luces para la noche y la salvadera de bronce, de la que, intuida la interrupción que está a punto de tener lugar, extrae un puñado de arena secante para fijar los versos que acaba de traer al mundo.

Lope se pone en pie desembarazándose de las mantas cuando Marcela y Lopito entran acompañados por Catalina desde el distribuidor en el que desemboca la escalera. Sin la cobertura de la lana, su figura emerge huesuda y fatigada: el talle reducido, los hombros hundidos y el pecho angosto; movido aún por el nervio que no cesa en él ni en las peores circunstancias, pero visiblemente mermado su armazón. Su figura siempre ha sido enjuta, pero no

menos que recia, cualidad rendida ahora a las privaciones y el desvelo de unos años difíciles.

El encuentro enmudece a los cuatro.

La amplitud y luminosidad del estudio asombra a los niños. Es la pieza más grande de la casa, una estancia pensada para el trabajo, pero preparada también para recibir, con profusión de adornos, media docena de grandes tapices de historia en contraste con los pequeños y aún más numerosos lienzos de pintura, ricas alfombras y esteras, y librerías repletas de ejemplares. A ese embebecimiento se une la sensación provocada por la desoladora evidencia de haber pasado nueve años Marcela, siete Lopito, es decir, toda su vida, no ya sin habitar la casa del padre, mas sin haber tenido la oportunidad de pisarla, esta de la calle Francos, pero también las anteriores. El momento se hace extraño a todos ellos.

No menos singular resulta escuchar, pronunciado por la persona que durante esos mismos largos años ha mantenido lejos de sí a aquellos dos niños y tapado su paternidad, cuando no obviada si no se cuenta el sustento aportado, el saludo que otros padres hacen a sus hijos en el momento mismo de su nacimiento, pero que él ha sido capaz de dilatar casi una década:

—Bienvenidos, hijos míos.

Y vencido el trance en el que los dos niños escuchan a su padre reconocer lo que es para ellos:

—Padre... —consiguen pronunciar quedos casi al unísono.

Sigue a este reconocimiento tardío un silencio incómodo que rompe solícita Catalina:

—Vengan al brasero, que ahora mismo quedará encendido. Ahí pueden sentarse los tres, y los niños podrán contarle a mi señor tantas nuevas.

De camino al recibidor del estudio, situado en la esquina opuesta a la mesa de trabajo de Lope, Marcela se detiene todavía a contemplar la biblioteca de su padre. No es la curiosidad infantil o la natural sorpresa por la novedad de ver una colección de libros tan grande, aun cuando la impresión es mayor si cabe para ella, pues a pesar de haber vivido inmersa en un mundo de representaciones y gentes de comedia, teatro y cultura, su madre era analfabeta. Apenas ha visto uno o dos volúmenes juntos en toda su vida, los que aportaban los maestros que su padre pagaba por temporadas para su hermano y ella en Toledo para salvar el analfabetismo de la madre, y nunca ha disfrutado ni pudo concebir disfrutar de ninguno de ellos en propiedad. Poseer no dos ni una veintena, sino un millar de ellos y conservarlos en un único lugar, ocupando un sitio privilegiado de la casa, le parece un disparatado pero fascinante y, desde aquel mismo instante, también necesario malgasto de espacio y recursos en el que, sin adivinar todavía las razones, pero con la intuición certera de que tiene que ser bueno y no puede ser de otra manera, un malgasto de espacio y recursos en el que se alegra de que su padre haya incurrido.

Los lomos de cuero, algunos agrietados, otros con apariencia de haber sido usados poco, pero todos alineados con tanto orden en las estanterías que cubren los muros formando un degradado de tonalidades pardas y verdosas, la sobrecogen por su contundencia, sí, pero también la desarman con su presencia humilde, con el ademán paciente que exhalan cada uno de aquellos libros. Desde su reposada espera, son la desinteresada invitación a ser partícipe de nuevos pensamientos y deslumbrantes experiencias, y la fiel promesa de servir de acompañantes en los momentos de mayor debilidad.

Hay algo sagrado en aquella incitación silenciosa de los libros, y siente, sin entender del todo el motivo, que esos volúmenes son la verdadera medida del poder de su padre.

Marcela se acerca y alza una mano, roza apenas uno de los lomos, un gesto mínimo. Catalina, que tras encender el brasero advierte su demora, se vuelve y la llama con dulzura:

—Ven, niña, no hagas esperar a tu padre.

La niña acude al instante, pero antes de sentarse le confía a Catalina su urgencia dirigiendo una vez más su mirada a los libros:

—¿Podré leerlos algún día?

Catalina sonríe sin dar respuesta. No quiere desmentirla, pero tampoco engañarla, y mezcla en su gesto la ilusión procedente de la esperanza y la tristeza consecuencia de la expectativa. Le acaricia el cabello y la invita a seguirla con la mirada puesta en las sillas.

No bien se han sentado en torno al brasero en la zona del estudio contraria a la mesa de trabajo cuando Lopito, incapaz de contener más tiempo toda su energía e inquietud bajo tantas formalidades, se dirige a uno de los pequeños cuadros próximos para verlo más de cerca, alargando mano y dedo con la clara intención, propia de todo niño que se acerca a una pintura, de tocarlo.

—Lopito, deje eso —lo reprende Catalina mientras enciende el fuego—. Vuelva a sentarse con su padre.

—No pase cuidado, doña Catalina —concede Lope—. Váyase tranquila a la cocina a preparar las brasas, que este frío sin mis mantas y tan consumido como estoy me mortifica.

Sale Catalina con gesto desaprobador de la concesión paterna mientras Lope se acerca a su hijo. Marcela los contempla con mucha atención.

—Te ha interesado este cuadro.

—Padre, es que ese niño de ahí se parece mucho a mí.

—Y tanto, hijo —exclama Lope—. ¡Eres tú!

—¿Y esa pelota que llevo, padre? ¿Tenemos una en casa para mí?

—Veo que te interesa más el juego que conocer las razones de tu parecido con el crío del cuadro. —Se ríe Lope—. Ese en el que te ves pintado es el niño Jesús, y el que lo acompaña a su izquierda, san Juan. Este *San Juan y Jesús Niño* lo pintó tu primo Luis, hijo de mi hermana y tía tuya, Isabel. Fue antes de que marcharas a Toledo con tu madre. Se inspiró en ti para la figura de Jesús. Pero lo que llamas pelota para tus juegos no es sino la bola del mundo rodeada de espinas y coronada por...

Lope se interrumpe al notar que Lopito ha huido de su lado y sus explicaciones para fijarse en el tapiz de batalla que separa la estancia del estrado.

—Padre, a mí sí me interesa esa historia —pide Marcela, queriendo participar de la conversación y acercándose a él—. Si nuestro primo se inspiró en mi hermano para pintar a Jesús, entonces, ¿en quién para el san Juan?

A Lope le muda el rostro.

—En tu otro hermano, Carlos —responde con sequedad.

—Discúlpeme, padre, no le había reconocido así, tan de pequeño...

—No tiene importancia.

Pero ahora es Lope quien huye, arrimándose de nuevo a Lopito.

—Este tapiz, como todos los de este estudio, fueron regalo de don Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa, mi principal valedor.

—¿Es don Luis el del caballo?

—Bien que te hacen falta algunas lecciones de historia, muchacho. Este es el emperador Carlomagno. Lo rodean sus caballeros para celebrar el triunfo en la batalla. Lo que me da ocasión de advertirte,

hijo mío, ahora que tienes edad, que tienen los hombres para vivir en el mundo dos inclinaciones: una a las armas y otra a las letras.

»El cielo sabe cuál de aquellas dos inclinaciones tuviera vuestro hermano Carlos si la muerte no me lo hubiera arrebatado. Tenía todas mis esperanzas puestas en que él había de mejorar mi memoria. Vos quedasteis en su lugar, Lopito, no sé con cuál genio...

—A mí me gustan estas escenas, padre, me gusta este caballo, la armadura y el espadón, y me gusta acabar con los enemigos de la patria. Tapices habrá de mí tan grandes como este cuando el mundo sepa de mi arrojo y...

—Llaneza, muchacho, no te encumbres.

—A mí sí me reclaman las letras, padre —concede Marcela, insistiendo en unirse a la conversación—, y bien puedo contribuir a vuestro legado con mi hermano o sin él si Lopito gusta de las armas. Mi madre me enseñó no pocos versos.

—Vuestra madre, Marcela, no sabía leer ni escribir.

—Pero me lo recitaba todo y yo lo aprendí de memoria.

—Ah, Marcela, las mujeres... —responde Lope, distraído—. Las letras no son inclinación para las mujeres. Unas dan la mano al esposo para gobernar su casa. Otras toman el velo y sirven a Dios en la clausura... Pero venid —vuelve en sí Lope—, tengo algo para vosotros.

—¿La pelota del cuadro, padre? —pregunta Lopito, ilusionado.

—Algo mucho mejor. Acompañadme.

Lope los conduce a su escritorio y coge un pequeño libro de tapas de cuero gastado.

—Es el *Humanae salutis monumenta* de Benito Arias Montano, grande humanista al que soy muy aficionado —dice entregándole el ejemplar a un decepcionado Lopito—. Es tuyo para que sigas

trabajando los rudimentos de la lengua latina. Algo de historia hay también, que te hace falta por lo visto. Y para mi hija...

De su pecho saca Lope un rosario de cuentas negras ensartadas en hilo fuerte y rematadas por una cruz de hierro sencilla.

—Ten esto siempre contigo, Marcela. Aunque ya no sé si estos símbolos son suficientes. No sé si son suficientes para mí, al menos... No sé...

Lope le tiende el rosario. Cuando Marcela lo coge, su padre le retiene las manos.

—«No sé; sé que he rezado, ayunado, y sé que me quebranté a azotes, y no ha bastado».

Marcela alza la mirada y encuentra la expresión inquisitiva de su padre.

—¿Son las líneas de Félix? —interroga meditativa.

Lope asiente.

—Y tú haces de Clara —le indica.

Marcela contesta declamando:

¿Qué dices, hombre sin fe?
Si tú a Dios te encomendaras,
y orando perseveraras,
Dios te ayudara. ¿Qué dudas?
Mas tú sus auxilios mudas,
porque en deleites reparas.
Si no llevas intención
y casto y limpio deseo,
¿de qué sirve la oración?

—«Pues ¿qué he de hacer, si te veo con tal gracia y perfección? Dios ¿no te hizo?» —prosigue Lope.

—«Es ansí».

—«¡Pues yo quiero lo que Dios hizo!» —exclama Lope para cerrar el diálogo.

Padre e hija se miran sonrientes.

—Tu madre te enseñó bien. Mejor que bien. ¡Vive Dios! ¡Y qué memoria! Solo ella sabía de estos versos, que todavía no conocen público ni imprenta. Ahora son tuyos. —Los ojos de Marcela se humedecen con el recuerdo de su madre—. Los tres hemos sufrido grandes pérdidas —la consuela Lope sosteniendo todavía su mano—. Pero juntos seguiremos la recomendación de Clara. A Dios nos encomendamos y le rezaremos para perseverar desde el dolor.

—Sí, padre, mas prefiero las palabras que siguen: «Ante todo, limpia intención y casto deseo, pues, si no, ¿de qué sirve la oración?».

En verdad habían estremecido a Lope aquellas últimas palabras de su hija Marcela, pues, ¿de qué le había servido orar si las faltas de su conducta precedían y seguían a esos rezos? ¿A qué tanta oración cuando los actos que arman flagrante contradicción frente a la intención y las palabras persiguen después sin descanso hasta escarmentar a quien pretende engañarse?

Los años que siguieron a la compra de la casa de Francos fueron los más difíciles y sombríos de su vida, y solo tiempo después de haberlos atravesado debió reconocer su responsabilidad en cada uno de los acontecimientos que hubieron de tener lugar. El castigo recibido por sus deslealtades abrió, sin embargo, una posibilidad a lo impensable: Marcela y Lopito, privados de su padre durante años en su condición de bastardos, se unieron por fin a él, superando un desprecio que ambos, en su inocente condición de niños —pues los

niños son capaces de naturalizar ese ejercicio terrible contra ellos que es la indiferencia—, habían aceptado.

Pero lo que hizo posible esta feliz circunstancia fue el oscuro viaje de cinco años que la precede, y que ha de contarse en este cuaderno, pues nada fue ni es lo que parece, pues como todos los acontecimientos de la compleja y atribulada vida del Fénix, no fue este encuentro con los hijos la sola consecuencia de su enternecimiento.

17

Marcela y Lopito vivieron en Toledo durante los cinco años previos a su vuelta a Madrid para vivir con su padre en la casa de Francos. Desterrada de amor y desplazada de su compañía y de la ciudad en la que pensaba haberse perpetuado junto a aquel hombre cuyo nombre ella no quería escuchar y mucho menos pronunciar ya, Micaela de Luján siguió representando con la sola interrupción de los lutos decretados por el reino y el cierre de los corrales durante la Pascua. De algo le sirvió el abandono: su fama se vio incrementada al terminar con el célebre dramaturgo, pues si su reconocimiento ya era grande por sus extraordinarias dotes interpretativas y su belleza, sumó a estas la fascinación producida por los rumores de lo acontecido en Madrid con ese mismo nombre detestado e impronunciable para ella.

Después, el cansancio de años de viajes y el peso de tantas horas y jornadas plantada de pie en las tablas fueron haciendo mella en el aguante con que los afrontaba, pero la niña Marcela aún tuvo ocasión de admirar el natural y prodigioso talento de su madre —el prodigio era innegable, pues, como se sabe, Micaela era analfabeta, y no era raro, de hecho, que las gentes de la ciudad, al verlas y aun oírlas nombrar juntas, a la madre y a la hija que siempre la acompañaba, dijeran con cierta malicia que la una había nacido para los aplausos y la otra para entenderlos.

No había ensayo o representación a los que la hija no acompañara a la madre. En el corral de la Fruta o en el de Doña Elvira, con

apenas siete y ocho años, quedaba en las gradas Marcela —con ardiente atención ella mientras su hermano, cuando no andaba con el maestro que su padre se empeñó en pagarle, brincaba entre bancos, que no se partió el cogote de milagro—. Desde allí veía a los cómicos repetir sus parlamentos con distinto ritmo, tono e intención; medir los gestos, probar las inflexiones de la voz, y discutir con encono sobre un verso que, a falta del autor, nadie sabía si debía decirse con furor o mansedumbre. Desde allí se contagió también del cuidado, seriedad y matices con que su madre representaba, dando vida única a un texto que en el pliego no podía entender, eso era cierto, pero que en su boca alcanzaba, para quienes la escuchaban declamarlo, cotas de significado solo accesibles a unos pocos elegidos, entre quienes se contaba ella.

Así nació en Marcela el gusto por la palabra, por los misterios que sugiere, las pasiones que evoca, los engaños que pretende y las verdades que desvela. Y aún más: se dio cuenta de que su madre podía ser la aclamada actriz tanto como la mujer dolida e irrecuperable, y comprendió que el teatro, la literatura, el arte en todas sus dimensiones podían ser una conveniente ilusión en la que refugiarse y refugiar a otros.

También cinco años antes de la llegada de los hijos de Lope a la casa de Francos había tenido lugar la emboscada de don Jorge de Cárdenas, duque de Maqueda, a don Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa.

Aquella contienda nocturna en la que el uno ajustició al otro bajo inventada acusación de relaciones espurias con su hermana, todo al más puro y nada novedoso estilo de la pugna por la honra propia de aquellos tiempos, no había bastado para don Francisco de Sandoval

y Rojas, duque de Lerma, valido del reino e instigador original de aquella encerrona, que hubiera preferido con mucho la definitiva muerte de don Luis en cumplimiento del plan original urdido con el de Maqueda.

Y lo que es más, resultado de la ironía de llamar suerte a la raja que a partir de esa noche cruzó el rostro de don Luis, nuestro duque, lejos de adoptar un espíritu más discreto para salvaguardar su atacada persona, redobló su actividad vespertina y nocturna —pues ya se sabe que no la practicaba diurna— y acabó por sacar provecho de tan aguerrida herida en nuevas noches de amoroso cortejo, adornando su existencia con fieros e inventados relatos de su bravura ante damas de toda altura.

El valido tuvo que sufrir con rabia los renovados pavoneos de su cortesano rival hasta que dio con la forma de alejar de manera definitiva a su enemigo de las decisiones de la corte: Lerma hizo presentar demanda al Consejo de Su Majestad por la supuesta deshonra causada a la hermana del duque de Maqueda.

Para guardarse las espaldas, el valido siguió utilizando a don Jorge e interpuso la querella a su nombre. El propio Maqueda creía falsas las acusaciones, pero, desinflado el bravo ímpetu de aquella noche de profundas dudas y grandes manifiestos flanqueado por sus veteranos, se dejaba hacer por el valido experimentando esa sensación ligeramente incómoda, pero tolerable, de todos aquellos que, participando del mal a instancias de otros más poderosos, a los que temen enfrentar, piensan que su contribución es menor por indirecta, aunque, por cierto, sea igual de horrenda.

«Excelencias, ¿qué ejemplo damos al pueblo español si sus hombres más señeros se comportan de manera tan poco cristiana, faltándose al honor los unos a los otros, embaucando con mentiras y falsas promesas la virginidad de nuestras hermanas?». Esto decía

Lerma o cualquiera de sus ministros a cualquiera de los prohombres que buscasen justificación del pleito contra el de Sessa.

No hacía falta más, pues, a decir verdad, todos los miembros del Consejo estaban en mayor falta que don Luis. Si este tenía defectos que hacían feo a las mentadas virtudes defendidas por aquellos próceres, al menos eran defectos cuyo dueño no tenía problema alguno en reconocer como suyos —coincidiendo, eso sí, en que era de poca ayuda para su persona que se solazara en ellos—, mientras que aquellos, cometiendo iguales faltas, y aun tratando a sus hermanas como moneda de cambio y blasón de rentables alianzas familiares sin importar un ápice su voluntad, tapaban sus pecados con misas y oratorios, persistiendo después en ellos y sumando a su discurrir otro nuevo de hipocresía.

Pero toda sociedad, desde que el mundo es mundo, necesita chivos expiatorios con los que disipar sus tensiones y renovar los farisaicos compromisos que las sostienen, y el duque de Sessa resultaba ser la víctima propiciatoria idónea al castigo en un momento en el que Lerma y el resto de los privados del rey afines a su causa se veían necesitados de actos de fuerza simbólicos con los que contrastar el descontento de los grandes tenedores del reino por la expulsión de la mano de obra morisca, expulsión que el mismo duque de Sessa intentó ayudar a detener —recuérdese aquellas cartas que Lope fue a robar al de Lerma donde se hablaba del particular—, y para mitigar el enfado permanente de buena parte de las grandes casas por las incesantes reformas recaudatorias, siempre al alza, que afrontaba el reino en aquellos años —esa Hacienda que es pesadilla de cualquier tiempo pasado o presente.

Por no decir del enfrentamiento entre el duque de Lerma y la reina Margarita de Austria, pues su majestad notaba el provecho personal que sacaba el valido y sus ministros de las arcas del reino, y

presionaba junto con sus aliados de la rama austriaca para que su regio marido controlara más de cerca las actividades del régimen de Lerma y pusiera coto a su corrupción.

La animadversión de la reina por el grupo de advenedizos del valido comenzó a sustanciarse al fin en 1602, cuando su majestad se hizo con aliados suficientes para influir en el monarca tras una difícil época inicial en el trono, en el que el propio Lerma medió para mantenerla apartada aprovechando su juventud, condición de extranjera, y todavía escaso conocimiento de la realidad española. Para 1607, esa animadversión por la corruptela de Lerma ya se había sustanciado del todo en la detención de los cortesanos Alonso Ramírez de Prado y Pedro Franqueza, y parecía recrudecer desde entonces, en especial en aquel año de 1611.

Por su parte, los de Lerma veían aliados de la reina en todos aquellos que hacían oposición o buscaban hacer cualquier tipo de competencia o freno al valido, y dado que también su grupo sufría las divisiones internas, fruto del nerviosismo por la persecución de doña Margarita, la aversión hacia el duque de Sessa conseguía no solo mermar y escarmentar a los acólitos de la reina, sino también contar con un enemigo común y concreto con el que cebarse para elevar la cohesión de su propia facción.

Celebrándose el pleito, se consideró de interesado el testimonio de los criados del duque de Sessa, Bermúdez y Cabrera, únicos testigos que pudo aportar don Luis. El relato que hicieron de los músicos mercenarios, aun siendo más vívido, emocionante y mejor contado de lo que se pudo en estas páginas, fue calificado por el tribunal de «relaciones de baratillo» y «escena para sainetes de vulgo». Nadie se creyó aquello.

Por su parte, Lerma y Maqueda esquivaron la comparecencia de doña Leonor de Cárdenas «para evitar mayor afrenta pública a su

dignidad de dama». Contaban, además, con la declaración jurada de los cinco veteranos, que no criados, dando fe de la presencia del duque de Sessa donde Maqueda aquella noche, y, lo que resultó de todas decisivo para la causa, al menos una docena de cartas dirigidas a doña Leonor de puño y letra de don Luis, en donde el duque de Sessa confesaba su deseo de manera ardiente y harto enojosa para ojos ajenos, documentos que venían a declararle culpable.

Más sorprendido que el de Sessa, que de no haberse vuelto completamente loco sabía bien que no era autor de aquellas misivas, quedó el de Maqueda, que había dado por inventadas y como herramientas del engaño aquellas pruebas una y otra vez prometidas y nunca aportadas por Lerma. Pero como resultaron aparecer y ser de la misma letra —la original del duque, comparada con la que constaba en aquellas fogosas declaraciones de amor, no ofrecía diferencias—, no le cupieron a don Jorge más recelos de la veracidad de la acusación, aunque sí tuvo que poner en duda su sentido de la realidad después de que, interrogada su hermana en casa fusta en mano, ni toda la somanta de golpes recibida la sacara de afirmar, prometer y hasta jurar que nunca había recibido tales cartas.

Apenas el día después de terminado el juicio, que ni en dilatar la sentencia se disimuló el tenerla ya confeccionada de antemano, don Luis recibió la siguiente orden del rey, de la que es preciso saltarse el encabezamiento por oneroso, y también la firma, por no poder reproducirla completa:

> Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de [...].
>
> Por cuanto ha llegado a mi noticia el escándalo notorio y afrenta cometida en esta mi Corte por vos, don Luis Fernández de Córdoba Aragón, duque de Sessa, contra la persona y honra de don Jorge de Cárdenas y Manrique de Lara, duque de Maqueda, cuyo nombre y casa son de las más señaladas de estos reinos, y por cuanto tales excesos redundan en deslustre de la majestad real, en

turbación del buen gobierno y en menoscabo del decoro que deben guardar entre sí los grandes de Castilla, es mi voluntad poner remedio a ello con el rigor conveniente.

Por tanto, os mando y ordeno que, dentro de tercero día contado desde la notificación de esta mi carta, salgáis de la Villa de Madrid y su contorno en diez leguas, y que os retiréis a la ciudad de Valladolid, donde habréis de permanecer en residencia forzosa y sin apartaros de ella por el tiempo que se os señalare, hasta tanto que por mí se os haga merced de dispensa o variación.

Encargo a las justicias de esta villa y a las de la ciudad de Valladolid el cumplimiento de lo aquí dispuesto, y que os guarden y hagan guardar esta mi orden, bajo las penas en que incurren quienes quebrantan mandatos de su Rey.

De ello se tomará razón en mi Consejo.

Dada en Madrid, a ocho días del mes de junio de mil seiscientos y once años.

Yo EL REY.

Por mandato de Su Majestad,

[...]

Más que el incordio de privarse de las grandes celebraciones e intensas noches disfrutadas en Madrid, pues Valladolid no le era tan cara, aunque albergaba no pocos divertimentos que ansiaba recuperar de tiempos pretéritos pasados en la ciudad, don Luis se llevó de la corte una carga mucho más pesada que el propio destierro. En su ánimo no ardían la afrenta de Lerma, el daño físico causado por Maqueda, o la burla de los consejeros que fallaron el juicio. Un espíritu como el suyo, tan ajeno a la gravedad de las altas decisiones políticas, no podía dar importancia a esas cuitas, en las que solo entraba por el aliciente y recreo de la intriga. Lo que de veras lo atenazaba era la certeza de que aquellas cartas aportadas como prueba en el juicio, tan bien urdidas en su letra y tan exactas en su aire, pero falsificadas todas ellas, no podían haber salido de mano torpe, sino de una muy hábil capaz de engañar creando ficciones de aparente y pulida verdad.

El duque de Sessa solo conocía a una persona capaz de tamaño ingenio.

18

[Selección de la correspondencia del año de 1611 hallada entre Lope de Vega y don Francisco de Sandoval y Rojas, I duque de Lerma, V marqués de Denia y I conde de Ampudia, valido y ministro principal de Su Majestad Felipe III. Se obvian entre las misivas escogidas las fórmulas de cortesía, despedida y acatamiento para facilitar su lectura a los interesados. Todas las cartas ayudan en la recapitulación de los hechos acaecidos entre 1610 y 1614]

[Madrid, 2 de julio de 1611]

AL DUQUE DE LERMA

A los pies de vuestra excelencia me atrevo a poner estas líneas, con el recelo que siempre me infunde la distancia infinita que media entre mi humilde persona y la grandeza de quien gobierna el corazón del reino. No ignora vuestra excelencia que he cumplido con la parte que me fue encomendada, la falsificación de las cartas escritas por el duque de Sessa a doña Leonor de Cárdenas, hermana del duque de Maqueda, misivas que tan buenos resultados dieron para la causa de su excelencia en el pleito que todos saben concluido.

Suplico ahora a vuestra excelencia que, siendo cumplida mi parte con toda fidelidad, y tomados en cuenta los desvelos que he tenido que pasar por obrar de esta forma con quien era, al fin y al cabo, mi protector, se digne inclinar su benignidad hacia mi deseo de alcanzar el oficio de cronista. Nombramiento que habíamos acordado en pago de mis servicios por la escritura de aquellas cartas y que tan necesario me es para proseguir en el servicio de las letras y, a la vez, aunque indigno, dejar mejor empleo a mis estudios y vigilias perpetuando la memoria de los hechos de nuestro rey.

[Madrid, 18 de julio de 1611]

A LOPE DE VEGA CARPIO

He tomado memoria de vuestra diligencia. Descuidad, pues sé reconocer los servicios que cada cual me presta. Mas tampoco penséis que basta un esfuerzo para granjearse las mercedes que otros anhelan con años de padecer.

Por ahora, basta que os ocupéis en componer una pieza para solaz de la reina nuestra señora, que se haya como sabéis en estado. Su condición de buena esperanza le agria el ánimo, y lo tiene algo más destemplado de lo que acostumbra hacia mi persona y ministros, poniendo a todos los consejos que hacemos a su majestad más reparos de los que se recibían, que ya eran antes muchos y graves. Haga que esta comedia pueda ser representada por sus damas, que así encuentre en ello nuestra reina distracción, y mis hombres un cierto descanso para ocuparse de las cosas del reino sin tener a sus aliados siempre a la zaga de sus actuaciones.

Cumplid con el encargo y aguardad. El tiempo y mi voluntad dispondrán lo demás.

[Madrid, 3 de septiembre de 1611]

AL DUQUE DE LERMA

Tomo la libertad de dar cuenta a vuestra excelencia del progreso de *El premio de la hermosura*. Ya se ensaya en palacio con singular contento de damas y dueñas de la reina. Jamás mi pluma conoció mayor honra que la de verse representada por tan nobles manos.

Si el cielo permite que la obra salga bien y la reina se complace en ella, amén de la tregua para los asuntos de gobierno de la que espero proveer a su excelencia con esta distracción, acaso pueda vuestra grandeza tenerme por siervo útil, merecedor de que se le confíe mayor cargo. No lo pido como pago, sino como perpetuo lazo que me ate aún más a la obediencia de vuestra excelencia.

[El Escorial, 15 de septiembre de 1611]

A LOPE DE VEGA CARPIO

No necesita informarme con tanto celo del contento que recibe el servicio de la reina. Si nuestra señora se divierte con lo que hacéis, basta con eso, que la mantiene ocupada y da alivio a los afanes de mis ministros en sus trabajos con

la Hacienda del reino. Mejor se trabaja sin tanta vigilancia que acostumbra a mantener sobre mi Consejo.

Si la pieza sigue y acaba con buen término, todos quedaremos complacidos. Reservad, pues, vuestra atención para la comedia y no adelantéis oficios que aún no os tocan.

[Madrid, 24 de septiembre de 1611]

AL DUQUE DE LERMA

Bien sabe toda la corte que la reina nuestra señora ha dado a luz con bien al serenísimo infante don Alfonso, octavo hijo y cuarto varón de sus majestades. Mas a la par que damos gracias al cielo por tan alta merced, no puedo dejar de mostraros la turbación de mi ánimo.

Por razón del nacimiento, las damas de palacio han dejado en suspenso los ensayos de *El premio de la hermosura*. Pero lo que más temo: la reina guarda cama aquejada de gran debilidad, que si a dos días de la buena nueva el niño goza de buena salud, nadie osa decir cuándo podrá recobrarla su madre nuestra señora. Si la representación no se hiciere, se malograrán mis desvelos, y con ellos la esperanza que puse en alcanzar, por la gracia de su excelencia, el oficio que tanto anhelo. Me permito recordarle que este oficio de cronista no es tanto un capricho mío como compensación por los trabajos de letras realizados durante el pleito en beneficio de vuestra causa.

[Madrid, 4 de octubre de 1611]

AL DUQUE DE LERMA

Es triste nueva la que hemos recibido los servidores de esta corte: que la reina nuestra señora ha fallecido en el día de ayer a esta carta, pero son peores las habladurías que circulan acerca de las razones, que dicen que es muerte urdida por don Rodrigo Calderón y Aranda, secretario de la cámara de su majestad. No doy por cierto el comentario ni los libelos que lo anuncian, pues la rivalidad de nuestra señora con los hombres de su excelencia no puede haber llegado a tan feo extremo.

Solo espero que, de haberse apagado la luz de la corte, no se haya extinguido la lumbre que encendía mis esperanzas. Por el luto se cierran los corrales y con ellos mi fortuna, pues la mayor parte de mi ganancia descansa en las comedias que ahora quedarán en suspenso. Tampoco cuento con el sustento suficiente para compensar esta carencia de quien fue mi protector, pues hallándose

desterrado en Valladolid son mayores las dificultades de solicitar y obtener su ayuda. Mi aspiración al puesto de cronista en devolución o recompensa a los servicios prestados a su excelencia es ahora mi única esperanza.

Recurro a vuestra grandeza suplicando que, en medio de tan grande desgracia, vuestra mano me sostenga, pues de otra suerte quedo expuesto a la miseria.

[El Escorial, 22 de octubre de 1611]

A LOPE DE VEGA CARPIO

Mucho me habláis de vuestra pena y desventura como si la mía fuera menor. No penséis que me sobra tiempo para atender lamentos de poetas cuando el reino todo se halla en lágrimas. La muerte de la reina, debida al sobreparto y a ningún otro motivo, ha trastornado negocios infinitamente más graves que vuestra comedia y vuestras pretensiones.

Si los corrales cierran y vuestra esperanza muere, no es culpa mía. Cada cual debe cargar con su fortuna, y a vos os cupo esta. Contentad vuestra alma con escribir, que para eso nacisteis, pero que sean versos o comedias, y no más cartas a mi persona.

[Siguen aquí nuevos ruegos de Lope de Vega a don Francisco de Sandoval y Rojas hasta comienzos del año de 1612, sin aportar novedad con respecto a las anteriores y sin recibir ninguna de estas peticiones de amparo respuesta del valido ni cumplimiento de su promesa de hacer de Lope cronista del reino]

19

España entera se amortaja. A la muerte de la reina, ocurrida el 3 de octubre de 1611, el Consejo de Castilla quiere imponer el duelo en todas las ciudades y villas principales del reino, pero no es necesario obligar a quienes sienten de verdad una pérdida.

Para cuando los pregoneros anuncian el luto en las plazas, y los carteles que mandan poner los corregidores prohíben los regocijos públicos y representaciones, hace tiempo que cuelgan paños negros en los balcones y prenden crespones de las aldabas; se cubren los escudos de apagados tapices y se encajonan las fuentes con maderas forradas de telas pardas.

Los corrales de comedias han cerrado. Los telones cuelgan flácidos, los tablados quedan desnudos y las gradas yacen impotentes mientras los cofres vuelven a la penumbra de los almacenes. Los actores se recogen en los mesones aguardando tiempos mejores.

Micaela, sin representaciones que puedan darle ocupación en ese octubre de 1611, tres años antes de que exista siquiera posibilidad remota de que sus hijos puedan volver con su padre como volverían por fin en aquel futuro invierno de 1614, en que empezaron a vivir en la casa de Francos, pasea con Marcela por la desierta y ensombrecida escenografía toledana.

—¿Era en verdad querida nuestra reina, madre? —inquiere Marcela.

—A lo que pude oír cuando más cerca estuve de la corte, hija, era una mujer recta, consciente de su posición y con verdadero sentido de la justicia.

—¿Y tanto hizo por nosotros?

—Trabajó, Marcela, trabajó y no solo para sí misma. Solo esto basta y es mucho entre quienes nos gobiernan. Hizo oficio donde otros solo hacen beneficio...

—Pero fue mujer, madre. —Y dirigiendo la mirada en derredor—: Mucho tributo y mucha reverencia me parecen a una mujer por muy reina que fuese.

—Ay, mi niña, que no me dejas terminar de observadora y lista que eres. —Se sonríe Micaela—. Has de saber que a esos que solo buscan hacer de nuestro reino beneficio para sí mismos, que no dan la cara por España, sino la excusa para seguir dos días más en palacio, y que cuando se han de asumir responsabilidades ante las dificultades o en pago de sus propios errores tuercen el morro y echan el muerto al otro, a esos los persiguió toda su vida nuestra difunta reina. No les dio descanso y encontraron presidio al menos dos, que yo sepa, ambos hombres de Lerma: don Alonso Ramírez de Prado y don Pedro Franqueza, que este último del apellido no sacó ni un maravedí.

—Pero Lerma sigue siendo valido de nuestro rey.

—Aquí sí te doy la razón Marcela, no lo pudo todo doña Margarita, pero te hago ver, como tú bien dices, que fue mujer.

—No lo entiendo, madre.

—Pues que hizo lo que pudo, y aun hizo mucho siendo mujer como era. Ocho hijos tuvo, Marcela. Ocho hijos en diez años, y no le faltó tiempo para intentar lo que su marido el rey no quiso, es decir, gobernar. Y aun se esforzó por defendernos de quienes vieron en la debilidad de nuestra monarquía una oportunidad para el expolio.

—Creo entonces, madre, que si se hacen cosas grandes y verdaderas, se la recuerda a una, aunque mujer sea.

—Sí, Marcela, pero cosas un poco más grandes y más verdaderas que las de los hombres. Siempre un poco más y con más esfuerzo que ellos.

—¿Y por qué habría de ser así, madre?

—Porque así está mandado, hija. El orden del mundo no lo ponemos nosotras.

—Pero tampoco tendrían por qué ponerlo ellos, madre. ¿Acaso no gobernó la reina cuando el rey no quiso hacerlo? ¿Acaso no fue lo que Dios y no lo que el mandato de los hombres quiso? Si la justicia viene del cielo, madre, ¿por qué ha de ser pecado buscarla cuando se opone a lo que manda un hombre, sea padre, marido o rey?

—Ay, Marcela, si yo te contara... No todo lo justo es conveniente, ni todo lo conveniente es posible.

—Entonces, ¿qué es virtud? —replicó ella, cada vez más encendida—. ¿Callar cuando se ve el daño? ¿Cumplir con lo que sabemos injusto por temor al castigo? No puedo creer que a Dios le agrade más la obediencia ciega que la voz que clama por la verdad.

Micaela suspira deteniéndose en mitad del paseo.

—El mundo, hija mía, se sitúa entre Dios y nosotras, y el mundo no perdona a las mujeres que quieren tener razón. Ni siquiera cuando la tienen.

—Pero tampoco las premia cuando callan. Si hemos de sufrir de cualquier modo, prefiero sufrir haciendo lo correcto o, al menos, lo que me dicta mi conciencia.

Micaela la observa en silencio unos instantes, con esa mezcla maternal única de ternura y desasosiego.

—No sé si tienes razón, hija —dice al fin mientras la coge de la mano para seguir andando juntas—. Tú ya eres más lista que yo, y

yo, además, estoy muy cansada de esta vida.

—Yo no, madre, y diré la verdad aunque nadie quiera oírla, aunque solo Dios me escuche.

El paseo continúa entre las fachadas vestidas de luto y el aire frío y humedecido por el Tajo mientras el eco de sus pasos se funde con el sonido de las campanas que tañen a lo lejos desde el convento de San Juan.

—Nuestro rey habrá de limpiar la corte de esos ladrones en atención a la memoria de la reina.

—El rey, esposo mío —replica Juana de Guardo—, no va a ordenar nada por respeto a una mujer ni por muy esposa suya que sea. Los únicos mandatos de unos hombres a otros son en consideración al honor de sí mismos, siendo la mujer, como mucho, excusa para sus reclamaciones.

Lope calla mohíno, sentado a la mesa del comedor frente a su mujer. Tiene atravesada a la facción de Lerma. Su excelencia le prometió hacerlo cronista a cambio de tomar partido en su plan para alejar al duque de Sessa de la corte con aquellas cartas que falsificó como si de su puño y letra fueran. El poeta cumplió, pero Lerma se deshizo de él, es decir, de su promesa de otorgarle el cargo, en cuanto las circunstancias lo favorecieron con la desaparición de la reina.

Ahora Lope solo desea que la persecución que inició esta de las corruptelas del valido, ahora que, además, cunden los rumores de que no fue muerta de sobreparto, sino por conspiración de Rodrigo Calderón y Aranda, marqués de Siete Iglesias y secretario de cámara del rey, político tan sagaz como taimado y prohombre de Lerma,

rumores falsos, en cualquier caso, pero propicios para armar causa contra personas a las que Lope tanto aborrece; que esa persecución, decimos, sea retomada por el monarca para escarmiento de todos los partidarios del valido.

—Tú lo que estás es enfadado por el desplante que te han hecho en Palacio —adivina Juana—. Dabas por sentado aquel cargo de cronista. Muy ufano se te veía y míranos ahora como estamos.

Lorena entra en aquel momento para servirles la comida. Viene con una sola olla. Ni empanada ni platos de dulce en bandeja.

—No les puedo poner más, señores —se disculpa—. Lo de hoy da para un plato escaso de albondiguillas por barba.

En el luto de aquellos días, Lope se descubre más pobre que nunca. El cronista que a punto estuvo de nacer de su favor con el valido se le muere al mismo tiempo que la reina. *El premio de la hermosura*, que se iba armando en boca de damas y doncellas, ha quedado sin función. Sin encargos cortesanos dentro de palacio, fuera el duelo manda cerrar los corrales, y tampoco halla mecenas después de perdido el trato con Lerma, pues aunque el de Sessa contesta a sus cartas, omite cualquier respuesta a los estipendios y dádivas solicitados en medio de su apremiante precariedad, o los rechaza con alusión a los gastos en que debe incurrir en la incomodidad de su destierro, y en recibiendo tantas evasivas de aquel señor que un día tuvo fe en su pluma, nace la intranquilidad de imaginar que ahora sospecha de ella, que todo lo conoce acerca de aquellas cartas falsificadas, y que nuevas desgracias le sobrevienen a su traición.

—No se preocupe, Lorena —la apacigua Juana mirando a Lope—. Estoy segura de que mi marido sabrá arreglárselas. Siempre ha demostrado habilidad gestionando haciendas.

—Del patrimonio de don Luis no pienso llevarme ni un real sin su permiso, bien lo sabes.

—Otras veces has robado sin que te importen las consecuencias. Hay peores hurtos que el de sustraer dineros ajenos —sugiere Juana, recordando los rumores del incidente nocturno de las misivas sustraídas al duque de Lerma—. Pero guarda cuidado, que no me refería a las haciendas de otros. Me refería a nuestra hacienda y el excelente cálculo con que la divides entre tus familias, pues son al menos dos, una aquí y otra en Toledo.

Incómoda por la deriva de reproches que toma la conversación, la cocinera opta por la discreción y la huida.

—Pero no se vaya, Lorena, no se vaya. Dígame, ¿cómo están Carlitos y Jacinta?

—Guardan cama todavía. La fiebre baja, pero siguen los dos muy cansados. El ama Catalina los vela y los avisará cuando despierten. Si me dispensan...

Tras el asentimiento de Lope, Lorena agarra la olla y se dirige escaleras abajo sin demora, mientras el poeta se levanta para mirar por una de las dos ventanas que a su espalda dan al jardín de la casa.

Los niños habían tenido sus primeras recaídas de fiebre durante el otoño de 1612. Débiles los dos por el poco sustento obtenido en casa y la intermitencia de la enfermedad, que nunca había llegado a curarse del todo en aquellos meses, fueron víctimas de nuevos achaques durante el frío invierno del año siguiente. El estado de ambos en aquellos momentos no era preocupante, pero solo en el grado en que no era preocupante cualquier enfermedad de aquella época que, detalle de gravedad y alarma añadidos, además, sufrían unos niños.

—Tengo miedo de que esas fiebres empeoren.

—Me queda el consuelo de que al menos tus hijos te preocupen, porque lo que soy yo...

—Juana... He cometido muchas faltas, pero no me hagas injusticia en esto. Sabes que nunca he faltado en los cuidados a tu enfermedad.

Ahora es ella quien calla volviendo sobre el plato. En los escasos intervalos, siquiera son días enteros, más bien breves horas en que su enfermedad cesa, el cuerpo le da tregua y aliento para acudir a esa mesa, comparecer en una casa y unas páginas en las que ella no es más que una presencia testimonial, casi un fantasma, pues se la menciona, y al hacerlo remueve conciencias y engendra lástimas, pero no sale a escena; una mención más en otra historia donde su nombre sirve tan solo para completar la biografía de otro, para regalar a los protagonistas y secundarios una nota de compasión y misericordia por cuidar de la pobre Juana, la Juana enferma, hija de un carnicero que prometió dote sin darla, carne defectuosa cuya única encomienda, al fin y al cabo, o así queda reflejado o se da a entender en esta y otras crónicas, es perpetuar una estirpe con signos de legitimidad que compense los deslices del otro, pero ni eso va a lograr, como se verá, y cuando por un tiempo recobra su sangre el ímpetu, todavía halla la entereza para sostenerle la mirada a su marido, para plantarle cara y hacerle ver la incongruencia, el contrasentido, el absurdo increíble con que se mancha una vida desgajada en su mezquindad de una gran obra. Pero basta con que él recuerde con una sola palabra la flaqueza de su cuerpo para que toda aquella repentina fortaleza se deshaga en un temblor que apenas le permite sostener la cuchara, en un recelo íntimo y culpable que la persuade de que no ha sido, no ha podido ni logrado ser suficiente para él, de que su quebranto físico, que solo es capaz de imputarse a ella misma, la ha apartado del amor que habría

podido dar y merecido recibir. Y sumida de nuevo en este pozo de enfermo raciocinio exonera a su marido de toda falta, le concede el derecho de hacer lo que su deseo pida, puesto que la cuida. En los momentos en que ella enferma, dice él que la cuida, y eso tiene que justificarlo todo.

—No tenemos noticia del momento en que reabrirán los corrales tras el luto —se lamenta Lope—. A ver si entre cofradías, hermandades y otras congregaciones hay quien pague por una canción, una glosa u honras fúnebres a la difunta reina... Otra forma serían las academias, pero allí solo hay fríos, lodos y quejas, son muchos los poetas de medio pelo que buscan el enfrentamiento en estos lugares al no hacerse con otro negocio. Esta misma tarde saldré con encargo de encontrarnos algo, Juana, a ver si dejamos de llevar el luto en los estómagos.

Pero cuando se vuelve de nuevo hacia la mesa, doña Juana ya no está y el ama Catalina ocupa de pie y tras el asiento el lugar que antes ocupara su esposa.

—Don Lope, los niños siguen dormidos, pero doña Juana me manda decirle que vuelve a estar indispuesta y guardará cama cuanto menos en el día de hoy.

Exprimida la tarde en nuevos versos que ofrecer, Lope prueba suerte con la congregación más cercana, a dos pasos de su casa, donde los Trinitarios Descalzos, con calle del mismo nombre. Allí el cabildo le conoce como asistente del Caballero de Gracia y padre consiliario del Olivar, y tiene mayores oportunidades de colocar alguna glosa por la memoria de la reina o, cuando menos, volverse a casa con un nuevo encargo.

—Vengo a ofrecer, si es servido, unas glosas de honras solemnes. También traigo responsos para cofradías menores —dice Lope al mayordomo de la congregación—. Si me permite vuesamerced, he compuesto estas que...

—Conocemos su pluma, don Lope. No es necesario señorearla —lo corta el mayordomo—. Esta casa tiene palabra dada con otros poetas de nombre: con el licenciado Soto y con don Luis Vélez. Hable mejor con el provisor para ver si sabe algo de la necesidad de las cofradías.

Y el provisor:

—De veras lo siento, don Lope, pero no podemos pedir más encargos ni solicitarlos. Andan todos los poetas con urgencia de mostrarse tristes estos días.

De vuelta, quiere consolarse del poco éxito de la empresa y aun darse valor mientras atraviesa la oscuridad del duro frío nocturno viéndose instalado en el confortable brasero de su estudio, pues la calle de los Trinitarios abre una garganta oscura hacia su casa que no es de mucha distancia, pero su agobiado pensamiento la hace inacabable. El calor convocado en su imaginación le trae, sin embargo, el recuerdo de las calenturas de Carlos y Jacinta, y la necesidad de privarse de cualquier comodidad que se la reste a sus hijos.

Lope se arrebuja en su capa y aprieta el paso.

Es entonces, con el cambio de ritmo, cuando intuye a su espalda el compás de unos pasos a contratiempo de los suyos. Lope se detiene y dejan de oírse, pero vuelve a percibirlos en cuanto se pone en marcha de nuevo. Varía entonces su velocidad y acelera para comprobar si el otro también da prisa a su andar, y el que lo sigue, en efecto, replica su ritmo. No hay duda, pues. Lope no lleva arma,

no la consideró para trayecto tan corto, por lo que vuelve a acelerar para obligar al otro a actuar.

—¡Eh, don Lope! ¡A qué tanta prisa!

No ha escuchado aquella voz en meses, pero la reconoce de inmediato. Es Pedro de Valdés, jefe de la compañía para la que, durante años, desde poco tiempo después de que dejara a Micaela de Luján y su grupo, y hasta los meses anteriores al luto producido por la muerte de la reina, ha compuesto sus comedias.

Lope se detiene. Esas formas de abordarlo, en plena noche y sin mediar negocios desde hace semanas, lo llevan por instinto a guardarse la espalda contra la pared más cercana, buscar luz de ventana próxima y situarse perfilado hacia el lugar del que procede la voz de su interlocutor.

—¿Qué queréis, don Pedro? —alcanza a preguntar, y se inclina para atisbar mejor su figura, que todavía raya en la oscuridad—. No será para nuevos encargos, que no son horas ni lugar, ni estado el de una corte en duelo y tablas cerradas.

—Quiero —dice Valdés— lo que querría cualquiera: dormir sin ver cuernos en mi almohada.

El primer cuchillazo va directo al pecho empujado por la siniestra de Valdés. Lope agradece al muchacho que fue el haber jugado a galeones en la Armada. Levanta el brazo derecho con un buen tramo de capa tendida y la hoja de Valdés muerde el paño. Al mismo tiempo que detiene el avance de la hoja, el poeta lleva su capa hacia la derecha para desplazar el hierro y a su dueño, que quiere llegarse a su otro costado con un segundo puñal que, no encontrando ya el cuerpo de Lope tras su desplazamiento, da en el muro cortando un nuevo trecho de capa.

Valdés maldice su poco tino y con rabioso impulso saca la izquierda del nudo de telas y vuelve a dar otro filazo de arriba abajo.

Desequilibrado por el balanceo y el peso de la capa que antes le ha salvado la vida, Lope solo acierta a esquivar el nuevo cuchillazo dejándose caer hacia atrás. El sonido de un nuevo desgarrón en la capa le da señal de que, a cambio, su cuerpo sigue intacto.

Esa caída, que es vista con goce por su inopinado enemigo, pues es perdición de todo hombre enfrentado a otro dar con el cuerpo a tierra, la peor posición posible para la lucha frente a uno que queda en pie, ofrece sin embargo a Lope oportunidad que habrá de agradecer a los cielos el resto de sus días.

Valdés, que ve a Lope escurrírsele por el suelo, arrastrándose de espaldas y buscando cobijo en la oscuridad más allá del tenue reflejo de luz que ofrece la ventana, se apresura más de la cuenta y, no viendo donde pisa, lo hace sobre piedra suelta. El mundo se le resbala y, como dándose la vuelta, la daga sale disparada hacia arriba y se vuelve contra sí para caer sobre su cuerpo, que ya se extiende bocarriba contra el suelo. A la brecha que se le abre en la cabeza tras el colosal impacto contra el irregular empedrado se suma otra en el muslo que regala el rápido, pesado y afilado roce del cuchillo al caer sobre su pierna.

—¡Alma mía! —jura Lope mientras se levanta para comprobar el estado de Valdés.

A pesar de lo aparatoso de las heridas y de la cantidad de sangre en derredor, el improvisado atacante sigue consciente pero aturdido, todavía confuso por ser él y no Lope quien yazca allí tendido. Aunque el rencor persista en la mirada de Valdés, el globo de su cólera se desinfla sin remedio tras el impacto.

—Pues ya me contará, don Pedro, a qué viene tanto envalentonamiento —pregunta Lope entre resuellos.

—¿A qué? —responde Valdés con voz quebrada—. A que os apartasteis de Micaela de Luján en el mismo instante en que

empezasteis a rondar a mi Jerónima. ¡No os cansasteis de aquella, como se dijo, sino que os encaprichasteis de la mía! ¿Queréis que crea que fue casualidad que dejarais la compañía de Micaela para veniros a la mía? A otros engañaréis, pero no a mí. La dejasteis y no por mejor actuación de Jerónima en las tablas de los corrales, sino en las de la cama. El santo propósito de componer versos piadosos y de daros a cofradías y penitencias no encubre el apetito que os devora.

—¡Don Pedro, todo esto que afirma es una locura! —exclama Lope, incrédulo—. Además, si vuesamerced tenía tanta seguridad de la verdad de estas acusaciones, ¿a qué esperar tantos años para pronunciarse? Dejé a doña Micaela hace demasiado tiempo, ¡han pasado casi cuatro años desde que trabajamos juntos!

—Ahora que se han cerrado los corrales ya no necesito de vuestro oficio. Mientras vuestras comedias llenaban mi arca, tragaba mi vergüenza y consentía que todos me miraran con burla. Pero muerto el teatro en esta corte de luto, ¿qué sois para mí sino el escarnio?

—Don Pedro, bien sé y no erráis en que son muchas mis flaquezas. Pero no me carguéis con culpas que no son mías —insiste Lope—. Con vuestra mujer nada me ha unido más que el trato de la escena. Fuera de los corrales solo la amistad, el negocio de la comedia y la entrega de sus pliegos que me unen a Jerónima al igual que a vos.

—¡Mentira! —escupe Valdés—. Que yo he visto cómo os roza las manos al hablar, cómo baja los ojos cuando la nombráis y mira donde vuestros zapatos pisan el mismo suelo que los suyos. ¡Qué bien sabéis decir santo mientras pensáis su cuerpo! ¿Ahora queréis hacernos creer a todos que os volvéis beato? Más bien el nuevo fervor de oraciones os vino al trocar de amante.

Lo que Pedro de Valdés sospechaba desde hacía años no era solo cosa suya. En la corte se había extendido la idea de que el viraje de Lope hacia lo devoto no era más que un disfraz de conveniencia. Era conocido de todos que Lope había abandonado a Micaela de Luján en 1608, y apenas unos meses después se dejaba ver vinculado a la compañía de Jerónima de Burgos, la actriz esposa de Valdés, empresario del grupo. El mundo —de natural más inclinado a la malicia que a la comprensión— redujo el cambio de ánimo del poeta a un simple trueque de amante. Su ingreso en congregaciones, su actividad en cofradías, y hasta la publicación de versos piadosos se interpretaron como artificio para lavar su nombre y ganar en dignidad social. Si tales transformaciones fueron vistas en algún momento como fruto de una verdadera conversión, más bien se entendieron como causadas por todo lo anterior a un mismo tiempo, en aceptada y natural actitud de que una cosa no quita la otra. Pesando tanto la memoria de su vida anterior en los demás, para una mayoría de sus contemporáneos Lope seguía siendo un hombre rendido a los apetitos, aunque estos fueran envueltos en nuevos hábitos.

—No me volví santo por mudanza de mujer, sino por mudanza de espíritu. Lo que dio a término con Micaela fue por el peso de mis culpas, no porque hubiese hallado sustituta en Jerónima.

Valdés lo mira con sorna amarga.

—Y aun así, todos ven la coincidencia como la veo yo. Dejáis a la una, os arrimáis a la otra. Cesáis con la compañía de Luján, os casáis con la mía. El vulgo no necesita pruebas, se basta con la apariencia. ¿Sabéis lo que es oír que Jerónima entra tardía a la prueba en los corrales porque ha pasado por la calle de Francos?

Lope se acerca a Valdés compadecido.

—Bien sé que a la murmuración no se la detiene con razones, don Pedro, pero tampoco con estas celadas criminales por la espalda. Os juro que no he mancillado vuestra honra. Si busqué nuevas tablas fue por necesidad de mi ánimo, y no por codiciar nueva carne.

Pedro calla un instante, la respiración entrecortada por el esfuerzo de mantenerse erguido en el suelo.

—Decid lo que queráis —masculla—. Ahora estoy perdido, y mis palabras valen poco frente a las vuestras. Pero sabed que por muchos juramentos de enmienda que hagáis, muchos tenemos por cierto que mudasteis de culpa, no de vida, y que vuestra santidad no es más que un disfraz.

20

[Correspondencia entre Lope de Vega Carpio y don Luis Fernández de Córdoba Aragón, VI duque de Sessa y grande de España, en relación con la difícil situación económica atravesada por el poeta y grave enfermedad padecida por sus hijos Carlos Félix y Jacinta. Se vuelve a prescindir de las fórmulas de cortesía, despedida y acatamiento]

[Madrid, 20 de mayo de 1613]

AL DUQUE DE SESSA

Sentimiento ha dejado vuestra excelencia en este lugar, el que basta para saber cuán amado es de todos. Me atrevo a importunarle nuevamente con mis clamores, pues alcanzan el grado de atormentarme, y solo al amparo de vuestra grandeza pueden hallar alivio.

Me hallo, señor, en sumas dificultades. Con poco sueño, no buena ni suficiente comida y en mortal inquietud hemos pasado estos días. Doña Juana está con sus acostumbrados achaques, y en medio de su flaqueza procura sostener el ánimo de esta pobre casa, pero la pena es mayor de lo que pueden sus fuerzas. Y yo, que me pudro mucho de quedar con título de secretario sin ejercicio, me veo reducido a mendigar socorro con vergüenza y lágrimas, pues de nada me vale el nombre si no puedo con él socorrer a los míos.

Los dos hijos que Dios quiso darme, Carlitos y Jacinta, se abrasan en fiebres tercianas. Si ellos faltaran de mis ojos, no estuviera con mayor pena, pero temo que la providencia me deje sin los dos, y no sé con qué aliento pudiera seguir escribiendo si la desgracia me quita a ambos. No hay médico ni remedio que alcance a librarlos, porque no hallo dineros con que pagarlos. No hay en todo Madrid quien me fíe sino vuestra excelencia, a la que ruego que se apiade de esta casa en tan grave momento.

Porque si no fuera por esta familia pobre, a cuyo sustentillo debo acudir, ya estuviera a caballo para seguir a vuestra excelencia, que es norte de mis

servicios y corona de mis pensamientos. Mas el deber me condena a presenciar día y noche los ardores y el delirio de mis criaturas, mientras sin recursos veo apagarse las luces que alegraban mi vejez.

Perdóneme vuestra excelencia la osadía con que le escribo, pero el corazón me dicta que a su mano me entregue, pues de su generosidad pende la vida de los míos. Si su misericordia no acude ahora en mi ayuda, temo que en breve no quede quien pueda recibirla.

Ruegue a Dios por estos inocentes y no permita su señoría que falten en esta casa un poco más de pan, los médicos y sus remedios. Solo vuestra excelencia en el mundo es mi dueño y amparo, y si me abandona, quedamos yo y los míos desamparados de todo humano socorro.

[Valladolid, 2 de junio de 1613]

A LOPE DE VEGA CARPIO

Bien sabéis que no son nuevas las peticiones que me hacéis, ni extrañas para mi conocimiento vuestras penas, pues desde tiempo atrás llegan a mis oídos estos quebrantos de vuestro puño y letra.

También sabéis que, habiéndolas escuchado y sabiendo de ellas, no he dado reparación ninguna a esas dificultades y fatigas que me habéis reiterado en vuestras cartas, siendo entonces la que seguro sospechabais como única y obvia razón posible de mi omisión la acertada: no he querido hacerlo.

Quedad seguro de que no ha estado ni está en mi voluntad aliviar vuestros padecimientos. Si desde aquel día de mi destierro me halláis ausente en vuestras penurias, no ha sido por descuido ni olvido, sino porque juzgo que así debe ser.

Peor sabéis, y estas líneas son para daros fe de una sola vez en tan grave momento, y aunque puedo figurarme que lo imaginabais y temíais, que desde hace tiempo llevo conmigo la verdad de cuanto ocurrió en el pleito contra mi persona. Que fue vuestra merced quien falsificó las cartas que sirvieron de prueba en el proceso donde se me condenó. Vos, que gozabais de mi favor y confianza, pusisteis vuestra más cara habilidad al servicio de tan corrupto adversario y disteis aquellas cartas a manos de Lerma, no por fidelidad a su persona, sino por vana esperanza de obtener merced de cronista en Palacio. Traicionasteis nuestra amistad y mi nombre para intentar ganaros título, pero decidme, ¿de qué os ha servido vuestra falta?

Decís que os falta el dinero con el que proveer de médicos y remedios a vuestros hijos. Decís que os pudrís con título de secretario sin ejercicio. De todo esto no culpéis a nadie sino a vos mismo, que elegisteis convertir la dignidad en provecho y el servicio en intriga. Ved ahí el fruto de vuestras propias obras, que

vuelven contra vos. Si hoy vuestra pluma calla por el luto de la corte y no halláis comedias que os den sustento, es porque el mismo Dios os enseña que la pluma no puede deslizarse para hacer el mal y después querer utilizar la tinta de la compasión.

No me pidáis, pues, lo que no es justo daros. No esperéis de mí, a quien traicionasteis, alivio o socorro alguno. Os digo más: si algo en vuestro infortunio he de reconocer, es la justicia con que el cielo ha medido vuestras culpas. Que la pluma que fue instrumento de engaño os pese como cruz, y que vuestros ojos, que un día buscaron mercedes adulteradas, se inunden hoy con las lágrimas de vuestros hijos. Que lo padezcáis todo en vuestra casa es el precio de lo que hicisteis con la mía.

21

—Despacio —murmura Catalina—. Mojad al menos la boca.

Carlos entreabre los labios para recibir unas gotas de la tisana, pero la cucharilla oscila al contagiarse de sus temblores y el líquido resbala por la comisura, dibujando una veta verde en la almohada.

Desde su asiento, entre dos lechos en los que descansan los hijos de Lope y Juana, el ama devuelve la cucharilla al cuenco de barro para remover el preparado de salvia y agraz e insistir en el intento de llevar algo a la boca de los dos niños.

Carlos y Jacinta sufren los accesos de la terciana en el cuarto de la planta abuhardillada, donde se ha subido una segunda cama para situar a la niña junto a su hermano. Así es más fácil que las criadas, cuya alcoba linda con ellos y tienen ventana acristalada que da a su cuarto, los velen por turnos durante la noche.

Catalina niega con la cabeza y el gesto preocupado, y apoya el cuenco sobre la mesita de noche, moja en el barreño los paños que trae y aplica el preparado en las muñecas de los niños. Después los deja descansar sobre sus frentes, se levanta y enciende las cuatro luces del velón para restarle sombras a la habitación que recibe por fin la noche. Solo a estas horas, atenuada la fuerte canícula de julio, llega la tregua para el sofoco y los agrios sudores de aquellos dos cirios chicos consumidos por la fiebre entre las sábanas. Catalina abre de par en par las ventanas del cuarto.

El renovado aire de la noche entra cauteloso, desplazando y atenuando a su paso los espesos y acres efluvios de la fiebre, pero

no trae consigo el rumor atmosférico que da presencia al mundo. Ni paso, ni voz ni ladrido invaden la mudez tensa del dormitorio. Al atravesar el marco, se deja fuera el curso de la vida, y solo el estertor menudo de los dos cuerpos rompe con el silencio.

Catalina se persigna.

Juana baja la escalera de la casa despacio, casi desmayada. El peso de los ocho meses de embarazo que acarrea le vence el cuerpo, de suyo frágil y enfermizo. Viene de velar a sus dos hijos enfermos y aún trae en la mirada el temblor de sus cuerpos inflamados. El pañuelo que lleva al cuello está empapado y le presta un cerco húmedo a la saya. Apoya una mano en la baranda de nogal al llegar al distribuidor de la planta principal, donde arde cansina la mecha de un candil al filo del aceite, una llama casi rendida a las puertas del oratorio donde Lope pasa las horas postrado a los pies de san Isidro pidiendo por sus hijos. Ha oído el resuello del maltrecho cuerpo de su esposa en su esforzado descenso, y la espera nervioso a la entrada.

—¿Y bien?

—¿Qué esperas que diga? —responde Juana con voz queda, evitando mirarlo—. El calor los consume. Apenas prueban bocado. Ni siquiera retienen la tisana que les prepara Lorena. —Lope agacha la cabeza—. Nuestros hijos necesitan mucho más que rezos, Lope.

—He escrito al duque. He escrito a dos Luis tres veces.

—¿Y qué contesta?

—Nada.

—Pues si ya está en Madrid, ¿no vas a verlo?

—No quiere recibirme.

—¿Y a don Francisco, puedes recurrir a él?

—¿A Lerma? Ya lo he intentado. El mismo silencio obtengo.

—Pero dicen que en casa del valido hay médico y hasta botica propia.

Arriba, un acceso de tos detiene la respuesta de Lope. Juana levanta la vista hacia el techo.

—¿Y cómo estás tú?

Él intenta acercarse, cogerle la mano, pero ella se aparta apenas lo siente venir, llevándose una mano a su abultado vientre.

La llama del candil exhala su último aliento, se encoge y se apaga, dejando a ambos en la penumbra.

Un haz de ramas se consume en el hogar, y se agrupan las brasas en resplandor rojizo bajo el puchero casi vacío. Lorena remueve el hervido, tan pobre y desganado que apenas levanta unas tímidas burbujas. A su espalda, sentada a la mesa frente al fuego, Catalina desmenuza unas hojas secas de salvia y las golpea en el mortero. Sobre la tabla, dos mendrugos resecos.

—¿Duermen? —pregunta Lorena sin apartar los ojos del puchero.

—Dormían cuando los he dejado —responde Catalina—, pero con esos desvelos que sufren... Jacinta todavía pelea, se agita, se queja, demanda cuidados, pero en cambio Carlitos apenas se mueve. Tan quieto, con los ojos vencidos... Ni fuerza para abrirlos tiene.

Lorena suspira, aparta la cuchara del agua rala y se gira de soslayo hacia Catalina.

—Querida, no hables así, el niño todavía respira.

—Respira, sí, pero...

Catalina vuelve al mortero.

—Quien parece rendido es su padre —dice Lorena—. Anda como un ánima en pena por la casa, apenas cruza palabra ni aquí ni en su estudio. No escribe siquiera. Pasa los días en el jardín.

—Piensa, Lorena, que no tiene encargo del que pueda salir un pliego. Antes no faltaban recados de libreros y autores, pero ¿cuándo fue la última vez que abriste a uno la puerta de esta casa?

—No tengo recuerdo —admite Lorena.

—Sin esos pliegos y sus versos...; en fin, ya lo ves, no hay moneda con la que conseguir el pan ni los médicos que de verdad curan. Ay, Lorena —añade Catalina—, y en la otra casa... peor lo tendrán. La enfermedad de Carlitos y Jacinta me trae a las mientes de continuo a Marcela y Lopito. ¿Cómo estarán si no reciben nada de su padre?

—Hace tiempo que el señor no envía carta a Toledo —reconoce Lorena—. Tampoco recibimos nada de allí. Pero Micaela sola no debe de alcanzar para los dos niños. Si aquí vamos escasos y pasamos hambre, allí la pasan doblada. Sin ayuda, sin socorro de nadie.

—Dios los ampare —murmura Catalina.

Lorena asiente en silencio mientras se acerca a la mesa con un cuenco de agua fresca. Sumerge un paño, lo escurre, y el agua comienza a gotear turbia en la vasija. Las dos criadas miran el hilo sucio que cae, lento, empañando la claridad del cuenco.

Carlos delira. Murmullos tenebrosos, voces deshilvanadas y suspiros entrecortados destilados por la fiebre de todos los cuentos que alimentan la imaginación de un niño a quien su padre sueña poeta de su linaje. El gigante de largas zancadas que hace retumbar el tambor de la memoria llevándose un mundo por delante, y el lobo

de estiradas orejas que ronda paciente la casa al acecho de un olvido que deje pasar su hambre, y el ratón veloz y huidizo convertido en delirio de bocados a los pies de las niñas, y la princesa amada de voz quebrada en lo alto de una imposible torre de cabellos descolgados, y Jonás clamando a un Dios con cilicios de algas verdes en el vientre del pez, y los tres mancebos de mirada abrasadora que cantan a las llamas del horno de Babilonia, y el niño perdido entre las voces heredadas del padre, de la madre y de las criadas, el niño que no escucha los consuelos ni siente los arrullos, el niño que no distingue el rezo del lamento ni el sueño del tormento, el niño que calla mientras los gigantes, los lobos, los ratones, la princesa, Jonás y Daniel y también el niño se retiran al fin dejando tras de sí la muerte.

De madrugada, Jacinta abre los ojos. Coge el velón que da luz al cuarto y se acerca a la ventana que da a la habitación de las criadas. Catalina y Lorena duermen sobre sus camas rendidas al cansancio de la vigilia. Al bajar la escalera ve a su madre detenida en ella, una mano en la baranda, los ojos abiertos y perdidos. Más abajo, contempla a su padre en el oratorio, arrodillado ante el altar con las manos apretadas en muda oración.

Y al volver en sí, la buhardilla reaparece y se contempla tendida sobre su lecho. Al coger de nuevo el velón descubre que ahora hay próxima a su cama una cuna de pino con un bebé que duerme. Se acerca a la ventana que da a la habitación de las criadas. Está vacía, al igual que la escalera y la planta principal. Su madre no está en casa. En la cocina, Catalina y Lorena duermen sobre la mesa y, junto a ellas, detenida frente al puchero apagado, otra criada a la que no

reconoce. Siguiendo el pasillo del zaguán la casa se abre al huerto. Allí encuentra a su padre. En las manos sostiene jazmines, claveles y rosas tempranas para juntarlos en un ramo.

De madrugada, Jacinta vuelve de nuevo en sí, abre los ojos, mira en derredor pero no halla ventana, ni cuarto de criadas, ni escalera, ni oratorio, ni cocina, ni jardín. Solo percibe el frío de las sábanas y el poco peso y la rigidez de su cuerpo estirado, las manos recogidas sobre el pecho. A su lado, el velón se consume y exhala el último aliento con el hilo de humo tenue que ciñe su mortaja.

Carlos Félix y Jacinta murieron el mes de agosto de 1613 de fiebres tercianas. Contaban siete y catorce años.

22

En las crónicas se recoge el impacto de la desgracia para el que se queda, mientras que para el que se va, dado que da término a su padecimiento con su acabamiento, apenas se escribe una línea esclareciendo su fin, pues desaparece de esa sucesión de acontecimientos que es la historia. Así las cosas, en las crónicas quedaron recogidas las desgracias que acosaron a Lope en aquel malhadado verano de 1613, pues fue quien quedó, aun cuando la fatalidad pudo hacer mayores y más crueles estragos en la siempre olvidada y delicada Juana, que fue quien parió, y además partió pasado aquel fúnebre agosto.

Ambos debieron soportar el golpe de las febriles y tan seguidas muertes de Carlos Félix y Jacinta. Lope añadió a la tortura de su impotencia, pues qué puede hacer un hombre cuando Dios decide aplicar sus inescrutables designios para llevarse ya no un alma, sino dos, el remordimiento de saber que lo poco que podría haber conseguido para aliviar el doloroso tránsito de sus hijos hacia la muerte no pudo hacerlo al quedar privados de la ayuda del duque, privación que él mismo se había provocado y había provocado a los suyos por buscar en la deslealtad de la falsificación de las cartas de don Luis el conocido pero nunca conseguido medio para su medro.

Cuán grandes debieron ser el daño y los tormentos padecidos por Juana, embarazada de ocho meses al tiempo que morían sus dos hijos, quebrada la esperanza que suscita la preñez por la pesarosa evidencia dada por el funesto balance de dos vidas que terminan

donde solo comienza una. Durante las pocas pero largas semanas de intervalo entre la doble muerte y el nacimiento del bebé fue una mujer sin hijos, una mujer todavía en estado roída por la pena y los demonios del repetido engaño y la traición pretéritos del marido, que no perdió ocasión de disgustarla con otras mujeres, pero que tampoco cejaba de visitarla sediento de una carne que hacer suya cuando no tenía otro cuerpo con que aliviar su necesidad, y de procurarle y engrandarle su descendencia, pues así lo demandaba la conveniencia de la época que les había tocado en suerte vivir a los matrimonios, tanto los felices como los desgraciados. Cuando llegó el momento de tener a la hija que podría haber aliviado una parte de su aflicción, el daño fue mayor, no dio tregua y quiso ser definitivo, pues el parto, anidado en los horrores que circundaron a la madre, fue un parto difícil, un parto que consumó la ruina definitiva de Juana.

Pero cuál habría de ser su daño y tormentos, decíamos, no es posible saberlo, pues si el 4 de agosto de 1613 nace Feliciana, una niña buena, tranquila, ajena a las complicaciones de su venida y a la pesadilla de la casa que la recibe, nueve días después muere la madre, y esas crónicas que solo atienden a los vivos que importan, y dejan a sus secundarios reducidos a una cronología de días, meses y años que aderezan el relato completo de la vida de los primeros, ya no pueden registrar más líneas de doña Juana, pero pueden hacerlo de Feliciana, y una mujer a la que no se otorga importancia es sustituida por otra que tampoco habrá de tenerla, renovando las preguntas sobre quiénes fueron, qué hicieron y qué sintieron, preguntas a las que solo puede dar respuesta la invención de un relato.

«Lo que yo vi, si es que vale para quien me escuche —decía Lorena desde su cocina—, es que doña Juana dejó la vida con el

mismo silencio y los mismos padecimientos con que había habitado la casa. Ni gritos, ni reproches, ni lamentos, salvo los que nosotras, las criadas, adivinamos en sus ojos. En los días del parto me pidió agua y un poco de pan, nada más. Cuando nació la niña, la miró apenas, y se volvió dándole la espalda».

No se necesita imaginar tanto sobre la desventura de Lope. En terminar de escribir sus *Rimas sacras* había encontrado una distracción para pasar lo peor del fatal desenlace y el periodo de duelo de aquel verano. En la oración frecuente e intensa de su oratorio, un camino para rebajar la punción de su culpa, profunda cuan larga era la aguja de sus faltas e incisiva cuan afilada la punta que abría camino de todas ellas: la animadversión del duque de Sessa, el abandono al que don Luis había sometido a Lope, privándolo de su protección en momento tan crítico a causa de su traición, que no le procuraría nada de lo esperado por él a cambio de lo que en un principio había dado impulso a su vileza. Ironías del azar y lección de vida, el truncamiento de sus aspiraciones a cronista y primera evidencia de que su felonía había sido en balde, se tuvo que dar por la muerte de otra mujer, aunque no de cualquier mujer en este caso, pero la desaparición de la reina doña Margarita acababa con la oportunidad de representar en palacio y ante la corte, y diluía el pacto con Lerma.

Pero el castigo a su imprudencia, la muerte de sus dos hijos ante la falta de ayuda material para hacer nuevos intentos de salvar su vida, había sido grande, y sumado a la desgracia del fallecimiento de doña Juana, el conjunto de tan trágicos acontecimientos movieron al duque a considerar que su moratoria había sido la suficiente para compensar y escarmentar la deslealtad de Lope. Su protección volvió a asentarse sin los aspavientos de enfados pretéritos, pues ambas partes sacaban provecho innegable de ella, y es harto común de los

hombres querer que una conveniente normalidad en el trato que ofrece mutuo beneficio permanezca aun cuando esta implique olvidar lo imperdonable.

—Concuerdo con vuestra merced en que la desdicha de sus hijos y de doña Juana supone penitencia suficiente —le dijo el duque a Lope con voz que quiso grave pero cordial—. No quiero ser yo quien añada peso a tan cargada cruz. Demos por saldadas las cuentas del pasado. No hablemos más de cartas o agravios, y quedemos en mencionar al duque de Lerma solo para asuntos de nuestro común beneficio. Y para que conste ante todos que nuestra amistad y mi amparo siguen firmes, acepto ser padrino de la niña Feliciana y me honro en ello, reanudando nuestra mutua relación, su secretariado y los favores con que le compenso su trabajo.

El nacimiento de Feliciana, tan tierna y quieta se la veía en su cuna, ajena al enrarecido ambiente de aquellos días de luto, aliviaba los pesares más acuciantes de Lope cada vez que se asomaba a contemplarla buscando disipar los picos de una soledad que se hacía notar no tanto por la cantidad de tiempo que había dejado de pasar con Juana, Carlos y Jacinta, pues este tiempo, aun siendo provechoso, no era, sin embargo, extenso cuando vivían, y su rutina apenas se había visto afectada con la ausencia de los tres, y su día, ocupado en su mayor parte por las letras y en hacer negocios con ellas, y en la administración de los bienes y cartas de Sessa, proseguía su curso de igual manera.

Sin embargo, las personas poseídas por su vocación que hacen de sus horas de trabajo el gran placer y único propósito de su vida, porque ese trabajo le da sentido por encima de cualquier otra cosa, y se aíslan de quienes habrían de querer o quieren, pero evitan y permanecen apartadas de ellas la mayor parte de la jornada, obtienen una cierta alegría en encontrar a esos otros a su

disposición cuando descansan de sus tareas, actitud en el fondo egoísta que Juana no estaba en posición de combatir, pues era al mismo tiempo este trabajo sustento de la casa frente a su nula aportación material, y porque la única posición que ya conocemos que practicaba era estar postrada enferma en la cama, así como el agradecimiento a los resignados cuidados del esposo y su ocasional interés en buscar el desahogo con ella en lugar de las otras, pero una actitud que Lope hacía pasar por generosa, pues consentía en que sus hijos interrumpieran su trabajo para avisarlo de que la comida había sido servida, y compartía el almuerzo con todos para comentar animado las nuevas del día, y en sus momentos de descanso se interesaba por la educación de los niños, cuando no los buscaba para instruir directamente a Carlos o compartir un momento de juego con Jacinta antes de volver a encerrarse en su estudio o marchar a los corrales. Eran esos pequeños momentos, que a él lo llenaban de gozo, aunque fueran mínimos para los niños y del todo insuficientes para Juana, los que Lope echaba de menos ahora en que el comedor quedaba vacío en la hora de la comida y se sentaba solo a la mesa, o no escuchaba los correteos, riñas y risas ocasionales de sus hijos, o no disponía, en definitiva, de otra cosa que sus letras, y se le presentaba de la manera más clara posible, aun persistiendo en la idea de que los libros eran su vida, que la vida no parecía irle bien sin más compañía que los libros.

«Llamábanme a comer siempre —recordaba Lope para sí mismo aquellas ocasiones en que el rumor de su pluma cesaba y no hallaba otra cosa que el silencio—, y yo les pedía que me dejasen, pero entonces entraba Carlillos a llamarme y daba luz a mis ojos, brazos a mi pecho, y de la mano me llevaba, pero del alma tiraba, y en la mesa al lado de su madre me sentaba. Pero ahora, si no me llaman los míos, tampoco acuden los otros; sin los pasos, los gritos y las

risas de la casa no se alzan sobre las tablas de mi ingenio los personajes de mis comedias».

En medio de tanta consternación le llegó a Lope noticia de la muerte de Micaela de Luján. No se debe adornar en este punto la narración en favor de una suerte de complacencia de lo que resulta deseable sentir ante la muerte de una persona a la que se ha estado en verdad muy unido —tan unido como dos hijos.

Lope no sintió nada al enterarse.

La indiferencia fue absoluta, y no causó incremento o variación algunos en la aflicción que sentía de suyo por el fallecimiento de Juana, Carlos y Jacinta. Sin embargo, sí le trajo a las mientes que la mujer que acababa de morir era la que más hijos le conservaba en este mundo, y el recuerdo de los dos niños, cruzado con el aturdimiento de aquellos días tan extraños, sensación que deseaba remediar cuanto antes para recuperar, o tomar, como se solía decir también por entonces, las riendas de su vida, vino a resultar en la idea de traer a Micaela y a Lopito a su casa como una posibilidad de arreglo.

La gestión de la tutela de bienes fue rápida, pues apenas había nada que administrar en lo que había dejado Micaela, mantenida del propio Lope, y en cuanto este hubo solventado el trámite oficial de registrar la presencia de los niños en la casa de Francos, mandó llamar a Catalina para ordenarle que viajara a Toledo para traerlos.

La encomienda fue un rayo de esperanza para el ama, que había sentido las tres pérdidas como una más de la familia y no dejaba pasar el día sin preocuparse y pedir a Dios por Marcela y Lopito. Durante el viaje, tanto en la ida como en la vuelta, y aun días después de que se hubiera iniciado la convivencia, Catalina no pudo evitar preguntarse por el verdadero motivo tras la decisión de Lope. ¿Las desgracias sufridas lo ablandaron hasta el punto de renegar de

sus equivocaciones pasadas, compadecerse por fin de sus hijos y querer aliviar el desamparo de unos niños que pasaban a tan injusta edad por un trance parecido al suyo?, ¿o la soledad que lo paralizaba en los momentos en que no se hallaba trabajando pedía compañía y Marcela y Lopito llenaban el hueco dejado por sus hermanastros, es decir, habían sido traídos como recurso para el propio bienestar de Lope y su ansiada vuelta a la normalidad, permitiéndole, además, tan encomiable obra paliar toda desazón fruto de la mala conciencia de tratos pasados y recuperar a ojos su categoría de padre respetable y responsable?

—Porque es lo justo —respondió Lope a Catalina una vez que el ama hubo reunido el valor de formularle la pregunta—. Porque Dios me los puso en mis manos a la muerte de su madre y yo he de mostrarme buen padre y mejor cristiano. Es preciso rehacer la casa, Catalina, volver a la normalidad. Que todo se vea en orden, que todo parezca como debe. La vida no se me ha terminado aún, y tengo por delante empresas que me reclaman limpio, en paz conmigo mismo y con Dios.

23

Sobre el mantel de paño descansan las fuentes con espárragos y huevos frescos de gallina. Lorena se retira después de servir su ración a los niños, y Julia se asegura de que nada falte antes de ir tras ella. Catalina cuida de Feliciana, que duerme su siesta de mediodía en la planta de arriba.

Lope guarda silencio durante los primeros bocados a la espera de que el servicio deje el comedor. Cuando se da por fin la ausencia y queda solo con los niños, aclara su garganta con algo de vino y limpia el rosado rastro de su bigote para darles la noticia.

—Hijos míos, esta misma tarde debo dejar la casa. Parto hacia Toledo, donde me ordenarán este mismo mes de marzo sacerdote.

Lopito deja el tenedor en el plato y abre los ojos con asombro

—¿Sacerdote, padre? Y entonces..., ¿dejáis las comedias? Mire bien que en los meses en que no representa no lo pasamos bien en esta casa.

—Hermano —tercia Marcela sin inmutarse por la noticia—, olvidas que el altar es el teatro mayor de todos. No hay igual entre los corrales de la Villa que el retablo de la iglesia. ¿Verdad que solo muda tablas, padre, y que no dejará sus representaciones?

Lope asiente y sonríe con gravedad. Su entrenado instinto literario le apercibe de una segunda intención en las perspicaces palabras de su hija.

—Pero no estaremos mucho tiempo sin veros, ¿verdad? —se apresura a añadir Marcela con inocente desenfado.

—Me alegra que os cuidéis tanto de la administración de esta casa —responde Lope mirando a su hijo para poner después sus ojos en Marcela— y que pongáis tantas miras en el porvenir de mi persona también. Estaré fuera el tiempo necesario para que Dios me reciba en su ministerio. Solo Él conoce los días, pero no temáis, no os faltará nada en mi ausencia.

—¿Y cómo viajareis hasta Toledo, padre? —inquiere Marcela.

—¿Le ha prestado su coche el duque? —ataja Lopito, agitado ante la perspectiva de conocer a tan inalcanzable figura para su edad—. ¿Pasará su excelencia por aquí esta tarde? ¿Podremos saludarlo?

—Vendrá a recogerme un coche, pero no será el de don Luis —explica Lope ante un desilusionado Lopito—. El duque me ha prometido acudir a Toledo para mi ordenación, pero no será hasta dentro de unos días. Viajaré con una antigua conocida, doña Jerónima de Burgos.

—¿Y os alojaréis en casa de esta dama, padre? —pregunta entonces Marcela.

—Así es.

Marcela calla un instante y asiente mirando al plato. Cabizbaja, y en una actitud recogida muy distinta a su firmeza anterior, sentencia:

—Entonces rezaremos para que Dios os dé buen descanso y vuestra ordenación tenga lugar cuanto antes.

Lope no responde. Apura el vino y limpia de nuevo su bigote.

En ausencia de Lope, la vida en la casa de Francos sigue su pulso ordinario. Las mañanas comienzan con el tañido de las campanas de San Sebastián, que reverberan fuertes en el jardín. Lopito se levanta

el primero de tanto que le gusta la vida. Catalina le lleva un jarro de agua para lavarse, el niño desayuna unos higos en la cocina y enseguida llega don Alonso de Vergara, el maestro que Lope le ha concertado, un joven clérigo que, por ser pocos los años de hábito y menos todavía los pupilos y las decepciones que acompañan a estos, no anda todavía desilusionado y mira menos por el exiguo estipendio que cobra que por su misión magisterial, en la que cree y lleva a cabo con orgullo, aun cuando el niño se centra poco en las lecciones.

El tiempo del mes de marzo es bueno y dan las clases a la fresca del jardín. Lopito repite las declinaciones en latín y los rudimentos de doctrina mientras Marcela, que en el ritual madrugador siempre va a la zaga de su hermano, se sienta a un lado cuando llega y escucha las lecciones aunque no sean para ella. Muy cerca de ellos, las practica en pliegos que consigue de Julia antes de que la criada suba a cuidar de Feliciana.

Al traspasar el mediodía, una comida frugal de sopa, pan y queso fresco da paso a los juegos. Lopito corre al patio con un palo que simula ser espada, mientras Marcela, aprovechando la ausencia de su padre, acude a su estudio y se sienta a la mesa para inventar cartas y relatos. Le gusta verse a sí misma en aquella mesa, rodeada de libros y de la intensa luz que inunda la gran habitación repleta de tapices que, como las librerías, o «cajones de libros», como llama su padre a las muchas estanterías repletas de volúmenes, cuentan historias e invitan y acompañan la tarea de crearlas.

Una de aquellas tardes, Catalina manda a Julia a buscar a Marcela mientras Lorena coge a Feliciana y ella sale al jardín a por Lopito para reunirse todos en el oratorio como cada día antes de la cena y rezar el rosario. Al contemplar a Marcela tan concentrada sobre el escritorio, Julia pregunta, curiosa:

—¿Qué escribes ahí, niña?

—Es una carta —responde Marcela—. Una carta para mi padre.

Julia toma el pliego entre las manos. Sonríe al ver la letra insegura, pero se sorprende del buen sentido de lo que lee.

—Esto está muy bien, Marcela, escribes muy bien. ¿Es tu primera carta? —inquiere Julia mientras termina de recorrer el texto con la vista.

—No, no es la primera, llevo varias escritas estos días —confiesa Marcela con rubor—. En ellas voy contándole a mi padre lo que hacemos mientras está fuera. Aunque no se las envíe, me da gusto poner por escrito lo que hacemos Lopito y yo. Pero Julia, no sabía que supieses escribir...

—Claro, niña, yo aprendí entre monjas, como el ama Catalina —le explica—. Allí la conocí, allí nos hicimos amigas, y nuestras hermanas nos enseñaron a leer y a escribir. Durante años, mientras yo servía en Sevilla, nos hemos mandado Catalina y yo muchas cartas, no tan bien escritas como estas que escribes tú ahora, pero esas letras me han permitido al final estar aquí con vosotros. Cuando tu padre decidió que tu hermano y tú os trasladaseis a esta casa, Catalina me escribió, con permiso de tu padre, para que viniera a reforzar el servicio.

—Pero ¿cómo es que dejaste el convento, Julia? Te aburriste, seguro; en verdad habría poco que hacer allí.

—Ah, no, no te creas Marcela —niega Julia acompañando su negación con un gesto de añoranza—. Yo hubiera querido seguir siendo monja, pero la caridad con la que me acogieron llegó a término con mi mayoría de edad. No tenía posibles para costearme la clausura.

—Pero tu vida ha sido más libre fuera de aquellos muros, eso también es bueno.

—Aunque sea muy feliz con vosotros y dé gracias de servir en esta casa —concede Julia—, y aun cuando parezca que los muros de la clausura restan libertad a quienes los habitan, puedo asegurarte que en aquella vida de encierro he respirado mayores libertades que estando al servicio de otros. Las mujeres que sirven a Dios pueden escribir y leer sin que nadie las mire o trate con recelo. Entre rezos, y en la serenidad de mi celda, yo hallaba en mis lecturas un sosiego como nunca he hallado en el mundo. Al suspender todas las distracciones, abrí nuevos espacios a mi corazón. Además, el tiempo en aquellos muros se densifica, y de ese otro ritmo nace la posibilidad de querer mucho lo que se hace.

Marcela la mira con ojos muy abiertos.

—¿De veras que allí escribíais tanto? —pregunta al cabo.

—Sí, niña —se sonríe Julia al comprobar que todo lo dicho se reduce para Marcela a la posibilidad de escribir—, pero siempre con la mirada puesta en Dios.

La llamada de Catalina desde el oratorio interrumpe aquel momento entre ambas.

—Vamos, niña, que Catalina nos llama para el rosario.

Marcela se levanta y pone rumbo al oratorio. Julia dobla aquella carta con cuidado y se la guarda en el bolsillo interior del delantal, donde guarda las cosas que no quiere perder para darles uso más tarde.

—¡Pues si apenas lo reconozco! —estalla el duque de Sessa en una carcajada—. ¿Dónde ha quedado su bigote?

—Me lo ha hecho afeitar el obispo para recibir la epístola —responde Lope con fastidio.

Más vale que no le pinten así, bonito retrato del Fénix quedaría para la historia sin pelos en la cara. Mejor sería no imaginarlo siquiera, pero he tenido que verlo.

—¡Vaya! No es para tanto, descuide. ¿Qué obispo ha sido?

—El de Troya, don Melchor de Soria y Vera.

—¡Vale Dios! —Sigue riendo don Luis—. Solo por Troya podía ordenarse hombre de tantos incendios.

—Pues habrase pensado que era el que metió en ella el caballo. ¡Bien que me riñó por llevarlo!

Ríen ambos por la chanza, pero la hilaridad cesa tras unas cuantas risotadas y retoma don Luis para entrar en materia.

—Bueno, es propio de sacerdotes ir bien afeitado, y vuestra merced está a punto de serlo. ¡Aunque casi pierdo la ocasión de verlo antes de tan importante suceso! Otros dirán que me ha estado evitando *—me ha estado evitando el muy rufián, no hay duda de ello—*, pero bien sé yo que su estancia aquí desde marzo sin pisar Madrid a mi encuentro no puede deberse sino al recogimiento con el que prepara su espíritu para recibir las inminentes órdenes.

La evidente ironía de las palabras del duque pone de manifiesto que su viaje a Toledo, tan imprevisto, y desde luego no solicitado por Lope, quien, muy al contrario, le había dado largas en sus cartas para hacerle saber que ganas tenía de verlo, pero en Madrid y, con suerte, ya ordenado, viene acompañada de problemas.

—Dios oiga a su excelencia y concluyan pronto mis órdenes —contesta Lope—. De momento, con la epístola, poco hago más que ir y venir de la posada a la iglesia para rezar en ella.

Ahí quería yo llegar, a la posada. ¡«Posada», dice! Como si no durmiera con la amiga.

—¡Pues cómo posada! Me llega que se queda donde doña Jerónima de Burgos.

El cambio de tercio del recogimiento espiritual a este señalamiento apoca a Lope.

—Es tan solo una forma de hablar, don Luis.

Formas de hablar son los rumores que corren por Madrid sobre estos dos, menudo pájaro.

—Cualquiera podría pensar que es más que eso —replica el duque.

—El tiempo de mis amores ya ha pasado —se defiende Lope—. Soy consciente de las habladurías de la Villa, pero doña Jerónima es tan solo una amiga, y amiga de buen nombre. No osaría traicionar mis votos, y puedo decirle a su excelencia con toda paz que, si después de mi hábito he conocido mujer de manera deshonesta, que Él mismo, cuyo nombre tomo ahora en mis indignas manos, me quite la vida sin confesión.

Serias palabras son estas, que así pronunciadas no dejan lugar a dudas; extraño sería el embuste poniendo su vida en manos de Dios de esta manera. Claro que esto no va de ser o no verdad...

—¿Acaso no se da cuenta vuestra merced que esos chismes pueden tener consecuencias?

—Si lo dice por el marido, aquel incidente pasado que su excelencia ya conoce puso las cosas claras entre ambos, y él sabe bien que yo no...

—No, don Lope, no —le corta don Luis—. No me refiero al marido, sino a quienes deben otorgar las órdenes. He hablado personalmente con el cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo Sandoval y Rojas. Al presidente del Consejo de la Inquisición no le parece adecuada la «posada» que ha escogido.

—¡Pues si no tengo otro alojamiento posible! —se queja indignado Lope—. ¿Acaso no podría hacerme su excelencia el noble favor de dar fe de mi palabra ante su ilustrísima?

—Sin duda esa podría ser la solución para acallar todo rumor y dar brío a las órdenes para que lleguen cuanto antes y sea sacerdote.

—Su excelencia es en extremo generoso.

—No se adelante, don Lope, no he dicho que vaya a hacerlo —advierte el duque—. Vengo pensando estas últimas semanas que, al tomar las órdenes, puede verse tentado de abandonar los trabajos que me debe como secretario.

—No es mi voluntad, don Luis...

—Entonces, ¿tengo su palabra de que se mantendrá firme en su encargo una vez que se ordene?

Lope comprende atemorizado a dónde quiere llegar a parar el duque.

—Su excelencia debe saber que mi confesor ya me ha llamado la atención sobre este particular, y me ha advertido que me privará de la absolución si no dejo de escribir esos billetes amorosos. La correspondencia que debo manejar en cumplimiento de mis labores como secretario pone en entredicho el ministerio sacerdotal.

—¿Y pernoctar con esa mujerzuela no?

—Su excelencia, por favor —ruega Lope—, que no he yacido con esa mujer.

—Más bien no lo ha confesado.

—No puedo confesar aquello que no he hecho.

—También puede dejar de confesar aquello que hace.

La frase queda suspendida en el aire y ambos guardan un silencio momentáneo. El duque con una media sonrisa, Lope con la respiración contenida.

—Estaría faltando a la verdad —contesta por fin Lope.

—No será la primera vez que lo haga —sentencia el duque, ensombreciendo el tono por las traiciones cometidas por Lope en el pasado.

—Su excelencia, por amor de Dios, tenga compasión de mí —implora Lope—. No soy noble, no tengo título... *—Tampoco logró ser cronista, pero eso no lo va a mencionar—,* necesito el sacerdocio —completa vencido.

—¡Ah! ¡Pues me da la razón! —se regodea el duque con gesto triunfal—. Necesita el sacerdocio para dignificar su persona. ¿Dónde está ahí la verdad que reclama? ¿Lo ve ahora? Vuestra merced necesita el sacerdocio y yo un secretario. Calle ante su confesor y yo hablaré ante el cardenal.

24

El 24 de mayo de 1614 Lope es ordenado sacerdote por el cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo Sandoval y Rojas. Cinco días después, de vuelta en Madrid, canta misa en la iglesia de San Hermenegildo.

Su nueva vida eclesiástica trae cambios de sustancia en su rutina diaria y completan un recogimiento que ha ido construyendo junto a su nueva imagen de hombre religioso.

Si el amanecer no lo sorprendía ya con otras mujeres, no lo hace ahora siquiera con la pluma creando amores fugaces, sino en la calma del breviario abierto sobre la mesa. La primera misa marca los tiempos del día, y los rezos de las horas entretejen el resto de la jornada. La casa misma de la calle de Francos, de no ser por las ocasionales calaveradas de Lopito, respira un aire tan recogido como sus versos, sonetos que ya no pintan intrigas galantes, sino el temblor del alma arrepentida, la súplica de perdón y la esperanza de la salvación. Sus pasos recorren más sacristías y cofradías y menos tabernas o corrales.

Pero bajo el hábito, oculto a los demás, late un mismo corazón que ahora busca en Dios la alta dignidad que el mundo le niega, que busca ahogar en la disciplina espiritual las llamas todavía ardientes de su propio deseo.

En el estudio de la casa de Francos, Marcela aprovecha una de las salidas vespertinas a las que acostumbra su padre para decir misa, y aborda su escritorio, pluma y tintero para escribir unas líneas y no abandonar su rutina de esas cartas inventadas en las que tanto gusta de dar voz a personas imaginarias de las que es dueña absoluta, construyendo la sucesión de acontecimientos de sus vidas, todo lo que les da dolor y contento, las sorpresas que dan aliciente al discurrir de sus días y todo lo que cuentan, más lo que callan, que siempre es más que lo que cuentan, y lo que más le divierte de aquel juego: guardar los más íntimos secretos de sus creaciones para ella misma.

Mas esta vez, unos pliegos abiertos sobre la mesa, una suerte de libro dividido en tres secciones, captura su atención. Es la letra de su padre. Al terminar de leer el primer poema, siente la tentación de volver a hacerlo, ahora en voz alta, para liberar toda la intensidad que contiene:

—«Cuando me paro a contemplar mi estado,
y a ver los pasos por donde he venido,
me espanto de que un hombre tan perdido
a conocer su error haya llegado.
Cuando miro los años que he pasado,
la divina razón puesta en olvido,
conozco que piedad del cielo ha sido
no haberme en tanto mal precipitado.
Entré por laberinto tan extraño,
fiando al débil hilo de la vida
el tarde conocido desengaño;
mas de tu luz mi escuridad vencida,
el monstro muerto de mi ciego engaño,
vuelve a la patria, la razón perdida».

—Lees muy bien, Marcela.

La niña alza repentina la mirada hacia la voz procedente de la puerta, en cuyo marco se apoya su padre.

—Perdone, padre, creí que había salido para decir misa —se excusa la niña, avergonzada.

—Me disponía a visitar a don Luis, pero antes requería algo de arena para secar esa copia que lees —explica Lope acercándose al escritorio y señalando los pliegos que sostiene Marcela todavía en sus manos—. No me sorprende encontrarte aquí. Me han contado que vienes mucho. Aunque se hacía notar en la cantidad de tinta de la que hemos hecho uso estas últimas semanas. Lopito es incapaz de gastar tanta en sus lecciones.

—En verdad lo siento, padre —se disculpa Marcela, avergonzada.

Lope mira a su hija con severidad, expresión agravada por el oscuro hábito que viste en sus salidas. Pero de pronto relaja el gesto.

—Quizá no hayas de disculparte.

Marcela lo mira sin comprender.

—Padre, creía que estos pliegos, la tinta, el juego de plumas eran para sus versos y para mi hermano, para utilizarlos en sus lecciones...

—Lo son —interrumpe Lope. Y sin dar mayor explicación—: ¿Reconoces los versos que has leído?

—Son de Garcilaso, padre —responde timorata la niña—, y tienen forma de soneto.

—Es un soneto, sí, pero no es de Garcilaso.

—Pero en ese libro que tiene ahí, padre, en la tercera estantería, hay unos pliegos de Garcilaso en los que aparece este soneto; recuerdo, además, que es el primero de ellos.

—Así que has estado haciendo uso de mis libros también... —musita Lope, pensativo. —Marcela agacha la cabeza contrita—. No me lo tengas a mal, hija —se apresura a aclarar—. Tampoco me sorprende. Quien escribe debe leer primero. Se debe leer más de lo que se escribe para hacer bien esto último.

»El poema no es de Garcilaso, sino mío, aunque se inspira en el soneto primero de este, que compruebo has leído, por eso se te da un aire de volverlo a leer en mis versos. No soy, por cierto, el único que se ha inspirado en ellos y los ha reescrito. También don Gonzalo Fernández de Córdoba basó uno de sus poemas en el de Garcilaso.

—¿Don Gonzalo, el que dicen el Gran Capitán?

—No, no el Gran Capitán, aunque yerras por poco de nuevo. —Se sonríe Lope—. El Gran Capitán, I duque de Sessa, tuvo afición a las letras, eso es cierto, pero fue el tercero de su casa, también llamado don Gonzalo en honor a su abuelo, quien alcanzó mayores entendimientos.

—Por eso se disponía a salir para ver a don Luis, para mostrarle copia del poema que tanta relación guarda con el de su tío abuelo, don Gonzalo, y ambos con el de Garcilaso.

—Aciertas, hija.

Marcela se endereza con gesto ufano.

—Son mis *Rimas sacras*, un poemario religioso que he dividido en tres partes. Ese que has leído es el primero de los cien sonetos que componen una de esas partes. Pero dejemos mis versos ahora...

Y abandonando el tema de sus *Rimas*, Lope extrae un pliego doblado en cuatro de la abertura lateral del hábito.

—Yo también creo acertar si digo que esto lo has escrito tú —apunta Lope mientras lo desdobla. —El rubor le va subiendo a Marcela desde el cuello—. Son cartas de varios días dirigidas a mi

persona durante mi ausencia. Claro que no las enviabas, pero Julia las encontró y tuvo a bien entregármelas a mi vuelta de Toledo.

La vergüenza inflama las mejillas de la niña. Baja la mirada y aprieta las manos contra el regazo, soltando al fin los pliegos de las *Rimas sacras*.

Lope vuelve a repasar con atención el pliego y asiente despacio.

—Son buenas, Marcela.

Ella alza los ojos con asombro.

—¿De veras, padre? —pregunta ilusionada—. Siempre he pensado que si el maestro de mi hermano me dedicara algo de tiempo a mí, también podría mejorar mucho.

—No tengo duda de que letras como las tuyas no deben perderse —concede Lope—. Pero no será necesaria la concurrencia de don Alonso. Yo mismo te daré trabajo con el que puedas afinar tus letras. Tengo cartas que escribir para las que me falta el tiempo, cartas con las que podrías muy bien practicar tus dotes.

—¿Cartas? —pregunta Marcela, intrigada—. ¿Me las dictará, padre?

—Te encargarás tú sola, hija. En tu mano la pluma responderá por mí. Por lo que he podido comprobar, estás muy bien preparada. Lo que es más: yo no debo conocer, ni aun leer siquiera esas misivas.

—Pues entonces, padre, ¿quién habrá de mandar que se escriban, quién dará las indicaciones acerca de su contenido?

—Don Luis, nuestro duque.

—¿Marcela, su hija? —pregunta el duque incrédulo.

Don Luis se detiene a punto de desembocar en la calle de las Huertas desde los Trinitarios. Lope y su excelencia caminan hacia el

Pardo para dar uno de sus acostumbrados paseos.

—Puedo prometerle a mi señor duque que Marcela está preparada para asumir la tarea —le asegura mientras prosiguen la marcha—. He descubierto en mi hija un talento innato para escribir que ni yo mismo sospechaba hasta hace apenas una semana.

»Las cartas de su excelencia seguirán escribiéndose en mi estudio por manos salidas del mismo ingenio que el de su secretario. Y en caso de haber problema, yo estaré al quite de cualquier mudanza que pueda producirse para ponerle remedio. Si bien estoy convencido de que no tendrá lugar contratiempo alguno que llegue a importunar a su excelencia.

Don Luis mira al frente con gesto inescrutable.

—Recuerde su excelencia los hábitos que he adquirido —insiste Lope—. Tengo a mi confesor muy preocupado con este asunto. Se niega a darme la absolución si continúo escribiendo tales cartas.

—Y puestos a que algún otro de su confianza escriba las cartas —concede don Luis—, ¿no sería mejor para todos que fuera Lope Félix quien las compusiera?

—Mi Lopito, su excelencia, y aun cuando me pese tanto admitirlo, pues he depositado en él toda esperanza de mi legado literario, no ha desarrollado todavía el carácter necesario para unas letras de este tenor. Además, son cartas dirigidas a mujeres como ella: qué mejor que una dama para darles el acento, la ternura, el aire de voluptuosidad preferidos.

—¡Pues si es todavía una niña! —exclama divertido el duque.

—A su edad, Marcela posee una gracia natural que ningún varón sabría fingir en las cuitas amorosas que se trae su excelencia entre manos.

Don Luis se detiene de nuevo. Mira a Lope con una mezcla de incredulidad y deleite, y al cabo reanuda el paso bajo la arboleda

que anuncia el Prado, sellando el acuerdo insólito que llevará a una niña de nueve años a pasar de jugar con pliegos y tintas, a dar voz a las pasiones de los hombres.

25

Entre los escasos recuerdos o testimonios de la vida de Marcela, y quedaron pocos, no luego ni por razón del paso de los muchos siglos, sino pasados contados años después de abandonar este mundo, restaron unas pocas cartas de Julia, la criada que, con aquella inocente entrega a Lope del pliego sustraído a su hija durante sus juegos de escritura en su ausencia, con la única, pero ingenua intención para la época de hacer valer su talento, un talento evidente que saltaba a la vista apenas leídas unas pocas líneas, cuando no unas pocas palabras, pues eran todas muy bien escogidas; unas pocas cartas, las cuales, todas ellas con distintos destinatarios, pero afectadas de la misma vívida impresión, donde Julia insistía en la dicha que iluminó a la niña en todo su ser a partir del día en que recibió el beneplácito del padre, el permiso expreso y licencia para escribir.

Ese talento, hasta el momento profesado como en secreto, pues correspondía a su hermano Lopito ejercerlo, al ser él, como intuía Marcela desde tan tierna edad —pues los niños perciben todo lo que no se les da, más en tanto que se les da a otros en su lugar, o porque se les da todo a otros ya no queda para ellos, y la diferencia resulta evidente incluso para un niño—, el varón, el único varón que le quedaba a Lope, el único vivo todavía o de momento; al ser Lopito, como intuía y sabía Marcela, el elegido por su padre para sucederlo en el arte de hacer comedias, en el oficio de las letras, el destinatario de su legado literario, de lo más grande que poseía su

padre, de todo lo que, en definitiva y pese a la batalla por alcanzar una mejor posición social, era su padre. Ese talento de Marcela, culpable por sentirlo inmerecido o incluso prohibido, relegado a los pliegos recogidos a hurtadillas de entre los descartes de su padre o del maestro de su hermano, pliegos escondidos una vez pasados por su pluma; ese talento había recibido la inopinada sanción de su propio padre.

No solo era el consentimiento de escribir lo que recibía Marcela, permiso que hubiera anhelado de resultar posible, pero que ni siquiera había podido estimar por ser inconcebible, sino el encargo de escribir, una encomienda que demandaba su compromiso. Su padre no solo autorizaba su vocación, sino que la exigía.

Al principio, cada letra trazada en cumplimiento de su misión venía acompañada del temblor de una revelación; cada palabra, se figuraba Marcela, era un regalo para sí misma que, además, la acercaba a su padre y al destino que ella misma se figuraba para ella en imitación de su genio. La niña escribía no solo con una clarividencia impropia de su edad, sino con la gravedad, impropia también de su situación real a tenor de las verdaderas intenciones del padre —motivaciones a las que ella permanecía o quería permanecer ciega, o tardaría, aunque no tanto, en prestar ojos—, de quien ha recibido el inesperado salvoconducto para alcanzar la felicidad y se siente en la seguridad —que no es tal, pero sí se percibe como tal— de estar tejiendo una historia perdurable.

Tan solo hubieron de pasar unas pocas semanas, sin embargo, para que, tras la primera ilusión del permisivo acontecimiento, ese espejismo sostenido en la incapacidad de negar las quimeras que nos hacen sentir bienaventurados y nos convierten en dichosos, aunque el ensueño venga siempre acompañado de los pequeños matices de una amaritud de la que no dejamos de ser conscientes,

pero que nos conviene negarnos para que no se descubra la ficción en que se erige toda nuestra esperanza; que tras el espejismo, decimos, Marcela no pudiera sino reconocer la evidencia: que la sustancia de aquellos encargos no respondía al misterio creador en que ella pretendía indagar y del que hubiera querido participar derramando toda su inventiva e imaginación sobre el papel; que las cartas que escribía, portadoras de encendidas promesas y de ardores poco disimulados, pues así quería don Luis sus libidinosos ofrecimientos, sin disfraces, iban destinadas a distintas mujeres, unas veces casadas, otras solteras y libres, jóvenes damas de alta como de baja o de ninguna alcurnia, viudas que buscaban un consuelo pasajero, igual que vírgenes que pretendían o que debían aceptar favores, siendo el duque un hombre casado que no debía prodigarse en estos menesteres; que su misión era, en definitiva, instrumental, un medio con que su padre conseguía prolongar el fin siempre perseguido: servir a dos o a tres o hasta a cuatro señores —a Dios, al duque, a las letras y al escándalo para mayor gloria de su nombre, el de Lope—; pero que Marcela era todavía una niña, eso también, una niña de nueve años expuesta a la conveniencia y a los delirios de grandeza del genio que la subyugaba y que era también su padre.

Si al principio no alcanzaba a comprender del todo a lo que daba forma, pues tomaba como punto de partida la idea sugerida por el duque en sus peticiones sin cuestionarla bajo la subyugante convicción para ella de servir a su padre mediante sus letras y realizar un ejercicio útil para el perfeccionamiento de su escritura, el aroma de aquellas palabras pronto se le antojó extraño, y cuanto más avanzaba, con más certidumbre era capaz de advertir que contribuía a una obra indigna: su caligrafía servía de vehículo a

lisonjas tejidas con engaños y ardides de alcoba de un hombre casado que se declaraba cautivo de otras voluntades.

Marcela, que veía en la literatura, como todos los que se inician con ilusión en estas y otras lides artísticas, la más alta de las gracias, se había sentido henchida por un espíritu de grandeza y llamada a un privilegiado ministerio de creación. Muy pronto pudo comprobar que incluso los más altos quehaceres a los que se ve llamada la voluntad deben una parte importante de su ejercicio, cuando no todo él, a las más elementales necesidades, motivos que ponen en su sitio a la persona que cree rendir un homenaje a las causas más sagradas, si bien su especial habilidad de hacer de las letras, de los sonidos o de lo observado algo digno de admiración no es sino otro acto más de resistencia frente a la vida, una forma como cualquier otra de subsistir; que la literatura era ante todo un oficio, nada más que un oficio que a ella le había tocado desempeñar de la forma menos inspiradora y alentadora posible, sirviendo a una causa destructora de una inocencia que todavía debió haberse prolongado, un trabajo que no solo no la ennoblecía, cosa no estrictamente necesaria, pero que además la rebajaba; que la literatura, lejos de ser un don inmaculado, era una fuerza ambigua, capaz de iluminar tanto como de ensombrecer, capaz de salvar tanto como de hacerse perder.

Sentía en aquel acto repetido a diario de apoyar el cálamo sobre el pliego el peso de las cadenas impuestas por el padre, si bien la ilusión con que acogió el beneplácito para escribir persistía, pues la alegría de la aprobación paterna lo podía todo. Marcela llevó en secreto la dolorosa contradicción de saberse reconocida, pero solo para ser utilizada. Pensó que bastaría con perseverar, que la fe que sostenía en su talento podría purificar la impureza de la causa, pero cada nueva carta que componía poniendo su voz a tan sucios actos

desdibujaba la confianza que ella misma depositaba en sus capacidades. A solas en el estudio o en su habitación le asaltaba la posibilidad de que fuera del mundo de su padre pudiera existir otro, acaso menos público, menos célebre, menos veleidoso también y más verdadero; un lugar donde las letras no dependieran de remitentes ni destinatarios que pudieran corromperlas, y donde escribir acogiera las grandes esperanzas y miserias de la condición humana para trascenderlas depositándolas con sus versos en manos de Dios.

Entonces recordaba las palabras de Julia aquella tarde en que hablaron en el estudio de su padre mientras ella todavía escribía a hurtadillas, y la criada, lejos de aleccionarla, y al parecer con la indudable buena intención de quien busca que le sea reconocido su talento a quien por sus propios medios no será capaz de visibilizarlo, en este caso por ser mujer, por ser hija ilegítima, porque Lopito también era bastardo, pero era hombre y debía ser, en ausencia de Carlos, quien continuara la estirpe de su padre, «el hijo del Fénix», dirían, le había sustraído aquella carta fruto de su fantasía, fruto de su libertad, todavía; esas palabras de Julia, decimos, sobre que en los conventos, entre sus rejas, las mujeres podían leer y escribir, pensar y callar, si no hablar pues la regla no lo permitía, cuanto fuera necesario. Marcela vislumbraba en la clausura un refugio de sí misma, la posibilidad de servir a la palabra que revela y redime, y se lo repetía a sí misma como una promesa.

Dentro de aquellos muros nadie podría arrebatarle aquello para lo que había nacido.

26

Al alba, cuatro cuerpos de cera gastados quedan derramados sobre el candelero después de velar la mesa de trabajo de Lope en otra noche de versos. El poeta exprime las últimas palabras que quedan en la tinta de su pluma sobre un pliego lleno de tachaduras cuando la puerta que da al distribuidor de la escalera recibe dos golpes firmes y secos.

—Señor —tras la puerta, la voz de Catalina denota preocupación y apremio—, disculpe, señor, necesitamos que baje de inmediato.

Lope deja la pluma en el tintero con un suspiro impaciente. Catalina, apremiante, insiste tras la puerta:

—Le ruego se dé prisa, es cosa de gravedad. Se hace de día, empieza a pasar gente por delante de la casa y las paredes hablan.

—¿Qué dice, Catalina, de paredes que hablan? —gruñe Lope molesto—. A ver, ya voy... —añade mientras se levanta y pone orden en su sotana cada vez más nervioso por la intriga—. ¡Entre de una vez! Dígame qué sucede, ni que ardiera la casa...

—¡Como si ardiera, don Lope! ¡A punto está de arder! —Catalina empuja la puerta y asoma el rostro en el estudio—. ¡Han escrito en la fachada! ¡Con letras muy grandes!

Lope queda paralizado por la noticia, pero la imagen evocada por las palabras de Catalina pronto se hace visible en su cabeza y se pone en marcha con urgencia en dirección a la escalera. Al pasar la puerta, ella sigue presurosa a su señor, pero aparta la vista con apuro.

Notando su ademán, Lope le pregunta mientras desciende:

—¿Qué dicen esas palabras?

—No querrá oírlo, es mejor que lo lea vuestra merced.

—Dilo —la apremia Lope, impaciente.

Catalina traga saliva y cita con timidez.

—«Cura loco por la Loca».

Lope se detiene a punto de poner fin a su descenso, al pie de la escalera, el rostro lívido, la boca entreabierta, paralizado de nuevo por la imagen que se dibuja en su cabeza y que no desea ver con sus propios ojos.

—¿Lo han pintado con carbón? —balbucea.

—Con carbón y con saña, don Lope, que bien grandes se ven las letras.

—Vamos —acierta a decir por lo bajo y con voz temblorosa.

Al cruzar el umbral de la puerta de la calle, la luz de la mañana los golpea con su claridad fría y el incipiente rumor de la calle. Un corrillo de vecinos, todavía pocos, Lope no alcanza a ver cuántos debido al inesperado resplandor, y, sobre todo, a su estado de agitación y ansiedad, miembros del servicio en su mayoría, algunos mozos de tienda y dos criadas con cántaros, estas sí las ve bien pues le entorpecen el paso frente a la fachada; suficientes testigos, en cualquier caso, como para que pronto se haga pública la afrenta, el improperio que pende a media vara del suelo, entre el vano de la puerta y de la primera ventana, en negro contraste con la pared de ladrillo y cal rugosa.

Desde el interior de la casa, asomando por la puerta que ha quedado entreabierta, los rostros soñolientos pero curiosos de Lopito, con el cabello revuelto y la camisa mal metida en los calzones, y de Marcela, de pie tras él, más discreta y cubierta.

—Padre —dice el niño—, ¿qué pone?

—¿Acaso no sabes leer todavía? ¿Tan poco te aprovechan las lecciones? —replica Lope con enfado, sin mirarlo—. ¡Entrad en la casa!

—¿Quién es la Loca? —pregunta Marcela con curiosidad.

Lope cierra los ojos conteniendo su ira.

—Dentro..., de inmediato —ordena colérico, pero contenido por la presencia de otros en la calle.

Diligente, Catalina arroja el primer cubo de agua sobre la fachada, y el agravio descuelga en regueros que hacen de la pared lienzo más sucio y vil todavía. Pero el murmullo que llega de los presentes se debe no tanto a los desesperados intentos de borrar cuanto antes la ofensa, sino del anuncio procedente de un hombre de capa corta, birrete de escribano y cartera sellada que se abre paso en aquel momento entre el corro de curiosos.

—¡Abran paso! ¡Vengo en nombre del presidente de Castilla!

Al oír nombrar el cargo de presidente del Consejo Real de Castilla, Lope recompone su gesto de rabia en otro de gravedad en un acto de maestría teatral.

—Si vuesa merced viene avisado de la pintada que ve en mi casa, sepa que...

—Su ilustrísima nada sabe de esto —responde confuso el escribano, mirando de reojo la pared—. Mi encargo es otro muy distinto —añade alzando la cartera para ponerla en manos de Lope —. Traigo una orden de emplazamiento por materia de denuncia.

En un acto de contención, digno rival de las mejores dotes de los actores que representan sus comedias, Lope logra mantener la dignidad en su voz para solicitar lugar más discreto donde tratar tan preocupante noticia:

—No es lugar ni está la calle para leer papeles en estos momentos. Si vuesa merced tiene la amabilidad de pasar conmigo

dentro...

—A fe mía que debemos entrar —asiente arrogante el escribano— para empezar con estos papeles y adelantar, pues viene de camino su paternidad para tratar él mismo con su persona la noticia y contenido de esta denuncia.

—¿Su paternidad? —pregunta Lope desconcertado—. Con perdón de vuesa merced, ¿a quién esperamos recibir?

—¿Pues a quién debería ser? —responde incrédulo el escribano—. A su ilustrísima, don Fernando de Acebedo Muñoz, arzobispo de Burgos y presidente del Consejo Real de Castilla.

Una notificación con visos de denuncia ante el presidente de Castilla suponía un aviso político y judicial de primer orden. Fernando de Acebedo era el hombre de Estado de Felipe III, el más alto magistrado civil de la Corona; encargado de velar a través de escribanos como el que había dado tamaña sorpresa a Lope, por el gobierno interior y la justicia del reino. Al contrario que el duque de Lerma, hombre de confianza del monarca, el presidente del Consejo Real tenía cargo con el que amparar sus decisiones, lo que confería a su autoridad una oficialidad imponente.

Lope apenas tuvo tiempo de reaccionar a su llegada. Apremiado por la necesidad de acompañar al escribano a su estudio y de recomponerse cuanto antes para afrontar la situación que venía a presentársele por sorpresa a su casa, tan solo pudo dar algunas escuetas órdenes a Catalina.

—Deja la limpieza de esta pared a Julia —le había susurrado en un aparte antes de entrar en la casa—, y que cubra cuanto pueda de su apariencia. Esperamos visita de gran relevancia.

»Luego de darle encargo a Julia, vuela a casa de su excelencia el duque de Sessa. No mandes mozo, la ocasión es de primer orden. Dile que venga, que su consejo me es de suma necesidad para nuestra causa en estos momentos.

Ahora, en el estudio de Lope, en la zona del recibidor próxima al estrado donde recibe las visitas de mayor importancia, el escribano aguarda de pie, el birrete en el borde de la mesita de centro junto al papel sellado que Lope despliega acongojado para conocer el motivo de la denuncia.

«De la información que llega a oídos de este Consejo, hállase el clérigo, don Lope de Vega Carpio, en trato ilícito con doña Marta de Nevares, mujer casada...». Lope interrumpe la lectura que hace para sí y levanta la vista para preguntar al escribano:

—¿Quién? ¿Quién ha puesto la denuncia?

—Ese es asunto que podrá tratar con su ilustrísima —se excusa el escribano—. Vuestra merced podrá presentarle descargo en el acto, pues ya le oigo subir.

Apenas acaba de intuir el escribano la llegada de su señor cuando el dubitativo carraspeo de Julia suena al punto de entrar al estudio, inclinarse en gesto de respeto, y hacer ademán de invitar al paso al hombre que cruza la puerta; un hombre de corta estatura, ancho de espaldas pero no grueso, el vientre menos redondeado que su rostro curvo, de ojos sagaces enmarcados por párpados algo vencidos por la vigilia de tantos papeles, y cejas como dos sombras quietas; apacible, e indolente su expresión, sobrio en el ademán como en el vestir prelaticio —negro con algún discreto morado—, el gastado anillo episcopal en sus fuertes manos, que ahora se dirigen hacia Lope.

—Su ilustrísima —lo saluda mientras hace ademán de besar el sello arzobispal.

—Don Lope de Vega y Carpio —le devuelve el saludo Acebedo mientras retira la mano y pasa de largo para dirigirse a una de las sillas del recibidor—. Por fin tengo ocasión de conoceros en persona. En buena hora conozco al celebrado Fénix de los Ingenios —se congratula en tono animoso—; puesto que vuestra merced ha hecho votos, tengo además la ventura de poder considerarlo de todo punto mi hermano en Cristo, ¿no es así?

Acebedo toma asiento y alza una mano al mismo tiempo que la pregunta, para acabar blandiendo el dorso hacia el escribano, quien abandona el estudio de inmediato. Tras recibir la mirada apremiante de Lope, Julia lo sigue y deja la estancia.

—No soy digno de ser considerado hermano de vuecencia —opone Lope, apresurado por explicarse—. Debo esclareceros, en primer lugar, acerca de la denuncia que...

—No he venido a solicitar explicaciones a vuestra merced sobre el particular —lo interrumpe con sosiego Acebedo mientras se sonríe al notar la extrañeza que aflora en la cara del poeta—. Los detalles se reúnen en el escrito de denuncia que le ha traído mi oficial para su conocimiento. Sería bobo por mi parte reprender de su conducta, aun reprobándola en grado sumo, algo que no sepa afearse o pueda recriminarse vuestra merced por sí mismo —añade Acebedo con una cierta resignación—. Tan solo podría, a lo sumo, advertiros acerca de la denunciante. ¿Reconoce vuestra merced a quien lo acusa de mantener relaciones con esa tal señora de Nevares siendo sacerdote?

—Puedo imaginarlo, su ilustrísima —afirma Lope cabizbajo.

—La mujer que lo acusa se las compuso para denunciarlo ante mi sobrino —explica Acebedo—. Por cierto, que él acudió a mí, pues sabía de mi intención de conocerlo, y una cosa ha terminado por llevar a la otra, y esa otra hasta su casa.

—Entonces —inquiere Lope incrédulo—, ¿su ilustrísima solo ha venido aquí a conocerme?

—¿Y por qué no? ¿Cómo podría resistirme a tratar a vuestra merced, el hombre del que todos hablan? ¡Hasta las paredes llevan su nombre! —admite risueño Acebedo—. Claro que también le voy a conceder el favor de anular la denuncia, pero le solicito que, para tranquilidad de todos, y en especial de nuestra Santa Madre Iglesia, cuide de su situación para que no se produzcan otras demandas iguales.

—Pues, su ilustrísima, ¿a qué puedo deber yo, pecador como soy, tanto favor?

—Mi carrera en la corte me ha enseñado, pero a la fuerza, pues yo nunca quise más cargo que el que Dios tuvo a bien concederme como pastor de mi diócesis, que nunca está de más conceder favores a quienes vayan a tener la obligación de devolverlos.

»En cualquier caso —continúa el prelado con gesto ensimismado —, de cuanto sucede en España, hoy como ayer, señor mío, no hay sorpresa posible para quien conozca a sus prohombres. Todos ponen el grito en el cielo cuando este o el otro se ven destapados en el escándalo, y se me habla de decadencia como si se tratase de un mal reciente y gravísimo por ser excepcionales las conductas que contribuyen al mismo, pero este reino lleva muriendo desde que quiso serlo de todo el mundo. Nadie sostiene tanto peso sin quebrarse los huesos, y las gentes de nuestro imperio, y vuestra merced, como yo, es parte de esas gentes, nos vemos contagiados de este espíritu menguado y de virtudes caducas.

Lope, con la vista baja, asiente procurando no romper el hilo de las palabras de Acebedo. Más que con la voluntad de compartir sus convicciones, con la intención de animarlo a proseguir y mantenerlo lejos de la denuncia y del nombre de Marta.

—Don Felipe, nuestro rey, tiene buen corazón. Es hombre piadoso, devoto de la Virgen, inclinado al recogimiento. Ama la paz, pero solo porque teme el conflicto. Todo lo ha dejado en manos de Lerma, y Lerma ha hecho de la corte una lonja. Los oficios se compran, los méritos se fingen. Todos los días cambian sus ministros de parecer sin consecuencia alguna, que así lo llaman, «cambiar de parecer», como si manifestar el día después lo contrario de lo que se dice el anterior no fuera pronunciar mentiras.

—Vuestra ilustrísima preside el Consejo y tiene palabra en las decisiones del reino —aventura Lope con tono mesurado, empujando a Acebedo a seguir recorriendo aquella senda de derrotas que lo lleva lejos de su escándalo.

—Los que creemos en la justicia somos convidados de piedra en este banquete de parásitos —lo contradice el prelado con toda la calma de quien conoce su impotencia y la acepta de buen grado—. Palabra sí tengo. Poder, escaso. Puede que ninguno. Mis avisos al rey acaban durmiendo en los cajones de su secretario, don Rodrigo Calderón, perro viejo y mano derecha de Lerma. Pues si ya intentó nuestra difunta reina acabar con esta pegajosa mugre que tiñe palacio... Nada consiguió. Lo más que pudo, en realidad muy poco, fue llevarme con su influencia póstuma a la presidencia de Castilla. Pero ¿con qué resultados? Nuestro rey quería un contrapeso al poder de Lerma, pero cuando uno habla claro, se le tiene por enemigo. Así funciona el gobierno de España: cada cual guarda su silencio contribuyendo al apagamiento del reino para no perder sustento.

—La situación del reino es difícil, pero no todo se halla perdido —replica Lope con tono esperanzado para seguir dando alas a la perorata de Acebedo—. Si en la corte decaen las virtudes, en los ingenios florecen. Las artes nunca volaron tan alto. En medio de su

desorden político, España vive una edad de oro del entendimiento de sus filósofos, poetas, músicos y pintores. Tal vez la inspiración nazca del hastío de los hombres y de su deseo de elevar el alma por encima de tantos infortunios.

—Puede que vuesa merced esté en lo cierto, o al menos podría estarlo con los siglos. Los poetas, no los ministros, son quienes dejan memoria de los tiempos —concede Acebedo, dejando caer la voz con cierto cansancio—. Pero la cultura que así florece brota del estiércol, y ni todas las artes ni las ciencias bastan para mantener en pie un reino si su sustrato moral está podrido. El ideal no evita que la realidad siga su curso, ni evita que, al llegar el oro de las Indias a Sevilla, de Sevilla desaparezca, váyase a saber vuesa merced dónde, y las arcas del Estado quedan vacías. Tampoco evita que los jueces se vean forzados a fallar según el gusto de los ministros y no según el peso de la ley, pues cada sentencia parece ahora redactada en los pasillos del poder y no en los tribunales de Dios. Y peor aún: la sinvergonzonería de nuestros hombres de Estado, que, tras cometer yerros de la mayor gravedad, no solo no se retiran avergonzados, sino que guardan el ánimo suficiente para pasearse por Palacio como triunfadores. Cometen disparates, arruinan al reino, y lejos de pagar por ello, reciben honores. Y todos callan, porque España se ha hecho a la costumbre de aplaudir al que obra mal y despreciar al que fracasa con decencia, porque este es el principal problema, causa primera de los anteriores: que en España se puede hacer todo mal y no pasa nada, porque a todos les da igual todo.

Lope asiente de nuevo, anhelando que el prelado ponga fin a su discurso sin acordarse del motivo inicial de su visita. Prefiere con mucho su indignación templada a su juicio directo.

—No me malinterprete, don Lope —continúa Acebedo—. No hablo desde la ira. Yo ni siquiera quise el cargo que ostento. Hace tiempo

que gasté todo mi enojo, y he acabado por mirar estas cosas con la misericordia con que se contempla a un enfermo terminal. No hay cura posible, y sin embargo se le viste, se le alimenta, se le conforta, se le quiere. Eso hago yo con España: darle el consuelo de mis desvelos, aun sabiendo que su imperio tiene los días contados. —Acebedo mira a Lope por unos instantes antes de proseguir, en tono más bajo, casi confesional—: Vuesa merced escribe. Hace bien. Claro que también participa con su conducta de la decadencia que emponzoña nuestro reino. No, no me dé explicaciones —lo detiene Acebedo alzando ambas manos cuando percibe que Lope quiere excusarse—, ya le he dicho que no he venido a reprenderlo.

»En sus versos queda la memoria de lo que fuimos. Aunque vuestra merced sea hijo de su tiempo, sus letras apuntan al mañana y darán buen testimonio de esta España. Por eso quería conocerlo en persona. Ahora, si me disculpa... —se excusa Acebedo levantándose con hastío de la silla.

La reverencia aliviada que inicia Lope se ve interrumpida por unas sonoras carcajadas procedentes de la planta baja. La risa sube hacia el estudio, y en ascenso desde la escalera trueca en la voz grave del duque de Sessa:

—¡Con que la Loca, nada menos! ¡A fe mía que vuestra merced nunca deja de asombrar al mundo, con versos y sin ellos!

La puerta del estudio se abre de golpe y la figura del duque entra decidida con la sonrisa puesta. Apenas cruza el umbral de la estancia cuando la escena queda detenida: Lope a medio incorporar de su genuflexión, el presidente del Consejo de Castilla entre curioso e imperturbable, el duque de Sessa con ademán de saludo quebrado a medio camino, las manos suspendidas en el aire.

—Su ilustrísima... —musita don Luis bajando la cabeza y plegando las manos con actuada modestia—. No esperaba que la gracia de

vuestra señoría llegara hasta la casa de nuestro poeta.

Acebedo alza apenas una ceja, divertido por el fingido apuro del duque.

—No me hallaba lejos de aquí. Estos días superviso muy de cerca la reforma y ampliación de nuestra plaza Mayor —explica el prelado —, y he querido conocer en persona a don Lope. Pero si esto trasciende y saben que he coincidido con su excelencia en lugar privado, dirán en la corte que conspiramos los tres contra algún enemigo común, quizá nuestro amado valido de Lerma.

Entendiendo la chanza como despedida, el duque se inclina con exagerada cortesía, procurando enmendar su atropello con una forzada sonrisa.

Acebedo le devuelve un leve asentimiento con gesto distraído. Alisa el borde de su sotana y recoloca el birrete mirando por última vez a un Lope inmóvil y reverente.

—Procurad que vuestra pluma no os lleve a más denuncias. Quien escribe y goza en demasía del éxito de su arte acaba creyéndose poseedor del mundo en que vive, además de los que inventa, y hace con todos ellos lo que quiere, no lo que debe, confundiendo la realidad con su propia fantasía.

27

—Por las llagas de Cristo —dice al fin don Luis dejándose caer en la silla que acaba de dejar vacante el presidente—. ¡Yo entrando como un bufo, y aquí dentro, el hombre más grave del reino!

Lope, aún lívido, apenas atina a cerrar la puerta del estudio.

—Créame, mi señor duque, que al final la visita me cayó del cielo, pero no las tuve todas conmigo desde el principio, y por eso lo mandé llamar, para solicitar su asistencia. —Y le tiende a don Luis el escrito de la denuncia.

El duque lee con aire sorprendido.

—Sea de donde viniere don Fernando de Acebedo a esta casa, cielo o infierno, traed ahora claridad a esta penumbra —dice blandiendo el documento mientras lo devuelve a la mesita—. Decidme qué ha sucedido, quién es esa Nevares que da nombre a la denuncia, y cómo ha aparecido en las paredes de su casa la Loca. —Ante la indecisión de Lope, con una sonrisa mitad afectuosa, mitad reproche, insiste el duque—: Vamos, sentaos y confiádmelo todo. Si en algún momento he de salvar vuestra honra, al menos sabré qué pecados la hostigan.

Lope se acerca despacio a la mesa, toma asiento frente al duque y, tras un breve silencio, alza la vista.

—A Lucía de Salcedo, actriz a la que dicen la Loca, la conocí en 1608 en la compañía de mi gran amigo Alonso de Riquelme, cuando su marido aún vivía. Mujer viva y ardiente, inclinada a las reacciones mayúsculas, de ahí el sobrenombre. Acostumbrada a los aplausos,

sobre todo en aquellos años en que hacía los papeles principales. No hubo comedia donde no me buscara con los ojos, ni verso mío de los que representó que no creyera escrito para ella.

»Supe contenerme, sin embargo, pues mi voluntad se hallaba reforzada por el cambio que supe obrar en mi ánimo en aquellas fechas, aunque fueran muchos los que pensaran que dejé a Micaela por Lucía. Tiempo después murió su marido y volvimos a encontrarnos en Madrid en el año de 1615, hace dos del presente.

—Pero vuestra merced había hecho votos por entonces, ya era sacerdote.

—Sí, ya era sacerdote —admite Lope—. No negaré que mi temperamento me pierde. Tampoco que he deseado siempre con exceso. Pero la fiebre que padecí con la Loca viene más del cansancio que de la pasión que otras veces me ha aquejado.

»Los poetas nuevos, esos que llaman cultos, capitaneados por Luis de Góngora, que ha venido, además, a dar con sus huesos en Madrid y a dos pasos de mi casa, en la calle del Niño, me zahieren con su jerigonza y nos tenemos por enemigos. Desde que el cordobés publicara sus *Soledades*, no hay día que no me provoquen los suyos con sátiras y libelos. He tenido parte, lo admito, pues me fatigan los que llaman poesía a la oscuridad y yo defiendo la claridad, la voz que todos entienden, pero me veo cada día más solo en la batalla. Mientras ellos se agrupan y triunfan en palacio, yo me consumo en pleitos y disputas que no acaban nunca.

»Y en casa... En casa tampoco hallo sosiego. Lopito crece díscolo, travieso, altanero. No hay palabra que lo corrija ni disciplina que lo enderece. Me responde con la misma soberbia con que los cultos me escriben. Me avergüenza verlo tan parecido a mí.

Lope hace una pausa. El duque lo observa en silencio, echado hacia delante en la silla, anhelante de conocer más, intrigado no

tanto por las razones de su secretario como por conocer el desenlace con la Loca.

—Los unos y el otro —prosigue Lope—, las preocupaciones y hartazgo que me han traído, me llevaron a los aliviadores brazos de Lucía. Fue hambre de consuelo y ganas de desahogo, sin los afectos que habría de encontrar en Marta de Nevares. Afectos sinceros que me condujeron a romper relaciones con Lucía.

—¿Y teme vuestra merced que el mensaje grabado a su puerta y esta denuncia sean obran de su despecho?

—Así me lo ha confirmado su ilustrísima, don Fernando de Acebedo. Al menos en lo que toca a la procedencia de la denuncia. La fogosidad de Lucía la ha llevado a brazos de otros, además de los míos. También del sobrino de monseñor, que pudo así el joven enterarse y dar aviso a su tío de la denuncia. En cuanto a la pintada de esta casa, si no es suya, ha de ser de alguno de los cultos, que también pueden andar metidos en su cama y conocer mi relación con ella.

—¿Y qué dice doña Marta de todo esto? —inquiere el duque—. Esta dama tiene, hasta donde me alcanza la memoria, hidalguía en su estirpe. Marta de Nevares Santoyo, según creo, y es prenda nueva. Vuestra merced debe de doblarle la edad.

—No se equivoca en nada mi señor duque. Marta viene de buena familia, y es mujer de juicio y templanza aun siendo todavía joven. Ella no repara en estos escándalos ni le convienen, porque, además, es casada, y nuestro amor es a espaldas de su marido.

—¡Pues no deja a una loca para ponerse en riesgo de recibir una cornada! ¿Quién es él?

—Un tal Roque Hernández —menciona Lope con desprecio—. Administrador de negocios con los que hace mucho oro, pero de espíritu basto y poco entendimiento. Hombre que comienza a

barbársele por los ojos y acaba en los dedos de los pies, torpe y rudo todo él.

—Sea, pero ¿cómo vino vuestra merced a trocar una actriz por dama casada? No parece canje de provecho buscar el adulterio para acompañar la ruptura de los votos.

—Durante años me impuse y logré distancia a pesar de hallarnos tan cerca. Ella vive en la calle del Infante, a menos de una cuadra de mi casa de Francos, como aquel que dice. Tanto tiempo he podido admirar de vista y como a lo lejos su cabello, rizo y copioso, como si la naturaleza le hubiese concedido el privilegio de no necesitar otro adorno, y luego más cerca, pues frecuenta las academias en las que yo mismo busqué fortuna en los peores años de mi carrera, cuando cerraron los corrales por la muerte de la reina y pude hablarle allí por vez primera, unos ojos verdes, del verde que enciende en la naturaleza el sol cuando declina, y una boca en la que ha de poner cuidado quien la mira. A la gentileza de su cuerpo es mejor no poner palabras.

»Marta es hermosa de un modo que no admite disputa, pero no es solo hermosura lo que en ella me turba, sino su condición de sujeto entendido, limpio, amoroso, agradecido y fácil, cuya condición parece de ángel. La rabia que tengo conmigo es que ha de tratar con un hombre incapaz de entender lo que posee. A fe mía que su marido no aprecia como yo el milagro que tiene ante sí, los delicados temblores con que el aire recibe el canto de su voz, porque yo, en cambio, la entiendo sin que me hable, y su espíritu me alcanza sin palabras, tanto más cuando me habla y todo mi ser se ordena y cobra concierto mi alma. ¡Y pensar que ese bruto, ese hombre de cuentas y escudos, respira a su lado cada noche sin comprender el don que el cielo le ha confiado!

—Diríase que vuestra merced desea menos a la dama que a la propia idea de sí mismo. No sé si amáis a Marta, o si solo os amáis en ella y en la destrucción de la idea de lo que representa su esposo para vos.

—¿Por qué decís esto?

—¿Acaso cuanto más la imagináis junto a su marido, no sufrís el tormento de pensar que la toca sin sentirla como vos lo hacéis? Os erigís en la única cura para una herida que vos mismo habéis abierto.

—¿Y qué, si en tapar así la herida de ese pensamiento es donde hallo mi consuelo?

—Ah, mi querido amigo —dice el duque compasivo—. Permítame que una sola vez llame así a vuestra merced. —Y alarga la mano para ponerla sobre el hombro de Lope—. No debo ser yo quien dé lecciones en esta materia, pues sé muy bien al vicio al que me atengo y cuánto lo disfruto a pesar de vivir en pecado. Pero creo notar que, si no compartiera vuestra merced a su dama con el marido, no la amaría tanto, porque su pureza solo se revela en contraste con su prisión, y ese contraste es lo que la hace divina. De manera que vuestra merced necesita que haya otro, y que ese otro sea indigno, para amarla mejor. Necesita abismo e imposibilidad, sombra y pecado para demostrarse y demostrar al mundo que es capaz de todo y más, para aliviar así la insatisfacción que hierve de un reconocimiento de su persona que nunca es suficiente. Creo haberle comprendido por fin, pero cuidad, mi querido Lope, que no os acabéis enamorando de vuestro propio tormento.

El silencio que sigue a aquellas palabras es corto pero denso, un largo instante en que Lope, todavía con las manos del duque sobre los hombros, permanece con la vista baja, valorando la hondura de lo sugerido por su valedor. Pero hasta don Luis siente el peso

excesivo de sus propias reflexiones, se retira y se deja caer hacia atrás, de nuevo en la silla, suspirando con ese aire entre resignado y burlón que le es tan propio.

—Está visto que no es bueno que yo madrugue —dice al fin, terminando de romper la solemnidad del momento previo—. Las horas de la mañana vienen con filosofías que no me sientan nada bien. De tantas gravedades acabaré yo mismo escribiendo tragedias. —Lope levanta apenas la cabeza, aliviado por el regreso del tono burlón de Sessa—. Pero ya que vuestra merced vive tantas, permitid que al menos una la disfrute yo. Si afirmáis que no estáis ni volvéis con la Loca, al menos decidme dónde encontrarla, que procuraré consolarla de su despecho y, de paso, quitaros de encima tanta molestia que os trae. No hay celos más fáciles de curar que los ajenos, y yo, que soy buen médico de estas dolencias, me ofrezco a aliviar a la de Salcedo. —Lope lo mira con una mueca entre incrédula y cansada—. Mandadme sus señas y dejad que este viejo pecador sirva a la paz de vuestro espíritu —insiste el duque levantándose y acercándose a la ventana—. Se me antoja el carácter amotinado de esa Loca. La haré mía un tiempo, estará conmigo solo y con ningún otro, y no habrá más denuncias que perturben a nuestro Fénix.

Con un ademán amplio y casi teatral, abre la ventana más cercana de par en par. El aire cálido del mediodía entra en el estudio y la luz refulge con fuerza en el rostro sonriente de don Luis, iluminando una sonrisa maliciosa que estalla en una fuerte carcajada.

—¡Celebro vuestro regreso a la comedia después de tanta penitencia! Guardemos nuestras penas y bebamos. Que entre confesión y pecado, aún hay sitio para un trago.

28

[Fragmentos de la correspondencia de Lope de Vega Carpio con el padre rector del orfanato de Nuestra Señora de los Desamparados y don Luis Fernández de Córdoba Aragón, VI duque de Sessa y grande de España, en relación con su intención de internar a Lope Félix de Vega y Luján por mal comportamiento]

[Madrid, 9 de mayo de 1617]

AL PADRE RECTOR DEL CORRECCIONAL DE LOS DESAMPARADOS

No sin grande pena tomo la pluma para encomendarle a vuestra merced y el orfanato que administra el cuidado de mi hijo, Lope Félix de Vega y Luján, a quien todos en casa llaman Lopito. Me mueve a ello el extremo de mis fuerzas, pues ya no hallo en mí paciencia ni recurso que baste a enderezar su natural rebelde. Han sido vanos los castigos, inútiles los ruegos, y hasta las lágrimas de las criadas que primero han de sufrir y atender su mal proceder le dejan frío. Donde debiera hallar recogimiento, pues en casa se le ha regalado con la ocasión de darse al estudio y calmo ejercicio de las letras, sin necesidad para él de esforzada fatiga corporal, solo hay, sin embargo, osadía. Donde debiera mostrarse obediente, solo practica la altivez, y cuando no disputa, miente o finge estar enfermo para no aplicar el entendimiento al estudio.

En otro tiempo creí ver en él alguna chispa de aquel amor por las letras que a mí me ha consumido la vida; mas de un tiempo a esta parte no quiere saber de doctrinas, ni aun de aquellos oficios menores que pudieran darle decente sustento.

Tan fuera anda de la compostura que conviene a su edad que ya no me parece hijo sino huésped extraño en mi propia casa, siempre presto a la travesura, al gasto y a la burla. No hay maestro que no se me haya cansado de él, ni criada que no haga por rehuir su compañía, pues aun cuando han de mantenerlo vigilado a petición mía, lo hacen a la distancia por evitar ser diana de sus diabluras. Por eso, antes que pierda del todo el camino y la gracia de

Dios, juzgo prudente apartarlo de la casa y dejar que en otras disciplinas se temple su genio.

Confío en que el recogimiento de su orfanato, el ejemplo de sus compañeros y la severidad de sus métodos sirvan de freno a su desvarío, y que de su estancia salga más humilde y obediente, también si Dios quiere.

Le ruego lo reciba en su santo amparo y lo trate con la misericordia que no excluye el rigor.

Asimismo, suplico a vuestra merced me haga saber qué gasto ocasionará su manutención y vestido en esa santa casa, a fin de proveer puntualmente el socorro que fuere menester.

Dios guarde a vuecencia muchos años y le recompense los cuidados que ha de tener con Lopito, hijo mío que no por ingrato deja de serme caro.

[Madrid, 9 de mayo de 1617]

AL DUQUE DE SESSA

No querría importunaros con nuevos ruegos, pero bien conocéis de nuestra última conversación la inquietud que me causa Lopito. Antes que su desobediencia me lleve a mayores desdichas, he determinado ponerle en corrección de su espíritu en el orfanato de Nuestra Señora de los Desamparados, no lejos de nuestra casa, en calle Atocha, donde confío volverá a hallar el recogimiento y rigor que en mi techo ha querido perder.

He escrito al padre rector, rogándole que lo admita por algunos meses, para que, en medio de aquel rigor santo, se temple su condición y pueda despertar en él algún temor de Dios. Pero la manutención y el gasto que ha de causar exceden hoy mis alcances, que bien sabéis, mi señor, no son muchos ni firmes, pues las letras dan más nombre que sustento.

Por eso acudo a vuestra excelencia, que tantas veces ha sido mi amparo y socorro. Si de vuestra mano llegase alguna limosna para el pago de su correccional, recibiríala yo como nuevo testimonio de la confianza con que tanto me honra.

[Madrid, 10 de mayo de 1617]

A LOPE DE VEGA CARPIO

Vuestra carta me hace sonreír, pues no alcanzo a entender de qué os maravilláis. ¿Y qué esperabais de Lopito? Si no fuese el pequeño espejo donde quedan retratadas vuestras propias pillerías, no habría de ser vuestro hijo. El

mozo no ama las letras, en esto os doy razón de la diferencia que guarda con vuestra merced, pero en el arte de desafiar a otros y buscar su albedrío, no podréis negarme que es discípulo aventajado de su padre.

No digo con esto que vuestra determinación sea desacertada. Haced lo que debáis con el rapaz. Bien puede recordar en el orfanato lo que ha olvidado con vuestra merced, pero dejad que me solace un tanto de vuestra impensada severidad, que no os conocía yo como corregidor de los vuestros cuando nunca os habéis corregido del todo a vos mismo.

Mencionáis nuestra pasada plática para recordarme el disgusto que os causa Lopito. No miento si os confieso que desde aquella mañana medito en las razones que me disteis para justificar vuestra perseverancia en el trato que guardáis con doña Marta de Nevares, y en lo peligroso de la empresa que tenéis entre manos, aún más si lo que se escribe queda en papeles.

Así pues, me pedís socorro para la estancia del muchacho, y bien sabéis que, de no hallarme a disgusto con vuestra merced, que no es el caso, no soy de ánimo mezquino. Muy gustoso proveeré el gasto del correccional con la sola condición de que vuestra merced me entregue las cartas que entre vos y esa señora de Nevares se han cruzado. No por curiosidad, que no soy amigo de indiscreciones, sino por precaución y por salvaros de mayores males que pudieran venir de manos poco benignas, como las del marido.

No os pido de vuelta a mi pago sino la confianza que muy bien decís tenerme. Entregadme esas cartas y tendréis pagada la corrección de Lopito.

[Madrid, 21 de mayo de 1617]

AL DUQUE DE SESSA

Lopito queda ya, con harto dolor mío, en los Desamparados, que quien me dijera que a esto me había de obligar pensara yo que estaba loco, pero porque no lo seamos los dos, él por falta de castigo y yo por sobra de pesadumbre, bien es que allí se temple por algunos días y yo descanse.

Con los disgustos de mi hijo no he podido, señor, acabar lo que vuestra excelencia me pide, pero no dude vuestra merced que a vuelta del pago del correccional tendrá esas cartas. Marcela irá por las que ya no poseo por haberlas enviado, pues temo que Marta no comparta las precauciones de vuestra excelencia en quererlas seguras y bajo su protección, recelosa quizá de que se lean las palabras que nos dirigimos. Ya sabe vuestra merced que las mujeres guardan con mayor celo que los hombres sus intimidades, y que temen más el sonrojo del alma que el peligro del cuerpo.

29

Lope alza los ojos del breviario al oír la puerta del zaguán abrirse hacia el jardín. Desde donde está, al otro lado del patio, en la zona del huerto, no alcanza a ver a su hija tras la parra que cubre la fachada, pero percibe su andar por el enlosado viejo.

Frente a sí, a su derecha, el granado por entre cuyas ramas se filtra la luz de la mañana de junio, blanca y oblicua. Los haces adoptan a su paso los tonos anaranjados del árbol, que ahora presenta los pétalos gruesos y carnosos que, tan solo unas pocas semanas más tarde, a finales de verano, darán paso a sus frutos sanguíneos.

Más adelante, al final del corredor, los jilgueros en sus jaulas. Engañados por el frescor de la mañana, apenas entonan unos pocos trinos menudos. A su izquierda, el huerto exhala su aliento de jazmín con madreselva.

—Me mandaste llamar, padre.

Lope sale de su ensimismamiento.

—Sí, camina conmigo, hija —reacciona y cierra el breviario.

Ambos ponen rumbo hacia el término del jardín y sus cuadros de flores, trazando la vuelta que siguen sus muros. Las rosas se alzan en puntas de sangre, las tudescas parecen llamas, los lirios dan hojas de espada, y las valerianas rosadas y las menudas minutisas encienden el suelo con chispas de color. Lope roza el naranjo, el último plantado en su jardín, traído de la huerta valenciana y

superviviente del duro invierno madrileño, y el árbol responde con el olor del azahar que aún prende tardío de sus últimas flores blancas.

—El duque quiere unas cartas...

—Ya sabe, padre, que no escribo otra cosa —replica la niña con leve tono de fastidio—. Solo tiene que darme a leer la petición que os remite don Luis, como acostumbramos hacer, y compondré la misiva para él. —Marcela hace una breve pausa antes de añadir, con fingida inocencia—: Dudo que esta vez sea distinto y quiera, padre, contarme de viva voz el tipo de mensajes que desea mandar el duque. No le resultaría cómodo, según creo, hacerlo así. A mí, por cierto, mucho menos de lo poco que ya me resulta poner palabras a peticiones tan libres y encendidas.

—Son cartas para el duque, pero no para componer —corta abrupto Lope, visiblemente incómodo—. Son cartas mías, escritas de mi puño y letra.

—¿De negocios, quizá? —pregunta intrigada.

—De amor.

La expresión retumba en el pozo por el que ahora pasan en su caminar.

—De amor —repite Marcela, despacio, como un eco—. No comprendo por qué habría de tener esas cartas de tan íntima naturaleza otra persona que no fuese la mujer a quien escribís.

—Las razones no han de importarnos si es lo que desea nuestro señor duque —rehúsa Lope la demanda de Marcela—. Me sorprende, pues os noto altanera esta mañana, con poco o nada que callar, que no preguntéis por la dama a quien van dirigidas estas cartas.

—No lo pregunto, padre, porque ya la conozco. Porque es como vecina nuestra. Pero, sobre todo, pues muy bien habéis notado que voy esta mañana a la descubierta, porque vos mismo hacéis lo propio con esta señora y no dudáis en mostraros a su lado en

público y hasta se la ve subir en el coche del duque, del que tanto gustáis para pasearos por Madrid con ella.

—Llámala entonces por su nombre —eleva el tono Lope con rabia —. Marta se llama.

—Doña Marta de Nevares —completa ella con gravedad—. Mujer casada.

—Casada con un hombre que la merece poco —protesta Lope.

—Y vos, padre, ordenado con votos que merecen mucho más respeto del que les concedéis —contesta Marcela.

Más atrás, en el corredor, los jilgueros interrumpen sus melodías cortados por la tensión que se respira y asustados por el inacostumbrado clamor de la discusión.

En ese silencio mecido por la leve brisa de la mañana de verano, Lope recobra el aliento, se enjuga la frente y respira de nuevo con el jardín rendido a su propio cansancio.

—No me había dado cuenta de cuánto has crecido desde que estás en esta casa —dice al fin, recobrada la serenidad—. Has aprendido a mirar las cosas y a ver más de lo que estas aparentan. Más incluso de lo que puede convenirte. —Y viendo a Marcela soliviantarse de nuevo por este último comentario, la ataja—: No todo lo que ves y de lo que te das cuenta te gusta. Lo entiendo, hija, créeme —le concede alzando una mano—. Te entiendo.

Llegada a otra de las esquinas, la del laurel, giran para continuar su recorrido alrededor del muro, encaminando sus pasos hacia el ciprés.

—El duque pide para sí esas cartas —continúa Lope— y no está en mi mano ni en la tuya negárselas. Yo mismo las cogería si pudiera, no te quiero en esto por capricho, pero no puedo entrar en casa de Marta, que es la de su marido. Por mucho que me haya expuesto con ella, ese es un límite que todavía no me atrevo ni debo cruzar.

Entrarás tú cuando haya de verla esta tarde y deje su casa. Llevarás hatillo de recadera para lograr el suficiente disimulo. Allí está todo arreglado, se sabe que el señor no estará en casa, y la misma criada que te abra la puerta te dará instrucciones para llegar hasta el lugar donde guarda su correspondencia y... —busca Lope la palabra menos dura— harás por traerlas.

—¿Hacer por traerlas? —repite Marcela—. Robarlas, padre, es la palabra que busca.

—No es robar traer lo que es mío. Yo escribí esas cartas, y las cartas vuelven a su dueño.

—Si son suyas, padre, y no hay mal en que le sean devueltas, ¿por qué no se las pedís vos mismo?

—Marcela, basta —articula entre dientes, la voz endurecida por la rabia—. No te permito tanta insolencia.

—Decíais bien en que ahora veo las cosas como son. ¿Acaso es insolencia mía hacérselas ver así a mi padre también? Os pregunto: ¿qué amor es ese que pide delitos a una hija? ¿Qué padre busca el pecado de una hija para conservar su acomodo en el mundo?

—¡Basta! —estalla Lope deteniéndose junto al ciprés—. ¡No soy ningún novicio para que me catequice una niña! Las cartas son mías, el duque las quiere y yo necesito al duque. No hay más que ver o entender que esto.

—Yo entiendo que teméis a los hombres más que a Dios, y a vos mismo más que a Dios y a los hombres.

Lope suspira cansado.

—Temo el daño a mis hijos. El correccional que necesita Lopito no puede costearse sin la ayuda de don Luis. Todo cuanto hago es por vosotros.

—«Todo cuanto hago es por vosotros» —repite ella, mirándolo con frustración—. ¿También dejarme sin nombre al nacer fue un favor

que me hicisteis?

Lope palidece y da un paso atrás, topándose de espaldas con el ciprés, cuya sombra parte su cuerpo en dos mitades. Las manos le tiemblan, y los dedos, aún cerrados sobre el breviario, dejan escapar el pequeño libro hacia el suelo. Con el resto del cuerpo inmóvil, la mirada vacía, sentencia con tono glacial.

—Soy tu padre y harás lo que mande.

—Y yo vuestra hija. Por eso os digo lo que nadie os dice. Marta es casada. Vos sois sacerdote. Cada carta que escribís hiere dos sacramentos, y robarlas para devolveros lo que ya no os pertenece agrede uno de nuestros mandamientos. Esa es la única verdad de lo que pedís.

—Honrarás a tu padre mediante la obediencia, ese es el único mandamiento por el que has de preocuparte ahora —resuelve Lope con el mismo tono firme y distante.

—¿Y si me niego?

La cara de Lope se adentra por completo en la sombra del ciprés y queda despojada de toda luz.

—Entonces te irás de esta casa y saldrás de mi vida, como tu hermano. Por un tiempo o para siempre. Vete y trae esas cartas.

Marcela da media vuelta y se interna por el enlosado hacia la casa. Segundos después, un portazo pone fin a sus pasos.

Lope queda bajo la sombra del árbol.

Los jilgueros reanudan tímidos su música.

Algunos dirán que fue el destino. Otros, que lo quiso Dios así por una serie de motivos, siempre inescrutables, bajo los que actúa y nos mantiene en vilo a los hombres, a los que no nos queda

entonces más alternativa que poner en sus manos nuestra vida, confiando en que las razones por las que lo mejor, pero sobre todo lo peor que tiene lugar en nuestra existencia tenga siempre un propósito, pudiendo diferenciar entonces entre aquellos que ven en este supuesto designio divino un vano consuelo y los que en verdad incrementan su esperanza de un sentido más completo en esta creencia.

Mediando o no el hado o la divinidad en el execrable acto del robo de cartas que tuvo que perpetrar Marcela —pues pudo más que su fortaleza de espíritu, no tanto el temor de ser expulsada del único hogar posible para ella, sino el íntimo y penetrante miedo a perder de nuevo a su padre—, tuvo mayor parte en dirigirla a la infracción Lope, quien había pasado por una experiencia similar una década antes, cuando al duque se le antojaron otras misivas. Aquel primer robo de cartas había tenido consecuencias importantes no solo para su vida, pues la vida de uno no es solo la suya propia, sino de la de quienes le rodean, consecuencias, algunas, quizá las indirectas, las que sufrieron esos que lo rodeaban, incluso trágicas; pero quiso él, quiso Lope, lo hubiera querido o no también Dios o el destino, pero sobre todo él, que había sufrido ese mismo trance, que también lo padeciera Marcela.

Quiso que la historia se repitiese, pero ella, a diferencia de su padre, que recordaría cada detalle del robo que debió perpetrar por constituir el origen de tantas cosas que se torcieron desde entonces, guardó muy poco recuerdo, y en todo caso difuso, como emborronado, de lo que debió obrar aquella misma tarde de la conversación y posterior discusión en el jardín de su casa, pasado el naranjo, el granado, la parra, y el pozo, bajo el ciprés; aquella tarde en la que se dirigió a casa de Marta de Nevares, la casa de la calle del Infante, a poco más de ciento veinte varas u ochenta pasos

largos de su propia casa de la calle de Francos, hatillo en mano y por vestido unos trapos que debió coger a hurtadillas del cesto de las criadas y entremeterse en varias veces unas prendas sobre otras, porque le venían grandes; aquella tarde en que, llegada al enclave donde habría de efectuar el hurto, no llegó a tocar siquiera el aldabón de la puerta, dado que antes de poner siquiera un pie en el escalón de la entrada ya tenía frente a sí a la criada, la criada de doña Marta, o la criada de su marido, don Roque, o una criada, pero una confabulada con su padre, don Lope, o con el duque mismo, don Luis; una criada que la recibió nerviosa, la hizo pasar rápido adentro, subió con ella la escalera y la acompañó a la puerta de la alcoba, y debió de darle indicaciones, señalarle el lugar donde podían hallarse las cartas; y Marcela buscó —en el contador, catorce cajones y tantos papeles; después en el escritorio de sobremesa— hasta encontrar todas las que llevaban la letra de su padre, y salió del dormitorio y bajó por la escalera, y tomó el pasillo que desde el zaguán llevaba al patio de la casa, un pasillo que —había sido prevenida por la criada— debía tomar a su salida para asegurarse de no coincidir con el señor, un pasillo como el que en su propia casa llevaba al huerto en el que había discutido con su padre la mañana de aquella misma tarde; un pasillo que aquí desembocaba en un patio; un patio en el que podía encontrarse, entre dos fachadas de las muchas que daban al mismo espacio, una puerta antigua, abierta por la criada aquella mañana en previsión del hurto; una puerta que conducía a un estrecho y olvidado callejón que desembocaba en la calle de León, a la que Marcela salió, en ese momento aturdida, pasmada, perpleja y desorientada, ya por entonces y no solo después así, en ese estado de desconcierto absoluto, y no porque la mala conciencia hubiera nublado con premura su juicio, ni porque viera calle abajo, a punto de tomar la esquina de la calle de León

con Infante a don Roque, tampoco porque en la expresión embrutecida pero astuta del marido —porque no gozaba de ingenio alguno, en eso su padre tenía razón, pero sí de astucia— adivinara Marcela la chispa de la sospecha, ni siquiera porque la carcomiera la culpa horas o días después y sus escrúpulos le imputaran remordimientos capaces de borrar lo peor de su conducta con afán de aliviar sus pensamientos.

Su juicio de lo inmediato anterior y posterior quedó nublado por un solo motivo muy superior para ella a cualquier otro que la hubiera llevado hasta allí y empujado a cometer aquel robo: que en una de las cartas, salida del contador o del escritorio alcanzó a leer las siguientes líneas del padre:

> No sabría daros mayor muestra de mi alegría que con lágrimas de amor, y no estas pobres líneas, porque me imagino el hijo que en vos se forma como prenda de los dos. Si algo me alienta en esta fatigada vida es el venturoso pensamiento de que crece en el vientre de mi Amarilis una nueva esperanza para ambos. Si fuese niño, quisiera nombrarlo Carlos Félix, en memoria del que perdí antes de tiempo y nunca dejo de llorar. Si niña, Antonia Clara, porque en su nombre resuene vuestra claridad y dulzura. No hallo palabras para deciros con qué ansia espero el fruto de nuestro amor, que será bálsamo de tantas heridas pasadas.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO

CUADERNO TERCERO

30

Noche cerrada en Madrid. La casa de la calle de Francos duerme en sombras. La lámpara de aceite del zaguán palpita con una luz de barca en puerto quieto. Las olas del rumor tenue del viento meciendo el tejado. El hilo del fino humo del carbón de los braseros hechos ascuas flotando en la penumbra. El crujido ocasional de la madera mece los suspiros del sueño que guardan las paredes. El frío y la humedad de la piedra quedan detenidos en los pasillos.

Y en el remanso de paz de aquella medianoche tranquila, una embestida descomunal. Un estrépito sordo que sacude la madera del portón de entrada y hace temblar la llama del zaguán.

El eco del primer golpe retumbando en el silencio de la casa se une al segundo, más torpe y urgente, el sonido de varios cuerpos cargando contra la puerta, y sus voces roncas y ahogadas pidiendo abrir entre jadeos.

—¡Abran! ¡Por vida de un hombre herido! ¡Abran la puerta!

El rayón de una linterna se suma poco tiempo después a los empujones y los gritos ahogados de los hombres y perfora con su luz las junturas de la puerta, iluminando con levedad el interior de la casa y las dos sombras presurosas al pie de la escalera avanzando hacia la entrada.

Lorena es la primera en abalanzarse sobre el cerrojo y descorrerlo. Detrás, con el corazón en la boca va Marcela, que ve como la cocinera es empujada con inesperado ímpetu hacia dentro por el

peso de tres cuerpos que se apoyan sobre la puerta haciendo fuerza para entrar.

Dos de los tres hombres —uno mayor, otro más joven— presentan la misma vestimenta. Van armados y uniformados. Son alguaciles, la capa recogida al brazo para cargar y sostener como mejor pueden, gastando en ese momento sus últimas fuerzas, a un tercero que viene rendido, inconsciente y ensangrentado.

La luz de la linterna la porta un cuarto sujeto, que por la cartera que porta es un escribano. Al alzar la luz para iluminar la entrada y entrar sin tropiezo en la casa acompañando a sus hombres, ilumina el cuerpo del herido. Es Lope de Vega.

—Señoras, les ruego abran paso que es de urgencia —dice el más viejo con respeto, prisa y falta de aire mientras rebasa con su compañero y el cuerpo a Lorena y Marcela, para dejar a Lope en el banco del zaguán. El rastro de sangre que dejan a su paso hiela la de las dos mujeres.

—¿Qué le han hecho? —pregunta Marcela atemorizada, la voz quebrada.

—Apuñalado va, señora —alcanza a explicar el más joven entre bocanadas de aire.

—¿Es vuesa merced la señora de la casa? —interrumpe serio el escribano dirigiéndose a Marcela.

Marcela se pregunta lo mismo. ¿Es ella la señora de la casa?

Todavía indecisa, acude a Lorena con su mirada en busca de ayuda, pero la cocinera permanece bloqueada ante la violencia de la escena. La idea le parece impropia, casi una usurpación, pero en ausencia de Lopito y con su padre en aquel estado... Feliciana es una cría, ella es la hija mayor de Lope de Vega. En esa certeza siente, por primera vez, el peso de una responsabilidad orgullosa y

legítima que le confiere la fuerza y el impulso que necesita en aquel momento.

—Sí, soy yo. Es mi padre —se decide señalando el cuerpo inerte—. Soy Marcela Lope de Vega y Luján.

—Pues con su licencia, señora, debemos conducir a su padre a lugar más cómodo, donde haya cama o mesa ancha —solicita el escribano—. También aconsejo avisar con urgencia a un médico. Las heridas son de mucha gravedad. Al menos dos puñaladas, que le hayamos podido notar, sin contar los fuertes golpes que ha recibido.

En ese momento, Catalina y Julia bajan apresuradas y entre sombras, con la única luz de una pequeña vela, la escalera. Julia lleva a Feliciana en brazos, todavía asustada y sollozante. Al ver la escena, Catalina pone el brazo por barrera y detiene a Julia sujetándola por la cintura.

—Ten, coge —le entrega el portavelas—. Sube a la niña, ve con ella a nuestro cuarto. Que no vea esto. —Y volviéndose hacia Marcela desde arriba—: ¿Qué ha pasado, mi niña, qué dicen estos señores, qué sucede con su padre?

—Adelántese, Catalina, y prepare la habitación de mi padre. Dé luz a todo el primer piso. Lo subimos —ordena Marcela a los presentes. Catalina se encamina rauda hacia arriba—. Señores, no hay hombres en esta casa, les rogamos nos ayuden a llevar a mi padre a su alcoba. —Y dando por hecho el favor, se dirige al escribano—: Si vuesa merced tiene a bien colaborarnos en acompañar a nuestra cocinera donde el médico más cercano... Es noche cerrada y no es seguro para ella caminar sola por la calle.

—Vamos —concede el escribano—, pero le advierto, señora, que debo hablar con su padre cuando recupere la conciencia. Ha de responder acerca de lo sucedido. Los alguaciles se quedan hasta que vuelva.

—Tanto mejor, pues nos conviene a todos que llegue el médico cuanto antes. No creo que mi padre vaya a estar en condiciones de responder preguntas sin recibir antes sus cuidados —replica Marcela con prisa pero con aplomo, y sigue a los dos alguaciles que ya cargan a su padre con esfuerzo escaleras arriba—. Lorena, vaya a la cocina, coja cualquier ropa que echarse encima, y vaya de inmediato a buscar al médico con este señor. —Pero la cocinera sigue atónita —. ¡Lorena, vuelva en sí! —levanta la voz Marcela.

Recibida la bofetada del grito, Lorena reacciona y se encamina a la cocina. El escribano la espera con un pie en la calle, linterna en ristre.

No bien lo han dejado sobre la cama, Lope entreabre los ojos y deja correr de sus labios un balbuceo errante.

—Padre —llama Marcela—, ¿qué desea?

Lope responde con gesto de solicitar agua, y Catalina acude presta desde la mesilla castellana —donde ha colocado vasos, una jofaina y toallas, además del velón de cuatro luces, todas encendidas —, para humedecerle los labios desde la cabecera de la cama.

La capa se ha resbalado hasta dejar a la vista la camisa rasgada, con flores de sangre oscura que crecen despacio desde dos costuras de carne, una a cada costado.

Hasta donde puede notarse, por la cantidad de sangre y la lentitud de su avance, no son heridas profundas. Aun así, la sola visión de su padre en tan grave y triste estado, los moretones que ya se le forman en los alrededores de la herida, en el cuello y en la cara, desbarata el brío con que había obrado Marcela, que siente

que el temor y la congoja le van ganando el ánimo. Catalina, notando su turbación, procura distraerla con el cuidado de su padre.

—Ten, niña —le dice quedo mientras sitúa una toalla sobre la herida del lado derecho—, incorpórate un poco, sostén y aprieta aquí el trapo mientras lo ato, así taparé este y el otro agujero para que no siga abriéndose la carne. —Y mirando hacia los dos alguaciles que recuperan fuerzas sentados en el estrado contiguo, pues en el cuarto no caben—: Muy señores míos, ¿qué ha pasado para que don Lope haya llegado así?

—Qué no habría pasado, señora, si no llegamos a tiempo —se exculpa resignado el alguacil mayor—. Nada de esto que ve es obra nuestra. Nuestra misión no era prender al señor, sino a don Roque Hernández. Teníamos orden de hacerle preso para llevarlo ante la justicia por asunto de deudas y estraperlo, y al no encontrarlo en casa de mañana por varios días, decidimos irrumpir de noche.

—Y cuál es nuestra sorpresa —prosigue animado el mozo recordando la aventura— que en doblando la esquina y tomando la calle del Infante, nos lo encontramos de lejos a la entrada de su casa, armando gran escándalo, dando voces a su padre, don Lope, caído en el suelo. Para mí que el señor ya estaba inconsciente y no entendía nada de lo que se le gritaba, pero don Roque estaba fuera de sí.

—Le decía no sé qué de una hija... Antonia Clara, creo —retoma el mayor—. Le echaba en cara no ser suya, haber sido engañado. Todo nos pareció, disculpen, un desquite por líos con la esposa.

Marcela y Catalina se miran. Conocen bien la historia: Marta de Nevares queda en estado, el disimulo es de inicio el suficiente, haciendo pasar el embarazo causado por el amante por otro logrado por el marido; se da la fortuna añadida de que los negocios hacen ausentarse a Roque en las fechas cercanas al parto y posterior

bautizo, pero a Lope acaban por perderle los celos y se da a mostrar toda su dicha y orgullo de haber tenido una niña queriendo que sea el padrino de la criatura el conde de Cabra, primogénito del duque de Sessa. Aquel exceso de orgullo dio al traste con el secreto. Ahora, Marcela y Catalina saben que si Roque no ajustició antes a su padre, no fue tanto por estar ocupado en sus negocios, sino por estar en cuentas con la justicia.

—¿Y qué ha sido de don Roque? —indaga Marcela.

—Al llamarlo el escribano en nombre de su majestad y echar nosotros a correr hacia él, ha hecho lo propio y huido —se queja el mayor.

—Como un demonio corría, señora —subraya el mozo—. Yo tras él, que casi lo agarro por el jubón y le doy un varazo, pero se me metió en la iglesia y se acogió a sagrado antes que le echara la zarpa.

—Allí se encerró y nada podemos hacer. —Menea la cabeza, humilde, el mayor—. A nosotros no nos alcanza el brazo si el juez no procura licencia.

En ese momento se oye el ruido de la puerta principal que se cierra abajo y los pasos apresurados, cada vez más próximos, que se materializan frente al ventanuco de la alcoba de Lope que da al oratorio y al rellano de la primera planta en el escribano, Lorena y el que ha de ser el médico, quizá el menos apresurado de los tres, alto y espigado, vestido con un ferreruelo de paño oscuro y un chambergo ladeado que más parecen de soldado que de médico, del brazo colgada una caja forrada de cuero que quiere pesarle más de lo poco que cabe dentro.

En el estrado que antecede a la alcoba, el médico se abre paso entre Lorena y el escribano. A la primera la manda de vuelta a por agua caliente, y desde la entrada al cuarto toma la linterna que el

segundo sostiene a medio brazo. Mira en torno mientras se retira el sombrero y tose, satisfecho de la expectación que provoca en los presentes, apretados los siete en tan reducido espacio.

—¿Dónde está el enfermo? —pregunta con voz grave, como si no viera la cama que ocupa más de media alcoba.

Catalina se aparta, y el reflejo de la llama ilumina el rostro pálido de Lope. El médico da un paso adelante mientras le tiende la linterna y el chambergo al mozo y se inclina un tanto para observar al herido.

—Respira —dictamina—. Y si respira, vive.

Catalina y Marcela se miran sin saber si agradecer la certificación o alarmarse por la obviedad.

El médico, ajeno a las miradas de incredulidad de los presentes, ausculta a Lope y prosigue su tautología.

—Ha perdido sangre, pero no demasiada. Mientras quede sangre, queda esperanza.

—¿Corre peligro de muerte, señor? —pregunta Marcela con voz contenida.

—Siempre se corre, señora —responde él con aplomo—. Nacemos con ese riesgo.

—¿Y qué ha de hacerse para evitarlo? —insiste ella.

—Dejarlo tranquilo —dice con aire molesto mientras abre su caja sobre la cama—. Y hacerle las menos preguntas posibles.

Extrae unas vendas y un frasco que destapa con lentitud para mojarlas. Un olor a vino fuerte y hierbas secas llena el pequeño cuarto.

—Esto sirve para limpiar. Si le pica, es buena señal.

Catalina, que lo observa atónita, se atreve a replicar:

—¿Y si no le pica?

—Si no le pica, también.

—¿Y si le sube la fiebre?

—Que no le suba —responde el médico con calma—. Y si le sube, bájensela. Agua fría y plegarias.

Marcela no puede evitar mirarlo con nuevo desconcierto.

—¿Vivirá, señor? —insiste, aferrada al borde de la cama.

El médico la mira con expresión docta y compasiva.

—Vivirá mientras Dios lo disponga. Y cuando no viva, habrá dejado de vivir. No hay término medio.

El médico, convencido de su eficacia, se inclina sobre Lope, retira el hatillo colocado por Catalina y pone el paño empapado en vino sobre la herida.

—La carne cerrará si no se empeña en abrirse —anuncia—. Laven la herida con agua caliente y vinagre mañana, tarde y noche los próximos dos días. Después, pónganle unas gotas de aceite rosado, que cierra sin enconar y da buen olor.

Le hace una señal a Catalina para que tome el relevo del enjuague y guarda el frasco, y secándose las manos en una de las toallas de la casa, se vuelve hacia Marcela:

—Pues ya me han oído. Reposo, silencio y buena sopa.

Marcela, con la mirada fija en su padre, apenas asiente.

—Lo cuidaremos —asegura—. Pero no me deja tranquila lo que decís. Todo parece cuestión de azar.

—No, señora —corrige el médico—. Todo depende de la voluntad de Dios, que es el azar con nombre propio.

Se ajusta el ferreruelo, toma su caja y el sombrero que le tiende el mozo, y se dispone a marchar.

—Volveré al amanecer. Si respira, es buen indicio. Si no respira..., me avisan de todos modos para terminar de cobrarles la visita.

31

Feliciana, que contaba por entonces los seis años, no conocía los detalles de lo sucedido, pero Catalina y Julia le daban pocas oportunidades para abrazar y dar un beso a su padre —y solo una vez entrada la noche, cuando las mantas tendidas encima de su cuerpo tapaban los cortes infringidos y la luz tenue del velón, con dos de las cuatro velas posibles, disimulaba las magulladuras del rostro y el cuello—, por lo que la niña intuía que algo malo le había sucedido. Además de salvaguardar su figura en la alcoba —la puerta que daba al estrado cerrada, la ventana que daba al pasillo y apuntaba al oratorio, que de ordinario estaba siempre abierta, también se hallaba ahora clausurada—, su padre guardaba un reposo del todo infrecuente para la vitalidad que le conocía.

Marcela, que había atravesado sin quererlo la prueba de fuego de la violencia cuando esta se presentó a su puerta haciendo estrago en el cuerpo de su propio padre —la violencia por aquel entonces se hallaba mucho más presente, en un sentido corpóreo y manifiesto, aun siendo menos frecuente en otro, en el de alcance y distancia, pues todo con los siglos se hace más lejano y menos real, más figurado, pero apenas encarnado; más grande o grandilocuente, pero menos importante también para cada uno de nosotros—, y puesto que en ausencia de Lope ella se erigía, como descubrió temblorosa pero acertada aquella madrugada del terrible suceso de la paliza y el apuñalamiento, en señora de la casa, alcanzaba así una insospechada y singular madurez a ojos de las criadas que, en

cualquier caso, le hubiese correspondido sin todo lo anterior, pero que todo lo anterior contribuía a evidenciar, Marcela estaba, con todo, autorizada a contribuir al cuidado de su padre, pues todo lo que viera a partir de lo ya contemplado en el momento de mayor gravedad no le podía suponer o causar la impresión que de otra forma, como a su hermana Feliciana, le habrían intentado evitar, preservándola de cualquier inadecuada visión de su padre.

Algo bueno tenían, a pesar del impacto y del trauma, el golpe y la impresión sufridos aquella noche; algo bueno tenía haber visto a su padre en aquel estado, pues se daba la circunstancia de que, fruto de sus desavenencias, y de las malas artes que su padre se había traído con ella en los últimos años —la indecencia de las cartas que le hacía escribir al duque; el robo de misivas a Marta de Nevares; el uso, en definitiva, de sus dotes literarias para fines espurios, pero también la hipocresía de su doble condición de sacerdote y amante —, Marcela había aprendido a mirarlo de soslayo cuando la salud le sobraba. El atrevimiento de su conducta y sus escandalosas peticiones le amargaban cualquier aprecio que pudiera llegar a tener por él, tanto más en cuanto que su padre no quería verlas como tales —no pasaba, por ejemplo, vergüenza, y sus momentos de arrepentimiento eran cada vez menos frecuentes, asumiendo que su forma de ser y de hacer con los demás era definitoria de su naturaleza y no había otra con la que corresponder a estas alturas de su vida—. En estas condiciones, Marcela era incapaz de mirarlo de frente, pero en estas otras nuevas de su convalecencia empezó a hacerlo.

De estar consciente, no le habría sostenido la mirada, acaparada por aquellos ojos incómodos, expresivos de todo lo que habían visto fuera y dentro de sí, de lo que había vivido en sus carnes o en las de otros inventados por él mismo —incluso antes que en las suyas

propias, en las de esos otros que habitaban su imaginación—, pero en aquel estado, desarmado y vencido, habiendo huido en su convalecencia todo atisbo de su ingenio; habiéndole sido retirado por unas semanas el halo de grandeza que lo circundaba; no contando en aquel momento, por hallarse postrado en la cama en tan precaria condición, sus grandes hazañas literarias, con todos sus triunfos y su fama, Marcela no lo halló diferente de cualquier otro hombre y pudo entonces mirarlo y juzgarlo por unos días como a cualquiera de ellos, y acaso como cualquier otro padre, un mal padre si se quiere, pero un padre, sin sumar a esta estipulación cualquier otra categoría de juicio externa.

La emoción que experimentó entonces no atinó a identificarla del todo. Pudo ser compasión, pero la compasión súbita, sentida de improviso —pues antes de aquel suceso aborrecía sobremanera la manera de conducirse en la vida de su padre—, es un suceso extraño que, si bien puede llegar a producirse en los corazones más grandes, debe mediar en su floración la ternura, y Marcela, de eso sí estaba segura, no albergaba ninguna ternura por su padre, ni antes del atentado contra su vida ni ahora que lo había sufrido. Más bien pudo sentir lástima, impresión menos compleja y más probable, aunque no pudiera afirmarse que no fuera sino asco. Lástima o asco, ambas le hacían estar triste por el hecho mismo de sentirlos, si bien esta última posibilidad, aun siendo, de producirse, excusable por incontrolable —no disponemos de la habilidad de suprimir ni las grandes alegrías ni las emociones más terribles experimentadas hacia los demás—, y aun cuando la intentara disimular con el sinónimo *aprensión*, que rebaja la brutalidad del sustantivo que intentamos evitar pronunciar, *asco*, aun con todos estos motivos eximentes y disculpas le provocaba, además, miedo y culpa.

Sentía lástima o asco cuando el vaso temblaba en su mano, solicitando ayuda sin pedirla, haciendo notar su flaqueza de fuerzas; cuando lo ayudaba a incorporarse y le acercaba ella ese vaso, pues notaba sus comisuras secas, la saliva espesa y aquella lengua que supo emprender con brillantez el camino del endecasílabo arrastrarse por su boca para encontrar unas pocas gotas de agua; cuando la tos menuda que sucedía al acto de ingerir el líquido traía olores del vinagre hervido y los ungüentos de botica que habitaban su cuerpo aquellos días; y sentía un fuerte alivio de esa lástima o asco cuando aparecían Catalina y Julia para relevarla, trayendo lienzos limpios para sustituir la ropa de cama, para dar de comer al enfermo —la cuchara que acerca el caldo hacia esos labios resecos que a ella le habían provocado tanto rechazo—, y limpiar y airear la alcoba; pero volvía a sentirlos al dejar el cuarto, solo que entonces los proyectaba hacia sí misma, porque se sentía liberada, liberada de su padre y de sus encargos, y esa sensación de libertad quedaba reforzada, y provocaba en ella redoblada alegría, por la certeza de que, postrado sobre la cama, recluido en su habitación, él no podía, no tenía control alguno sobre ella. Pero esa sensación de liberación no correspondía, como podría haber sido en el caso de otra joven de muy distinto carácter al de Marcela, a la voluntad de aquella adolescente de catorce años de tener su propio espacio y tiempo para vivir nuevas y excitantes experiencias alejadas de la protección del hogar, sino a la única, verdadera y vehemente necesidad que tenía en su vida, aquella en la que no dejaba de pensar y quería para sí sola: ahora su padre no podía sorprenderla en el estudio, y podía leer, escribir y estudiar allí cuando se le antojara; tampoco podía hacer que su don sirviera a fines que no eran el suyo propio. No podía detenerla en su afán, ni podía ordenarle que lo orientara hacia sus egoístas e imposibles intereses cortesanos, por lo que la

convalecencia de su padre acabó trayéndole una inesperada calma y causándole una satisfacción disonante con la gravedad de su estado y la preocupación que, para ser justos, no dejaba de causarle, por mucho que viniera atravesada, de ahí la contradicción interna que le hacía sufrir por momentos, por la ambivalencia de aquel secreto placer de dar rienda suelta a su vocación.

En pocas ocasiones como en aquellas dos semanas de la convalecencia de su padre fue tan feliz, y atesoró aquella quincena como uno de los periodos más memorables de su vida. Y no solo porque dedicara cada momento que tuvo, que fueron muchos y en absoluta libertad y dicha esos momentos, a leer y escribir, sino porque comprendió, a través de estas ocasiones, graves motivos que vendrían a cambiarlo todo para ella.

Que la ausencia del padre, que tanto había sufrido de pequeña, se había convertido —fue demoledor llegar a esta conclusión a través de aquella disfrutable independencia surgida de su convalecencia— en una bendición.

Que la ausencia del padre le permitía reconectar con su vocación: echar a volar su imaginación, tejer diálogos, preparar escenas, inventar nombres y lugares, escuchar el rumor de los personajes que iban y venían por los corredores de su pensamiento, corregir un verso hasta hacerlo latir al compás del resto, buscar una palabra que respirase mejor que las demás, disponer los actos como quien ordena un altar, y sentir, en el silencio de la casa y la serenidad que le traía la despreocupación de ver aparecer a su padre en otros tiempos, el temblor que antecede a la creación.

Que el origen de su vocación precedía a la presencia del padre en su vida, pues ahora que estaba ausente recordaba y comprendía que solo en la incomparecencia había podido vivirla como quería; como en los primeros días de su presencia en la casa de Francos, cuando

leía los libros de su padre a escondidas, cuando rogaba pliegos a Julia, cuando escuchaba a hurtadillas la lección del maestro Alonso a su hermano, y cuando escribía con el corazón en un puño, también al dejar su padre la casa —siempre la ausencia del padre—, en su mesa del estudio; pero también, mucho antes, como en los primeros días del descubrimiento de su pasión por el teatro y la literatura, que no fueron los de Madrid con su padre, sino los de Toledo con su madre, en los poemas que memorizó con ella, en las representaciones que murmuró con ella desde la grada, mucho antes de que el aura de famas e ingenios de su padre nublara su percepción del comienzo de su amor por las letras.

Pues fue su madre, una analfabeta. Fue una analfabeta como su madre y no el padre, aunque también fuera el padre. Pero fue su madre, y sin su padre, nada ni nadie la distraía de lo que causaba su felicidad; nada ni nadie aprovechaba sus aptitudes para rendir beneficio a causas ajenas.

Y de estas tres conclusiones se siguió una cuarta, reunión, desenlace y consecuencia de todas las anteriores: que Marcela estaba mejor sin su padre.

Una de aquellas noches en que, comprendido todo lo mencionado, pero sabiendo que los días del feliz apego a su vocación tocaban a su fin, pues la recuperación de su padre era casi completa, o la suficiente como para volver a su vida y recuperar el control de su casa; una de esas noches en que Marcela tomaba la mesa del estudio para sí emulando la costumbre del padre —eso también, porque fue su madre, pero también el padre—, cuando la lámpara del pasillo y la vela que le proporcionaba luz a sus pliegos dejaban en los muros de la estancia el color ámbar viejo que corresponde a todos imaginar en escenas nocturnas y trascendentes como aquella, con el olor del caldo cocinado a última hora que no acababa de

retirarse, que molestaba incluso, pues el olor de la comida nos trae una prosaica sensación de humanidad ajena a nuestros más elevados quehaceres; esa noche Marcela abrió un punto la ventana del estudio para que entrara el aire —el de Madrid, porque fue Toledo, pero Madrid también—, y entró frío y seco, y trajo el eco de las completas que daban en las Trinitarias, el convento más cercano —la campana interior del convento debe ser, tocando grave y muy lenta, también muy queda, dedicada a anunciar el sueño a las hermanas, tanto que si no llega a abrir la ventana en ese momento no la oye—, y fue entonces cuando obtuvo la solución que buscaba para todo aquello que había aprehendido en los días de ausencia de su padre, una respuesta en forma de llamada, y como es digna hija de su padre —porque fue su madre, pero también el padre—, pronto resolvió la forma de hacer realidad aquella primera piedra de su promesa.

32

[Fragmento conservado de una carta de Marcela Lope de Vega y Luján a don Luis Fernández de Córdoba Aragón, VI duque de Sessa y grande de España]

[Madrid, 11 de noviembre de 1620]

Muchas son las cartas que he escrito para dar cumplimiento del servicio que todos en esta casa prestamos a su excelencia, pero entre ellas todavía no se hallaba ninguna dirigida a vuestra merced, de quien tengo el honor de recibir tan ilustres encargos. Esto, siquiera cuando conozco que mi señor duque sabe bien quién se las compone, que no es otra que esta joven servidora que hace lo posible por complacerlo con el objeto de poner letra a sus intenciones.

No habiendo tenido hasta hoy el atrevimiento de escribir a su excelencia, a quien tantos reverencian con razón y llaman amparo de las letras con mayor cordura si cabe, me tomo ahora la osadía movida no de presunción, sino de necesidad y vocación.

Desde bien niña he sentido inclinación a las letras, y en ellas hallé primero el único alivio a los disgustos de mi ilegitimidad, y a los tumultos de esta casa después, pues entre estos muros que tan bien conoce, los negocios del ingenio y del mundo se confunden y arrebatan todo sosiego. Mas entiendo ya que en este siglo nuestro la mujer que escribe en su casa es sospechosa, y la que escribe en el claustro, obediente. Por eso juzgo que solo en la clausura podré consagrar con pureza esta vocación que el cielo me dio. He meditado largamente sobre ello y, cuanto más me examino, más claro veo que la casa de mi padre no es lugar donde florezca la quietud necesaria para quien pretende servir a Dios con la pluma. En el recogimiento del convento confío hallar el silencio que las ocupaciones domésticas y el sobresalto de las actividades de mi padre me niegan, y así poder aplicar mis letras al propósito más santo. No ambiciono fama ni consuelo que no sea el de cumplir con el designio que creo haber recibido, y así lo he discernido, no con liviandad ni arrebato, sino con madura resolución del ánimo.

Ante todo, debe saber su excelencia que su encargo no quedará desatendido, pues si bien mi padre dejó tiempo atrás de ser lo que fue en su oficio de secretario, ocupado en mantener la pureza de su espíritu para respetar sus votos y pasando a mi cargo una parte de su tarea, la más apegada a las preocupaciones y desvelos de este mundo en forma de misivas que he escrito con el mayor de los agrados para mi señor duque, en los últimos años esta disposición suya ha cambiado, pues sus amorosas cuitas, que su excelencia conoce mejor que esta servidora, pero que además son públicas y de todos conocidas por hacerse a la descubierta, han desligado su ánimo de permanecer incólume en su misión de sacerdote.

Por esto ruego a su excelencia que considere el alegato en el que mi padre defendía su pureza de estado como el principal motivo para no volver a vuestro servicio como una excusa sin defensa, pues si todos conocen su relación tanto con la Iglesia como con doña Marta de Nevares, nada hay ya que ocultar, ni honor ni confesiones que salvar. Así me pareciera justo que volviese él a su pluma y permitiera la quietud de la mía, porque la vida y las letras suyas son de mundo, y las mías, si Dios me lo permite, quieren ser de espíritu, y que le devuelva mi señor padre todo su ingenio a su excelencia, que se lo debe, pues es muy superior al mío, y de seguro ha de notarse en sus misivas siendo mejores sus frutos.

Tenido esto presente, y la circunstancia de no haberle pedido compensación alguna en los años que le presto mi servicio, pues ya la obtengo de la satisfacción de saber que las misivas escritas por mi pluma pueden haberle sido gratas, y no la mereciera aun recibiéndola, pues basta el mucho bien que ha traído a esta casa, le ruego disponga a bien considerar la necesidad que tengo de una dote para iniciar mi noviciado en las Trinitarias, casa de religiosas que tengo por la más conveniente a mi estado y propósito, por hallarse en esta misma villa y tan cercana a este mi hogar, no apartándome del todo de mi hermana Feliciana. Es convento de recogimiento severo y letras, de cuya comunidad guardan todos fama de virtud y discreción, y donde, según me han dicho, se admite con gusto a las mujeres que saben leer y escribir para el servicio de la lectura divina y de la enseñanza de las hermanas más jóvenes.

No busco otra comodidad que la de servir a Dios con la pluma, si en ello no hubiere pecado de vanidad, pero sabrá su excelencia que ninguna mujer puede permanecer en el convento al que aspiro sin presentar la dote que asegure su sustento y el de la comunidad, conforme a las constituciones de la orden. Para entrar en el noviciado se requiere cierta cantidad pequeña, que llaman de entrada, y otra mayor para la profesión, cuando una se obliga de por vida a la obediencia y debe procurarse el hábito, el ajuar y los alimentos que marcan las constituciones.

En verdad, si tuviera de dónde allegar esa suma, no me atrevería a molestar a su excelencia con semejante ruego, pero ya conoce que mi padre, aunque rico

en fama, no lo es tanto en bienes. En cuanto a esta humilde servidora, bien conoce sus orígenes mi señor duque. No poseo bienes propios que puedan servir al propósito para el que he sido llamada, de modo que, si tuviera a bien amparar esta mi vocación, tendría yo su limosna de las más meritorias que se pueden ofrecer al cielo.

A la pregunta que seguro se hace su excelencia debo responderle que no he hablado con mi padre de esta voluntad mía de prometerme a Dios nuestro Señor. Así ruego a su excelencia que, si por ventura tuviera por piadoso este propósito, no le diga palabra de lo que aquí le confío hasta que yo misma se lo haya hecho saber.

Bien sé que el nombre de mi padre me bastara para obtener misericordia en cualquier causa, pero temo que en la presente pudiera serlo de estorbo, pues mi intento no es seguir su senda, sino retirarme de ella.

33

Marcela escribe. Los codos apoyados en la mesa, la pluma suspendida un instante sobre el papel y la mirada fija en la frase que acaba de salir de ella. Además del pliego sobre el que escribe en aquel momento, en la mesa hay otros, buena parte de ellos doblados. Son las cartas que acostumbra a escribir para el duque. También alguna nota con encargos de su padre, en su mayoría, poemas que debe copiar.

Lope entra sin anunciarse. Todavía con el sombrero de teja puesto y el manteo al hombro. Las botas llenas de polvo dejan ver que trae la prisa de la calle.

—Roque ha muerto —dice.

Marcela se queda muy quieta. El pulso se le acelera y la atenaza. Deja en suspenso la pluma. La gota que queda en la punta cae sobre el margen del pliego. Sigue sin moverse. Lope camina hasta la mesa, apoya una mano sobre el tapete y la mira.

—Murió esta mañana —añade—. Marta me ha hecho avisar para contármelo. Un mal súbito.

El silencio se hace largo. Marcela deja la pluma en el tintero y dobla el pliego manchado con cuidado, evitando mirar a su padre.

—Dios le perdone —dice, apenas audible.

—Dios le perdone —repite Lope con un tono más firme. Se pasa la mano por la frente y la deja un instante en el aire, a medio gesto. Luego, sin sentarse todavía, añade—: Con eso se acaba todo. No hay ya impedimento.

Marcela levanta la vista.

—¿Qué impedimento?

—Marta puede dejar la casa de su madre en Cantarranas —anuncia Lope—. Ya no hay peligro de que ese zafio nos vuelva a poner en peligro. Claro que Marta deberá venderla para saldar las últimas deudas de aquel alcornoque. Con la anulación del matrimonio logró una tregua, pero ahora que ha muerto, los acreedores buscarán saldar cuentas con ella. Sin casa propia, que viva con nosotros es lo que más conviene.

Marcela aparta el tintero y empieza a juntar pliegos. Lope se sienta al fin. Deja el sombrero sobre la mesa, junto a las cartas destinadas al duque.

—Vendrá con su hija —añade—. Con Antonia Clara.

Marcela sigue moviendo los papeles, los ordena distraída para no tener que responder. Pero Lope insiste buscando su reacción.

—No es cosa de dejar a la niña allá, con las murmuraciones de su abuela. Aquí estará mejor, con sus hermanas. Nada les faltará, ni a Marta ni a ella.

Marcela levanta la mirada. Sus ojos no buscan los de Lope, sino el punto exacto donde termina la frase.

—Nada —corrobora— salvo el decoro.

Lope se recuesta en la silla.

—No me ofendas en lo que no entiendes, Marcela —replica—. Además, no temo juicios ajenos.

—No los teméis —contesta ella a su vez— porque no sois vos quien ha de sufrirlos. Porque ¿qué lugar me queda a mí en este nuevo orden?

Le cuesta mucho contener el orgullo que hace temblar su voz. Cada palabra que diga ahora la conduce a separarse de su padre. La decisión está tomada.

—Ya tienes quince años. Eres discreta y de natural aplicado, sin contarte desplantes como estos que me haces —intenta Lope conciliador, pero firme todavía—. Si no has de pensar por ahora en casamiento, y no te apremio, conviene que te ocupes en buscar el beneficio de esta casa. Eres buena en la lectura y más todavía en la escritura. Enseñarás a Feliciana y a Antonia Clara mientras continúas desempeñando el útil servicio que vienes prestando hasta ahora a nuestro duque. En ello pondrás tu parte.

—¿Mi parte es lo que conviene a vuesa merced?

—Tu parte es la justa —responde Lope sin asperezas—. No hay mejor escuela para Feliciana y Antonia Clara que la del propio hogar con su hermana mayor, ni honor más alto que servir a un grande de España como quiere ser servido.

—No lo niego —admite Marcela—. Mas ¿por qué he de entender que mis letras solo son útiles en cuanto aprovechan a vuestra merced y a lo que vuestra merced dispone?

—No seas torcida —repone él, con paciencia—. Te alabo por lo que vales y te encomiendo lo que mejor puedes. ¿Qué daño hay en ello?

—Ninguno si se tratara solo de eso —contesta—. Pero traéis a doña Marta a esta casa...

Lope se endereza en su asiento.

—Si pretendes darme nuevas lecciones... —la previene—. Bien sé lo que soy, y sé por igual que no he de negar amparo a quien lo precisa. Marta ha sufrido fuertes agravios. Yo he sufrido fuertes agravios. No quiero soportar otros nuevos viéndola malvivir con su madre y andar de posada en posada con su hija en brazos. Aquí estarán como mandan la caridad y la prudencia.

—La caridad y la prudencia mandan, mi señor padre, que no viva con mujer como si fuera esposa siendo sacerdote. Yo lo sé, vos lo

sabéis mejor todavía, y la calle también.

Una sombra de fastidio asoma en el rostro de su padre.

—La calle habla un día y calla diez —zanja Lope—. A mí siempre me ha sustentado mi trabajo, no la aprobación de nuestros vecinos. No hay más que hablar. Te digo que enseñes a tus hermanas y continúes en tu cometido de escribir las cartas para el duque.

—No lo haré —dice Marcela, firme.

Hubo un breve silencio. Lope se apoya en la mesa con ambas manos y se inclina hacia delante. Su sombra se alarga sobre los papeles, la voz le sale más grave:

—¿No lo harás?

—No lo haré. Mis letras no son molino para vuestro pan, sino sustento para mi alma. ¿Por qué he de tener la pluma por criada? Vos escribís para el mundo. Yo no pido tanto, sino una parte, dejad que yo lo haga para mí, que lleve al pliego mi voz entera y no el eco de la vuestra que son los escarceos del duque. No pienso casarme. No pienso quedarme a educar a mis hermanas. Me voy.

—¿Adónde? —pregunta Lope, incrédulo.

—Al convento de las Trinitarias. A clausura.

Lope se la queda mirando como si no hubiera entendido bien y repite muy despacio:

—¿Clausura?

—Sí.

—¿Sí? Y la dote ¿de dónde? ¿Con qué dinero? Del mío ya te aseguro que no.

—La tendré del duque.

Lope se echa atrás con la silla y vuelve a encaramarse al borde de la mesa.

—¿Has escrito a Sessa? —pregunta, siseante de rabia.

—He escrito —afirma Marcela—. Hace días. Le hice saber mi propósito de clausura y que vos no lo veríais con buenos ojos. Le pedí su amparo y recibí respuesta de que miraría el caso. Ayer mismo supe que lo tiene por bueno.

Lope aprieta los labios y hace uso del lamento para cubrir el golpe.

—Bien se ve que sabes urdir tus propios enredos, aunque no habrás visto en mí ejemplo de volverlos contra tu familia.

—Antes bien, me lo habéis mostrado sin saberlo —responde indignada—. Cartas para el duque he escrito unas pocas, padre, todas ellas aborrecibles. ¿Por qué no habría de convertirse por una vez en destinatario de mis letras, por qué no podría beneficiarme de los malos ratos, todos detestables, que he pasado en ayuda de sus adulterios? —Marcela toma aire con esfuerzo antes de seguir—. En esta casa he pasado menos tiempo que en cualquier otro lugar en mi corta vida. Para cuando me quiso aquí, padre, no tardó en sacar provecho de mis destrezas. Ha mirado todo este tiempo para sí mismo. ¿Por qué no habría de hacer yo lo mismo, dejando una casa que no empecé, ni he terminado ni podré jamás hacer mía?

»Yo no he hecho más que practicar lo aprendido —sentencia Marcela—. No pude tener mejor maestro. Predicar una cosa, hacer la contraria y dar a entender que se ha cumplido con lo predicado y no hay contrario. Por no decir del excelso tributo guardado a la conveniencia. Pues no me falta memoria de lo que confesó mi madre. Me bautizáis de padres no conocidos, me escondéis cuando os conviene y me llamáis hija cuando os place. Me negáis por decoro y me reclamáis por necesidad, y aun queréis que enseñe virtud a unas niñas.

—No sabes lo que dices —repone Lope mientras la derrota asoma en su voz e intenta apartar la atención de sí con una advertencia

que suena a súplica—. Detrás de esas rejas en las que quieres encerrarte hay obediencias que no conoces.

—Ya he obedecido silencios, y conozco obediencias peores.

Lope acaba por ablandar el tono.

—¿Has pensado en tus hermanas? ¿Qué será de ellas si te vas?

—Tienen un padre y una madre en casa, y yo les escribiré y rezaré por ellas. Tienen mucho más de lo que recibí yo.

34

[Fragmentos de la correspondencia entre Lope de Vega Carpio y don Luis Fernández de Córdoba Aragón, VI duque de Sessa y Grande de España]

[Madrid, 26 de noviembre de 1621]

AL DUQUE DE SESSA

Marcela, con tres lustros, ya me obliga a ofrecérsela a Dios, a quien dice desear más que a nada en el mundo. No puedo ocultarle a mi señor duque el desconcierto, y aun la pesadumbre y turbación, con que recibí de sus labios esta nueva. Pero no contenta con la resolución, me comunica que cuenta de antemano con el beneplácito y favor de su excelencia, que ha de proveerle de una dote de mil ducados para su noviciado y profesión.

Créame que la nueva me dejó suspenso. No por falta de inclinación al voto y a la profesión de fe que pudiera tener la muchacha, pues siempre ha sido recogida y de natural piadoso aun cuando algunas rebeldías, que achaco a la natural vena de su madre, nos hayan enfrentado en ocasiones, sino porque nada de esto me había sido comunicado, ni por ella ni, lo que más me admira, por su excelencia, en cuya casa y protección me honro de servir. Si mi señor duque lo sabía antes que yo, padre de la muchacha, y tenía determinado ayudarla, mayor es mi confusión, pues no esperaba que se me hurtase noticia tan principal en cosa que tanto me toca.

No puedo negar que, a pesar de las buenas promesas que hace a su espíritu, la resolución de mi hija me tiene entre la congoja y el enojo. Por un lado, me pesa que una criatura tan inclinada a las letras y tan útil a mi servicio y al de su casa se encierre donde ni pluma ni ingenio le serán provechosos. Por otro, me duele que haya confiado más en el juicio de su excelencia que en el mío, siendo yo su padre y, por lo mismo, el primero a quien debía dar parte de su propósito.

Y no es lo menor de mi pesar saber que se valió por igual de su excelencia para alcanzar con dinero lo que con mi consentimiento no había aún obtenido. Bien sé que nuestro señor duque obra movido por la piedad, y que no hay en el

mundo protector más benigno para las almas inclinadas al bien, pero también sé, como su excelencia hacia sus propios hijos, que la obediencia de una hija no puede fundarse en secreto ni en dádiva que no pase por la autoridad del padre.

Así pues, si aún no está consumado el favor que le ha prometido, ruego a su excelencia se sirva detenerlo por ahora, hasta que yo pueda renovar mis conversaciones con Marcela y entender la vocación cuyo llamamiento la aleja de esta su casa, en donde también debería sentirse llamada a cuidar de sus hermanas. Con su partida me quedo sin su servicio, que no era pequeño, pues llevaba el peso de mis papeles, que son los de nuestro señor duque, y el orden de mis ocupaciones, y en lo doméstico tutelaba a Feliciana y aun se disponía a tutelar a la pequeña Antonia Clara.

No interprete su excelencia mi súplica como falta de agradecimiento, sino como el desahogo de un padre sorprendido. Confío en que su prudencia sabrá juzgar con la rectitud que siempre lo acompaña, y en que me perdonará la franqueza de mis palabras, nacidas de la pasión natural con que los padres miran las cosas de sus hijos.

[Madrid, 29 de noviembre de 1621]

A LOPE DE VEGA CARPIO

He leído la carta que vuestra merced me dirige con tanta liberalidad con más asombro que el suyo propio, y no menor admiración por el modo en que un padre se queja a su señor de lo que juzga agravio, sin detenerse a pensar que a un noble la autoridad lo asiste, y no le es costumbre dar cuenta a sus servidores de las resoluciones que toma. No ignora vuestra merced que en cuanto atañe a quienes gozan de mi amparo, la voluntad de este duque basta. No acostumbro a pedir licencia para obrar cuando entiendo que actúan la justicia y el decoro.

Templado el primer ímpetu de sus demandas, y sosegado como espero haya quedado el enojo que percibo en su pluma, quiero responder con la mesura que me dicta la estima que siempre tuve a un súbdito que, además, es amigo. Su hija Marcela me escribió con humildad y con prudencia poco comunes en una mujer, cuando menos de su edad. Me hizo saber su propósito de entrar en religión, y me pareció justo favorecerlo, tanto por el mérito de la doncella como por la honestidad de su intento. No pensé que mi decisión de socorrer su santa vocación pudiera ofender a su padre.

En cuanto al servicio que hace Marcela a sus papeles, que pueden ser, como afirma vuestra merced, los míos, no me podrá negar que la nueva disposición de su casa y los cambios que su vida ha tomado con doña Marta de Nevares dejan poco lugar para sostener el pretexto con que antes excusaba volver a su oficio de secretario: aquel de la pureza de estado, que yo he respetado mientras

ha resultado creíble. Pero siendo cosa sabida de todos que vive con ella, ¿qué mal habría en que, una vez dejado de lado el fingimiento, retomase la pluma a mi servicio?

Por tanto, deseo y dispongo que vuestra merced haga oficio de hombre de letras y sirva a su señor como antes, y que reanude cuanto antes el ejercicio de su secretariado, como conviene a su mérito y al orden que siempre hubo entre nosotros.

Si todavía quedase en su ánimo sombra de desagrado, considérelo desde la conveniencia que tan bien sabe medir. La presencia de Marcela en las Trinitarias puede servirle más de lo que imagina. No habrá mejor defensa de su crédito, ahora que doña Marta de Nevares pasa a su casa y las murmuraciones vuelven a cebarse con su nombre, que tener por hija a una religiosa de clausura. Tal imagen conviene a su fama y a la nuestra. Nada habrá que temple mejor la lengua de los maldicientes que ver a la hija de don Lope de Vega y Carpio vestir el hábito mientras el padre sirve con celo y devoción a su señor. Aun se dirá que la casa de Lope es ejemplo de penitencia y de fe.

Por todo lo cual, tenga vuestra merced a bien reconocer que cuanto he hecho ha sido en su provecho.

35

La maestra de novicias le ajusta el velo. Un velo blanco, de monja sin votos.

—Un año para aprender a obedecer, hija mía. Un año para ser menos de sí y más de Dios —le dice mientras le muestra el banco del coro y los horarios escritos a tinta, iguales para todas.

Marcela asiente.

Su primer oficio es esperar a que su cuerpo obedezca a las campanas. Con los días se hace a su ritmo. La novedad del orden que imponen la serena. Le traen una paz segura, infalible.

En maitines, las manos entumecidas buscan la cuenta del rosario. A prima se barre el pasillo. A tercia se leen constituciones. A sexta se come poco. A nona se cose para todas. A vísperas se ofrece el cansancio. A completas solo queda el silencio.

El escribano canta su nombre:

—¡Félix Lope!

Lopito sale de la fila, se adelanta y firma con prisa y nervios. Soldado aventajado, que no en grado, sino en paga y turnos. Le pesan en la palma dos reales y un arcabuz. Enrolado a los quince en las galeras de Sicilia del marqués de Santa Cruz, segundo de su casa y grande de España, jefe invicto como su padre y su abuelo antes que él, teniente general del mar.

En la playa, una capitana espera en los obenques. El cómitre supervisa, los calafates golpean la estopa y la chusma duerme sentada. Orden, ruido de boga, guardias en proa y popa. Pólvora celosa del salitre. Suben la tabla y zarpa.

Durante ese primer día de navegación todo le resulta nuevo y hermoso a bordo. El mar le promete un rumbo claro, sin las sombras de casa y del hospicio. Orden y agua.

Aprende la regla, los oficios, el canto en el coro, y es examinada en obediencia, pobreza y castidad. Llega primero el aburrimiento. Luego, el fastidio ante la obediencia. No hace menos de lo que podría y suele en casa, pero la certeza de tener vedada la salida —improbable salida en caso de disponer de ella— la oprime. Empieza a añorar el ruido de la calle, la voz de su padre recitando o dando misa en la capilla familiar. Ahora descubre una libertad que creía inexistente, una libertad que no supo ver ni agradecer a su padre.

Se sorprende añorando su casa, y entre las cuentas del rosario se cuela la duda. La apaga con el padrenuestro y se salva en el contradictorio aislamiento de su angosta celda. Allí posee pliegos que ha cosido a nonas en cuadernos donde busca conversación y desahogar sus pensamientos.

Abre el primero de ellos, el *Cuaderno primero*: «En uso de Marcela Lope de Vega y Luján, novicia trinitaria descalza: quien leyere este cuaderno después de mi muerte, me rece un avemaría por amor de Dios, porque Su Majestad me saque del purgatorio».

El hedor es la primera verdad de la galera. Un vaho espeso de sudor rancio, orines, brea y la desesperación de doscientos hombres encadenados al remo. Los galeotes, la chusma. Lopito los observa desde la crujía, el estrecho pasillo central. Moros, renegados, criminales. Carne de remo marcada por el látigo del cómitre, que pasea sobre ellos como un dios vengativo.

Ante los ojos de Lopito, más allá del trayecto tenso del cabo y el brillo del falcón en la proa, se sucede la proyección de una costa que cambia de nombre: Almuñécar, Cartagena, Cerdeña, Túnez, Argel. El sargento, un veterano curtido en las costas de Berbería, le enseña la disciplina del fuego: cargar, apuntar, mantener la mecha encendida y la humedad lejos de ella; hacer cuerpo con la tabla; no resbalar en la sangre que tiñe la cubierta cuando los infieles asoman velas y la capitana se convierte en iglesia de pólvora, de arcabuces, mechas y vivas al nuevo rey.

—Aquí no sois hijo de poeta conocido, sois carne de cañón —le escupe—. Si los turcos nos trincan, los versos solo sirven de mortaja.

Entre uno y otro combate, bizcocho que cruje de sal y agua tibia que nunca sacia, algo de queso, una cebolla.

Lopito aprende a endurecer el gesto, a caminar mirando al frente, a ignorar los lamentos que suben de la sentina. Pero ni toda su voluntad acaba con los momentos de añoranza, y en todos ellos tiene un pensamiento para el padre.

Duerme a la intemperie, con el morrión por almohada. La mirada puesta en la inmensa capilla del cielo.

A Marcela le toca limpiar letrinas. Un oficio bajo para probar la humildad. Restriega la bayeta contra la madera áspera, luchando

contra la náusea y el orgullo.

En su casa había libros, reuniones de importancia y discusiones literarias que escuchaba desde el rellano. El rumor del ingenio propagado en la casa. Aquí la hora de recreo es el único momento en que pronunciar palabra está permitido. El claustro se llena de susurros, pero las conversaciones le resultan aún más vacuas que el silencio. Se habla de la calidad del pan, de los achaques de la madre superiora, de favores recibidos del cielo por minucias domésticas.

Su intelecto se ahoga. Por primera vez siente una punzada de arrepentimiento. Recuerda los días de sobremesa, el brasero que enciende Catalina para acomodar sus tareas de secretaria del duque, la voz de su padre llamándola con un cansancio tierno, y se descubre agradecida de muchos momentos para los que ha decidido poner distancia y aislarse.

Su primer temporal en mar abierto le enseña que el miedo tiene sabor a sal y a vómito. Cada ola le recuerda la fragilidad de su cuerpo con más saña que la batalla, y el apacible y confortable calor y comodidad del hogar que ha dejado atrás.

Bajo la ropa húmeda, las pulgas y las chinches se hacen sus compañeras de viaje. La falta de higiene, frente al recuerdo de la pulcritud con que Catalina y Julia mantenían la casa, inmaculada, reluciente, se le hace insoportable.

Cuando la tormenta amaina y llega la calma chicha, se suceden los días de inacción bajo el sol implacable. Se organizan juegos de naipes, se cuentan historias mil veces repetidas. Lopito observa al marqués en el alcázar de popa, rodeado de sus oficiales. Aquí es

solo un soldado más. Un arcabuz al servicio del rey. Disciplina y honor.

Una noche, durante maitines, la vence el sueño. Cabecea y su rosario de cuentas negras se le escapa de las manos, golpeando con fuerza el suelo de madera. El estruendo rompe la salmodia.

La penitencia impuesta por la maestra de novicias consiste en rezar postrada en el suelo de la capilla con los brazos en cruz. El frío de las baldosas le cala los huesos. Mientras sus labios musitan las palabras de arrepentimiento, su mente vuela lejos. Se pregunta si Dios prefiere un cuerpo dolorido a una mente despierta que le dé gloria con sus letras. La duda que apaga con el padrenuestro prende con más fuerza: ¿es este el lugar donde su talento encontrará espacio para florecer, o donde morirá asfixiado por la rutina?

Un galeón corsario les corta el paso en la costa de Orán. El tambor redobla. Orden de zafarrancho. El olor a pólvora inunda la cubierta antes del primer disparo. La descarga de los arcabuces es ensordecedora. El humo blanco lo ciega todo.

El veterano con el que comparte las guardias cae a su lado con un gorgoteo ahogado y una mancha roja extendiéndose rápida en el pecho. Lopito queda paralizado.

—¡Muévete, rapaz! ¡Recarga o eres hombre muerto! —le grita el sargento, empujándolo.

Lopito obedece. El combate se prolonga durante una hora que le parece eterna. El galeón se rinde.

Los muertos son arrojados al mar sin ceremonia. Lopito mira sus manos, ennegrecidas por la pólvora. Ha sobrevivido, pero algo se ha roto. Esa noche húmeda y neblinosa de guardia mira hacia el cielo y no ve aquella inmensa capilla, sino un vacío hostil.

La superiora le hace llegar recado a través de la maestra de novicias. Han visto la claridad de su letra y el esmero con que copia los textos del coro. Prevenidas de sus dotes para la escritura, le piden que ayude en la composición de las homilías para la festividad de la Santísima Trinidad. Debe copiar el borrador planteado por la superiora con su propia glosa de posibles refuerzos para el texto.

Marcela recibe el encargo con muestras visibles de humildad y una alegría invisible que prende su esperanza. Copia despacio, cuidando cada trazo y midiendo con tiento las sugerencias y añadidos al texto de la superiora.

El encargo hace latir su devoción de una forma nueva, comprometida, y aviva durante aquellos días su entusiasmo por servir a sus hermanas y a Dios en el escritorio y desde su celda, pero también en las tareas que antes menos le agradaban. Marcela siente por vez primera dentro de aquellos muros que su talento no la separa, sino que la une a las demás.

Las campañas se suceden y con ellas los meses de mar. Lopito aprende a leer los signos del viento, a distinguir la tormenta por el color del horizonte, a dormir ligero para no ser sorprendido al toque de armas, a limpiar y vendar con trapo y vinagre las heridas menos

importantes que intuye con riesgo de hacerse graves, a mantener seca la mecha del arcabuz bajo la capa, a no malgastar pólvora ni chispa sin orden, a tensar los cordajes cuando arrecia el temporal, a racionar el agua y aguantar la sed, a rezar en voz baja cuando el mar se enfurece.

La disciplina, que antes tanto le pesaba, aligera ahora su carácter. Conoce lo que ha de hacer y cumplir en cada momento, cuándo hablar y cuándo callar, cuándo ayudar a un compañero y cuándo dejarlas pasar y mirar hacia otro lado. Previene las órdenes y cuando se reparten, actúa decidido.

En la refriega se siente completo. El estampido de los arcabuces retumba en su pecho y la convulsión lo embravece. La pólvora y el humo de los cañones arden en sus ojos y su mirada inyectada en sangre busca nuevas víctimas con las que saciar su exaltación. El bramido de sus compañeros enardece su corazón y redobla la impiedad de su delirio. Salta, empuja, golpea, carga, dispara, desenvaina, corta, apuñala. En el fragor del combate su agitada naturaleza encuentra el desahogo y libertad definitivos.

Entre la soldada corre su arrojo, un arrojo especial, templado con la sangre fría de quien necesita para existir el cruento oficio de matar y herir. Es el primero en abordar, el último en retirarse y el único en sonreír mientras se bate con el enemigo, comunicando al mundo la felicidad de quien ha encontrado su lugar en él, ese que todos buscamos: un lugar en el que sentirse esperado y necesario.

Cuando la capitana fondea en Palermo, el marqués manda formar la tropa. Lee en voz alta la lista de ascensos.

—Félix Lope, alférez.

Por primera vez se siente dueño de su destino.

Al margen de aquellas homilías que le han dado orden de copiar, pero inspirada por ellas, sin advertirlo al principio, luego de manera consciente y decidida, comienza a escribir unas líneas propias en pliego aparte. Un diálogo entre el alma y la mortificación; entre el apetito y la desnudez.

Y junto a la copia glosada de las homilías entrega traspapelado, con toda intención de ser notado por la superiora, el pliego con el comienzo de su primera representación.

Esa noche, en su celda, desahoga los nervios y la expectación generada por el atrevimiento en su cuaderno. Por la mañana, concluido el rezo de tercia, es llamada al orden por la maestra y conducida ante la superiora de las trinitarias.

36

[Entrada recuperada de las memorias de don Fernando de Acebedo Muñoz, arzobispo de Burgos y consejero de Estado. Los manuscritos recogidos en estas memorias no se dieron a publicar en vida de monseñor. La copia literal de todos ellos se conserva en colección privada bajo el título Relación de mi vida y de algunos sucesos de estos reinos*]*

Burgos, a 9 de noviembre del año del Señor de 1622

Vuelvo sobre esta relación de sucesos aposentado en Burgos. El nuevo rey, nuestro señor, Felipe IV, a quien sus más cercanos cortesanos se han apresurado a llamar «el Grande» sin darle tiempo, a lo que parece, a hacerse tal, ha tenido a bien cesarme de mi carga como presidente del Consejo de Castilla y devolverme a mi diócesis.

Pues nunca quise ostentar el cargo, en carga se hubo de convertir, y no ha sido difícil lograr con tan joven majestad el descargo que no pude con el padre. Bastó con seguir haciendo mi trabajo, reducido en los últimos tiempos a que ese barco que llamamos Castilla no siga haciendo aguas. Con tan solo negarme a firmar la pragmática sobre la moneda de vellón promocionada por don Baltasar de Zúñiga, entonces favorito del rey y por estas fechas difunto, se me retiraron las cadenas que me ataban a la presidencia.

Esta norma y sus defensores solo quieren tapar la deteriorada situación que atraviesa nuestra Hacienda emitiendo moneda por un total de veinte millones de ducados. Solo pueden seguir a este decreto graves consecuencias para la precaria estabilidad económica del reino. Todas las gentes que rodean a su majestad saben lo que un servidor, pero nadie quiere atajar el problema, y prefieren posponer la solución para propia diversión y disfrute de lo que queda, que cada vez es menos, y que sean otros, cuando ellos no estén ya en este mundo, los que deban atajar la dificultad cuando esta no tenga ya solución.

Donde Felipe III me hubiera escuchado, que en paz descanse, y yo hubiera de permanecer encadenado a la presidencia, su hijo ha determinado encontrar

en don Francisco de Contreras digno sucesor mío dispuesto a firmar esta y otras disposiciones sin oponer resistencias ni hacer preguntas, y me libera.

Quizá pensando en que habría de enfadarme lo que en verdad y a todas luces deseaba, su majestad me concede a cambio el título de consejero de Estado, una posición de la peor naturaleza, de esas tan abundantes en el gobierno de nuestro reino, de las que se disponen para aparentar, hacer gasto y darse ventaja, pero ningún palo al agua.

Unas pocas veces ha pretendido el sobrino de don Baltasar, muerto este y convertido aquel en valido y dueño plenipotenciario de la monarquía, me refiero a don Gaspar de Guzmán y Pimentel, conde y duque de Olivares y grande de España; unas pocas veces, digo, ha querido devolverme a la presidencia de Castilla. No he querido ni querré, aun cuando voten en favor de mi regreso todos los consejeros del Estado.

Castilla y la monarquía se hunden por culpa de hombres como él, que dicen defenderla de la corrupción y ser hombres limpios, pero dejan que sus allegados se hagan con toda riqueza y mando para que otros no les hagan sombra; que se valen de poetas a sueldo que dicen servir al arte, pero que sirven al interés de quien detenta el poder, como los tales don Francisco de Quevedo y don Hurtado de Mendoza; que anuncian la creación de las Juntas de Reformación, y luego la Junta Grande de la Reformación, y otras tantas juntas que se me olvidan, esperando acabar con los vicios instaurados en la corte y traer notables reformas para tantos problemas que atravesamos por largos años obviados, pero todo queda en mero símbolo inoperante; y que juzgan y maltratan a sus predecesores demostrando el poco cuajo que tienen ellos como aquellos. Los bienes del duque de Lerma han sido embargados, y aún hubiera sido peor la persecución si no lo hace cardenal su santidad Pablo V, lo mismo que el antiguo secretario del rey, don Rodrigo Calderón, que ha sido decapitado.

En lo personal, y no tanto en su hacer, el conde-duque de Olivares es hombre vivo y arrebatado, y le domina un ardor que le desborda el seso y atropella con cada vez más ímpetu su prudencia. Desea la fama del reformador, pero no posee la virtud del reformado. Pone la industria en los medios y olvida los fines. Y tiene al rey, perdido el ímpetu con el que inició su mandato, rendido a su fervor, también en las correrías nocturnas con las que ambos contradicen su intención de una moral renovada para España.

Dios nos guarde de los ministros que se creen elegidos por su ingenio y el atractivo de su persona, y no por la obediencia y servicio que deben al reino, que algunas cosas sí las han hecho bien, como relajar la malhadada limpieza de sangre, dejando que quienes vienen de fuera tengan su esperada oportunidad de aportar al reino en el que recalan; créditos fáciles para los artesanos y campesinos; promoción de la natalidad con menos impuestos para familias y más para los solteros; intentar hacer de Castilla, Aragón, Barcelona y Valencia y hasta de Portugal una España sola y unida con una única fuerza de defensa.

Pero hasta esto último lo hacen mal, pues pretenden pedir fondos sin dar, y formar Cortes sin jurar los fueros y parlamentar primero. O pregonan de ahorrar, pero hacen fastuosos honores al príncipe Carlos Estuardo de Inglaterra cuando viene a conocer a la hermana de nuestro rey, no pudiendo dar el ejemplo necesario de cuanta moderación se pide a los súbditos.

Con respecto a lo que ocurre fuera de nuestro reino, todo es bicoca. Me río de la Liga de la Unión y todo pacto con el emperador Fernando II de Habsburgo. Ni se les ve ni se les espera a los aliados en Holanda ni en sus mares. La defensa de la verdadera fe, dicen. No saben qué es la fe, y van a defenderla...

Relación dejo aquí, para memoria de quien viniere después y alivio de su ánimo si nuestro reino sigue atravesando sucesos parecidos.

Dejo constancia de haber comprendido la causa de nuestra ruina, que no es otra sino la soberbia de los que gobiernan y la resignación de los que obedecen.

37

La superiora aguarda sentada tras la mesa, la mirada fija en el pliego que sostiene en sus manos. De pie, junto a ella, la maestra de novicias mira severa hacia Marcela, que aguarda, también de pie y con las manos recogidas sobre el hábito al otro lado de la mesa.

—Marcela —comienza la maestra con voz firme y un fondo de disgusto—, los folios que nos entregó no son los que le encomendó nuestra madre superiora y yo misma me encargué de ordenarle. Entre los textos de la homilía hemos hallado esto —acusa señalando el pliego que sostiene la superiora—, y no puedo menos que preguntarle. ¿Qué sentido tiene para el propósito de su primer año con nosotras, cuando se hace cargo de la regla que rige en las Trinitarias de san Ildefonso, que una novicia escriba por su cuenta, sin licencia de nuestra madre ministra, comedias o lo que quiera que sea esto?

Marcela aguarda prudente en silencio, hasta que la maestra le indica con enérgico asentimiento que puede responder.

—Son coloquios, madre, coloquios espirituales.

La maestra niega con la cabeza y tuerce el gesto.

—Los puede llamar como quiera, hija, pero ¿qué diferencia habría con las representaciones que se hacen en los corrales si en ambos se hace hablar a unos personajes con el fin de divertir y divertirse una misma en el acto de componer su parlamento? Nuestras palabras, las pocas que nos permitimos aquí, han de medirse para huir de las cosas del mundo. Vino aquí a servir, hija, no a inventar.

Marcela baja la vista un instante para replicar en actitud recogida.

—No busco divertirme, madre, ni el propósito de estos coloquios es desviar la atención de mis hermanas de lo importante. Si algo hay en ellos de gozo, es el del espíritu que reconoce su flaqueza para ponerse en manos de Dios y así vencerla. Servir es lo que intento. —Marcela levanta la vista para dar fuerza a sus palabras—. Servir con una destreza que Dios me ha dado y que no puedo negarle a nuestro Señor, y no para componer vanas invenciones, sino oraciones.

—¿Y dónde está la oración en poner a hablar a la mortificación y al alma en versos y en palabras del vulgo? —contrapone la maestra —. No estamos aquí para entretenernos con artificios literarios, sino para comprender las verdades de la fe y fortalecernos en la piedad.

—Mis coloquios no pretenden otra cosa, madre, educar a...

—Dice «mis coloquios» —se escandaliza la maestra—. ¿Acaso no es el primero y único que escribe?

—Este que tienen aquí es la copia del comienzo del primero, que tengo completo en mi celda. He empezado a escribir otros, todos acompañados de unas loas...

—Todo a espaldas mía y de nuestra superiora. Marcela, esto es intolerable.

En aquel punto la superiora levanta la mano hacia la maestra para detener su enfado, pero sin desviar la vista del pliego, en el que sigue concentrada.

—Deje explicarse a nuestra novicia —alcanza a decir—, tengo curiosidad por saber por qué considera estos coloquios una buena forma de educar a nuestras hermanas.

La superiora cambia el gesto de contención de la mano por otro de invitación hacia Marcela para que continúe.

—Con permiso de ambas, decía que mis coloquios no pretenden sino educar en los dogmas de nuestra fe y recordar a nuestras hermanas los peligros del mundo. En ellos el alma combate con la mortificación, el apetito con la desnudez, la paciencia con la ira. Son disputas que todas libramos aquí dentro y a las que en muchas ocasiones cuesta ponerles nombre, explicarlas para explicarnos mejor nuestra lucha.

—Pero la vulgaridad con que se nombran aquí... —insiste la maestra.

—Son las palabras de la calle, no las palabras de los doctores. Si se me permite, un arte nuevo de hacer autos en este tiempo. No hay lengua más digna para hablar con Dios que la que Él nos ha dado a todos por igual. De esa forma, con las palabras que todas nuestras hermanas conocen, se puede alentar mejor su virtud y recordarles, recordarnos todas juntas, en el consuelo de la reunión de toda la comunidad, la necesidad de recogimiento que tenemos. Nuestra madre Teresa nos dio ejemplo de ello —añade—. Sus versos tienen orden y mesura, vienen cargados con el regalo para el alma del misticismo, pero también son vivos, populares. Santa Teresa habla como el pueblo para hablar de Dios.

La maestra se adelanta con visible impaciencia.

—Santa Teresa era santa, hija, y hablaba por inspiración divina. No crea que basta su lectura para igualarla.

—Lo sé, madre —admite Marcela con humildad—, pero la enseñanza de la fe con estos coloquios puede ser herramienta de consuelo para todas. Estos pequeños autos no son para el público, no son como los autos de sor Juana Inés de la Cruz para representar en catedrales o colegios. Los coloquios son solo para nosotras. Que las hermanas los lean, los representen y los escuchen puede ayudarlas a afrontar mejor lo que todavía tienen por vencer. La

búsqueda de perfección en lo literario y en lo espiritual es una sola para mí.

—Pero nosotras no somos actrices.

—Cómo no, pues imitamos a los santos, a los ángeles, a las virtudes, a Cristo mismo y a nuestra madre María, e incluso abandonamos nuestro nombre al profesar en el convento para adquirir otro nuevo e iniciar una nueva vida que aspira a actuar en perfección.

La superiora levanta por fin la mirada del pliego hacia Marcela.

—¿Cómo imagina estas representaciones? —pregunta.

La maestra de novicias retrocede sorprendida.

—Madre, un momento, ¿estamos pensando en...?

La superiora vuelve a frenarla con un gesto de la mano.

—Explíquese, hija.

—Son representaciones muy cortas, madre, en un solo acto, para que tengan sitio en nuestro orden de ejercicios, aunque este primer coloquio me haya salido algo más largo que otros que tengo pensados. Podrían hacerse entre tercia y sexta si es por la mañana, en el tiempo de nuestra recreación espiritual. En días festivos, al caer la tarde, apenas concluida vísperas y antes de completas.

—¿Y qué hay de los recursos necesarios para la representación? Los autos que conozco presentan una quincena de personajes. Esas son demasiadas hermanas involucradas en algo que requiere de ensayo y preparación.

—Los cuatro personajes que ha notado en el comienzo de este coloquio son los únicos que comparecen en él. No salen más después. El resto de las representaciones las tengo pensadas de esa manera, cuatro o cinco voces como mucho.

—Y el escenario, la iglesia de nuestro convento.

—Así es, madre, no necesitamos más, el escenario sacro es lo que mejor acompaña, el resto puede ponerlo nuestra imaginación.

—Pero al terminar... No podemos terminar el... el coloquio, no podemos terminar el coloquio con su sola representación.

—Lo he tenido en cuenta, madre, por eso acompaño cada coloquio de una loa. En cuanto a la representación de este primero, pienso que las hermanas sor Jerónima, sor Escolástica y sor Mariana podrían hacer muy buen papel, y...

Ahora es Marcela la que recibe el gesto admonitorio de la superiora.

—Llaneza, Marcela, llaneza de espíritu y paciencia —le aconseja—. Nada se ha dicho de llevar a cabo estas representaciones, no adelantemos las cosas. —Marcela calla y vuelve a su actitud de recogimiento—. La maestra de novicias tiene razón en más de un punto —señala la superiora—. Escribir estos coloquios sin previo aviso, haciendo su propia voluntad y sin contar con el consentimiento nuestro es falta grave que habrá de expiar con su confesión y penitencia en oración y trabajo para la comunidad.

»Si bien —añade dirigiéndose ahora a la maestra de novicias— faltaríamos por añadidura a la voluntad de nuestro Señor al privar a nuestra comunidad del don con que a todas luces, así se puede comprobar en las pocas líneas de este pliego, ha querido dotar a una de nuestras hermanas. Los dones con que Dios nos bendice son para prestar servicio a los demás, para utilizarlos en beneficio de otros.

»Nuestra regla prohíbe la vanidad, no el fervor. No veo nada de lo primero, pero sí mucho de lo segundo en quien busca al Señor por medio de lo que sabe hacer. Quizá su ingenio pueda servir bien a nuestra comunidad, nunca para orgullo suyo, sino para edificación de todas.

—Madre, le agradezco tanto...

—Le he pedido prudencia, Marcela —advierte la superiora desviando la vista hacia la novicia—. No hay nada que agradecernos todavía. Está en prueba de fe. Lo mismo para sus obras. Lo que escriba pasará antes por mis manos, y lo que represente quedará bajo la custodia de su maestra. Si en ello vemos fruto para nuestras hermanas, no le negaré el amparo del convento.

Marcela asiente intentando contener la sonrisa, pero su alegría no pasa desapercibida a la maestra:

—Ruegue porque su pluma no la aleje de la humildad, Marcela. Permanecer humilde es la gran prueba que pone Dios a los autores. Cuántas vidas malogradas por esta tentación y qué pobre el escenario moral de poetas que nos ha dejado este mal. Amén de la torcida intención de quienes los publican, que solo buscan el intercambio de influencias y el beneficio de su negocio por encima de la justicia debida a una obra grande. El único premio que importa recibir es el bien causado a otros con nuestras palabras.

La superiora asiente y secunda la elocuencia de la maestra.

—Ya lo dice nuestra Marcela al comienzo de este primer coloquio: «Sirve el destierro de gloria a quien se aflige y se vence».

Callan las tres meditando aquellas palabras hasta que la superiora retoma la conversación.

—Hay un último tema que quiero tratar —prosigue posando los ojos de nuevo sobre el pliego—. Se debe al trato que reciben las mujeres en su coloquio. —Marcela guarda silencio, expectante—. Aquí, Eva habla a la serpiente con razones de gran firmeza. Le explica que no debe tocar el fruto prohibido y, sin embargo, más adelante cae con Adán, pero sin enojo ni castigo mutuo entre ellos. ¿Qué pretende enseñar con eso, hija?

Marcela alza la vista con serenidad.

—Pretendo mostrar que el alma, madre, no tiene sexo, y que cuando Dios nos mira, no distingue la carne de hombre o mujer, sino la intención del corazón. Eva y Adán, en mi coloquio, comparten el mismo error y también la misma esperanza. No hay culpa mayor en ella que en él, ni menor agradecimiento en él que en ella.

La maestra tuerce el gesto.

—Eso puede parecer doctrina peligrosa si se dice sin cuidado.

—No lo digo para levantar a la mujer sobre el hombre —expone Marcela con humildad—, sino para recordar que ambos son criaturas suyas, y que la obediencia o la caída pesan igual en quien ama y busca redimirse. Eva, en mi versión, es ejemplo de fortaleza moral antes de la caída, no de engaño ni de debilidad.

La superiora asiente lentamente.

—Y cuando habla la serpiente, parece oírse la voz del mundo que halaga, que persuade con razones torcidas. He notado, sin embargo, que en su Eva hay dulzura, pero no rendición.

—Así quise escribirla, madre. Las mujeres cargamos con la imagen de ser ocasión de pecado, pero también somos medio de virtud, en todo igual a los hombres. En la tentación, Eva razona, aconseja, resiste. Solo cede cuando ve que Adán la acompaña. No peca por soberbia, sino a causa de un amor mal entendido. Pero cuando ambos caen, agradecen al Creador el don de la vida y se reconocen, juntos, hijos suyos.

—Eso es nuevo, hija —responde la superiora con interés—. En los autos que he oído leer, las Evas son muestra de flaqueza.

—Quizá porque los escriben hombres —responde Marcela con suavidad, sin inquina—. Quizá porque fuera, en el siglo, no conocen como nosotras otra forma de fortaleza: la que se ejercita en silencio. La paciencia y la constancia también vencen. Quise que mis hermanas, al oír hablar a Eva, reconociesen en ella a una de las

suyas: una mujer que lucha, que cae, que ora, y que, por su oración, vuelve a levantarse.

La superiora permanece un momento en silencio, con el pliego entre las manos.

—La suya es una visión arriesgada, pero hermosa. Habla de la mujer con la misma voz con que oramos por ella.

—Gracias, madre —dice Marcela inclinando la cabeza con modestia—. Solo pretendo recordar que la perfección a la que aspiramos es la misma que Dios pide a todos.

—Pues si de esta pluma nacen almas que se conozcan mejor a sí mismas, no será entonces en vano —zanja la superiora mientras vuelve a dejar el pliego sobre la mesa—. Basta por hoy. Vuelva a su celda, Marcela. Rece, trabaje y escriba, si el Señor se lo concede, para su gloria y la nuestra.

Marcela inclina la cabeza.

—Pido a Dios que mis palabras sean siempre suyas, madre.

Cuando la puerta se cierra tras ella, la maestra comenta en voz baja:

—Demasiado ardor en una novicia.

La superiora suspira.

—El fuego también purifica. Si las palabras de Marcela prenden la llama de la fe en los corazones, que arda cuanto quiera.

38

Daba el mediodía cuando el rumor de la estrecha calle de Cantarranas, el del mentidero de las letras tan cercano a ella y el de otras vías aledañas empezaron a concentrarse donde las trinitarias.

Una ceremonia distinta de la eucaristía en aquel templo no podía ser sino la profesión de fe de una postulante, sus votos de clausura. El número y la calidad de los invitados, el movimiento inusual de criados, sacristanes y músicos con cirios y tapices, y la música amortiguada por las losas del atrio bastaban para advertir que debía de tratarse, además, de una joven de familia notable.

Las gentes de la villa, que de ordinario transitaban el lugar sin mirar los silenciosos muros del convento, se paraban ahora a observar el movimiento de los carruajes esperando identificar alguna de las figuras que bajaban de ellos. Había llegado fray Antonio Félix Paravicino, predicador famoso, ministro del convento trinitario de Madrid, firme y grave todo él como en ocasión de enorme importancia —siempre comparecía en público de esa guisa, todas eran para él ocasiones de enorme importancia—; también el padre doctor Ignacio de Olite y Vergara, el gesto contenido y el hábito enteramente negro —no se le conoció otra ropa en vida—; y el celebrado Vicente Espinel, quien intentaba enseñar el arte de la guitarra a Lope —no sabemos si con buenos frutos, por lo que quizá hayamos de deducir que no— mientras daba su quinta cuerda a tal instrumento —al parecer le hacían falta notas para expresar todo lo que albergaba su espíritu—, pero que tuvo también que cambiar las

décimas, renovadas estrofas que se conocieron desde entonces —no conviene herniarse con todo cuando se es un genio— como espinelas. Así como otros amigos músicos y poetas del círculo de Lope: Blas de Castro, Valdivielso, Montalbán, Arias Girón, y otros jóvenes que se habían formado en su trato; unos asistiendo más por el compromiso que queriendo, y otros por hacer el papelón entre gentes de importancia, pues aquello tenía su parte de espectáculo, además de ceremonia votiva, o porque la santidad era en aquellos tiempos espectáculo —no será la última época en serlo.

Los espectadores de aquel paseíllo no identificaron a ninguno de los convidados —los únicos en ser acomodados al llegar por el rumor *in crescendo* de los presentes fueron Lope de Vega y el de Sessa—, pero perseveraban en su nerviosa espera de la celebridad, una espera siempre tan irracional como irresistible y común a todos los tiempos.

En fin, que siguieron llegando conocidos poetas y músicos, importantes doctores y clérigos de fama, y mujeres cubiertas acompañando a sus nobles maridos; y entraban en la iglesia de San Ildefonso, la del convento, bajo la luz blanca de febrero del año de 1623 —porque se debe exactitud al acontecimiento—, que, como la de todos los febreros, no calienta pero anuncia, y contiene sin ser ni del invierno ni de la primavera.

Marcela aguardaba la hora de ser llamada en la celda más cercana al claustro, asistida por dos hermanas mayores que habían sido designadas para vestirla.

Creyó, incluso cuando recibió el vestido de su hábito, todo de una seda fina muy cara que el duque de Sessa había hecho traer de Génova, que su profesión sería un acto íntimo, acompañada tan solo por su hermana Feliciana, las criadas de la casa, quizá el duque, puesto que pagaba aquello, y algún prelado designado para presidir

junto a Lope la ceremonia; nunca, en cualquier caso, por Marta de Nevares y su hija Antonia Clara, pues había solicitado a su padre que no estuvieran presentes, y este había dado su palabra de cumplir con la petición.

Pero al oír el bullicio creciente, los acordes distantes, al percibir el olor del incienso que llegaba desde la iglesia comprendió que algo muy diferente había sido planeado para ella. Las hermanas hablaban de visitantes ilustres, de un púlpito adornado, de músicos que ensayaban motetes dedicados al Espíritu Santo y alguna antífona mariana —no se sabía cuál.

En efecto, al otro lado de las celdas y rejas del convento y de la iglesia, el ambiente era de fiesta. Entre los presentes, ninguno más orgulloso y encrestado que Lope, que había llegado el primero, vestido con el hábito de una tela nueva y aterciopelada para tan importante ocasión, y recibía a todos ufano junto al duque. Se pudieron hacer y se harán dos lecturas de lo que pretendió el poeta aquel día de los votos de su hija.

Acaso se consideró a sí mismo, no tanto a su hija —aunque correspondiera a ella el único protagonismo—, el centro de aquella jornada, y aprovechó la profesión de fe de Marcela como la mejor ocasión de limpiar la imagen de sí que tanto había fatigado con el desorden de su vida, haciendo de esta ceremonia filial una representación pública de su buen nombre, una dramaturgia en que la virtud de la hija hacía de argumento y símbolo del arrepentimiento del padre, haciéndose cargo de que la devoción es un remedio harto eficaz contra el descrédito, pero también de que él no daba muestras de esa devoción con su comportamiento, y por eso hacía suya la de su hija, porque en la lógica de aquella España, donde toda culpa pedía su penitencia visible, y donde el prestigio no se perdía por pecar, sino por no dar señales suficientes de

arrepentimiento —para luego poder seguir pecando—, el acto de encerrar a su hija en un convento —encerrarla él, hacer de ello una decisión, un empeño, una enseñanza suya— se ofrecía a la trama como tributo al orden moral que él mismo había quebrantado y que ahora necesitaba restaurar para conservar sus favores.

Acaso fue esto, o acaso fue que quiso, con todo aquel aparato desmedido, tan fastuoso y fuera de lugar para lo esperado por Marcela, dar a su hija el homenaje que no había sabido darle en sus dieciocho años de vida, porque, no habiendo sido nunca un hombre de ternuras discretas —todo aireado en sus versos—, Lope era de afectos grandes y vehementes, sobre todo repentinos, y en ellos encontraba alivio para su conciencia, de modo que al ver consumarse la entrega de Marcela, aceptada su vocación tras un año de prueba que había seguido con discreción, pero con el recelo y la resistencia del padre que no consiente en el deseo propio de una hija, de una mujer que quiere hacer su propio destino diferente al de un hombre que, además, es su padre, aceptada la inexorable dirección de los acontecimientos quiso ceder, reconciliarse con ella, siendo entonces aquel esplendor una gratitud, pero nunca un cálculo.

O acaso fueran las dos cosas a un tiempo, pues no siempre —rara vez, de hecho— es lo uno o lo otro cuando se trata de valorar la intención profunda que albergan nuestros actos, y ese debía de ser el parecer del duque de Sessa, o no tenía parecer, o igual le daba el parecer que se tuviera al respecto, pues hubiera accedido de buen grado a sufragar los gastos de aquella ceremonia de todas maneras. Le convenía que un nombre como el de Lope, por el que tanto había apostado —y sufrido y hecho sufrir—, tan unido al suyo, pero tantas veces mezclado con escándalos y querellas de mujeres y pendencias, reapareciera en los inicios del nuevo reinado de Felipe

IV y del conde-duque de Olivares —tanto monta, monta tanto— asociado a una obra santa, visible y de seguro comentada. En las intrigas de la corte, una hija monja valía tanto como un memorial de servicios. La clausura era para Marcela y su padre el abandono del mundo, mientras que para Sessa, y quizá para Lope también, un regreso a él.

En esto se inició la ceremonia con el canto del coro y un murmullo de plegarias se entremezcló con la música de cuerda y los soplidos del órgano hasta llenar el templo. Cuando la priora pronunció el nombre de Marcela, se abrió la puerta del coro bajo y apareció la joven caminando despacio, cubierta con el velo blanco. Si en aquel momento, aquel en que pudo ver y darse cuenta del tipo de ceremonia organizada por su padre, sintió el rechazo que luego manifestó en más de una ocasión, y la traición que tanto le costó perdonar, tampoco se conoce, pues su rostro permaneció inmutable, pudiendo ser, una vez más, al menos dos cosas las que pasaran por su entendimiento, y que fueran una, la otra o las dos.

Acaso fue que, al salir al coro y ver el templo colmado de rostros ilustres, comprendiera con amarga claridad que nada de aquello le pertenecía, que la ceremonia, los tapices, los músicos, la pompa del incienso y la seda de su hábito no eran sino ornamento dispuesto para otros fines, para lucimiento de su padre y complacencia del duque, y sintiera después la decepción serena de quien confirma antiguas costumbres, pues había imaginado y solicitado un acto breve, íntimo, en la penumbra de la iglesia y ante su familia, sus hermanas de clausura y unas pocas almas devotas, con la pureza callada de un gesto que bastase a Dios; en cambio, se encontraba en un teatro, rodeada de miradas que no había querido, pero que de seguro buscaban a su padre más que a ella.

O acaso fue que, al contemplar a su padre en el presbiterio, visiblemente emocionado y dispuesto a mostrarla con orgullo al mundo del que la había intentado esconder como una mancha en su biografía, sintió que aquel esplendor, lejos de ser la última profanación de su vocación, podía ser también una expresión de su cariño, la compensación por los años que le había hecho vivir entre sombras, y que al organizar aquello de la manera en que lo había hecho, la única aprobación que buscaba era la de su propia hija, a la que quería transmitir que la comprendía, que la aceptaba y la quería, y que deseaba lo mejor para ella en su despedida.

Marcela portaba en las manos el símbolo de la vigilancia del alma en forma de vela encendida, cuyo resplandor iluminaba su figura y jugaba con los bordados de su vestido y con su joven rostro, dejando a los presentes enmudecidos ante el contraste de aquella riqueza que estaba a punto de extinguirse para el mundo y ganarse para el cielo. Era en verdad una novia, pero del esposo que las gentes del siglo llamaban Cristo y los poetas de hoy llaman amor.

Marcela avanzó hacia la reja, se arrodilló y pronunció la fórmula de sus votos. Dijo su nombre nuevo. Entregó el blanco nupcial por el negro de la clausura. En aquellos gestos se consumó la ceremonia.

Las monjas la rodearon y la abrazaron una a una.

Cantando su himno de bienvenida, la hicieron pasar dentro.

Del otro lado, su padre apenas pudo distinguir tras la celosía la figura de sor Marcela de san Félix.

39

[Selección de notas, años 1625-1629, de Lope de Vega a su hija sor Marcela de san Félix, halladas entre los documentos relativos a Lope guardados por el duque de Sessa, y dado que se tiene por cierto que la práctica totalidad del material textual en posesión de sor Marcela fue dado al fuego por su director espiritual en vida de esta, se da por seguro que estos breves nunca fueron enviados, pasando al conjunto documental del duque tras el fallecimiento del poeta.Se incorpora la fecha probable de escritura de cada notaal comienzo]

[Febrero de 1625] Ha salido la Parte XX de mis comedias. No sé si importará a alguien más que a los impresores y a este viejo que aún intenta sostener su propio nombre. La Junta de Reformación ha vuelto a dar avisos de prohibición de estas obras para sanear la moral de Castilla, por lo que temo que no vuelva a encontrar licencia para publicar nuevas. En otros reinos, los impresores publican mis Partes sin mi visto bueno, perdiéndome cualquier atisbo de respeto que de otros tiempos pudiera quedarles.

[Febrero de 1625] Volvió tu hermano Lopito de Italia. Lo he visto más entero, más seguro. En él reconozco una fuerza ajena a mis años. Me alegró su llegada.

[Mayo de 1625] He dedicado mis *Triunfos divinos* a la condesa de Olivares, pues sigo buscando asegurar un resquicio de amparo en la corte. Mientras tanto, vista la insistencia de la Junta, he decidido volver mi pluma hacia lo sacro. Ahí no me cierran el paso.

Ya ves, Marcelica, que no logro renunciar a las pequeñas batallas de mi ambición. Solo me pesa la sequedad y el silencio que se va alargando entre nosotros.

[Marzo de 1626] He sabido que el cardenal Francesco Barberini llegará en breve a España, enviado del santo padre. Hay en esta noticia un revuelo de honores, recepciones y acompañamientos que yo no quiero perder. A estas alturas no me

quedan muchas ocasiones para mostrarme donde debe verse a un hombre de mi oficio. He escrito al duque de Sessa ofreciéndome para acompañarlo a Barcelona, donde desembarcará el legado. Si existe alguna ocasión de que en Roma recuerden mi nombre, no he de dejarla pasar.

[Junio de 1626] No fui a Barcelona. Don Luis no pudo partir y el recibimiento se lo hicimos los hombres a cargo del duque aquí mismo, en Madrid. Con todas, me las arreglé para no quedar relegado y que me vieran entre los suyos.

El cardenal me recibió el día diez. Fue una audiencia breve, pero suficiente para sentir la dignidad que depositaba en mí, quizá porque reconoció al poeta que fui, no al sacerdote viejo en que me he convertido. El encuentro me ha animado a enviar una misiva al santo padre Urbano VIII con unas líneas y versos en latín que juzgué dignos.

[Julio de 1626] Los señores de la embajada asistieron a una representación de mi comedia *El abanillo*. He trabado amistad con algunos de ellos. George Conn, el secretario escocés del cardenal, es hombre inteligente. Me ha enviado un libro suyo sobre la reina María Estuardo. En él menciona poemas compuestos por el papa y por el cardenal Barberini. Quizá de ahí nazca alguna obra mía.

El pontífice ha tenido conmigo un gesto inesperado. Hoy ha llegado a mis manos, enviada por su santidad, una cadena fina, de la que cuelga una efigie suya. Oro ligero pero firme. No por vanidad la tengo guardada.

[Febrero de 1627] Terminé la obra sobre la reina María I de Escocia, *Corona trágica*, y la he enviado a Roma hace semanas. No porque espere favores, aunque no deje de esperarlos, sino porque sé que el santo padre aprecia las letras y su interés por la reina escocesa puede verse gratificada con mis letras.

Marta ha perdido casi por completo la vista. El tiempo que no paso escribiendo o celebrando misa lo dedico a sus cuidados.

[Diciembre de 1627] Hoy recibí un breve de su santidad que no sé si escribirte con calma o con la exaltación con que lo he leído. El santo padre ha apreciado con sumo gusto *Corona trágica* y me hace concesión del hábito de San Juan. Lo he remitido a Malta para su confirmación, según se debe. A mi edad no quiero hacerme vanas ilusiones.

No sé qué dirá tu silencio sobre esto, pero el papa ha querido honrarme también con un doctorado en Teología por la Academia de la Sapiencia. Honorífico pero mío, que siento como tardía respuesta a tantos años de fatiga.

Me han dicho que quizá me nombren caballero de San Juan de Malta aquí. Otros, que habría de ir a Malta. Que Dios no me mate antes de verlo.

Si recibo confirmación, Juan van der Hamen vendrá a retratarme para dejar constancia. Empezaré a firmar como doctor frey Lope Félix de Vega Carpio.

[Diciembre de 1627] Marta ya no ve nada. No me atrevo a describirte su gesto cuando alzó la cabeza hacia mí esta mañana, intentando orientarse por la voz. Creo que la casa entera se va quedando sin luz, que solo queda esta mesa, y estas notas que te escribo sin conocer con qué ánimo las recibes.

[Febrero de 1628] He vuelto del corral con el ánimo gastado. Arrastro de un tiempo acá la impresión de escribir para un público que ya no quiere lo que ofrezco. Dos comedias nuevas, ambas recibidas con desagrado, y no por falta de trabajo. Las escribí con la pulcritud que siempre acostumbré.

O exigen años que no tengo, o Dios quiere apartar de mí estos trajines, pero desde hace meses me ronda la idea de dejar los teatros. No como renuncia altiva, sino como reconocimiento. La edad pide cosas más severas. Este ejercicio me aflige más que me honra.

[Junio de 1628] He escrito al duque de Sessa una petición que no sé si llamar desesperada u honesta. Le he suplicado que me reciba con nombre público en su servicio. Hace más de veinticinco años que lo hago sin titularidad, pero es tiempo y edad de contar con un salario moderado que me permita abandonar los infructuosos esfuerzos de mi afrenta con los poetas que nacieron cuando yo llenaba corrales. Deseo vivir con decencia los pocos años que me quedan. Le insistí en mi oficio de secretario y le ofrecí el de capellán.

No espero que entiendas mi ansiedad.

[Diciembre de 1628] El duque no ha concedido lo que pedí, aunque me ha dado dos mil reales. Los agradezco, aunque no alcancen para tanto. Seguiré en los corrales, pues no hallo otro refugio.

Marta empieza a padecer raros momentos de confusión y sobresalto. No sé si llamarlo locura, pero algo se ha quebrado en ella.

[Abril de 1629] No pensé que a mi edad pudiera dolerme tanto un nombre. José Pellicer y Tovar ha vuelto a alzar la cabeza entre los jóvenes, como si nuestro tiempo perteneciera solo a los recién llegados. Publicó una burla sobre el ave fénix, cansado artificio. Pero me hiere menos el poema que la risa con la que el pueblo de Madrid lo celebra, complaciéndose en olvidar lo que he sido.

[Diciembre de 1629] Han nombrado a Pellicer cronista de los reinos de Castilla. Un muchacho de veintisiete años. Sabes cuánto tiempo llevo deseando este encargo, pero ni todos los años que lo he pretendido cuentan, más bien hacen pesar menos mi nombre. Para este reino que levanté en versos, soy ahora estorbo viejo.

40

Visita primera

El torno del convento chirría dos veces antes de detenerse. Durante unos segundos, la portera guarda silencio, esperando a que la superiora, que lee sentada a pocos pasos del locutorio, atienda su llegada. Es el tiempo entre maitines y laudes, momento de lectura y oración para todas las hermanas.

—Si es caridad, hija —comenta la superiora sin levantar la vista del breviario—, habla con la provisora primero para asegurar que haya para todos los que pidan hoy; queda mucho día por delante.

—No, madre, no se trata de eso —explica la portera adelantándose hacia la superiora y bajando la voz—. Con su permiso, se trata de una dama que solicita hablar con sor Marcela de san Félix.

La madre superiora apoya un dedo en el margen del libro para no perder la página y mira extrañada hacia la portera. No es costumbre recibir visitas a esa hora temprana, y mucho menos una hermana.

—¿Ha dicho quién es? —pregunta.

—Dice llamarse doña Isabel de Saavedra, madre.

La superiora pone a un lado el breviario y se levanta con gesto alarmado.

—¿De Saavedra? —repite—. ¿Ha utilizado ese apellido?

—Sí, madre. Dice traer carta del capellán de San Sebastián y tener una consulta que solo sor Marcela podría atender.

La superiora guarda un silencio nervioso.

—Hágala pasar con toda discreción —dice al fin—. Acompáñela hasta mi despacho y vaya después a avisar a sor Marcela para que venga también.

La portera se inclina obediente y desaparece tras el torno, que vuelve a chirriar.

La puerta del despacho se abre despacio. Aparece tras ella la portera. Pronto se hace a un lado para invitar a la mujer que la acompaña a entrar. De unos cuarenta años, alta y de maneras elegantes, su porte y la calidad de sus ropas insinúan una vida desahogada. Avanza con cautela pero decidida, con esa quietud tensa de quien domina sus impulsos, de quien mide cada paso para no traicionar emoción alguna.

—Doña Isabel de Saavedra —anuncia la portera antes de retirarse con una leve reverencia.

La superiora la recibe de pie. Isabel hace una genuflexión respetuosa.

—Bienvenida seáis —saluda la superiora—. Dios guarde a vuestra merced. Sentaos, por favor.

—Dios os guarde también, a vos y a vuestra casa, madre —responde Isabel con voz templada por la cortesía mientras atiende la invitación de la superiora, que toma asiento a su lado.

—Nunca imaginé que escucharía pronunciar ese apellido acompañando su nombre, y menos en el interior de este convento.

—Al contrario, madre. El único lugar donde puedo acompañar mi nombre de su verdadero apellido es entre estos muros, pues custodian la verdad del mundo. Y para que me la reconozca, he

traído carta del capellán de San Sebastián. —Isabel tiende la carta a la superiora, que la toma entre sus manos—. Él conoce mi historia y da fe de ella

—No es necesario documento alguno, yo también conozco su historia.

La superiora nota que esta revelación incomoda a su visita, aunque parezca una reacción medida más que un sobresalto genuino.

—Sin duda conoce el afecto que sentía su padre por nuestra orden —se explica—, pues fueron nuestros frailes trinitarios quienes procuraron y pagaron su rescate cuando fue apresado en Argel. Se sentía próximo a los ideales de vida religiosa y penitente que profesamos las trinitarias y era asiduo a nuestras misas. Nuestra comunidad aceptó acoger su cuerpo por mediación de su esposa, doña Catalina de Salazar, pero solo porque él mismo nos pidió en numerosas ocasiones y con gran arrepentimiento de las faltas cometidas en vida ser enterrado aquí. Por entonces, yo tenía a vuesa merced como Isabel Rodríguez.

—Así me hizo nombrar cuando me puso al servicio de su hermana Magdalena. Me hizo pasar por hija de Ana Franca de Rojas y de Alonso Rodríguez.

—Hija de Ana Franca sois, en efecto, pero vuestro padre no es Alonso Rodríguez, sino Miguel de Cervantes Saavedra.

—Así es, madre.

—Isabel de Cervantes y Saavedra entonces —asiente la superiora haciéndose cargo y leyendo, ahora sí, la carta.

—Me dice la portera, y así lo corrobora aquí el capellán de nuestra parroquia, que deseáis hablar con sor Marcela. Quizá desconocéis que, pasado el lustro desde su ingreso, ahora es maestra de novicias.

—Ruego me disculpe, madre, si mi visita perturba la clausura.

—Nada nos perturba cuando el propósito es bueno, es solo que tendréis que esperar a que termine de atender a nuestras novicias. Se indica aquí —añade, volviendo a señalar la carta— que buscáis consejo para vuestra vida futura, incluso que meditáis entrar en religión.

Isabel inclina ligeramente la cabeza.

—El ejemplo de sor Marcela nos ha hecho pensar a muchas mujeres como ella, mujeres como yo... He querido conocerla.

—En memoria de su padre don Miguel, consentiré en esta ocasión.

Un golpe suave en la puerta anuncia la llegada de sor Marcela. La superiora acude a su encuentro en el corredor del claustro. Cierra con discreción la puerta tras de sí.

—Hija, gracias por acudir a mi llamada —dice la superiora mientras toma a Marcela del antebrazo para apartarla un poco de la puerta y en voz baja le anuncia—: Tenemos una visita poco común.

Marcela la mira con un punto de inquietud.

—¿Sucede algo, madre?

—Se trata de una dama que solicita hablar contigo. Dice buscar consejo para su futuro, aunque puede que tenga el mismo o menos que pasado, joven no es. Pero afirma que tu ejemplo la ha movido a considerar si Dios la quiere para la vida religiosa.

Marcela baja la mirada en señal de modestia.

—¿Mi ejemplo, madre? Yo solo tengo el ánimo para guiar a las jóvenes que entran en nuestra casa, y aun en esto yerro. Si estoy aquí es porque no encontré mi sitio en el mundo, sino fuera de él.

No entiendo cómo podría ser luz para alguien que no haya abrazado las únicas reglas que entiendo.

—Sé que no es ordinario lo que te pido. Pero esta dama... siente afinidad hacia ti, y no sin motivo. Su vida, a lo que parece, no ha sido tan distinta de la que tuviste antes de profesar.

Marcela alza los ojos con expresión de incredulidad.

—No imagino a qué semejanza puede responder su voluntad de hallar consejo en mi persona.

—Lo sabrás enseguida —responde la superiora—. Atiendo esta visita porque su padre tuvo estrecha relación con esta casa y por él mostramos la deferencia de recibirla. Te pido que la recibas.

Marcela asiente despacio, aun sin terminar de comprender.

—Haré lo que dispongáis, madre.

La superiora vuelve la vista hacia la puerta.

—Entra, hija. Lo que haya de explicarte, lo dirá ella misma. Hablará con mayor confianza si solo entras tú. Confío en tu discreción.

Y con gesto suave de su mano abre el camino, invitándola a pasar donde Isabel la espera.

Marcela empuja la puerta con cuidado y entra. Sin la superiora, situados los dos asientos del despacho frente a su escritorio, la estancia parece más desnuda que nunca. La luz de la mañana ha ido en ascenso y ya se cuela en diagonal por la celosía que media frente a las sillas, marcando en el suelo una línea divisoria frente a los pies de la visitante, que la espera de pie, el porte digno.

—Dios guarde a vuestra merced —saluda.

Marcela devuelve con cortesía la inclinación que hace su visita.

—Y a vos, señora. —Cierra la puerta tras de sí—. Me dicen que deseáis hablar conmigo.

—Si os place —responde la mujer—. Mi nombre es Isabel de Cervantes y Saavedra.

Marcela parpadea al recibir junto a los apellidos los ecos de un reconocimiento lejano. Ecos del tono exaltado que adoptaban las conversaciones en su casa cuando el padre de aquella otra dama era mencionado. La rivalidad se instalaba entonces en la voz de Lope, mezcla de la envidia y admiración profesadas a aquel rival literario.

Eran dos astros del mismo cielo, demasiado igualados en ingenio para ignorarse, demasiado distintos en sus voluntades para templar diferencias.

Marcela la observa con un interés nuevo y cauteloso.

—¿Qué buscáis? —pregunta sin dureza, aunque una sombra de prevención asome en el interrogante.

Isabel alza las manos despacio en un gesto tranquilizador, aunque sus largos dedos se crispan apenas un instante antes de relajarse, detalle que delata la tensión contenida de su cuerpo.

—No he venido a renovar los agravios que mi padre pudiera tener con el suyo, sor Marcela —dice—. Tampoco deseo continuar disputas que nunca fueron mías, entendiendo que tampoco fueron las vuestras...

—¿Qué motivo os trae hasta mí entonces? —insiste Marcela.

Isabel mira alrededor.

—Permitid que nos sentemos. —Y sin esperar el consentimiento de su anfitriona, toma asiento, seguida de Marcela—. Bien sé que vuestra superiora ha sido mucho más generosa de lo que acostumbra al recibirme y dejarme hablar con vos. A vuestra merced no le pido más que un tiempo breve para conversar sobre un asunto que muchos tendrían por necedad en boca de una mujer. Hay quien asegura que nuestra naturaleza no es la adecuada para hacerse preguntas... y que nos basta con obedecer, callar y hacer lo que se

espera de nosotras, y dar por bien gastados los años de nuestra vida si ha sido bajo techo y con relativa buena salud. Pero para mí... —Hace una pausa. Isabel se agarra con fuerza al pliegue de su falda para contener el temblor de su voz—. Ahora os explicaré por qué estoy aquí —continúa, respirando hondo—. Pero os anticipo que no busco entrar en religión. No he mentido por engaño —se apresura a justificar con seguridad—, sino por la gran necesidad que guardaba de esta conversación con vuestra merced. De otra forma temía no poder verla.

—No pase cuidado, doña Isabel —responde tranquila y todavía expectante Marcela—. Dígame entonces, puesto que me tiene entera, qué la inquieta tanto.

—Busco entender qué ha sido de una vida como la mía, cuando ya se ha vivido casi toda, encontrando en vos espejo y parecer de mis actos. Nacisteis no muy distinta a mí, hija de una infidelidad, si puedo hablaros con franqueza. Pero diría que, al contrario que yo, habéis hallado un modo de aplacar ese pasado y salvaros. Vuestra clarividencia puede ser una fuente de significado para mí.

—Vuestras heridas pueden parecerse a las mías, pero yo solo soy una mujer que huyó de quien era y de quienes la rodeaban entrando aquí, encontrando refugio en la oración. No hay mérito alguno en la huida.

Isabel sonríe con una sombra de amargura.

—Solo esa fuga os honra. Muchas veces la he pretendido para mí. Escapar de la vergüenza, de la pobreza y de la soledad escogiendo caminos que me han devuelto al oprobio. —Guarda silencio un instante y mira de frente a Marcela—. A mí me dieron de niña el nombre de otros. Mi padre, que para cuando me concibió se hallaba prometido con Catalina de Salazar, me hizo pasar por hija de otro hombre para no romper su compromiso. Alonso Rodríguez era el

tabernero que me dio apellido, esposo de mi madre, Ana Franca. Pasé mi infancia entre jarras y peleas en la calle de Tudescos.

Marcela escucha en silencio.

—¿Y cuándo os reconoció? —pregunta, pensando en su propia infancia. Isabel deja escapar una breve carcajada sin júbilo.

—Cuando no hubo peligro y tampoco más remedio. En el momento en que Alonso Rodríguez y mi madre hubieron muerto, los riesgos de acercarse a mi persona fueron menores para mi padre. Se apiadó de mí, aunque hasta cierto punto. Me puso al servicio de mi tía Magdalena, pero como criada, no como hija. Con ella seguí siendo Isabel Rodríguez.

»Después crecí lo suficiente como para suponer un problema. Las gentes hablan. En un hombre, mi conducta no hubiera merecido comentario alguno, pero en una mujer... Ellos pueden equivocarse cuanto quieran y aun así conservar la honra, pero lo que entre hombres se celebra para nosotras representa una condena. Mi padre hizo lo que quiso, no tuvo que rendir cuentas a nadie por mi nacimiento, pero una hija, aunque bastarda, no puede originar habladurías. Sí puede casarse. Eso sí. Puede ser moneda de orden y apariencias.

—Pero decidme, si no os duele demasiado. ¿De qué conducta habláis cuando decís que crecisteis para convertiros en un problema para vuestro padre? ¿Qué fue lo que el mundo os echó en cara?

—Apenas alcanzada la juventud, un hombre me pretendió. Diego Sanz del Águila, mozo de buena familia, con un porvenir más sólido del que yo podía esperar. Siempre fui mirada como hija de nadie, y aquel matrimonio me otorgaba la posibilidad de escapar de la servidumbre de mi tía. Así que me casé. —Marcela inclina la cabeza con un matiz de comprensión y simpatía, aunque todavía prudente frente a las revelaciones de su visitante—. Mas sucede —prosigue

Isabel— que yo tenía un corazón inquieto, sor Marcela. Un alma ansiosa por sentir afecto, por sentirse querida..., y no encontré el amor en aquel matrimonio, trayéndolo a mi vida otro hombre, Juan de Urbina. Me habló con ternura, con esa consideración que nunca obtuve. ¿Es pecado, decidme, es pecado anhelar lo que a todas nos niegan?

Marcela aguarda sin responder. Su silencio obliga a Isabel a continuar, y esta sigue, aunque su tono empieza a perder la suavidad inicial para insinuarse más vivo.

—De aquella relación nació mi primera y única hija, Isabel. Isabel Sanz del Águila y Saavedra, pues fui obligada a atribuírsela a mi marido. Así convenía, y aunque todos lo consintieron de esa forma, mi padre el primero, la vergüenza recayó solo sobre mí. No sobre el hombre que me engendró bastarda. No sobre el marido que solo me dedicaba una mirada para juzgarme. No sobre Urbina, que siguió hallando consuelo con otras fuera de su casa cuando quiso, el muy ruin. Fue sobre mí. Siempre sobre nosotras.

Se detiene. Ya no es pena lo que asoma en el rostro de Isabel, sino una chispa de rabia. Marcela se limita a preguntar con un tono aún más contenido:

—Pero decidme, ¿acaso no le buscaron acomodo a la situación de vuestra hija? ¿No tuvisteis entonces la ocasión de empezar de nuevo, de centraros en ella para olvidarlo todo por ese amor?

—La niña murió antes de cumplir los dos años —responde Isabel sin rastro de duelo—. No voy a fingir que su muerte me apaciguó, que me volvió buena. Me dejó sola. Más sola que antes. —Su confesión siguiente sale sin rastro de vergüenza, casi orgullosa—: Ni mi padre ni mi marido me sostuvieron en la desgracia. Fueron los brazos de Simón Pérez, un portugués que me trató como una igual y sin pedir cuentas por mi pasado. Si no encuentro afectos en la

dificultad, los busco. ¿Puede ser alguien declarado culpable de algo así?

Marcela percibe que Isabel no busca descargarse con su confesión. El giro que dan sus palabras y su tono a la conversación busca reivindicar su posición. Comprende que es aquí donde empieza a asomar el verdadero propósito de su visita.

—No soy yo quien puede juzgaros —responde Marcela sin implicar respuesta alguna a las preguntas y desafíos de Isabel—. Sí puedo preguntaros qué buscáis en ese pasado que traéis hasta aquí y por qué me lo contáis a mí.

Isabel la mira con fijeza. Su mirada deja de ser humilde para adquirir otro brillo más afilado.

—Busco entender por qué debo cargar con pecados que no provoqué. Por qué mi padre jugó a ser honrado conmigo cuando nunca lo fue. Por qué me negó de niña, me ocultó tras un apellido que no era mío, y solo me reclamó cuando quiso lavar su nombre. Y vos, sor Marcela..., vos debéis conocer la respuesta. Vos tenéis un padre como el mío, un padre que ama más su ingenio, su gloria, sus desvaríos de escritor que a su hija.

—Mi padre, como lo fue el vuestro, es un hombre lleno de sombras —admite—. Pero no por ello he querido confundir sus faltas con mi propio camino.

—Ah —la interrumpe Isabel, y la candidez con la que había llegado desaparece en ese punto por completo—, yo sí he querido confundirlas. Mejor dicho, he querido devolvérselas. ¿Qué otra justicia puede tener una hija bastarda sino la de que el padre pruebe su misma amargura?

Marcela percibe que la actitud doliente con la que se presenta Isabel ha dado paso a un odio declarado.

—Pero ¿acaso hallasteis justicia en replicar el mismo mal que sufristeis vos? —pregunta.

—Él murió pobre, enfermo, sin una mano que lo asistiera. Yo podría haberlo socorrido. Con la herencia y rentas de mi primer matrimonio, unidas a los negocios que gestiono del segundo que contraje con Luis de Molina, podría haberle dado un techo digno, calor y reposo. Pero no lo hice. Le presté la misma desatención que él tuvo conmigo cuando me ocultó, cuando me negó, cuando me usó. Que cada cual pruebe su propia medicina, ¿no es esto justicia? —Marcela inspira despacio. Isabel, creyendo encontrar en ella una aliada, continúa—: Vos también sabéis lo que es haber sido hija del pecado. Vuestro padre no puede ser menos culpable que el mío. Permitidme preguntaros... ¿Nunca habéis deseado que él recibiera de vos algo de lo que os dio? ¿Nunca os he...?

Pero Marcela la interrumpe con una firmeza que no había mostrado hasta ahora.

—No —se opone tajante.

Isabel la mira con desconcierto, casi con irritación. Marcela sostiene su mirada.

—He sido severa con mi padre —añade—. Lo he juzgado. He llorado por él más de lo que nadie sospecha. Pero nunca he deseado devolverle el daño que me causó. Eso no me habría sanado. Solo me habría convertido en lo que más temía y censuraba de él.

Isabel aprieta los labios y por un momento parece a punto de alzarse de la silla.

—Debéis ser más santa que mujer —dice con irritación.

—No —reitera Marcela—. Es solo que no deseo convertirme en herida para otros. Prefiero centrarme en sanar la mía.

Isabel ladea la cabeza. Estudia molesta a Marcela. La imagen que venía buscando no se corresponde con la que tiene ante sus ojos.

—Quizá —sigue Marcela— habéis venido para encontrar en mí una justificación a vuestro rencor. No soy yo quien puede proporcionaros ese alivio momentáneo y tramposo. Compartimos un mismo origen, y ambas hemos sido víctimas de los hombres en la figura de nuestros padres, pero hemos encontrado caminos diferentes para encauzar ese dolor.

En la mirada de Isabel ya no queda rastro de la dulzura con la que entró en el despacho. Tampoco en su voz helada.

—Pensaba encontrar en vos a alguien que entendiera lo que significa nacer con esta marca..., pero veo que habéis elegido borrar la vuestra optando por no hacer nada, olvidándola.

Marcela responde sin elevar la voz:

—No se borra. Pero se aprende a no usarla para herir.

El silencio que sigue es definitivo. Isabel lo rompe solo para levantarse.

—Os agradezco vuestro tiempo —dice mientras inclina la cabeza con un formalismo vacío—. No temáis, no volveré a importunaros.

Marcela no intenta detenerla, pero cuando Isabel tira de la puerta para salir añade:

—Rezo por vos, doña Isabel. No para que Dios os perdone, pues lo hace, Dios siempre perdona, sino para que vos misma aprendáis a perdonar y a perdonaros.

Isabel queda detenida de espaldas. Por un instante, posa la mano sobre el tirador.

—Rezar las unas por las otras no es suficiente —replica antes de abrir la puerta y salir del despacho con paso firme.

41

[Fragmentos recuperados de la correspondencia entre Feliciana de Vega y Carpio y sor Marcela de san Félix]

[Madrid, 20 de diciembre de 1633]

A SOR MARCELA DE SAN FÉLIX

Dios sabe cuánto consuelo hallo en escribiros, aun cuando el tiempo y los muros nos han hecho familiares la distancia y el silencio. No pretendo romperlos, pues sé que vuestra vida se nutre de esa quietud, pero sí deseo que mis palabras os alcancen, siquiera como rastro tibio del profundo afecto que os tengo.

Hace tres meses recibí el sacramento del matrimonio con Luis de Usátegui, oficial del Consejo de Indias, hombre de juicio templado, de muchas letras y buenas pretensiones. Comienza una nueva vida para mí, como vos tiempo atrás al profesar en el convento.

No sabría deciros si encuentro en esta unión la dicha de la que unas pocas mujeres hablan, pero tampoco me he encontrado en el disgusto que otras muchas se hallan en compañía de sus esposos. Luis es hombre de entendimiento claro y ánimos recogidos, su genio es moderado y el trato que me dispensa es correcto. Habla poco y escucha mucho, y en su casa encuentro sosiego. No hay en mí arrebatos ni ilusión, mas sí una conformidad que entiendo como una forma de paz para nosotras las mujeres o, al menos, una que no conocí en nuestra casa de Francos.

Bien sé que esta boda ha sido más empeño de nuestro padre que fruto de mi voluntad. Mostró en ella más ambición que ternura, convencido de que el nombre de Usátegui le abriría las puertas que ni sus comedias ni todos sus esfuerzos lograron franquear hasta el momento. Al igual que vos, lo he visto desvivirse sin frutos por el reconocimiento de una corte que rara vez acepta a quienes no fueron a nacer en ella. Dudo, pues, que alcance su propósito con esta unión, mas como le debo la vida y no tengo ni puedo tener más voluntad que la suya, he venido a ser moneda de trueque en sus negocios de honor.

No fue esta, por tanto, boda de amor, sino de provecho, pero no tengo queja. La ceremonia fue de tal esplendor que muchos dijeron que parecía boda de dama principal, y cuando vi a nuestro padre como autor en su comedia mejor situada, siguiendo cada palabra y cada gesto con el mismo fervor con que persigue el verso en escena y oficiando junto al sacerdote que presidió la eucaristía, supe que no todo era vanidad en este enlace. Siempre se las ingenió para que no nos faltase nada, aun en los años de menor fortuna, y si me dio marido fue también por cuidarme, y en eso quiero pensar.

[Madrid, 25 de diciembre de 1633]

A FELICIANA DE VEGA Y CARPIO

En este día bendito en que el Verbo se hace carne, os dirijo mis letras, hermana querida, para que el mismo amor que nace en Belén alumbre también los caminos de vuestra nueva vida.

Dais gracias por el sosiego que halláis en vuestro esposo. Hacéis bien, tanto como yo en alegrarme. Me felicito de que don Luis os trate con respeto y bondad, que es mucho para lo que puede esperar una mujer de nuestro siglo. Encomendadle a Dios que nada cambie a este respecto. Hallar la quietud en el hogar es un don que debemos guardar con mansedumbre. No pidáis a este vínculo más de lo que puede dar. Para nosotras, el matrimonio no es remedio ni placer para el espíritu, sino compañía para un camino que es, las más de las veces, arduo.

Me decís que nuestro padre imaginó en vuestro matrimonio los beneficios que lleva toda una vida esperando. Habéis llegado a una misma comprensión conmigo. En el día de mi profesión no era yo la esposa de Cristo, sino el argumento del poeta que busca la absolución, como en el de vuestra boda os tocó a vos ser la hija casada a la sombra del Consejo para reparar el linaje familiar y el orden de sus propios excesos. Y actuación similar a estas hizo antes nuestro hermano Lopito, al que tocó ser el hijo varón que sirve al rey en el mar y en la guerra, para pulir y dar honor a nuestros apellidos.

Nunca le han bastado a nuestro padre los altares ni los aplausos. Los tres hemos sido el disfraz de sus ambiciones y sus culpas, y solo el tiempo, que todo lo desnuda, muestre, quizá, que además de hijos suyos lo fuimos de nuestras decisiones.

Pero en descargo de todo lo que menciono debo confesarte que ya no juzgo sus vanidades con la severidad con que lo hice antaño. Sus flaquezas son hondas, pero también lo es su necesidad de ser querido. Una necesidad tan fuerte, tan desmedida, que unas veces le ha vuelto imprudente y otras cruel,

pero no querría que ninguna de las dos confundiera un amor imperfecto con la ausencia de amor.

He llorado por él, Feliciana, más de lo que puedo escribirte aquí. Mas no quiero llorarle desde el reproche. Con el paso de los años y la distancia regalada por estos muros he comprendido, Dios me ayude a sostenerlo, que no hay fruto en devolver a quien nos hirió la medida de su herida. Esa tentación nos rebaja y nos prolonga el daño. He visto de cerca el rostro de una mujer que, como nosotras, nació bajo el mismo sello de la falta paterna. La amargura la ha consumido de tal modo que ya no distingue la justicia de la venganza, y no deseo ese espejo para ninguna de nosotras.

Por eso os ruego algo que nunca creí poder pedir: no dejéis que vuestro matrimonio sea campo de desquites viejos, ni reflejo de faltas ajenas. Ni vuestro esposo merece cargar con las sombras que provocó nuestro padre, ni vos merecéis vivir atada a ellas.

Ruego por vuestro matrimonio. También por Lopito y por su alma inquieta. Y por nuestro padre. De mí nada temáis. Mis días siguen el ritmo de las oraciones y los versos. Por fin me encuentro libre para escribirlos.

[Madrid, 28 de enero de 1634]

A SOR MARCELA DE SAN FÉLIX

Hace semanas que no os escribo. Los días para mí son iguales unos a otros. Recepciones, visitas, peticiones. Mi marido se ocupa en sus papeles del Consejo, y yo hago reinar en mi casa la quietud y el decoro, aunque os confieso que también he pensado mucho en lo que me escribisteis.

Me decís que no tome mi matrimonio como terreno en el que saldar las cuentas de antaño, pero nunca me creí ofendida por nuestro padre más allá de lo que cualquier otra hija pudo alguna vez sentirse por el suyo, ni he notado su falta con la fuerza que vos nos atribuís a ambas, o al menos no más de lo que sentí la vuestra al marcharos de casa. Mas no paséis cuidado, pues comprendí bien que vuestras palabras no iban contra él, sino en defensa mía, y os lo agradezco, aunque no logre entender del todo ese desvelo vuestro por mis pensamientos ahora que nada tenemos sino en la distancia, perdidos los años en que pudimos estar juntas.

Por lo mismo, no juzgo con tanta severidad como vos a nuestro padre. No ignoro que nos ha usado a cada cual como espejo donde hacer ver su gloria, pero tampoco que nos ama como puede, que en su ambición late siempre un corazón que sabe querer. De eso vive, y tal vez por eso ha vivido tanto. Ora escribe para el cielo, ora para los corrales, como siempre hizo, y en ambos

lugares buscó y busca lo mismo: que lo aprecien y quieran. No he conocido hombre más necesitado de amor ni más generoso para darlo, aunque esto mismo nos haya traído algunos pesares, a vos más que a mí por lo que entiendo de vuestras palabras.

Me habláis de una mujer que os mostró los estragos del rencor. Yo, hermana, no he sentido nunca tal ponzoña dentro de mí. Nuestro padre viene a verme a menudo, y en cada visita vuelve a colocar mis manos entre las suyas con un afecto que reconozco sincero. También sé que ha hecho intento de veros al terminar de dar misa en vuestro convento, y que os escribe notas que no envía, pero dice que le calman el ánimo por dirigirse a vos, solo por teneros en su pensamiento al componerlas. Quizá deberíais probar a verlo.

La última vez que vino a mi encuentro traía el bosquejo de un retrato vuestro. Es de cuerpo medio, con las manos en oración, puesta la mirada en un Niño Jesús dormido sobre un haz de luz. A la izquierda de la pintura, un libro abierto. No me contó a quién se lo había encargado, pero es con sus propias palabras que le ha descrito vuestra forma al pintor. La cara, la que os observa desde el altar y tras las rejas, creo que os hace justicia.

Todo el tiempo estuvo hablando de aquel libro abierto del retrato, de lo importante que era que os acompañara en la pintura, tanto como el Niño Jesús, para que el mundo no olvide vuestra dedicación a las letras. Me hablaba de ese libro y de las veces que os sorprendió leyendo o escribiendo en su estudio y no os dijo nada para poder contemplaros feliz viviendo vuestra vocación.

Habló también de Lopito, de su destino de soldado, y de la mar que lo separa de todos nosotros. Dice que nuestro hermano anda en una expedición por las Indias.

42

VISITA SEGUNDA

—¿Vais a seguir recitando basura, Villegas, o al fin callaréis para no afrentar más nuestra lengua?

De espaldas a Diego Calderón, departiendo con otro grupo de habituales del mentidero, el actor Pedro de Villegas gira la cabeza apenas lo necesario para contestar:

—Peor afrenta hacéis vos con vuestras cuentas. En Hacienda nunca os salen derechas. Andáis más perdido entre memoriales y aranceles que en el entendimiento de los versos de vuestro hermano. —Y señala con la barbilla al que Diego tiene al lado.

—Repetidlo, cobarde —escupe Diego dando un paso hacia el otro.

—Pues qué, si sois dos sombras mendigando luz ajena —le responde Villegas mientras se da la vuelta para encararlo—. Ahí tenéis a vuestro hermano pequeño, buscando fama bajo los pies de Lope y Rojas Zorrilla.

El murmullo germina en el mentidero y termina de encender la mecha del enfrentamiento. Diego avanza un golpe de hombro. Villegas responde con un empujón. Pedro, el hermano de Diego, interviene, interponiendo el brazo.

—Los hermanos Calderón de la Barca no pierden el tiempo con rateros de versos.

Pedro coge a su hermano de los hombros para darle la vuelta y retirarse.

—Ni yo con figurones de comedia —responde Villegas despechado; y apuntando con el dedo y media sonrisa—: Aunque a vos, Pedrito, sí os guardo un favor pendiente.

—¿Y cuál sería? —pregunta con desprecio girándose apenas mientras sigue avanzando de vuelta a su corrillo.

—Este.

Villegas da un paso largo, otro más, y antes de que se entienda su reacción ya tiene la daga corta en mano presta a pasearla por el costado de su oponente. Pedro tira de instinto y alza el antebrazo con que rodea los hombros de su hermano para desviar el corte. Tarde y mal. Cambia la trayectoria del tajo convirtiéndose en puñalada que va a hundirse en la parte media de la espalda de Diego.

El grito de este es breve. Sorpresa más que dolor. Pero sus rodillas ceden. Las manos buscan a ciegas la herida imposible de alcanzar. Superficial como corta es la hoja que hende, aunque la sangre brota igual y huye de la espalda hacia abajo.

—¡Diego! —estalla Pedro; y en la misma y bronca exhalación—: ¡Villegas!

Pero este ya se abre paso a empellones calle abajo, la daga todavía en mano.

—No parece de gravedad. Voy por él —anuncia a su hermano sin perder de vista al fugado. A los hombres del corrillo les alcanza a ordenar—: Llevad a mi hermano a la botica más cercana. Que no le falte ayuda.

Pedro Calderón de la Barca arremete calle abajo empujando a los mismos que habían sido empujados antes por Villegas, sorteando el cesto de repollos que ha volcado el huido al chocar con un carro de verduras, y tropezando con un crío que ha tirado el fugitivo a su paso.

Villegas dobla por la calle del León. En el giro se da de bruces con un aguador, el cántaro revienta y el agua se mezcla con el polvo y la suciedad del empedrado. Los pasos que consigue recortar Calderón los pierde cuando patina al doblar la misma esquina y cae al suelo.

Cantarranas aparece al fondo, angosta. Villegas se lanza hacia ella buscando escapar del tumulto. Mira atrás un instante y ve a Calderón cada vez más cerca. Vuelve a la carrera, pero el giro y el cambio de ritmo lo desestabilizan y tropieza, yéndose a un lado.

A punto de caer, se yergue haciendo tope con la palma sobre una puerta que nota suelta en sus goznes. Empieza a cargar contra ella. Una, dos, tres veces. Un cuarto empujón y cede.

Calderón llega justo para ver el hueco abierto en el postigo.

Saca la vizcaína y entra en el convento de las Trinitarias.

En la iglesia del convento, cuatro hermanas ensayan la representación del coloquio espiritual *De virtudes*, y ocupan el pequeño espacio que han delimitado como escena. Sor Jerónima es el alma; sor Escolástica, la tibieza; sor Mariana es la oración; y sor Elvira, el amor divino. Tres novicias las ayudan, marcando las entradas y leyendo los parlamentos que faltan por memorizar.

AMOR Vivirás, Alma, y tendré
la gloria de ser tú mía
y de que ganes victorias.

ALMA A ti se deben las glorias,
dulce dueño de mi vida.
Muy engañada vivía;
la Tibieza lo causó.

AMOR Pues por eso vine yo
a desterrar a Tibieza.
Vete, necia porfiada.

—Hermanas, esperad... —advierte sor Escolástica en su turno.

El eco de un segundo golpe llega a sus oídos. Luego un tercero y un cuarto.

—Por lo cerca que ha sonado, hermanas, diría que es el postigo de la fachada —sugiere sor Mariana.

Se hace el silencio en el templo. Las siete monjas permanecen muy quietas, expectantes.

Una de las puertas que da a la iglesia desde el convento se abre con violencia y Calderón entra armado con la vizcaína. El rostro ardiente, sudoroso por la carrera. Los ojos desorbitados.

Las hermanas que quedaban sentadas se levantan asustadas. Las que aguardaban de pie, retroceden un paso con sorpresa y temor.

—¿Ha entrado un hombre? —pregunta sin aliento.

—Señor, ¿qué hace aquí? —pregunta sor Jerónima.

—Pregunto por un hombre armado con una daga, ¿lo han visto?

—El único hombre armado que vemos es a vuestra merced, y ni siquiera debería estar aquí. Este es un espacio de clausura cuando no celebramos la Eucaristía; señor, esto es un convento. Guarde el arma, no puede empuñarla en lugar sagrado, por amor de Dios.

—Se llama Villegas. Un actor. Ha herido a mi hermano. ¿Dónde está?

Las miradas se cruzan entre ellas, turbadas, sin terminar de comprender.

Calderón avanza hacia ellas. Las monjas se repliegan hacia el altar, atemorizadas. Tropiezan con los bancos las que salen hacia el pasillo central.

—No puede haber escapado. No puede —murmura Calderón para sí mientras avanza hacia ellas—. Ha entrado aquí —eleva el tono mientras dirige una mirada furibunda hacia ellas—. ¡O lo ayudan o lo esconden! ¡¿Dónde está?! —termina gritando.

—Señor, no hay nadie, no le mentimos —insiste espantada sor Jerónima.

Calderón la agarra del brazo.

—¿Dónde?

La sacude. La monja lanza un pequeño grito y sor Mariana intenta interponerse.

—Por favor, señor, calmaos... —ruega con timidez, avanzando con las palmas abiertas.

Calderón la empuja con violencia. Sor Mariana cae al suelo de baldosas. Sus hermanas corren a ayudarla, pero él las acorrala contra el altar.

—No os tengo por tan inocentes —acusa jadeante, fuera de sí—. Decidme por dónde ha huido. ¡Decidlo ya! ¡Ese perro debe pagar!

Sor Elvira se atreve:

—Señor, tan solo ensayábamos un auto, aunque hubiese pasado alguien no le...

Calderón golpea el altar con la empuñadura. Las monjas apenas pueden contener el llanto.

—¡No me obliguéis! —grita acercándose a una de las novicias—. ¡Hablad!

La respiración de Calderón reverbera en la iglesia, casi un gruñido. La vizcaína tiembla en su mano.

—Don Pedro Calderón de la Barca —escucha a su espalda.

Se gira en seco.

En el umbral de la puerta que comunica la iglesia con el claustro, la que cruzó como una exhalación hace un momento, aparece sor

Marcela. Erguida, recogida en su hábito, con las manos cruzadas a la altura del pecho.

Pedro la reconoce al instante.

—Vos... —balbucea sorprendido—. La hija del Fénix.

Marcela avanza despacio hacia el dramaturgo.

—Sor Marcela de san Félix, si gustáis —dice ella—. Pero, decidme, don Pedro, ¿qué hace vuestra merced irrumpiendo armado en un convento de clausura y aterrando a mujeres que no pueden defenderse?

Calderón intenta recomponerse. Baja la vizcaína a media altura, aunque todavía no la envaina.

—Persigo a un asesino —responde con arrogancia—. Un actor llamado Villegas. Ha herido a mi hermano Diego en plena calle. Ha entrado aquí por el postigo de la fachada. Estas hermanas suyas dan cobijo a un asesino.

Marcela niega con suavidad.

—No hay hombres aquí, señor, excepto vos. Por el miedo que habéis provocado a mis hermanas, ninguna ha visto lo que decís.

—Mentís —replica Calderón, que vuelve a impacientarse—. No puede haber volado. Si ha atravesado estos muros, vosotras lo sabéis.

—No lo hemos visto —insiste Marcela—. Y aunque así fuera, si un hombre perseguido se acoge a sagrado, estos muros lo amparan. Y nosotras también.

Calderón da un paso hacia ella.

—¿Amparáis a ese vil matarife?

—No conozco el caso —responde Marcela—. No sé quién es culpable o inocente. Solo sé que la justicia de los hombres se hace fuera, no en la casa de Dios. Y menos a punta de quitapenas.

Él aprieta la mandíbula.

—Mi hermano está herido. ¿Pretendéis que lo deje sin justicia?

—Vuestra justicia —dice Marcela sin elevar la voz— no es otra cosa que ira. Y vuestra ira, don Pedro, ya ha causado bastante daño fuera de estos muros.

Pedro se tensa, cogido por sorpresa.

—Medid vuestras palabras, sor Marcela.

—Las mido —responde ella, firme—. Como vos deberíais medir vuestra memoria. Hace apenas unos años vuestra merced también buscaba refugio en casas ajenas, cuando vos y vuestros hermanos Diego y José andabais enredados en la muerte de don Nicolás Velasco, hijo del criado del condestable de Castilla. ¿O lo habéis olvidado?

Calderón tuerce el gesto, molesto por la alusión.

—Ese asunto se resolvió —dice seco.

—Pagando seiscientos ducados —repone Marcela—. El dinero acalla las querellas, pero no limpia las conciencias. —Él da un paso más, invadiendo el espacio más próximo a Marcela. La tiritera vuelve sobre su daga—. Yo no os juzgo —dice cauta, pero sin amilanarse—. Os recuerdo quién sois: un hombre que dejó la senda religiosa por la espada, que ha vivido de pendencias, de juego, de lances de honor mal ganados y peor cobrados. Un hombre que conoce bien lo que es refugiarse tras paredes ajenas cuando la justicia aprieta. ¿Venís ahora a exigir que otros no puedan hacer lo mismo? ¿Maltratáis a estas hermanas indefensas que oran por la salvación de vuestra alma?

La cólera de Calderón empieza a salpicarse de vergüenza. Baja la mirada un instante, solo un parpadeo, antes de recomponerla.

—No he venido a hablar de mí, sino a atrapar a un criminal.

Marcela eleva el mentón. No retrocede.

—Y yo he venido a deciros que no vais a mancillar este convento con violencias. Aquí no impera vuestro teatro de hombres ni vuestra voz altisonante. Aquí mandan otras leyes.

Calderón estrecha los ojos.

—¿Leyes escritas por mujeres que ensayan autos a escondidas? —se burla con desdén—. Decidme, sor Marcela, ¿qué era eso que andaban balbuciendo estas monjas? ¿Un coloquio? ¿Una comedia? ¿O la imitación pobre de lo que afuera escribimos los hombres?

—Las leyes aquí son las de Dios —responde Marcela obviando su desprecio—. Y las siguen mujeres que también escriben. También piensan. También representan. Aunque no se las vea.

Él sonríe con desdén.

—En eso os doy la razón. Mi obra se representa en Madrid entera. A vuestras monjas no las ve nadie.

—No escribo ni representamos para alcanzar la fama en este mundo —responde—. Vos buscáis ojos y oídos que os aplaudan. A nosotras nos basta con solo un oído que nos escuche. Ese oído no está en los corrales, don Pedro, sino en lo más alto, más alto que todos los tejados de Madrid juntos.

»Decís que nadie nos ve —prosigue ella—. Pero Dios nos oye. Y os digo que un solo verso para Él pesa más que cien de vuestras comedias declamadas ante un patio lleno.

Calderón intenta sonreír, pero algo en la seguridad de las palabras que le dirige Marcela le quiebra el gesto.

—Vos llenáis teatros —concluye Marcela—. Nosotras llenamos almas. Y vos sabéis mejor que nadie qué público es más difícil de contentar.

El murmullo de las monjas a su espalda confirma las palabras de Marcela. Las hermanas observan, todavía asustadas, pero también expectantes. Calderón mira alrededor, como midiendo por primera

vez el espacio sagrado que pisa, y la daga de misericordia empuñada ante aquellas mujeres se le hace absurda por momentos.

—Vos no sabéis... —contesta con el aplomo que le queda—. Vos no entendéis el peso de mi oficio. El peso de la creación. La obligación de dejar obra mayor que uno mismo. Ser juzgado por centenares.

—¿Esa es vuestra medida? Entonces vuestra obra es esclava del número. Yo escribo para cuarenta hermanas. Cuando una sola de ellas se conmueve, he dado sentido a la obra que Dios ha querido hacer en mí.

—Eso no es teatro. Eso es... devoción representada.

—¿Y qué es vuestro teatro sino una devoción a la fama? —replica Marcela—. ¿A quién servís cuando escribís, don Pedro? ¿A Dios? ¿Al rey? ¿Al pueblo? ¿A vuestro propio nombre?

—No sabéis lo que es vivir de la pluma —insiste Calderón—, de la opinión ajena, del aplauso o el desprecio de quienes vienen a los corrales. No sabéis lo que es enfrentarse a otros poetas, a la corte..., a los envidiosos, a los murmuradores, a los que ansían verme caer.

—Pero sé lo que es esconder mi propio nombre para poder escribir. Sé lo que es el talento y no poder firmarlo. Sé lo que es trabajar para que otras encuentren consuelo en la palabra. Y sé muy bien lo que es un hombre que gusta de hacer temblar a las mujeres y que disfruta creyéndose dueño no solo del teatro, sino de sus voluntades. Hombres que creen y proyectan que su obra es dogma. Que su tragedia es la única que importa.

—¿Os burláis de mí? Mi hermano yace herido por un cobarde —le recuerda con rabia.

—Y lo lamento, don Pedro, de veras que sí. Pero vuestra entrada aquí también es un cobarde envite. Habéis venido a abrir otras heridas, no a cerrar la primera. No os queremos aquí y no tememos

decíroslo. No halagamos a los hombres. No tememos a los hombres. Rezamos por los hombres.

Calderón aprieta los puños.

—Nadie conocerá vuestra obra —dice en un último intento defensivo.

—No busco sino que la conozcan Dios y mis hermanas, con eso basta —replica ella—. Vuestra obra sí recorrerá los siglos, en eso estamos de acuerdo. También vuestros actos.

Calderón abre la boca para responder, pero no halla nada que decir. En su gesto se cruzan el orgullo herido, la rabia y una sombra de duda. Baja la mirada por primera vez desde que entró.

Marcela continúa, más suave, pero más firme.

—Idos, don Pedro. Por vuestro bien, por el bien de vuestro hermano, y por el bien de estas mujeres. La justicia que buscáis no está aquí, y la verdad que necesitáis oír no la vais a escuchar empuñando un arma.

La escena queda suspendida un instante.

—No penséis que cedo —dice por fin, con una voz que se apaga en el aire.

Marcela inclina ligeramente la cabeza con la misma dignidad tranquila con la que entró. Calderón baja la mirada. La mano que sostiene la vizcaína se afloja.

—Idos, don Pedro. En este lugar, vuestro acero y vuestra cólera no pueden nada frente a nuestras palabras.

Una respiración larga, profunda, atraviesa el pecho de Calderón.

—Sor Marcela... —dice sin saber cómo terminar la frase, y guarda la vizcaína.

Ella asiente, invitándolo a salir.

Las monjas exhalan el aire que no sabían que estaban conteniendo. Marcela cierra la puerta detrás de Calderón.

—Hermanas, avisad a Villegas —ordena—. Decidle que está a salvo, por lo que su presencia aquí ya no tiene objeto, y que debe abandonar el convento de inmediato. Ya habéis visto cómo se hace.

43

[Nueva selección de notas no enviadas, años 1630-1634, de Lope de Vega a su hija sor Marcela de san Félix. Como en anteriores compendios, se incorpora la fecha probable de escritura de cada breve]

[Marzo de 1630] He pasado los últimos meses recogido en un trabajo que me ha llevado más lejos de lo que esperaba. Un repaso al universo de nuestras letras, como si Apolo mismo descendiera a poner orden entre tanto verso nuevo. Me quedo con los frutos más maduros de nuestro siglo, y ante los grandes autores que reúno en este libro, enemigos mediante, a los que he reconocido sin dobleces su importancia, me pregunto una vez más por qué me dejé arrastrar por el ruido de los corrales. Pero tuve que vivir a fuerza de pluma. Si hubiera tenido otro amparo, distintas voces habrían salido. Aun así, no reniego de lo que he escrito. Reniego del trato que hoy recibe.

[Diciembre de 1630] *El laurel de Apolo* está terminado. Pienso que este libro es lo más cercano que estaré de recibir lauro alguno para mi ciencia. En él he querido mostrar todo lo que este reino tiene de bueno en las letras. Somos tantos escribiendo... Me sorprende la multitud insufrible de poetas que se dan aires de verdadero autor cuando deben su fama a otras cuitas, todas menos las letras, hacen del anuncio de su fama artefacto exagerado frente a sus obras, o se congratulan y aplauden los unos a los otros por cualquier trabajo de poca importancia.

[Abril de 1632] El día siete murió Marta. No hubo sobresalto en su partida. Su ceguera y su locura la fueron apagando. Para no hacer de su muerte nuevo alboroto a mi nombre, se puso a don Alonso Pérez el sufragio de los funerales. Más rumores a nuestro coste faltarían a su memoria. No podría soportarlo.

Después del entierro me traje conmigo a Antonia Clara. Quince años tiene. No sé bien qué hacer con esa edad ni con lo que exige ahora que estoy solo,

excepto buscar matrimonio para ella, aunque su ánimo rebelde no parece prestarse a tales menesteres. Antonia Clara me recuerda tanto a Lopito...

En desahogo de tan tristes eventos escribo, además de estos breves de tanto alivio, unas páginas elegíacas en *La Dorotea*, que no sé si llamar poemas o desahogos. Me sostienen el ánimo mientras las hago, aunque al dejarlas siento que regresa la noche. Es la locura de mi amor tan fuerte que pienso que llora también la muerte.

[Octubre de 1632] La noche del día nueve cayó sobre Madrid una tempestad como no recuerdo otra. Nieve gruesa como piedras, ráfagas que tumbaban cuanto encontraban y un furor que hacía temblar las paredes.

Al amanecer bajé al huertecillo, o lo que quedaba de él. Estaba hecho pedazos. Las ramas en el suelo, las flores arrancadas. Pocas cosas permanecen enteras a mi alrededor, y no puedo evitar leer en aquel destrozo mi propio estado, pues el huerto se queja por lo que le robó el viento, y yo por ver cómo, en su arrebato, el cielo no respetó ni la oliva ni el laurel, como tampoco respeta la corte mi nombre. Todo cae igual, el árbol como el hombre.

[Agosto de 1634] Antonia Clara se ha fugado. Apenas cumplidos los diecisiete, ha seguido a don Cristóbal Tenorio, caballero de Santiago y ayuda de cámara del rey. No sé qué la mueve a esto, si la inconsciencia de su edad o la sangre que trae mía y de su madre.

No hubo aviso, ninguna señal. Se marchó con todo lo que pudo llevar, y llegó a dos mil ducados que guardaba en casa. Lo que no pudo, lo dejó suelto provocando escena digna de un ladrón.

El infame caballero se la llevó con promesas y la abandonó al poco. Y Antonia, con el orgullo y la dignidad mancillados, ¿dónde está ahora? No lo sé aún. A mis setenta y uno de edad no encuentro palabras que contengan toda la indignación ni el desasosiego que siento.

Los Tenorio están por encima de lo que yo pueda alcanzar. Bien dicen que la ley es como tela de araña que prende, pero déjase romper de los animales fuertes. Si yo mismo pretendiera acusar al infame, no tardarían en convertirme en objeto de burla. No sé qué defender, ni ante quién. A mis años, la afrenta es demasiado pesada. Dicen algunos que esto me matará. Tal vez tengan razón. ¿Qué pena puede haber más grande que esta?

44

[Nota enviada a sor Marcela de san Félix]

Te he escrito otras notas como la presente, pero solo esta te envío, rogándote que comprendas su urgencia y mi necesidad de verte y hablarte.

Hoy, en veintiocho días del mes de noviembre, año de mil y seiscientos y treinta y cuatro, he recibido una carta con sello de Indias, de mano de un oficial que no conozco siquiera.

Lopito ha muerto.

Fue hace tres meses, y vivíamos como si él respirara al otro lado del mundo. Pereció en un naufragio cerca de la isla Margarita, en los mares del Sur. El buque llevaba más de doscientos hombres que navegaban en busca de perlas. Se hundió sin remedio, no llegó ningún hombre a tierra.

Con la poca fuerza que aún sostiene esta mano, tu padre te implora que des tu permiso para que nos veamos. Esta tarde hablaré con la madre superiora para arreglar mi visita y encontrarnos mañana tras la eucaristía. Daré a ella esta nota para que te la entregue. No me niegues esta sola presencia. No soporto más distancia con mis hijos.

45

VISITA TERCERA

Mientras dejo caer estas palabras sobre el pliego reservado a mis cuadernos, en los que pongo mis coloquios, loas, romances, liras y villancicos junto con las propias noticias de mi vida, siento que la mano que escribe no es la misma que recibió anoche aquella nota escrita con el pulso quebrado del dolor; ni la misma que sostuvo tantas veces el cálamo tembloroso cuando era niña y escribía aquellas aciagas cartas con la marchita ilusión de quien pudiera servir a un destino mejor; ni la misma que acompañó a mi padre en el locutorio y que sostuvo las suyas al encontrarnos, sino otra mano más consciente y fatigada por las palabras que ha de mirar y las que ha de dejar a oscuras al escribir en este cuaderno, al descender hasta la primera sombra que se tendió sobre mi nombre antes de que yo supiera pronunciarlo.

Porque esta historia que ahora intento ordenar, esta visita postrera de mi padre y esta nota tardía que me anuncia la muerte de mi hermano, no pueden comenzar a explicarse en el día de hoy ni por la noche de ayer. No se entienden ni me entiendo si no se vuelven los ojos a aquel otro día lejano y que no recuerdo, pero que me he atrevido a imaginar ahora y otras veces en estos mismos pliegos, en este y otros cuadernos, cuando me llevaron a la pila de la Magdalena y echaron agua sobre mi frente.

Porque he entendido con los años que mi primera herida no fueron las palabras duras ni las caricias negadas, sino el silencio: el silencio de los nombres que no se dijeron junto al mío. Desde entonces, unos pocos días he sido querida, otros muchos extraña. Pues ¿quién fuera yo si aquel que más debió aceptarme fue el primero en asegurar que no era de nadie?

Acaso pudiera haberme ganado el lugar que me fue negado, y pensar que allí donde me faltaba el nombre pudiera llegar a escribirlo, pues cree quien no llega a ser querido que basta ser útil para conseguirlo, y que allí donde no alcanza el derecho natural de una hija a serlo, puede alcanzar el favor de ser al menos necesaria. Pero no era a mí a quien buscaba mi padre cuando se acercaba al escritorio, por más que entonces quisiera creerlo; no eran mis pensamientos, mi consuelo o mis alegrías los que él reclamaba, sino la precisión de mi trazo y la obediencia de mi pulso.

En la balanza de su corazón pesó más la necesidad que mi persona, pero la ausencia y muerte de Lopito, que era para él promesa, espejo y legatario verdadero de su fama, lo fue durante años de inagotable, sufrido y baldío empeño, lo dejó tan frustrado y tan despojado de futuro que, faltándole el hijo en quien quiso depositar el legado de sus letras, volvió los ojos a esta hija que nunca creyó destinada a heredar nada, aunque haya sido la única en hacer de la escritura su amparo.

Me pregunta qué escribo en estos cuadernos, y quiere saber si en mis obras hay algo que merezca la pena sacar de estos muros, y no puedo dejar de sentir todavía que no ha venido a buscarme a mí, sino a buscar, una vez más, lo que necesita: que no todo se acabe con él ni con el hijo que se le ha ido, y que quedará en el mundo, aunque sea entre rejas, una pluma nacida de la suya que siga

escribiendo a la vista de Dios lo que él ya no puede escribir a la vista del mundo.

Pero ¿no sería injusto decir que mi padre solo viene por necesidad cuando busca perpetuarse en mí? Porque viene de ahí el conflicto: haber recibido de mi padre, si acaso no lo recibí también de mi madre, el don que habría de salvarme.

Pues si me detengo solo en los agravios parezco olvidar que fue también mi padre quien me abrió las puertas de ese mundo al que ahora tanto debo, el de las letras y los libros, los papeles y los pensamientos. Él, con todas sus torpezas y egoísmos, lo dispuso para mí. Primero no lo supe, sino cuando mi hermana Feliciana me lo probó en sus cartas, que me dejaba rondar el estudio y me consentía recoger los pliegos desechados y las medias frases que caían de su mesa, y después sí, cuando alguna vez me habló de versos, cuando alguna vez dejó que mis manos se atrevieran a trazar sus propias palabras, aunque luego las escondiera o las rebajara al destino de una misiva por encargo, o cuando pagó mi dote para este convento, pues el de Sessa incumplió su promesa de hacerlo.

Y si me detengo solo en los agravios tendría que ignorar esos beneficios que no tuvieron otras, y que no fui siempre la hija que habría querido ser. Empeñada en las letras, en mi anhelo de dar cumplimiento a un mayor propósito con ellas, no supe estar a su lado en todos los trances en que me necesitó y debí acompañarlo. No hay justicia en exigirle lo que yo no me atreví a pedirme. No puedo negar la vocación que me trajo aquí, pero tampoco mi urgente deseo de huir de las continuas tempestades de aquella casa levantada sobre pasiones y pleitos.

Y si me detengo solo en los agravios, dejaría de preguntarme si no habría podido yo permanecer un poco más a su lado, consolarlo en

su viudez extraña, ayudar a criar a mis hermanas. Yo, que tanto le reproché sus ausencias y sus olvidos, no estuve allí cuando enterró a Marta, ni cuando se fugó Antonia Clara, ni cuando lloró en soledad la muerte de su hijo. No hubo en su vida una sola falta que no se viera mezclada con el peso de una ambición que lo dejó cada vez más solo.

Fue hombre arrojado a una época cruel con los cuerpos y con las conciencias, obligado a sostener con la comedia el pan de los suyos, a servir a señores caprichosos, a vivir pendiente del humor de un duque, del gusto del vulgo y de la vigilancia de los moralistas. En el forcejeo entre el coro y el altar, entre la tabla y el oratorio, no supo distinguir entre lo que pedían sus hijos y lo que exigían sus devociones, y se equivocó al preferir el aplauso al abrazo, y el pliego al coloquio con los suyos.

Me negó el nombre cuando pudo dármelo. Me utilizó donde debió protegerme. Se dejó arrastrar por pasiones que hirieron a muchas mujeres. Mas no puedo quedarme solo en la memoria de la niña, ni de la joven que fue su instrumento.

Si hoy pudo decirme que reconoce en mis obras una llama semejante a la suya, siento que debo recibir ese reconocimiento no como la falsa moneda de nuestra reconciliación, sino como el máximo tributo que un padre como él es capaz de ofrecer. No soy yo quien ha de despreciarlo por no llegar a tiempo, sino quien agradece que al fin haya llegado. Hoy, al pedirme perdón, me entregó, sin saberlo, la última palabra de nuestra historia.

FIN DEL CUADERNO TERCERO

EPÍLOGO

Cuando sor Marcela de san Félix recibe la absolución en una más de sus habituales confesiones, fray Alonso de Ayala le recuerda, con la gravedad que acostumbra imprimir a los actos finales, la penitencia por largo tiempo discutida: sor Marcela debe desprenderse de los tres cuadernos donde recoge su obra y algunos pasajes de su vida. Es acto de contrición y de humildad, pero también de prudencia, pues la letra queda, y ciertas páginas podrían suscitar los recelos del Santo Oficio.

Marcela le entrega sin discusión los cuadernos. No escribe para su propia gloria, y aquella penitencia es, en verdad, un pago minúsculo a cambio del don recibido: continuar con el legado literario de su padre. Otros cuadernos como aquellos arderán en las cinco décadas que le quedan de vida, consumidas en la paz de la celda, entre rezos, coloquios y silencios.

El confesor los recoge con delicadeza y abandona la celda y el convento camino de la cercana parroquia de San Sebastián, donde guarda su estudio y podrá entregarlos al fuego.

Al llegar, nada más cerrar la puerta y volverse hacia su despacho, comprende que no está solo.

La estancia, siempre ordenada con pulcritud, se presenta ahora revuelta. El candelero volcado, los cajones del contador abiertos, sus papeles desparramados por el suelo, las estanterías de registros desordenadas.

—Buenas tardes, padre —saluda una voz, pero se incorporan dos hombres hasta ahora sentados al escritorio. Ambos de negro, embozados hasta los ojos; altos, firmes y enjutos, sin las capas, que han quedado en las sillas, ni el menor rastro de nervios, dejando ver sus dagas al cinto, una a cada lado.

—Llegáis algo tarde —añade el otro.

Fray Alonso abraza los cuadernos contra el pecho, paralizado.

—¿Quiénes... quiénes sois? —consigue preguntar con titubeos.

—No importa quiénes somos, sino a quién obedecemos, y no queréis contrariar a nuestro señor —responde uno.

El otro da un paso adelante.

—Venimos a recoger lo que trae vuestra merced bajo el brazo —apunta con el dedo—. Esos tres cuadernos, si son los de sor Marcela. No sabemos leer, padre, confiamos en su palabra.

Fray Alonso los mira atónito.

—¿Y a qué desordenar todo si no podían leer lo que tocaban?

—Por lo único que hace falta ver para tomarlo: dinero, padre, dinero. Nuestro señor es dado a la noche, y tiene unas necesidades a las que añadimos las nuestras. En algo había que emplear la espera. Pero, padre, no nos distraiga con sus amonestaciones que no venimos a confesar. Vamos con los cuadernos, entréguelos.

—Estos papeles me fueron dados en confesión —replica—. Su único destino es la hoguera.

—Padre, nadie ha de saber que estuvimos aquí. Nadie ha de verse obligado a responder por esto. Los cuadernos quedarán a buen recaudo, nadie sabrá de ellos. A todos los efectos será como quemarlos.

Ante la inacción del confesor, el otro también se adelanta.

—No nos obligue a cambiar el tono —advierte—. Pasa el mediodía y nuestro señor estará a punto de despertar y dejar la cama. Su

excelencia no tolera demoras ni desobediencias, y vos no queréis convertiros ni en una ni en otra.

Fray Alonso desvía por un instante la mirada hacia el brasero colocado en el centro de la estancia, pero el destello de las dos dagas al salir del cinto lo saca de su ilusión.

—Ni un solo paso.

El confesor pone frente a sí los cuadernos y los mira con una mezcla de pesar y resignación.

Al final, extiende los brazos y entrega los papeles.

Los hombres se los arrebatan con rapidez y, sin abrirlos, los atan juntos con cuerda fina y un nudo prieto.

—Nuestro señor quedará complacido —agradece el que los guarda bajo la capa que ya se ha vuelto a echar encima.

—Y vos olvidaréis que estuvimos aquí —añade el otro, calándose el sombrero mientras toca su ala para despedirse.

Sin otra palabra, salen del despacho llevándose con ellos los tres cuadernos de sor Marcela.

Y así fueron arrancados del incendio de la penitencia para entrar en otro fuego muy distinto: el fuego frío y vigilante de la historia.

Otro romance a una soledad

Sor Marcela de san Félix

En ti, soledad amada,
hallaba mi compañía,
en ti los días son glorias,
en ti las noches son días.
En ti cogí de mi amor,
con abundancia excesiva,
fértil cosecha del alma,
dulce agosto de mi vida.
En ti gocé de mi esposo
las pretendidas caricias,
los halagos sin estorbos,
los regalos sin medida.
En ti vi de su belleza,
aunque en tiniebla, divina,
con cuánta razón me prende,
con cuánta causa cautiva.
En ti me vi alguna vez
anegada y sumergida
en el mar de dulces aguas
y riquezas infinitas.
En ti, con los imposibles,
satisfice mi codicia,

que, con lo posible, amor
nunca llena sus medidas.
En ti me vi, felizmente,
muy negada y muy vacía
de criaturas y afectos,
y muy lejos de mí misma.
En ti gocé libertad
de tanto precio y estima,
que darlo todo por ella
no será paga cumplida.
En ti celebró mi esposo,
en aquel dichoso día,
en amoroso himeneo,
las bodas de mi alegría.
En ti estuve tan gozosa,
contenta y entretenida,
que no podré encarecer
lo menos que en ti sentía.
En ti, con dichas tan grandes,
las horas, noches y días
dulcemente se pasaban,
instantes me parecían.
En ti, ¡qué corto mi sueño
y qué larga mi vigilia,
qué penoso fue el descanso,
qué gustosa la fatiga!
En ti le dije a mi amante
lo tierno que le quería,
lo mucho que me obligaba,
lo poco que le servía.

En ti le solicitaba,
con finezas y caricias,
a que me diese su amor
pues el mío conocía.
En ti pudo conocer
cómo le estaba rendida
mi alma, que está colgada
de su voluntad divina.
En ti le pedí su unión,
con ansias de amor tan vivas,
que no sé si le obligaron;
él lo sabe y él lo diga.
En ti procuré entregarle
tan por suya el alma mía,
los sentidos y potencias,
que él los mande y él los rija.
En ti también le ofrecí
serle fiel y agradecida,
correspondiente a su amor,
y por todo extremo fina.
En fin, en ti le ofrecí
todo cuanto yo tenía,
a todo lo que anhelaba,
todo cuanto apetecía.
En ti le di de mi amor
la posesión tan cumplida,
que ninguno me ha quedado
para nadie en esta vida.
En ti conocí-5,2 mm del suyo
la gran fuerza y valentía,

lo ardiente con que me enciende,
lo activo con que me anima.
En ti le vi, liberal,
intentar hacerme rica,
que, derramando sus dones,
pudo saciar mi codicia.
Mas no me doy por contenta,
que mi afecto a más aspira,
y solo el mismo podrá
dar satisfacción cumplida.
Así, Soledad amada,
causa de todas mis dichas,
después que tú me faltaste,
me ha faltado el alegría,
cercome la confusión,
el afán y las fatigas,
todo me aflige y congoja,
y causa melancolía.
Las criaturas me estorban,
los apetitos me irritan,
los afectos me atormentan
y las pasiones se avivan;
tempestades se levantan,
brama el mar, y la barquilla
grande tormenta padece
de las olas combatida.
¡Ay Soledad deseada
de mi alma, y pretendida!
Cada vez que te experimento,
tengo de ti más estima.

¡Oh si gozara de ti
lo que durara mi vida,
a quien triste muerte llamo
sin tu presencia querida!
¡Quién hablara dignamente,
con lengua humana y tardía,
de tus grandes perfecciones,
agrado y soberanía!
¡Qué de santos engendraste
en ti, con vida divina!
En frágil barro vivieron
innumerables cuadrillas.
La pureza, la oración,
la contemplación divina,
tus hijas son, Soledad,
de ti nacen, tú las crías.
¿Qué virtud no se alimenta
con tus pechos y caricias,
quién deja de estar contento
si te busca y te codicia?
Tú causas los desengaños
y a la verdad solicitas
para que, usando su fuerza,
atropelle a la mentira;
haces del destierro patria,
y sacas con valentía
a las almas que te aman,
de la opresión de sí mismas.
Y por no ofenderte más
con ignorancias tan mías,

no diré en tus alabanzas
lo mucho que se ofrecía.

Estos versos de sor Marcela han sido extraídos del libro que reúne su obra completa: *Literatura conventual femenina: sor Marcela de san Félix, hija de Lope de Vega. Obra completa*; edición, estudio, bibliografía y notas de Electa Arenal y Georgina Sabat-Rivers (pp. 463-466).

Junto a esta obra, otras me han ayudado en la tarea de obtener las referencias biográficas y contextos históricos necesarios, ya sea para reflejar la realidad de la época y de sus personajes —aportar verdad—, o para lograr la inspiración necesaria para novelar la época y a sus personajes —aportar veracidad.

Entre los libros que más me han asistido en esta tarea, además del citado arriba, se encuentran *Lope. El verso y la vida*, de Antonio Sánchez Jiménez, e *Historia de España en la Edad Moderna*, volumen con la participación de numerosos especialistas coordinado por Alfredo Floristán.

La hija del Fénix
Fernando Bonete Vizcaíno

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Chronical History/ Bridgeman Images / ACI

© Fernando Bonete Vizcaíno, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-670-8079-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta